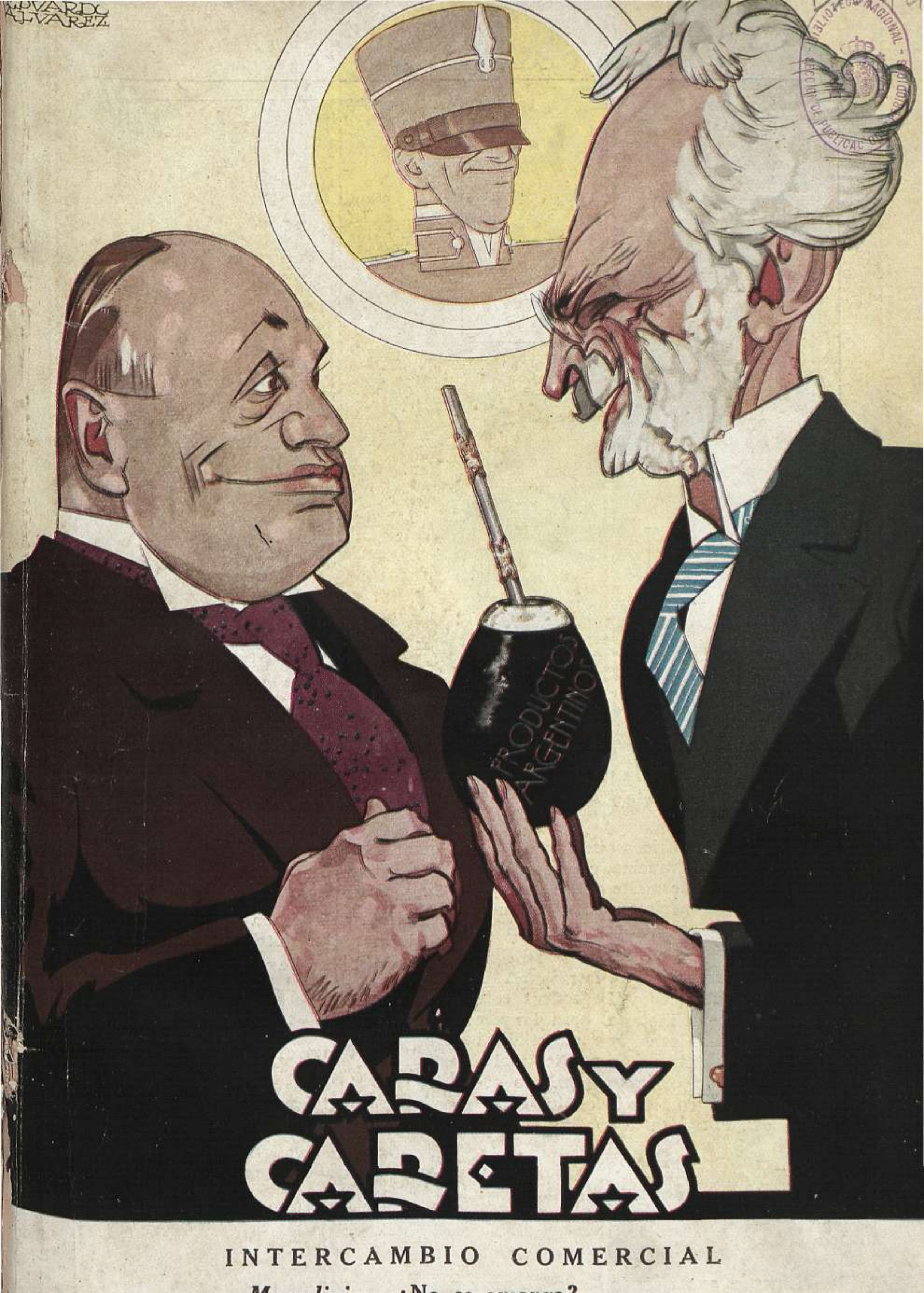


INTERCAMBIO COMERCIAL

Mussolini. — ¿No es amargo?
Ramos Mexía. — Tómelo con confianza.



No permita que la película arruine su sonrisa

Combata la película para dar a sus dientes hermosura y brillantez — para preservarlos de la caries.

HAY dentífricos que eliminan la placa de mucina, pero que pueden dañar el esmalte de los dientes. Otros son perfectamente inofensivos, pero no siempre eliminan la película.

La diferencia entre la mayoría de otros dentífricos y Pepsodent está en el nuevo material para limpiar y pulir de éste. Este material es dos veces más suave que los materiales de limpieza y pulimento comúnmente empleados en los dentífricos. Por esta razón Pepsodent cumple con los tres más importantes requisitos para mantener los dientes limpios y brillantes:

Elimina la placa de mucina — por completo.

Pule la superficie de los dientes dándole un lustre brillante.

Limpia y pulimenta sin raspar el precioso esmalte dental.

Compre un tubo de Pepsodent hoy mismo. Es inofensivo. ¡Es suave!

Pepsodent

Limpie sus dientes con Pepsodent dos veces al día — vea a su dentista a lo menos dos veces al año.

PARODIANDO a SHERLOCK HOLMES

AVENTURAS SATIRICAS DEL FAMOSO DETECTIVE



CAMI

Cami es, en literatura, un gran fotógrafo de lo invisible, un gran malabarista del azar, un formidable prosista de lo imposible. Como Homero, crea atmósferas líricas de estupor. Como Mantegna y como Charlot, construye ambientes donde la realidad y la fábula están tan admirablemente confundidas que no se distinguen la una de la otra. Sus historietas están afiligranadas de filosofía en toda su extensión. Cami hace reír para hacer pensar y sus absurdos penetran en la vorágine donde, a cien mil metros de profundidad, está la Verdad humana, la verdad con v mayúscula. Cami es un filósofo trucado de clown: Espinosa vestido de Polichinela.

Se cuenta de un noruego que, viendo por primera vez una rosa, no la tocó porque la creía de fuego y porque temía quemarse. Las sonrientes rosas de la alegría de Cami son rosas que queman el corazón a todos. Aun a los que no son noruegos.

▼▼▼

Por CAMI

EL ENIGMA DE LOS LADRONES SONAMBULOS

Escena primera. — Un techo de París

Sherlock Holmes. — Escóndase usted detrás de ese mirador: nosotros esperaremos el paso de los ladrones sonámbulos que aterrorizan en estos momentos a la ciudad de París.

El discípulo de Sherlock Holmes. — Su jefe, el Bandido Científico y Literario, así llamado a causa de sus laureles, ha tenido una brillante idea al organizar esta temible asociación de Bandidos Sonámbulos.

Sherlock Holmes. — Cierto. Reclutar sonámbulos para desvalijar departamentos es una idea muy práctica. La facilidad con que estos sonámbulos caminan a lo largo de los techos, hace de los miembros de esta asociación perfectos ladrones, indiferentes a los vértigos.

El jefe de policía, (llega, arrastrándose, al sitio indicado por Sherlock Holmes). — Usted me

dió ubicación detrás de este mirador. Ya estoy aquí. Los bandidos sonámbulos no tardarán en llegar. Pero, ¿cuál es, exactamente, su plan de batalla?

Sherlock Holmes. — Simplísimo. Comienzo por hipnotizar a mi fiel discípulo. Así, apenas lleguen los bandidos, mi discípulo podrá seguirlos, sin temor al vértigo, e indicarnos su refugio.

El jefe de policía. — ¡Silencio!... Mire el techo vecino.

Sherlock Holmes. — ¡Son ellos! Avanzan a pequeños saltos, a lo largo del canalón de la azotea. No tenemos tiempo que perder. (Dirigiéndose a su discípulo). ¡Duérmase! Quiero que se duerma... y... con los puños cerrados...

El jefe de policía. — ¿Con los puños cerrados?

Sherlock Holmes. — Es más prudente. Así, si lo atacan, podrá defenderse. (Al discípulo). Y ahora, camine, sin temor al vértigo. Usted no está sobre un techo; usted está sobre un barco.

El jefe de policía. — ¿Sobre un barco? ¿Acaso se ha vuelto loco, Maestro?

Sherlock Holmes. — No... Le sugiero que está sobre un barco, por simple precaución. Le explicaré después.

El jefe de policía. — Entre tanto, los miserables caminan rápidamente.

Sherlock Holmes. — Sí. Pero mi discípulo los sigue, ocultándose detrás del pararrayos.

El jefe de policía. — Mire. El Bandido Científico y Literario se ha percatado de la presencia de su fiel discípulo, se ha lanzado sobre él y lo ha arrojado a la calle.

Sherlock Holmes. — Mi fiel discípulo está girando en el vacío...

El jefe de policía. — Muy probablemente irá a estrellarse contra el suelo...

Sherlock Holmes. — ¡No! ¡Mire!

El jefe de policía (mirando). — ¡Es milagroso! Su fiel discípulo ha caído y ni siquiera se ha herido. ¿Qué hace? Camina boca bajo en medio de la calle, haciendo movimientos como si nadara.

Sherlock Holmes. — Si... Por prudencia, le sugerí que se hallaba sobre un barco. Por eso cree haber caído en medio de las aguas del Sena y nada con todas sus fuerzas sobre la calle asfaltada, para alcanzar el banquito de arena que él cree ver en la costa. Bajemos a su encuentro. (Bajan).

El Bandido Científico y Literario (detrás de un mirador). — He sorprendido tu secreto, Sherlock Holmes, pero tu fiel discípulo no se me escapará una segunda vez. Tengo una idea. (Desaparece sobre los techos).

Escena segunda. — Un techo de Venecia

El discípulo. — Los ladrones sonámbulos han dejado París de improviso y nosotros hemos vuelto a seguirles la pista en Venecia.

Sherlock Holmes. — Estamos, en efecto, esperándolos a su paso sobre este grandioso techo veneciano. Los quince mil despertadores ¿están todos en sus puestos? Muy bien...

El discípulo. — Maestro, ¿por qué ha hecho colocar quince mil despertadores sobre el techo?

Sherlock Holmes. — Para despertar a los bandidos sonámbulos. Mis quince mil despertadores empezarán a sonar todos a un tiempo y despertarán bruscamente a los ladrones sonámbulos.

El discípulo. — Comprendo... Cuando se despiertan bruscamente, los sonámbulos son presas del vértigo y caen inmediatamente.

Sherlock Holmes. — Sí... Los bandidos caerán en el canal, donde los policías venecianos los esperan con las góndolas celulares.

El discípulo. — ¡Los bandidos!

Sherlock Holmes. — Sonarán los despertadores.

El discípulo. — Están sonando.

Sherlock Holmes. — ¿Oye usted algún rumor?

El discípulo. — Los bandidos sonámbulos se despiertan sobresaltados.

Sherlock Holmes. — Eso es... Los bandidos presas del vértigo, caen en el canal...

El discípulo. — Los policías venecianos los sacan del agua en medio de espumas gigantescas.

Sherlock Holmes. — Un sólo bandido ha quedado en pie sobre el techo.

El discípulo. — Es el Bandido Científico y Literario. Voy en seguida a arrestarlo... (Se dirige hacia el Bandido).

Sherlock Holmes. — ¡Bravo discípulo!... Pero ¿qué sucede? El Bandido Científico y Literario hipnotiza a mi discípulo y lo precipita en el vacío.

El Bandido Científico y Literario (triunfante). — Mira, Sherlock Holmes... Inclínate sobre el canal y mira...

Sherlock Holmes (inclinándose sobre el canal). — ¡Horror! ¡La cabeza de mi fiel discípulo se ha abierto como una nuez contra el agua del canal!

El Bandido Científico y Literario. — Es mi revancha, Sherlock... Yo adormecí a tu fiel discípulo y le sugerí que se hallaba en la cima de la torre Eiffel. Tu fiel discípulo ha creído así caer sobre el suelo y se ha roto la cabeza contra el agua histórica del canal. (Desaparece, burlándose).

Escena tercera. — La cámara del Bandido Científico y Literario

Sherlock Holmes (entrando). — Heme aquí en el muy privado refugio del Bandido Científico y Literario. Yo he venido aquí para vengar la muerte de mi fiel discípulo. Para no hacer ruido, sofoco sin esfuerzo la intensidad de mis pasos. Me aproximo al elegante sofacama sobre el cual duerme el Bandido. Con precaución aplico una máscara sobre su rostro adormecido. Después salgo de la habitación y espero la salida del sol detrás de una puerta.

El primer policía impaciente. — ¿Por qué no saltamos sobre el Bandido? ¿Por qué no lo arrestamos inmediatamente? Sería tan fácil...

Sherlock Holmes. — No... Mi venganza no sería completa. El Bandido se arrestará por su espontánea voluntad y por su espontánea voluntad se pondrá las esposas.

El segundo policía impaciente. — ¡No es posible!

Sherlock Holmes. — Ya lo verán. Se levanta el día. Y también el Bandido Científico y Literario se levanta. ¡Escuchen!...

La voz del Bandido Científico y Literario (desde el interior). — ¡Ah! ¡Miserable bandido! ¡Finalmente estás en mi poder! ¡Ríndete! ¡No podrás huir! Y ahora, ¡te pondré las esposas!

Sherlock Holmes. — ¡Entremos!

El primer policía impaciente. — ¿Qué significa todo esto? ¡El Bandido Científico y Literario se ha puesto las esposas!...

Sherlock Holmes. — Simplísimo. Mientras dormía, le he pegado sobre el rostro una máscara del jefe de policía. Al despertarse, el Bandido Científico y Literato se ha mirado en el espejo. Por un fenómeno de sugestión muy frecuente, el Bandido ha creído ser, él mismo, el jefe de policía. Entonces, no escuchando otra voz que la de su deber de policía, se echó las manos a la garganta, se arrestó y se puso las esposas él mismo. ¡Eso es todo!

CAMI

TRADUCCION DE L. R.

DIBUJO DE CABALLÉ





Si hubo gaucho andariego, éste fué Desiderio Páez, a quien en los pueblos de Tucumán, Santiago y Catamarca, en aquella región en que tales provincias limitan entre sí, no faltan quienes todavía lo recuerdan, evocando a un hombre de linda traza, poco amigo de grandes lujos ni en su ropa ni en el apero de su caballo, pero siempre abrazado a su guitarra de payador, más que lo hubiera estado a la misma Leandra, mujer donosa, sin duda, y causa de su legendaria desgracia, pero que, a no mediar la fatalidad, pudo haber sido tan sólo una de las tantas bellas por quienes el agrado de su canto lo obligaba a ser galante y valiente de un modo relativamente transitorio.

Que Desiderio Páez no es un engendro de la fantasía popular lo ha probado acabadamente el padre Antonio Larrouy, investigador tradicionalista.

"El canto del sentenciado a muerte", que aun se entona con la tonada del mismo Páez, era la obra de un hombre que en verdad existió. Pero ese hombre, ¿había sido en efecto sentenciado a muerte?

Sí, ambas cosas son históricas. Lo poco que de tal historia nos revelara hace diez y siete años el padre Larrouy, hubiera quedado siendo más interesante que la misma tradición, hasta hoy muy pobre, a no sobrevenir un crecimiento de ella, con la muerte de la lugareña de Las Cañas, doña Leandra Cifuentes, querida centenaria cuidadora de un hato de cabras y una huertita.

Se dice que Desiderio Páez era nacido en el vecino lugar de Las Cortaderas. Su guitarra lo llevaba por los pagos más distantes. Se le buscaba para animar las bodas, los bautizos, las fiestas de vendimia, los carnavales. En esas ocasiones sus bailables y sus tonadas no debían faltar. Así se hizo famoso, y así también le acaeció la desdicha debida a la cual su fama, como he dicho, trascendió de la misma muerte hasta nuestros días: es decir, trascendió de sus dos muertes: de aquella a que fué condenado y que él cantó en forma que le valió el indulto, y de la muerte que le habrá llegado al fin, se ignora cómo ni dónde; y hasta, habría ahora que agregar, de la muerte también de la Leandra.

La tradición decía, hasta ayer no más, que por un crimen que Desiderio Páez había cometido en la población de Las Cañas, "había sido traído a Catamarca, juzgado y sentenciado a muerte. Llevado al lugar de la ejecución, frente al hospital actual, sentado ya en el banquillo y con los ojos vendados, pidió, como último favor, su guitarra, e improvisó la presente despedida:

Perdón, señores, les pido:
mi corazón se desmaya.
Por haberme desgraciado
me han traído a Catamarca

Aquí los señores grandes,
los que reciben audiencia,
luego que vieron mi causa
me leyeron la sentencia.

La sentencia que me dieron
hablaba de esta manera:
que me quitaran la vida
antes que el día viniera.

Allí los señores grandes
se ponen a conversar:
No lo maten a ese pobre
sin dejarlo confesar.

Al otro día temprano,
antes que saliera el sol,
el padre Esquiú se presenta.
El era mi confesor.

Acúsate, hijo querido,
que en seguida mueres vos:
prepárate a bien morir
y encomienda tu alma a Dios.

Ya me sacan para afuera;
son los martirios primeros;
me dicen que me despida:
¡Adiós, adiós compañeros!

¡Adiós, hermanos queridos;
no me vayan a olvidar:
yo me voy al otro mundo;
por todos he de rogar!

Ya me siento en el banquillo,
y es el martirio segundo;
me dicen que me despida:
¡Adiós, desdichas del mundo!

¡Adiós, mundo engañador
que me has tenido agobiando,
pasando la mala vida
y en malas cosas pensando!

¡Adiós, Catamarca hermosa!
¡Adiós, iglesia Matriz!
¡Adiós Virgen Soberana:
yo me despido de Ti!

Esta conmovedora canción, cantada en momento tan dramático por el mismo héroe desdichado del drama, libró a Desiderio de ser fusilado. Y si eso decía la tradición primera, fundábase al fin en la verdad de los hechos, referidos en la sentencia de fecha 16 de noviembre de 1855, hallada en el Archivo Judicial de Catamarca. Por ella puede saberse que el reo Desiderio Páez, que no firmaba por no saber hacerlo, no tenía más profesión que tocar la guitarra y cantar. Cierta noche de febrero de ese año, se desempeñaba de esa manera en una reunión de señoras y señores habida en la casa del coronel Lezana, pueblo de Las Cañas. Allí don Tristán Díaz le pidió una tonada. Desiderio no quiso cantarla. Don Tristán insistió, diciéndole que lo recompensaría con aguardiente o cuatro reales. El payador retrucó que no precisaba ni plata ni aguardiente porque él también los tenía. Y se le fué cuchillo en mano, y dió un planazo (un "palo") a don Tristán. Y éste, incorporado, se trenzó con su retador, parece que abrazándolo... Sentado que fué luego por los presentes en una silla, don Tristán murió a causa de una herida en la tetilla izquierda. Entretanto Desiderio había desaparecido, hallándolo al rato en cierta casa del pueblo uno de los Lezana, a quien se entregó, y así fué constituído en prisión.

Quienes quieran saber más, sobre los jueces de su causa y considerandos de la sentencia, lo obtendrán al punto leyendo en el libro "Antiguos Cantos Populares Argentinos", de Juan Alfonso Carrizo, la nota del padre Larrouy puesta al pie de una versión del "Canto del Sentenciado a Muerte", que figura allí con el título de "Bajo el corriente de Mayo". Pero no lograrán saber, como no lo ha logrado el padre folklorista, cómo consiguió el indulto Desiderio Páez. Faltan al documento judicial los folios en que se decía. ¿Fué por intervención suplicante de su confesor, fray Mamerto Esquiú, cuya santidad es más histórica y más legendaria que la fama del popular cantor? No. A estar a la nueva tradición, nacida de confesiones atribuídas a Leandra Cifuentes que fueron hechas a vecinos antes de morir, Desiderio fué librado de la muerte y obtuvo la libertad, gracias a señores muy principales, amigos del mismo don Tristán, quienes no ignoraban que éste cortejaba a la moza Leandra, la misma que en una fiesta fuera aludida por el cantor con la glosa que desarrolla esta conocida copla:

"Siendo que tanto te adoro,
no te condueles de mí.
Vale más vivir distante
para no verte y sentir."

Cuando se celebraba la reunión en casa de los señores Lezana, don Tristán Díaz porfiaba con el cantor en que habría de cantar "la glosita". Y al decir "la glosita", agregaba con burla "siendo que tanto te adoro": lo que a Desiderio le hacía el efecto de verdaderas puñaladas. Y de ahí la agarrada, y la muerte de don Tristán, y el juicio criminal al matador, quien, al cantar su despedida, en el banquillo, llegó a lo hondo de la conciencia de los que estaban en el secreto de aquella rivalidad amorosa y del ensañamiento sarcástico con que don Tristán la hizo terminar trágicamente. Esos señores, con oportuna piedad, pero también con miramientos sociales, hicieron prometer a la Leandra y al preso, que no mantendrían entre sí relación alguna, de ningún género, y que de ese modo obtendría Desiderio la libertad antes de dos años de cárcel. Con esa condición creían no ofender la memoria de don Tristán Díaz, que había querido entrañablemente a la Leandra.

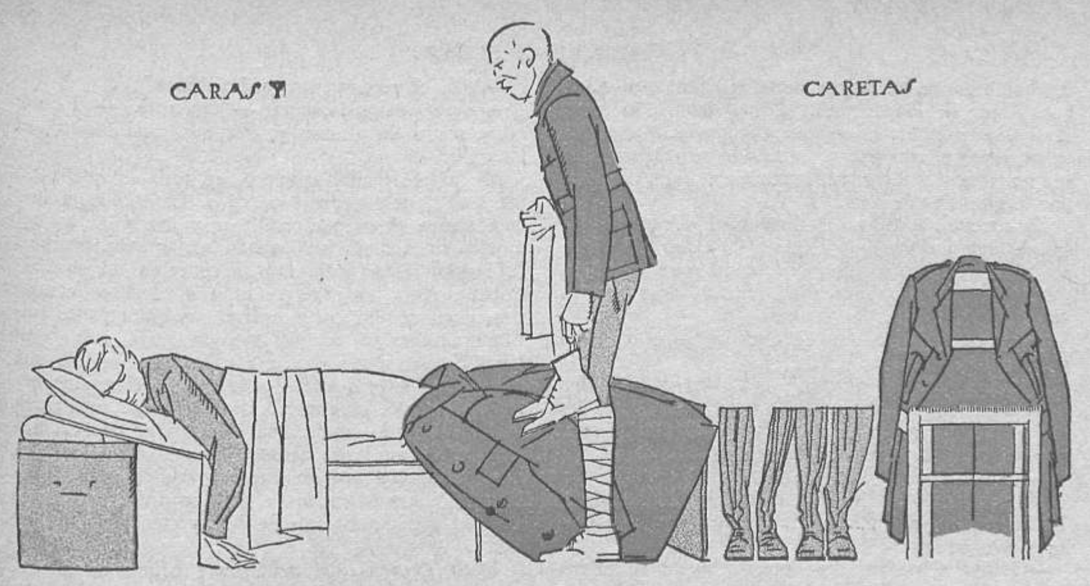
Por todo eso Leandra Cifuentes quedó soltera durante sus ciento cinco años de vida. Y por eso Desiderio, siempre que cantaba "la despedida del condenado a muerte", concluía llorando y exclamando: "¿Por qué no me metieron las cuatro balas entonces?" Y es que Desiderio llegó a querer como un loco a la Leandra, a esa Leandra que, como dije al comienzo de mi narración, no habría sido más que una de las bellezas transitoriamente alabadas por él, a no mediar el drama y la promesa jurada de no cortejarla. Tal impedimento aumentó la pasión de Desiderio con la tortura de lo imposible, tanto más imposible cuanto que la Leandra no concurrió desde entonces a fiesta alguna ni abandonó su casa para nada. Y cierta vez que Desiderio, en unas bodas, comenzó a cantar la glosa del adorador, que no había cantado nunca desde el día de su prisión, no pudo pasar de la copla. Rompió a llorar de modo más desconsolador que cuando entonaba su canto de reo de muerte, al dar fin a los dos versos que dicen:

"Vale más vivir distante
para no verte y sentir".

Y pidió permiso para retirarse de la boda. Y se ausentó esta vez para siempre de Las Cañas, de su pago, de la provincia toda, en forma y de tal modo "distante", que hasta la fecha nadie ha podido averiguar dónde ni cómo terminó su desdichada existencia.

Edm. Montagne

DIBUJO DE LUNA Y SIMÓN



EL TRAGICO CASO DEL CORONEL BULLWER

Por E. M. S. Danero

CIERTA mañana despertamos sobresaltados por los gritos e imprecaciones que hasta nosotros llegaban desde la carpa del coronel Bullwer. Los hombres del campamento, a medio vestir, arrancados en forma tan inusitada del lecho, acudimos presurosos y alarmados. El cuadro que se presentó a nuestra vista fué aterrador. En tierra, de bruces, con la cabeza en medio de un espeso charco de sangre, yacía el cuerpo de uno de los asistentes indígenas. Al lado, de pie, empuñando aún su corto y pesado machete, el coronel, descompuesto el ceño y balbuciente la voz, nos ordenó:

—¡Aparten de aquí a ese miserable y vean si pueden salvarle la vida!

El doctor Miller, secundado por uno de los suboficiales, hizo lo humanamente posible para salvar al infeliz indígena. Todo fué en vano. A las dos horas falleció sin haber recobrado el conocimiento.

Aquello, dentro de la existencia llena de violencias e inquietudes que llevábamos, fué presto olvidado. La muerte de un indígena, después de todo, no era un suceso, ni tan raro ni tan imprevisto. Gente ladina, no siempre fiel, estaba, como quien dice, en permanente acecho y no perdía oportunidad alguna para jugarnos una mala pasada a los pocos oficiales blancos que con ellos teníamos que habérnoslas. El castigo corporal era de rigor, y una muerte, de vez en cuando, estimábase como un accidente, del cual ninguno de nosotros estaba a cubierto. El coronel Bullwer, por otra parte, oficial de escuela, bondadoso sin perder su severidad y su culto disciplinario, tenía conquistados sobrados prestigios de hombre recto y justiciero para que dudáramos un solo instante de la razón que podía haberle inducido a castigar al indígena en forma tan severa.

Transcurrieron varios días. Mudamos de campamento. La comarca en que debíamos proseguir nuestros relevamientos topográficos era hostil, inhabitada y hasta privada de toda caza. Los hombres de la compañía, todos, sin excepción, andaban de mal talante. Todos, hasta los más avezados a aquella vida del desierto, estábamos nerviosos, malhumorados, afanosos en la terminación de nuestras tareas para avanzar hacia otros parajes más hospitalarios.

Yo, después de las diarias tareas, solía retirarme a mi carpa, donde ponía en limpio mis apuntes y dedicaba, si los insectos y el calor lo permitían, una o dos horas a la lectura. En ella estaba precisamente, cuando, con mucho sigilo, llegó hasta mí el doctor Miller y me dijo:

—Teniente, hágame usted el bien de venir...

Abandoné la lectura y le seguí hasta la carpa de la enfermería. Allí, el doctor, sin proferir una sola palabra, se limitó a señalarme, sobre un catre, el cuerpo de un soldado indígena, mortalmente herido por un machetazo en la cabeza.

—¿Quién? — pregunté.

—El coronel, — respondió.

Decididamente, el coronel parecía estar de muy mal humor. Miller, siempre en voz baja, me preguntó:

—¿No le parece que con dos ya tiene suficiente?...

Le miré sin alcanzar a comprender el sentido de sus palabras. Miller todavía agregó:

—Habrá que tomar alguna medida. Hace tiempo que vengo pensando en esto.

—¿Contra quién?...

El doctor Miller me miró significativamente; mas, no agregó sino estas otras palabras, referentes al trámite administrativo:

—Teniente, sírvase usted arreglar la información con el ayudante Steward. Inmediatamente le extenderé el certificado...

Una hora más tarde, el cuerpo del indígena era sepultado, sin mayores ceremonias, en una fosa, a doscientos pasos del campamento.

CON la ayuda de unos cuantos soldados, y no sin dificultades, había logrado erigir una torre de observación. Tanto yo como el sargento ayudante opinábamos que, antes de terminar la faena, convenía dar a la tropa un poco de descanso. Así lo ordené, y, entre bromas,

los hombres, en su mayor parte indígenas, se echaron al pie de los árboles. Llevaríamos a lo sumo unos diez minutos de reposo cuando ante nosotros se presentó el coronel, acompañado por su ayudante, un joven alférez de ingenieros, llegado hacía pocos días de Inglaterra.

El coronel, a quien me apresuré a recibir, me saludó con un gruñido y luego de echar un vistazo alrededor, como preguntándome qué hacía la gente en aquella inactividad, encarándose con el sargento ayudante, le ordenó:

—Haga trepar a uno de esos hombres hasta la plataforma.

El sargento, sin atinar a cuál de los soldados escoger, ya que todos estaban igualmente rendidos por la fatiga, ordenó a uno cualquiera, a un muchacho mestizo, que próximo a él estaba:

—¡Tú! ¡Sube!

El muchacho se levantó con evidente esfuerzo. El breve descanso parecía haber fatigado aún más su pobre cuerpo.

—No sé si podré... — musitó, agrandando sus ojos, temerosos, lleno de recelo por la presencia del coronel.

—¡Sube! — fué la orden lacónica del coronel.

El hombre se incorporó. Ajustó su correaje, y, para que no le molestara, se quitó el casco. Su intento, empero, quedó frustrado. Escasamente logró trepar medio metro. Se dejó caer y, derrengado, imploró:

—¡No puedo, mi coronel!

—¡Sube! — volvió éste a ordenarle, evidenciando una no frecuente nerviosidad.

—Sí...

El muchacho tornó a intentarlo. Fracasó y esta vez cayó.

—¡Sube! ¡Sube! ¡Sube! ¡Sube, te he dicho!

Iracundo, implacable, avanzó el coronel hasta el pie de la torre, enarbolando su bastón.

En un postrer esfuerzo, el soldado intentó aún incorporarse; pero sólo atinó a murmurar unas vagas palabras.

Entonces, rápido, fulminante, el pesado bastón del coronel Bullwer cayó sobre su cabeza. El indígena, malherido, se desplomó y, entonces, como poseído por una furia demoníaca, el coronel continuó golpeándole, pisoteándole, hasta dejarle exánime.

Sólo cuando reaccionamos nos fué posible evitar que aquel hombre enfurecido destrozara al que era ya cadáver. Entre el ayudante y yo logramos contenerle, mientras el sargento tranquilizaba a la tropa, que ya se revolvía amenazadora contra nosotros.

Regresamos inmediatamente al campamento. Durante el viaje el estado de excitación del coronel decayó un tanto. Casi se tranquilizó por completo y hasta se lamentó de que aquellos salvajes indisciplinados y holgazanes lo sacaran así de su ecuanimidad...

Aquella misma noche, el doctor Miller, rodeado por los oficiales, se empeñó en hablar de psiquiatría y nos hizo varios relatos que, lejos de tranquilizarnos, llevaron a nuestros espíritus nuevas preocupaciones. Una hora después, cuando me despedía de él para retirarme a mi carpa, Miller, siempre con aire de misterio, me preguntó:

—¿Qué dirá el comando de todas estas cosas?...

Yo, chanceándome, le repliqué:

—¡Vaya usted a saberlo! Por lo pronto, si continúa en este tren nos dejará sin tropa y entonces habrá llegado el caso de aplicarle rigurosamente el reglamento.

—¿Y, el reglamento, qué dispone?...

—Una insignificancia — agregué. — Primero, consejo de guerra y, después, casi seguro, el banquillo.

Me alejé riendo. Empero, en toda la noche no me fué posible cerrar los ojos. La violencia que demostraba el coronel Bullwer y las palabras del médico me habían preocupado seriamente. Nuestro jefe debía estar loco. No se concebía tal ensañamiento. Aquellas muertes eran verdaderos crímenes, y en cuanto se enteraran las autoridades militares tomarían alguna medida seria con Bullwer. Estaba loco; el clima y la vida terrible que llevábamos eran las causas de aquella tragedia; pero, loco o no, el consejo de guerra se mostraría implacable y lo condenaría sin reparar en sus méritos ni en su larga actuación en el ejército colonial. Algo era preciso que sus compañeros hiciéramos, y los oficiales de la compañía, de acuerdo con nuestro código de honor, teníamos la palabra.

Poco después del amanecer, afortunadamente, el asistente del segundo comandante vino a anunciarme que el resto de la oficialidad me aguardaba en la carpa del doctor Miller.

Demoré contados segundos en reunirme con ellos. Cuando llegué tenía la palabra el alférez ayudante. El muchacho, novicio e impresionable, explicaba algunos pormenores de la vida que en aquellos últimos días había llevado nuestro jefe. Se pasaba todo el tiempo en una continua irascibilidad; hablaba solo; maldecía constantemente de los indígenas y sufría verdaderos accesos de furia. El alférez, como no llevaba mucho tiempo entre nosotros, había atribuído aquello al carácter arrebatado del coronel, y quedó verdaderamente sorprendido cuando se enteró por nosotros de que la bondad y la bonhomía habían caracterizado siempre al pobre Bullwer. La conferencia duró bastante tiempo. Le concedimos la palabra a Miller. Este, por su honor de médico militar, aseguró que el caso de nuestro jefe era desesperado y en extremo peligroso. No podíamos entregarlo a las autoridades ni tampoco podíamos dejarlo en libertad. Había que salvarlo, igualmente, de la afrenta del consejo de guerra, y, como era costumbre en nuestras filas, de común acuerdo, todos los oficiales decidimos concederle una oportunidad para hacerse justicia y no infamar sus galones en el banquillo de los acusados.

Yo me permití insinuar:

—Dado el estado del coronel, no creo que nadie pueda decirle ni obtener nada de él...

—No necesitará enterarse de nada — explicó fríamente Miller, a la vez que echaba mano a uno de sus bolsillos y extraía un paquete de cigarrillos de los que fumaba el coronel. — Yo lo tengo todo previsto. Aquí, entre estos cigarrillos hay uno que hará justicia, tan rápida como insensiblemente, en el instante en que el destino lo mande. Nosotros no tendremos más que esperar...

De sobremesa, después del almuerzo, con pocas palabras envió el coronel a su ordenanza para que le trajera el paquete de cigarrillos que había dejado en su chaquetilla. Cuando lo tuvo en su poder, nerviosos, los oficiales constatamos que ya lo había abierto y que faltaban tres o cuatro. Disimulando nuestra impaciencia, le vimos encender uno más y fumárselo lenta y hasta diría deleitosamente. Mis miradas se cruzaron varias veces con las del doctor Miller. El alférez ayudante estaba pálido, tanto que temí que nos delatara.

—Capitán, quiero acompañarle hasta su torre

—me manifestó a los pocos minutos el coronel.

—Cuando usted lo ordene, mi coronel — respondí, tartamudeando.

Un poco más tarde, atravesando la parte más tupida del bosque, echamos a andar. El coronel parecía estar en uno de sus mejores días. A medida que avanzábamos tornábase más locuaz y expansivo.

—Estos bosques son una maravilla — exclamó. — El comando en lugar de enviarnos a nosotros, pobres y prosaicos militares, debiera traer aquí a unos cuantos poetas...

—Sí — insinué yo; — pero, entonces, no tendríamos relevamientos topográficos.

—¡Bah! Para lo que sirven la topografía y los planos, y los mapas... Siempre serán estas tierras una región maldita, poblada de miserables salvajes. En cambio, los poetas escribirían hermosos poemas y nos dejarían a nosotros tranquilos... — arguyó él, con extraña y desorbitada locuacidad.

Después, brindándome su paquete de cigarrillos, agregó:

—Sírvase, capitán, conviene, de vez en cuando, romper con las reglas jerárquicas. Fúmese uno...

Mi mano, un tanto vacilante, tomó, al azar, un cigarrillo. Empero, disimuladamente, lo eché al bolsillo. El coronel, no obstante, descubrió mi maniobra y, chanceándose, a la vez que encendía el suyo, me dijo:

—Bueno. Usted se lo pierde, capitán. Pero no quiero insistir...

Así, continuamos. Uno tras otro, el coronel se fumó todos los cigarrillos que quedaban en el paquete. Por cada uno que encendía, un vuelco daba mi corazón. La suerte, empero, parecíale favorable. El cigarrillo fatal, mortífero, justiciero, no aparecía. Un poco después, casi con alivio de mis pobres nervios, había dado cuenta del paquete.

Todavía avanzamos unos kilómetros más. Al cabo, echando mano a su bolsillo y percatándose de que ya no le quedaban más cigarrillos, me dijo:

—Se concluyó mi provisión. Déme usted uno de los suyos.

Iba a hacerlo cuando recordé que los míos también se habían concluído. Así se lo manifesté; pero él, repentinamente, recordando mi actitud al iniciar la marcha, me dijo:

—Pues, entonces, capitán, tendrá que devolverme el cigarrillo que hace unos instantes le di.

Mi mano tembló más de lo imperceptible cuando le entregué el cigarrillo, el último que restaba de los del paquete preparado por el doctor Miller. El coronel Bullwer lo tomó y, de inmediato, aceptó el fuego que yo mismo le brindé.

Una, dos, tres bocanadas de humo se escaparon de su boca. Sus pulmones parecían aspirar el humo con evidente satisfacción.

—El último es siempre el mejor — dijo, y picando espuelas a su cabalgadura la hizo galopar un tanto.

Se adelantó unos pasos. Yo quedé rezagado. Transcurrieron varios minutos, minutos de terrible angustia para mí... Su esbelta silueta balanceábase sobre el caballo, al que de vez en cuando acariciaba con la fusta. Todavía pasaron unos minutos. El humo continuaba escapándose de su boca y en la tranquila atmósfera de la tarde se elevaba azulado y leve. Yo ya no podía mantenerme sobre el caballo. Y todavía mi corazón dió un vuelco cuando, viéndole que se volvía hacia mí, escuché que me decía:

—Pique espuelas, capitán; no se me duerma...

Obedecí. Coloqué mi caballo a la par del suyo, y en aquel instante, como si saliera de una horrenda pesadilla, vi que, después de una postrera chupada, con ademán elegante y jovial, arrojaba la mínima colilla de su cigarrillo.

HORAS más tarde, de regreso al campamento, columbramos a la distancia unos automóviles frente a la carpa de la guardia.

—Son los del comando — exclamó el coronel Bullwer. — Casi adivino para qué han venido hasta este desierto. Estos militares de oficina es para lo único que sirven. ¡No saben lo que es luchar con las fieras y los salvajes que nos dan por soldados!

En efecto. La delación de un soldado, a raíz de la primera víctima causada por el coronel, había puesto sobre aviso a las autoridades del comando, las cuales de inmediato habían dispuesto el sumario y el relevo de nuestro jefe.

Casi con alegría de su parte lleváronse aquella misma tarde al coronel Bullwer.

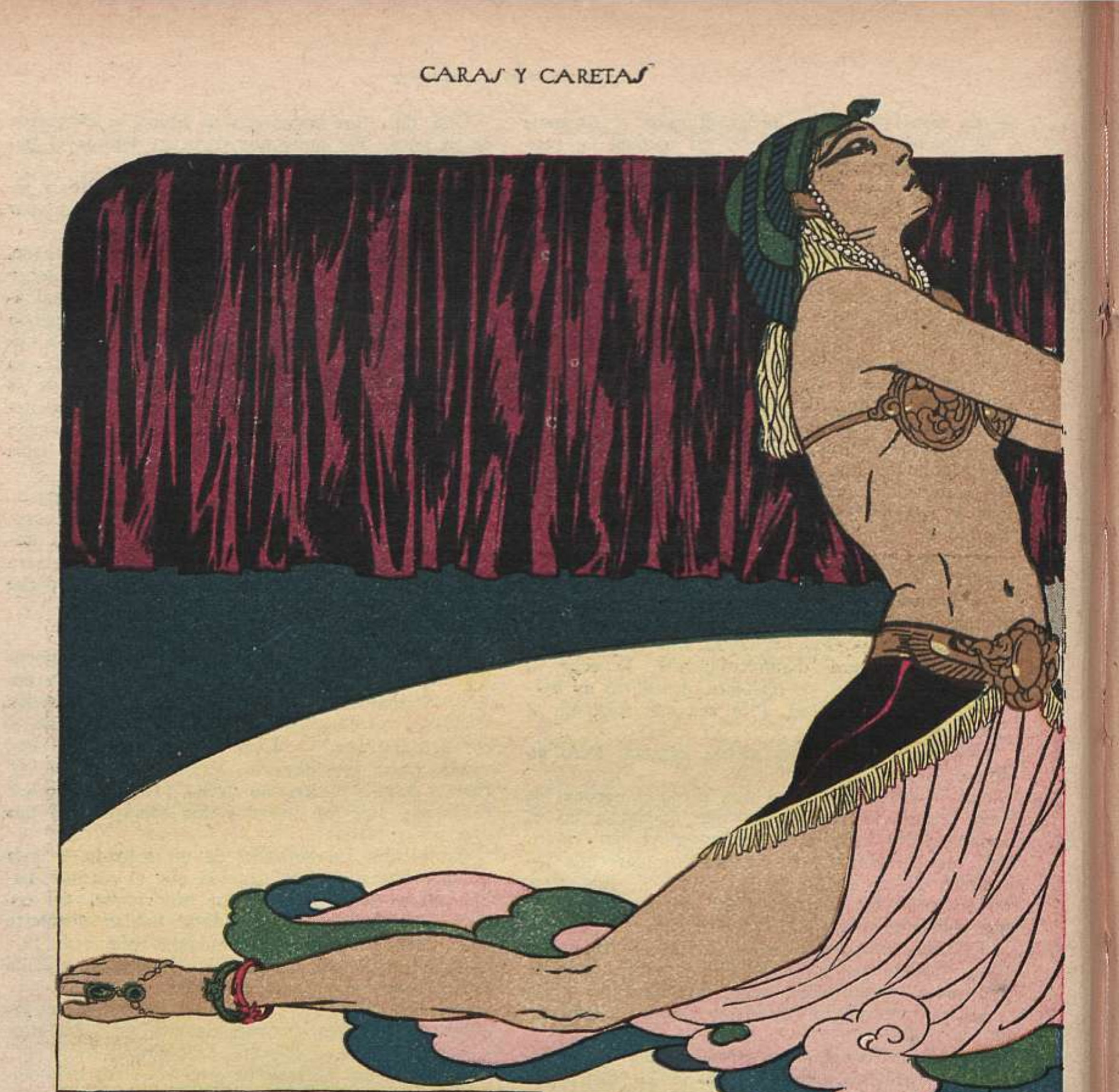
Un poco después, indignado, referíales a los oficiales las horas de angustia que me había procurado el dichoso paquete de cigarrillos.

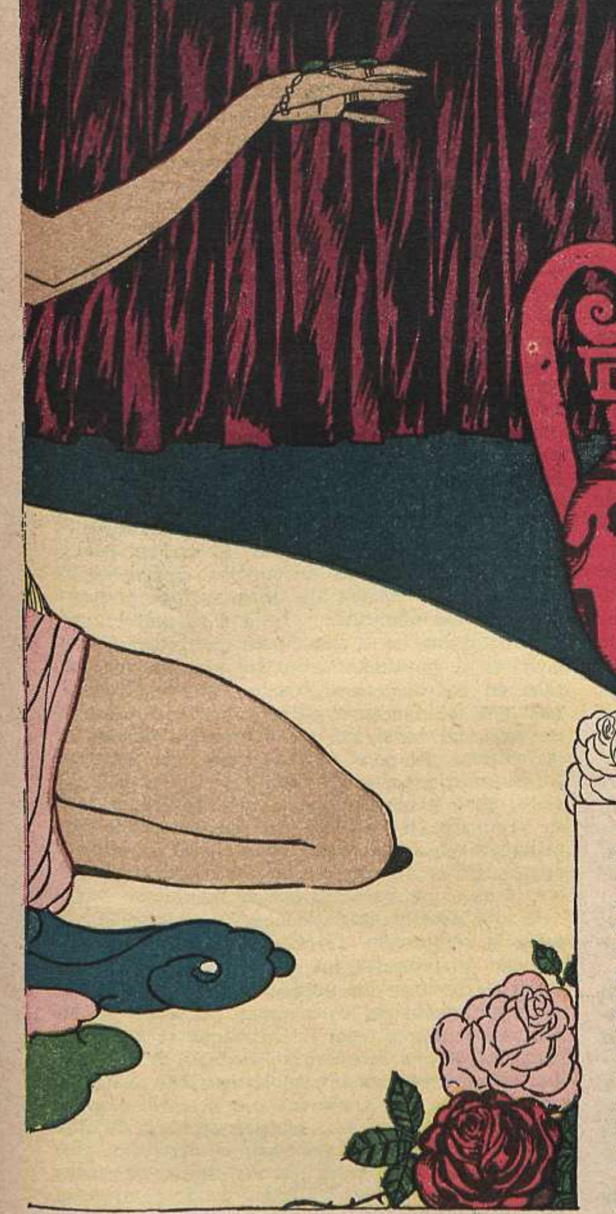
—No había motivos para ello — me dijo entonces el un tanto abochornado alférez ayudante. — Soy nuevo en el ejército y, francamente, no tuve valor para colocar el paquete envenenado en el bolsillo del pobre Bullwer. Aquí lo tienen ustedes. Si alguno lo necesita...

Y lo arrojamos a una hoguera del vivac.



CARAS Y CARETAS





Comenzaré mi canto por las Musas, que con sus delicadas admirables voces alegran las cimas de las montañas, y las huellan con sus ágiles pies.

HESIODO
(*Teogonía*)

Este triste laurel para ti lo reservo, ¡oh glorioso hijo de Latona...! El laurel corona tu frente sobre la sagrada montaña de Delfos...

TEÓCRITO
(*Epigramas*)

La Bailarina de Dafne

Por ALICE POULLEAU



NADIE sabía de dónde había venido aquella angelical criatura, de ojos soñadores y cabellos de oro, largos y sedosos, que Youssef, el marinero, encontró una noche frente a la puerta.

Con un manojo de flores en sus manos y como perdida en un ensueño, sentada sobre los troncos de álamos blancos tendidos a manera de rústico puente sobre el agua, parecía esperar a alguien que nunca llegó.

¿Habría venido a Antioquía por el camino que cruza el valle del Orontes, fresco y sinuoso, a lo largo del cual los fantasmas del pasado se levantan de los sarcófagos medio desenterrados; de las columnas derruídas y de los muros antiguos desmoronados? ¿Vendría en compañía de algún grupo de "fellahs" de gentil apariencia, vistiendo chalecos con ricos bordados, semejantes a los de sus tapices, y amplios pantalones macedonios? ¿Sería una de esas niñas que, acurrucadas como un pajarito, llevan los campesinos entre sus brazos, montados en la grupa de su asno cargado de canastos? ¿O habría descendido de una aldea alejada de la planicie, de donde venían las surgentes aguas que se precipitaban formando las cascadas del Beit-el-Ma, y como el Mitia del cuento ruso se había perdido entre los trigales más altos que ella?

Nunca se supo, pues ningún extraño lo dijo, y ella era demasiado pequeña para decirlo.

Loubna, la molinera, sensible y piadosa, la recogió como a una oveja extraviada, y la durmió en una camita de hojas de sorgo, al murmullo del agua y al arrullo de las palomas, que, solas entonces, evocaban los ecos del valle encantado, donde antaño suspiraban y gemían las flautas.

La pequeña permaneció varios días huraña y silenciosa, como gacela atrapada por cazadores. Se tornó después tierna y dulce, tanto, que le dieron el nombre de Wadia (la dulce). Fué creciendo sin molestias para la molinera, como fueron creciendo la cabrita negra y el corderito Fanous, que todas las noches dormían sobre los blancos piececitos de la niña, en la choza de arcilla, bajo los plátanos de hojas separadas como los cinco dedos de una mano de Fatma.

Por la mañana, alegres gritos la despertaban, y aparecía Aid, el pequeño "fellah", de camisa azul, tez de barro cocido y puño rudo, que peleaba con

la cabrita y trepaba en los esbeltos álamos para buscar allí los nidos.

Tras de las ágiles cabras y de las ovejas de cola gruesa, que trotaban con presuntuosos movimientos de cadera, iban los dos, con una rama en la mano, por los senderos cubiertos de los guijarros puntiagudos arrastrados por las lluvias primaverales.

En la primavera hacían ramos de flores de olor a miel, aspiraban su grato aroma y las arrojaban después en las hirvientes cascadas para tener el placer de verlas girar en el agua azulina, en la que semejaban delicados arcos iris.

En verano se deslizaban en la huerta, donde se hinchaban los granos de las granadas y las moreras se cubrían de dedalitos de colores blanco y rosa, formando estrellitas, alrededor de las cuales zumbaban las abejas, grandes como las de los jeroglíficos de Karnak. Después, teñidos de rojo sus labios y sus mejillas con el jugo de esas sabrosas frutas, corrían hacia el fondo del valle, hasta el bosquecillo de laureles entremezclados con mirtos en flor, y en ese ambiente embalsamado jugaban con una tortuguita, o dormían como las divinidades agrestes que en otro tiempo poblaron el sagrado bosque de Poïbos.

En el tiempo de lluvias, cuando el viento de otoño amarillea las hojas antes de arrebatarlas, se entretenían, a ratos, en hacer canastos y discos multicolores, parecidos a los escudos espartanos que servían para conservar el pan y el arroz que hacían también curiosos exvotos que se colgaban en las paredes de las iglesias y de las mezquitas para dar gracias por la buena cosecha y para pedir otra mejor.

Otras veces se apartaban con las cabras a las orillas del Silpius para buscar tesoros: trozos de mosaico o de mármol esculpido; pedazos de ánforas; medallas o monedas curiosas, en las que, frente con frente, se esforzaban los dos para distinguir el perfil de un "melek" (rey) desconocido o algún signo cabalístico, que Abouna Boulos, el padre capuchino de Antakieh, sería el único que sabría descifrar.

Una vez, durante un aguacero, se refugiaron en una antigua tumba cristiana, donde Wadia encontró una de esas lamparitas de barro que tanto impresionan por su antigüedad. Otra vez, se internaron con el ganado por el sendero estrecho y escarpado de Bab-el-Haid, que sigue un canal antiguo, y Aïd explicó a Wadia que esos enormes muros fueron hechos por los "dijinns", y le indicó que no era prudente pasar allí la noche.

Entonces descendieron a la barranca profunda del Onopniktés, y subiendo por la pendiente opuesta, se dirigieron, entre los trigales, hacia la modesta "kenissé" (iglesia) de Boutros, el apóstol. Penetraron en el recinto saltando por encima del muro de musgosos y mal unidos sillares, pues la puerta enmohecida, perforada por las balas turcas, estaba cerrada como la de un cementerio abandonado. Entre grandes malvaviscos y cardos, que surgen de la tierra como lanzas cubiertas de flores, un buitre de cuello blanco y alas negras, posado sobre una piedra, desplumaba a una alondra cuyos hermanitos revoloteaban atemorizados en la gruta húmeda en que se efectuó la primera asamblea de los cristianos. Aïd tomó una piedra, y el buitre rapaz huyó dejando en las manos de Wadia un cuerpecito inerte y ensangrentado a cuya vista se traspasó de dolor el corazón infantil exquisitamente sensible de aquella joven de origen desconocido.

Los suspiros de las hojas, los gemidos del viento, los lamentos de las cascadas y los trinos de las aves, todo, reunido, era para ella un concierto misterioso que la embelesaba, y cuando la cabrita Aziza, de hocico chato, saltaba con sus cuatro finas patitas en el sendero pedregoso, Wadia saltaba también, y con su velo blanco ceñido a su cuerpo o sosteniéndolo con sus manos extendidas, bailaba al son de la flauta de caña de su amigo el pastorcito; pero no sabía que sus movimientos rememoraban los de sus antepasados, cuyas cenizas estaban mezcladas con la tierra que pisaba con sus desnudos pies.

Un día de verano, Wadia descendía sola por el sendero del valle que sigue la corriente de las grandes cascadas, y buscando hierbas frescas de tallo duro y raíz jugosa, llegó al bosque de laureles, en donde, en tiempos pretéritos, un dios persiguió a Dafne, la tímida virgen, a quien se cree encontrar en cada tronco.

Wadia no conocía esa historia. En cuclillas, cerca de unos mirtos, cavaba la tierra, con mano impaciente, sirviéndose de un mal cuchillo, cuando de pronto se rompió éste, y en lugar de la raíz amarilla que ella pensaba encontrar, vió algo como una teja delgada, redonda y modelada que le pareció muy extraña. Agrandó la cavidad con el pedazo de cuchillo que le quedaba, y después de cavar hasta lastimarse los dedos, sacó de la tierra una cosa tan admirable y bella a su parecer, que inmediatamente se la llevó, para que la examinara, a un viejo musulmán, único ser humano que moraba en ese misterioso bosque sagrado, frecuentado por los fantasmas. Era la parte esférica de un vaso, tal como los que duermen olvidados en las vitrinas del poco visitado museo de Siracusa. Su superficie parecía brillante y lisa a primera vista; pero a medida que la niña la frotaba con su velo, algo maravilloso iba poniéndose de manifiesto: sobre un fondo rojo claro, en siluetas negras, bellas figuras de bailarinas de esculturales formas, que parecían que tenían vida.

Wadia, asombrada de lo que sus ojos veían, retenía la respiración. ¿Dónde había visto esos seres, tan diferentes de los que estaba acostumbrada a ver? ¿Sería en las nubes del cielo al desenvolverse a impulso de los vientos? ¿O acaso en los juegos de agua al caer en hilos que se retuercen como los de una cabellera? ¿No sería en un mundo lejano cuyas reminiscencias pasaban confusas por su mente, como una luz que se enciende y se apaga, llenando con sus imágenes su alma de niña inconscientemente modelada por el lugar, los paisajes pintorescos y quizá por los espíritus errantes que aun frecuentaban los sitios donde pasaron su vida humana?

Wadia no podía comprender que un dios acababa de apoderarse de ella. Inconsciente, no huyó, como Dafne, del abrazo divino, sino que se abandonó a él, transportada, cautivada por la revelación de la armonía perfecta, de la euritmia sagrada, explicada por la danza alada de las ninfas del ánfora antigua.

Su primer movimiento fué el del avaro. Ni siquiera pasó por su mente la idea de mostrar su hallazgo a su amigo Aïd, ni a Youssef, ni aun a Loubna. Esto le habría parecido un sacrilegio. Vió un viejo tronco cubierto por un enjambre de abejas, y en una cavidad profunda, entre las raíces, depositó su tesoro, como un secreto de amor, del que gozaba ella sola, ignorándolo los demás.

Desde entonces, ensayaba furtivamente pasos ligeros; exquisitos y expresivos movimientos de su flexible cuerpo, de sus delgados brazos, y con guirnaldas de flores en sus delicadas manos y coro-

nada de violetas la hermosa cabeza, se miraba en las tranquilas aguas de Dafne, a fin de ver si se parecía a las figuras de sus sueños. Así se desarrolló y llegó a ser una joven seria y alegre a la vez, con esa gracia que se ignora.

Después Loubna murió, y Youssef encargó a la niña del cuidado de la casa y de llevar los días de mercado a Antioquía las cestas de tomates, calabacitas y berenjenas, sentada sobre una pollina seguida de su burrito, de piel de terciopelo y temblorosas patitas. Wadia fué bien pronto conocida de los dueños de las pequeñas fondas de las riberas del Orontes, que le compraban las legumbres tiernas para sus "mezzés", (colación) y cuando les faltaban esos menesteres, se los pedían, y entonces ella, acompañada de Aïd, volvía por la tarde con una nueva carga, y regresaban juntos a su casa, al obscurecer.

Una noche que se detuvieron más que de costumbre en la casa de Antoun Tawilé, el "kaouadji" (cafetero), oyeron algunos acordes de mandolina y cítara y golpes sordos de tambor. Wadia vió por una ventana la terraza muy iluminada, con varias mesas a la orilla del agua, todas ocupadas, y mucha gente que parecía esperar. Las notas aisladas de los instrumentos se armonizaron de repente en una melodía lánguida, con reacciones apasionadas, y sobre una plataforma apareció un ser fantástico que hizo estremecer a Wadia. Era una joven con líneas de estatua; ondulados y sujetos con cintas de oro tenía sus rubios cabellos, y en las manos una rama flexible de rosa trepadora adornada con sus propias flores; sus blancos brazos salían de una túnica de seda vaporosa que se detenía en las rodillas y velaba apenas un cuerpo de diosa, un cuerpo de Artemisa cazadora, de reducido busto y finas piernas.

Sonrió con gracia y comenzó a bailar; ya con un movimiento rápido simulaba que huía; ya, como una amazona intrépida, parecía blandir la lanza y aprestarse para un lucha sin piedad, o bien se detenía tímida y en actitud de orar y extendía los brazos para ofrecer la florida rama a alguna deidad invisible; luego era una carrera alada en la que sus pies apenas tocaban el suelo; tan pronto era una bacante extasiada en delirio profético, como una ninfa de los bosques expresando candorosamente la alegría de vivir y de ver la luz.

Todas las figuritas del ánfora de Dafne parecían revivir en ella sucesivamente, y Wadia, mirando extasiada que su sueño iba tomando cuerpo, no escuchaba las llamadas de Aïd, que en la calle, cerca de la puerta, sujetaba con dificultad a la burrita impaciente por entrar.

Largo tiempo vivió la niña de este recuerdo durante los fastidiosos trabajos domésticos, de los que huían su pensamiento y su alma.

Después, el viejo Youssef, arrugado como una pasa, fué también a dormir bajo la rústica lápida del cementerio sin muros, en donde descansaba su compañera.

Y Wadia se encontró sola como en los primeros días de su infancia, cuando, sentada sobre el puente del molino, escuchaba el ruído arrullador del agua que corría. Sin embargo, no sentía soledad, tanto las cosas de allí hablaban a su corazón. Con frecuencia subía a la cumbre escarpada de las colinas que forman el círculo de Beit-el-Ma y desde allí veía los manantiales de los que surgía un caudal de agua que se extendía, dividido en fajas de nívea blancura; se deslizaba después entre la vegetación; desaparecía, con mugidos como los de una manada de caballos salvajes, de blancas crines, en una cavidad del valle, para reaparecer más lejos, de trecho en trecho, y formar los torrentes de Dafne, que, precipitándose en las caídas y reuniéndose en una polvareda de agua luminosa, rodaban en torbellino hasta el Orontes, de glaucas aguas, que en Seleucia de Pieri muere en una playa desierta, de arena negra, al pie del monte Cassius.

Toda la vida de Wadia se encerraba en ese bello oasis, al que estaba tan apegada como un injerto de verdura y de aguas vivas entre las montañas pedregosas. Y el poder que la había llevado allí para educar su alma con el contacto de la naturaleza, parecía querer hacerla salir de allí mismo, guiándola por otros caminos. ¿Podría ella conformarse con ser la esposa de un rústico campesino como Aïd y apagar para siempre, entre las paredes de una choza, la llama que ardía dentro de su pecho? Todo su ser protestaba, y bien pronto resplandeció en su espíritu ansioso la imagen de la bailarina de las rosas de Antakiew.

Esta visión arraigó con tanta fuerza en su ser, que un día hizo un paquete con toda su ropa, partió para Antioquía, se dirigió a la casa de Antoun Tawilé y se colocó allí como criada de servir, con la condición de que todas las noches le permitieran ver a Djamilé, la bailarina, hablarle, servirla y... también imitarla.

En poco tiempo Wadia aprendió los pasos más difíciles, que ejecutaba con arte exquisito y gracia natural: no había duda, estaba ella hecha para bailar, como los pájaros para volar, como la nube para flotar, como el agua para correr. Bailaba para ella misma, sin coquetería, sin timidez, para satisfacer una necesidad, profunda e ineludible, de su naturaleza, y quizá por atavismo.

Y fué así como bailó en Antioquía, con túnica blanca, como una de las Piérides, compañeras de Phoïbos. Después en Alep, como bailarina egipcia, vestida con vaporosas muselinas, aprisionado el pecho con una malla de brillante plata y sobre la airosa cabeza un gracioso tocado del que caían cordones de perlas que realzaban la peregrina belleza de su rostro. Más tarde bailó en Damasco, vestida de persa, elegante y voluptuosa, ataviada con joyas de las "Mil y una noches".

Muy pronto su fama se extendió por todas partes: Beyrut, Bagdad, el Egipto, la llamaron, la aclamaron y ciñeron su hermosa frente con coronas de oro y de laurel.

Habitó palacios; poseyó famosas joyas, maravillosas obras de arte; pero el tesoro más precioso, el que ella guardó siempre como una reliquia, fué un fragmento de ánfora antigua, en el que, sobre un fondo rojo, se destacaba, en negras siluetas, un grupo de graciosas bailarinas, fragmento que una niña de alma candorosa, con ojos asombrados, encontró un día al pie de uno de los laureles de Dafne.

ALICE POULLEAU

TRADUCCION DE M. A. B. F. C.

DIBUJO DE VALDIVIA

Páginas olvidadas

LA TIENDA DE CRÍSPULO





ALLÁ por los felices tiempos del esplendor y el poderío de la Grecia, un ateniense llamado Críspulo, hizo correr en la Agora, en el Pnix, en los templos, en los teatros y en todas partes, la estupenda noticia de que, por favor especial de los dioses, poseía un secreto para fabricar almas nuevas, a gusto y a medida, a la manera que hacían mantos los sastres, y los zapateros sandalias o coturnos. Las gentes agregaban que aquel hombre también remendaba y componía las almas contrahechas o muy deterioradas por el uso.

No tardaron en llover sobre el buen Críspulo pedidos por millares. Nadie se atrevía a regatearle el precio, ni nadie pensaba en arreglar los desperfectos del alma que tenía: todos la querían nueva, flamante y a ser posible, para el día siguiente.

—Mira, Críspulo — le decía el uno; — dame un alma de soberano, de caudillo glorioso y triunfador con que yo pueda eclipsar las glorias de Jerjes, de Alejandro y de Milcíades. Yo quiero ser poderoso para dominar a mi pueblo, gobernarlo y hacerlo feliz y grande.

—Cuidado — le decía el otro; — que nada falte en el alma que te encargo para que yo supere con mi ciencia y con mi genio a todos los sabios que han brillado en el mundo. Yo pretendo que Confusio, y Buda, y Homero, y Pitágoras, y Platón, y Aristóteles, sean miserables pigmeos a mi lado. Haz que el alma que te pido sea a la manera de foco de luz en que se condense todo el saber humano, y tú serás el dueño de mis tesoros.

Un joven, de atléticas formas, nacido en el valle de Nemea, le decía:

—Dame, ¡oh, Críspulo!, dame, por favor, un alma que comunique a mi cuerpo la agilidad y la fuerza que le permitan ser el más invencible entre los púgiles, el más ligero entre los corredores, el más diestro entre los que manejan las cuadrigas, y tuyos serán todos los lauros con que la fama corone mi frente en los juegos olímpicos.

Y un anciano, de luenga barba, encorvado bajo el peso de los años, le habló de esta manera:

—Oyeme, Críspulo, sé por experiencia que humo son, nada más que humo, las glorias de la vida. Sólo te pido el alma de un justo que me eleve hasta la perfección de los dioses y me permita algún día vivir a su lado.

—Quiero que me des, pero ahora mismo — le dijo un mancebo, de incomparable hermosura y gallardía — un alma tan superior, tan amorosa, tan perfecta, que pueda vencer con ella los crueles desvíos de una mujer que adoro. Nada me importan la gloria, el poder, ni la fortuna. Por una mirada de esa encantadora mujer, soy capaz de dar la vida. Otórgame, pues, esa alma, pero pronto, muy pronto, pues la impaciencia me consume, y pide cuanto quieras.

Y así todos. Quien encargaba un alma de artista, cuya inspiración eclipsase las glorias de Fidias y de Apeles, quien de orador, ansiando ser más grande que Demóstenes y Alcibíades, quien de legislador, pretendiendo ser émulo de Solón y de Licurgo, y no faltó quien encargase un alma de dios para arrojar del Olimpo al mismo Júpiter.

Todos querían ser grandes, poderosos, perfectos; todos alejándose con el deseo, de la pequeñez humana, huyendo de sí mismos, pretendían invadir con su ambición y su soberbia, el dominio inaccesible de los dioses.

A todo esto, Críspulo, sitiado en su tienda desde el amanecer hasta que el sol se ponía, por su innúmera clientela, iba anotando cuidadosamente todos aquellos encargos, y callaba.

De vez en cuando, se decía: Casi todas estas pobres gentes, tienen un alma buena; ¿por qué pondrán tanto empeño en cambiarla por otra, que no ha de hacerles más felices? Cierto que algunos la tienen averiada por la lujuria y la codicia, otros por la gula, muchos por la ambición y la ira, casi todos por la ignorancia; ¿no les sería mucho mejor y más fácil arreglar la propia, que soñar locamente en otra nueva?

Un día se presentó un hombre en la tienda de Críspulo, a quien llamó aparte para decirle con aire misterioso:

—He oído decir que todos vienen a pedirte almas de reyes, de sabios, de justos, hasta de dioses.

—Bien dices — le contsetó Críspulo, — todos quieren ser grandes y perfectos.

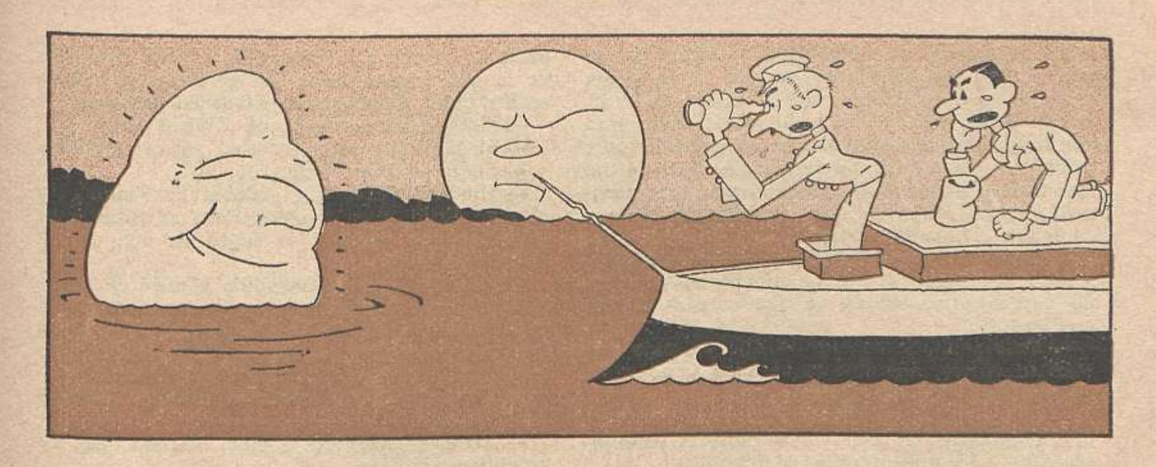
—Pues, bien, — le contestó aquel hombre; — si mi encargo no te mortifica, yo te pido que me proporciones un alma de bandolero.

—¡De bandolero! — exclamó Críspulo asombrado; —¿y para qué la quieres?

—¿Y tú, sabio fabricante de almas nuevas, tú, que sabes arreglar y corregir las defectuosas, me lo preguntas? Pues, yo quiero un alma, no solamente defectuosa, sino perversa para que se convenzan los hombres de que hasta el mismo mal, permitiendo apreciar el verdadero valor de la sabiduría y de la virtud, resulta una necesidad y un bien sobre la tierra.

Rafael Calzada

Este artículo fué publicado en "Caras y Caretas" el 9 de marzo de 1907.



UN AGOSTO EN EL MAR ROJO

Por LORD DUNSAY

El otro día, cuando entré en el club, hablaban de elefantes. Decían que eran mucho más sagaces que los perros. Bueno, me importa poco lo que decían, puesto que nada era nuevo, ni siquiera fuera de lo corriente. "Pero jamás olvidan las injurias", dijo otro de los del grupo. "Son animales vengativos", afirmó un tercero. Y gradualmente, el elefante comenzó a perder su reputación de inteligente y a ganar la de rencoroso que jamás olvida. Y allí hubiera quedado la cosa, saliendo malparado el pobre paquidermo, a no ser por Jorkens. En medio de un cuento de una venganza tomada por un elefante después de mucho tiempo, a causa de una naranja en mal estado, Jorkens interrumpió al narrador con las palabras:

—Eso no es nada comparado con los hombres.

—¿Los hombres? — preguntamos sorprendidos ante semejante comparación.

—Sí — afirmó Jorkens. — No saben ustedes de lo que son capaces para vengarse.

Nosotros no creíamos que la humanidad fuera tan mezquina; antes al contrario, suponíamos que humano significa precisamente lo opuesto. Y así lo dijimos. Pero Jorkens, para probar su aserto, declaró:

—Una vez conocí a un hombre, un griego, que se figuró que se habían reído de él y lo habían tenido en menos. Estuvo haciendo proyectos dos años para burlarse del hombre que se había burlado de él, y al fin lo consiguió aunque debió costarle millares de libras. ¿Qué les parece? ¿Se gastaría un elefante todo ese tiempo y todo ese dinero en semejante pequeñez? No; sólo un hombre puede ser tan necio.

—¿Pero qué hizo? — le preguntamos.

—Voy a contárselo.

Y así fué cómo conocí la singular historia de Agosto en el mar Rojo.

—Aquel griego — comenzó Jorkens, — iba a bordo de un vapor británico costeando rumbo al sur, en viaje de negocios. Era un fabricante de vidrio, no sé en qué parte de Egipto y embarcó en Puerto Sudán. Me imagino que fabricaba todas las copas y los vasos de Egipto, y había emprendido aquel viaje para extender su negocio hasta Durban y Ciudad del Cabo. Yo no iba más que hasta Durban. Pues bien, llegamos a la línea ecuatorial que aquel griego nunca había cruzado. Dimos las bromas consiguientes al cruzar la línea, y los oficiales del barco tomaron muy a pecho el ayudar a que todos se divirtieran. Claro está que apareció a bordo Neptuno, con una magnífica barba hecha de cuerdas, y aunque la broma no resultaba muy graciosa que digamos, todos pusieron de su parte para que resultara, procurando distraer a los pasajeros o hacerles olvidar el calor, y algunos hasta llegaron a zambullirse en una piscina, lo cual los ayudó a refrescarse un poco, Parece que eso no fué lo que irritó al griego, sino que el capitán dijera que aquél era en realidad Neptuno salido del fondo del mar. Por supuesto que el capitán sólo hacía su papel para que siguiera la broma y que todos se divirtieran. Eso lo hubiera visto a las claras cualquier elefante. Pero el griego se consideró insultado de que lo trataran, según decía él, como

a un niño, por ser extranjero. Y desde luego que no era ésa la razón, ya que se le había escogido por no haber cruzado nunca la línea; era su turno, y todas las bromas se hacían para que los pasajeros se olvidaran del achicharrante calor. Sea como fuere, el hombre se puso hecho una furia. "Nosotros le dimos Neptuno al mundo", decía, "antes de que el resto de Europa estuviera civilizada; nosotros, los griegos. Y se imaginan que pueden tratarme como a un niño, a mí, a un griego. Nosotros engañamos al mundo con Neptuno antes de que ustedes fueran civilizados".

— Poseidon, ¿no es eso? — dije yo, para calmar su cólera, que iba en ascenso y no sabía de qué hubiera sido capaz.

— Sí — me contestó a grito herido con el más triunfante desdén, — y ni siquiera pronuncia usted el nombre como es debido.

Después de aquellas palabras, no volví a pronunciar una sola. No parece una gran proeza, pero por la forma como gritaba, cualquiera hubiera supuesto que el hombre creía haber reivindicado a la Grecia contra el resto de Europa y no pensé al principio que aquello lo habría dejado satisfecho, pero no fué así; el hombre se alejó y se puso a meditar su venganza; no dijo nada más durante el resto del viaje y forjó sus absurdos y laboriosos planes para tomar el desquite contra el capitán, burlándose de él y sus oficiales, como ellos, según decía, habían querido burlarse de él.

Pues bien, yo bajé en Durban y al cabo de dos años volví a tomar pasaje en el mismo barco. En aquella época yo recorría mucho la costa oriental del Africa de un puerto a otro. Es incierto que me dedicara al contrabando de marfil, como afirman mis detractores. Iba en el mismo barco rumbo al norte, y finalizando agosto entramos en el mar Rojo. Todos ustedes sabrán lo horrible que es la travesía del mar Rojo en esa época. Dos desiertos a los lados como las dos paredes de un horno y el mar en el medio. El calor empieza en marzo y hacia fines de agosto esos dos desiertos, que apenas pueden tocarse con las palmas de la mano, han hecho hervir el mar Rojo y hasta noviembre no empieza a refrescar. Hombres nada emotivos salen de un punto en medio de aquel calor, y muy poco se necesita para que se vuelvan locos de atar. Y aquel era un agosto bravo, hasta para el mar Rojo.

Pues bien, yo iba sentado en la cubierta como a la hora del almuerzo y los demás estaban abajo almorzando. No puedo imaginarme lo que se propondrían almorzando con aquel calor. Yo ocupaba la mejor clase de silla de extensión que hay.

— ¿Qué clase de silla es ésa? — interrumpió Terbut, innecesariamente.

— Hay dos clases — explicó Jorkens: — las que tienen un hoyo en uno de los brazos para sostener un vaso, y las que tienen dos. Estaba tendido en mi silla de extensión, cuando el capitán vino corriendo con una nota en la mano, que evidentemente le habían mandado desde el puente. Salió a la cubierta del pasaje, porque era la más próxima al comedor. Estábamos pasando por delante de una isla rocallosa. El capitán se acercó a la barandilla y miró más allá de la isla. Luego tomó los gemelos, y cuando se los quitó, distinguí lágrimas en sus ojos.

— ¿Lágrimas? — exclamó Terbut.

— Sí, lágrimas que le corrían por las mejillas.

— Sudor — dijo Terbut.

— ¿Sudor? Claro que sudaba. Estábamos en el mar Rojo y en agosto. Pero aquellas eran lágrimas y el capitán se sentó en una de las sillas y sollozó.

Yo me dirigí a la barandilla y miré en torno a la esquina de aquella isla roja hacia donde el capitán había mirado, y como a una milla de la isla vi lo que él había visto. Y me fuí derecho a mi camarote y me acosté quedándome inmóvil, y mandé a buscar al médico. Cuando llegó le dije:

— No es mi cerebro, doctor. Son los ojos. El cerebro anda bien.

Y el médico me contestó:

— Perfectamente, le daré algo para eso.

Y yo:

— Doctor, no voy a tocar una bebida en todo el día. Voy a hacer lo que usted me diga.

Y él:

— Está muy bien; le mandaré algo con el camarero y no se levante hasta que yo vuelva a verlo. Hace mucho calor.

Bebí lo que me mandó y dormí doce horas. Y en cuanto desperté me di cuenta de que todo andaba bien.

— Sí, sí — dijo Terbut. — Pero dinos lo que vió el capitán del barco, que rompió en lágrimas.

— Era el calor — contestó Jorkens. — Ya les he dicho que estábamos en agosto y en el mar Rojo, y a más de treinta millas de las puertas del Infierno, como le llaman; y no hay estrecho que merezca mejor el nombre. Era aquel calor inalterable, de horno. Y de pronto, ver aquello y pensar que había perdido la razón y terminado su carrera, y que no le volverían a dar empleo en el mar y en que probablemente su familia se moriría de hambre o cuando menos perdería sus comodidades. En Inglaterra jamás se habría portado de aquella manera ni en ningún mar decente; pero el calor allí es verdaderamente horrible; y ver una cosa semejante, de súbito, cuando se hallaba agotado por el ardor de la canícula...

— ¿Pero qué cosa era ésa? — gritamos todos, pues el narrador parecía olvidar lo principal.

— Hombre, claro que tiene que haber sido algún truco de aquel maldito fabricante de vidrio — contestó Jorkens, — el griego de quien les he hablado. No tenía competidores en el comercio de objetos de cristal en todo aquel continente; por eso podía permitirse cualquier cosa.

— Sí, sí, sí. ¿Pero qué cosa fué? — preguntó Terbut.

— Un témpano de hielo — contestó Jorkens.

— ¿Un témpano de hielo? — exclamamos todos.

— Sí — respondió Jorkens con verdadera tristeza, — y lo que más me llegó al alma en medio de aquel horrible calor y tan lejos de mi hogar, fué una pequeña alfombra de nieve que tenía en la cúspide. Apostaría cualquier cosa que era de cristal cuajado; pero me llegó a lo profundo del alma...

Lord Dunsay

Album poético de "Caras y Caretas"

POETAS LIRICOS ALEMANES

Canción del cazador

¡Cuán gentil es el paso del pájaro en la nieve
Cuando anda por los picos del alto monte ignoto!
(Más gentilmente escribe la mano de mi amada
Cuando una carta escríbeme desde un país remoto...)

¡Cuán alta por los aires elévase la garza!
Ni balas ni ballestas alcanzan su región.
(Mucho más elevados y mucho más veloces
Del puro y fiel cariño los pensamientos son.)

Morike

Tuve en un tiempo...

Tuve en un tiempo una adorable patria,
Do un roble inmenso
Se erguía y las violetas olían suavemente.
Mas fué un ensueño.

Besóme y suavemente me dijo en alemán
(Precisa haberlo
Oído, ¡tan bien suena!), estas palabras: "Te amo".
Mas fué un ensueño.

¿Dónde?

¿Dónde estarán las paredes
De mi postrera morada?
¿Junto al Rin, bajo los tilos,
O en el sud, bajo las palmas?

¿Enterrado en un desierto
Seré por manos extrañas,
O iré a posar mis cenizas
En la arena de una playa?

¡Qué importa! El Dios de los cielos
Donde esté me irá a buscar,
Y cual lámparas mortuorias
Los astros me velarán.

Heine



A la Luna

Con tu argento los bosques y los valles
Ensueñas nuevamente...
Esta vez, esta vez has libertado
A mi alma totalmente...

Tú tiendes, blanca Luna, la mirada
Mitigante y remota,
Con la benignidad de un fiel amigo,
Sobre mi suerte ignota.

De viejos ecos tristes o gozosos
Mi corazón se llena,
Y en su honda soledad va caminando
Entre el Goce y la Pena.

¡Oh río!, sigue, sigue deslizándote...
¿La ilusión...? Voló ya...
¿Dónde están el anhelo, el alborozo,
Y aun la fidelidad?

Y empero un día fué del todo mío
Lo que más estimamos;
Lo que al través de penas y amarguras
olvidar no logramos...

Sigue, sigue ofreciendo a aqueste valle
Tu misterioso encanto;
Ve murmurando dulces melodías
Para mi obscuro canto.

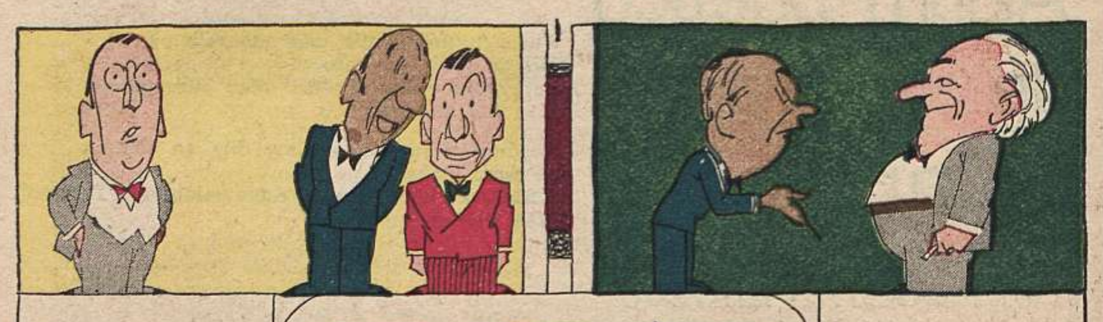
Irruye en el invierno rumoroso
Y osado a la pradera,
Y de bellos capullos la recubre
En la áurea primavera.

Feliz de aquel que separarse sabe
De la turba, y de aquel
Que un amigo en el alma oculto lleva,
Y habla siempre con él,

De cosas a que el hombre suele apenas
Otorgar atención,
Y de noche recorre el laberinto
De su almo corazón.

Goethe

A PUNTA DE LAPIZ, por VALDIVIA



Inventor perezoso

—Es un notable inventor; pero es muy perezoso. Figúrese que, a fin de no molestarse, ha inventado una máquina para dar azotes a sus hijos.

Desconfianza

—La historia me inspira mucha desconfianza.

—¿En qué se funda usted?

—En que soy historiador.



El dolor de muelas y el matrimonio

—Cuando a uno le duelen las muelas, le basta con ir a casa del dentista para que se le pase el dolor. Pero, uno no quiere pasar por cobarde...

—A mí me sucedió lo mismo en el Registro Civil. En cuanto llegué allí con mi novia, se me quitaron las ganas de casarme. Pero, como usted en casa del dentista, no quise pasar por cobarde.

La memoria

—Tengo una gran memoria. Hace veinte años que le debo a usted diez pesos y no me he olvidado todavía.

—Una cantidad tan pequeña me la podría usted haber devuelto.

—¿Y, entonces, para qué me serviría la memoria?



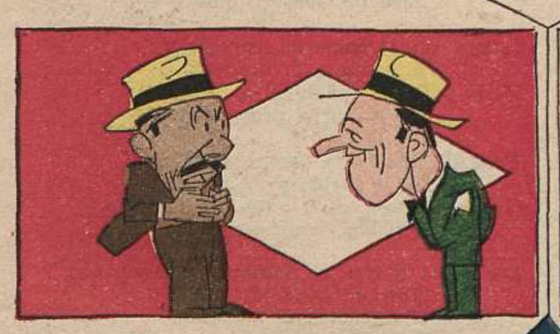
Bebedor de raza

—¿Tomamos un cóctel?

—Me han prohibido el alcohol; pero yo, sin desobedecer las órdenes del médico, sigo con mi antigua costumbre.

—¿Y cómo se arregla?

—Preparo un cóctel exquisito con diversas aguas minerales.

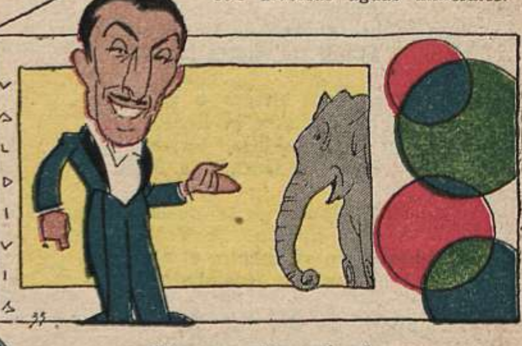


El nuevo departamento

—En el nuevo departamento no permiten tener perros. Y el nene echa mucho de menos al que teníamos. Está inconsolable.

—¿Y qué piensa usted hacer?

—No sé. Mi señora me aconseja que aprenda a ladrar para entretener al nene.



Un gran hipnotizador

—En compañía de mi elefante he viajado mucho. Lo hipnotizo y le hago que se encoja. Se encoge, se encoge y acaba por meterse dentro de la trompa. Y ésta, con muy poca plata, la mando a todas partes por encomienda postal.



UN NOMBRE PARA TI

Por GUILLERMO SARAVI

Déjame que te nombre como mi labio sabe;
con un nombre que sea para nosotros dos;
para que tú me escuches, para que yo te alabe...
Y temblaré al decirlo, porque en su ritmo cabe
un poco de aquel otro con que decimos: Dios.

Y no serás ni *amada*, ni *novia*, ni *esposa*. Simplemente,
serás la amiga única, la santa, la que es
en la hora de sombras un rayo transparente,
un terciopelo cálido para rendir la frente,
un consuelo sin límites para todo revés.

Hija mía, delante del hijo que nos crece
como una flor de gracia, como una suave flor
en la rama del árbol que al tiempo se madurece...
(Además, tú comprendes que el cabello encanece
y que hay algo en nosotros hecho ya resplandor).

Hermana, hermana mía, te nombraré delante
del que escucha y no entiende, del que mira y no ve,
del que nos trae un poco del tedio circundante...
Y ese justo recato nos hará más fragante
el incienso interior de la fe.

Ahora, en el misterio de esta noche callada
en que asumen tus manos el blancor del jazmín
que pones en mi mesa siempre desordenada,
te nombraré con una palabra perfumada
que, como Dios, no tenga ni principio ni fin.

Entera no la dice mi labio que hoy te nombra
con un lenguaje extraño de tan hondo que es...
Pétalos invisibles caen sobre la alfombra...
El Amor abre una ala musical en la sombra
¡y baja la mirada de Dios sobre los tres!

DIBUJO DE ALICIA PENALBA

LAS DESVENTURAS



DE MANECO



7



8



9



10



11



12

En el silencio de

Cómo vive la comisión científica

La tragedia de la soledad. – La tortura de seis hombres condenados El alma de Ramsay. – Los fantasmas blancos de la región Juan Carlos Lynch. – Noble rasgo del gobierno argentino. – Los Escenas y

Por JUAN JOSE

La tragedia de la soledad

Una dama me escribe:

— "*¡Seis hombres solos en las islas Orcadas! ¿Cómo viven? ¿Cuáles son sus pasiones? ¿Por qué se encierran en su cárcel de hielo? Esos hombres, señor, deben ser de madera*"...

Por desdicha, señora, esos seis hombres son de carne y hueso. Tienen sus pasiones. Cada uno de ellos lleva en su vida alguna tempestad. Y su lobo interior. Yo también supuse como usted, que ellos, al condenarse voluntariamente a vivir entre témpanos, perdían sus pasiones. Me convencí de lo contrario cuando al llegar a las Orcadas uno de ellos me dijo:

— *¿Ve usted aquel hombre? Ha vivido durante un año con nosotros. Anda en dos pies por milagro de Dios... ¿Ve usted aquel otro? Todo el año le he deseado la muerte.*

Los ojos le brillaban de odio. Sentí miedo y me puse a reír:

— *¿Qué le han hecho para que usted los odie tanto?*

— *Nada. Son buenos muchachos.*

Entonces me explicó la espantosa tortura de la soledad de seis en compañía. Hay que imaginarse el suplicio de vivir un año — o dos años — seis personas juntas, bloqueadas por las moles de hielo. El edificio del observatorio es un simple cajón donde aquellos seis hombres viven en contacto continuo. Imaginaos seis sardinas vivas dentro de una lata...

— *¡Siempre las mismas caras!* — exclama uno de ellos. — *Nos conocemos de memoria las fisonomías. Nos odiamos sólo porque nos vemos. Antes que uno de nuestros compañeros vaya a mover los labios, ya sabemos lo que nos va a decir. ¡Hemos oído tantas veces los mismos chistes, las mismas aventuras, los mismos recuerdos del hogar! Sobre todo, eso...*

Sobre todo eso: los recuerdos del hogar. Cada uno de estos hombres, aun los que nunca mostraron amor a la familia, sienten despertar en el fondo de sus fibras la angustia del recuerdo. Por eso tratan de olvidar. No hablan de los hijos, ni de la mujer, ni... Hay una palabra que pocas veces se pronuncia allá porque eleva la presión nerviosa de los buenos muchachos:

— *¡Mamá!*

Se aburren de oírse y no pueden permanecer callados. Hablan, y como nadie los escucha, se entregan al monólogo. O recurren al sistema de Sócrates: el mismo que pregunta se responde. Si pudieran vivir sin hablar serían más felices.

— *En las ciudades* — me decía uno de ellos — *yo me animaría a vivir en silencio, sin oír, pero acá...*

En efecto. El silencio blanco de las nieves es mil veces más pavoroso que el silencio nocturno. En esa nieve solitaria donde no crece un yuyo, donde en invierno se esconden hasta los pingüinos, donde nunca es de noche porque la noche es blanca; donde hasta el cielo es sordomudo, porque la naturaleza no quiere que en la región polar haya rayos ni truenos; en este páramo parecido en su lívida blancura al color de la muerte, los fantasmas son blancos. Se les ve levantarse entre los témpanos, con las alas abiertas. Pasean so-

las islas Orcadas

entre los pingüinos y los témpanos

a vivir juntos. — Una palabra prohibida. — El lobo interior. — antártica. — Un accidente grave al 2° jefe de la comisión señor pingüinos. — Por qué los aeroplanos no pueden ir a las Orcadas. — visiones.

DE SOIZA REILLY

bre la nieve dibujando señas en el frío. Hablan en mudo. Erizan la imaginación de pensamientos flacos como los esqueletos. Dilatan los párpados como si los ojos fueran a salirse de sus cuencas para subir a las alturas y reventar en fuegos de artificio. Hacen poner, en fin, los cabellos de punta...

Estos hombres, para no morirse de locura blanca, tienen que llenar su silencio de ruidos. Hay que hablar. Decir algo, aun cuando nadie les conteste. En la puerta del observatorio he visto una inscripción latina:

—*"Vivendo discimos"*.

Hace algunos años, alguien de sobremesa se entretuvo en narrar episodios de su infancia. Los había contado tantas veces, que todos se aburrían. Al compás del ruido de la voz, uno jugaba con los residuos de una galletita; otro miraba el techo; los demás, el humo. A veces, cuando el narrador describía detalles de su vida privada, uno de los oyentes rompía su silencio para corregirle:

—*No; no fué así.*

—*¿Qué sabés vos, si en esa época no me conocías?*

—*Es que ayer lo contaste de otro modo. Y hace un mes nos contaste lo mismo.*

—*Es cierto.*

El relato proseguía su curso aburridor. Los compañeros, bajo el soponcio de la monotonía, abrían y cerraban los ojos. Ni siquiera podían mirar por la ventana. La casa, durante el invierno, desaparece bajo las sólidas capas de la nieve. Afuera el frío era de 38° bajo cero. La estufa ardía con carbón. El frío, a pesar del "ruberoid", pasta impermeable que cubre exteriormente la casilla, se filtraba no se sabía por dónde. Fué menester echar al fuego un pedazo de foca. La grasa de este animal es el combustible que expande más altas calorías. Entre el humo de las pipas y el tufo de la grasa ardida, la soledad de los seis hombres era una cosa que sonaba a hueco como las cajas fúnebres. Entre tanto, el otro seguía contando las pillerías ingenuas de su infancia, sin que nadie lo oyera, porque todos se estaban oyendo interiormente. De pronto la voz del narrador velóse de tristeza. Dijo algo que nunca había confesado a sus compañeros de infortunio. Finalizaba el cuento:

—*"Entonces, mi madre me dió un beso"*.

Los cinco hombres, como movidos por un resorte, lo miraron. Vieron que el muchacho lloraba como un niño. Todos, al mismo tiempo, se pusieron de pie, furiosos, enloquecidos de dolor, dando gritos de rabia:

—*¡Canalla!*

Le pegaron con los puños, ferozmente. Fué una paliza bárbara. Al pegarle lloraban. El infeliz gemía recibiendo los golpes.

—*¿Por qué me pegan?*

Le pegaban porque al oír hablar del beso de la madre, aquellos hombres valientes y barbudos, acostumbrados a luchar heroicamente contra las tempestades, habían pensado en otro beso igual:

—*"Entonces, mi madre me dió un beso"*.

(Desde ese día, para evitar un crimen, cada uno de los seis se enterró la palabra santa en la tumba del pecho).

—*Y cuando están hastiados de oírse, ¿no encuentran un consuelo en salir a vagar por las montañas?*

—*El único consuelo es tomar los esquís y echarnos a patinar sin rumbo fijo.*

Llevamos en el bolsillo un puñado de chocolatines y no volvemos hasta la hora de cenar. Es menos trágica la soledad de la nieve que la soledad de la tertulia. Pero en el reglamento del observatorio existe una cláusula que nos prohibe salir solos fuera de la oficina. Tenemos que salir de a dos. Si a uno le ocurre un accidente, puede el otro ayudarlo. Ya sabe usted lo que pasó en 1915 con Backe-Wig. Salió de paseo y no volvió jamás. Se cayó, sin duda, en una grieta. Nadie lo acompañaba...

Alguien supone que se suicidó. Uno de los que sostienen esta creencia es su amigo, el sabio profesor Olaf Lutz Holm, actualmente jefe del observatorio de Pilar, en Córdoba. Pero el cadáver de Backe-Wig no ha aparecido nunca.

El alma de Ramsay

Los *muertos no hablan* — me decía riendo en las Orcadas mi admirado y noble amigo Félix Monti. — *No hablan, pero sus almas andan por ahí...*

Y me contaba la leyenda que, desde hace muchos años, circula entre las distintas comisiones que han actuado en el observatorio.

—*El alma de Ramsay.*

¿Quién es Ramsay? Allan G. Ramsay fué el primer explorador científico que murió en las Orcadas. Había llegado allí en la expedición del "Scotia", con Pruce y con Mossmann, fundadores del observatorio. Ramsay murió en 1903: hace treinta años. Su cadáver inauguró el primer cementerio de la región antártica. Allí duerme. ¿Duerme? Cada vez que se pierde alguna cosa, los muchachos exclaman:

—*Se la llevó Ramsay.*

Pocos días antes de llegar nosotros, uno de los observadores que estaba de servicio nocturno, dejó en la cocina un bife de pingüino para comerlo a su regreso. Cuando volvió no estaba.

—*Se lo llevó Ramsay.*

Al día siguiente el bife apareció sobre la nieve que cubría la tumba de Ramsay.

Hace algunos años se perdió un martillo.

—*Se lo llevó Ramsay.*

En diferentes ocasiones las olas del mar han llegado hasta el cementerio, metiéndose en las tumbas y arrancando las piedras — cantos rodados — que cubren los cadáveres inhumados a medio metro de profundidad. Esa vez el mar barrió todas las piedras de la tumba de Ramsay. Las olas ya estaban a punto de llevarse el cadáver, cuando uno de los observadores consiguió pescarlo por medio de una soga con un gancho. El cadáver de Ramsay tenía entre los dedos el martillo extraviado.

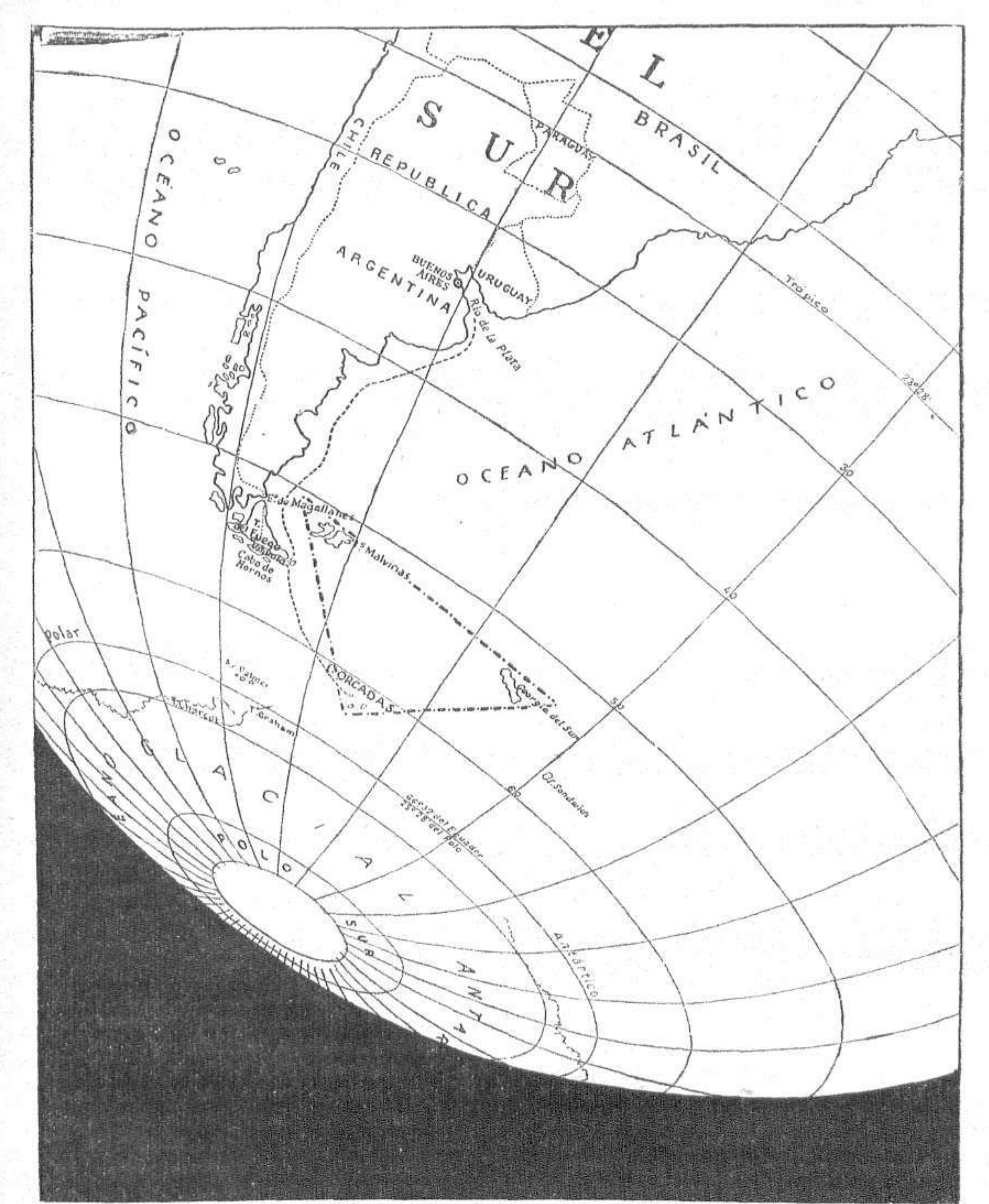
Un accidente grave

Las enfermedades y los accidentes suelen ser para aquellos seis hombres, catástrofes terribles. Tienen un botiquín, pero tan mal surtido, que a menudo no sirve para nada. El único libro de medicina que poseen es un tratado de terapéutica casera, obra de una doctora de Berlín, traducido del alemán al español. En sus páginas están consignados los síntomas de todas las enfermedades conocidas y de algunas otras más que los médicos no han descubierto todavía. Para cada enfermedad se indica el procedimiento curativo. Pero al final de cada indicación se agrega:

—*Si esto no diera resultado, es conveniente llamar al médico más próximo.*

El médico más próximo tiene que demorar seis meses para llegar a las Orcadas...

El jefe de la expedición científica de 1929-1930, el ilustrado hombre de ciencia José Manuel Moneta, en un informe oficial dejaba constancia de esta deficiencia. Ahora mismo, en estos días, después de mi viaje a las Orcadas, ha ocurrido en el observatorio una desgracia, cuyos detalles se conocen por los despachos radiotelegráficos. El segundo jefe de la comisión actual, el señor Juan Carlos Lynch, muchacho de talento y dueño de una voluntad maravillosa, yendo con sus colegas Pico y Correa Morales a realizar una inspección sobre el monte Mossmann (cerro Drebel), en cuya cumbre está la veleta del anemómetro que mide la velocidad del viento, se cayó desde la cúspide, fracturándose, según se cree, una pierna y también la cadera. La falta de un médico impidió que la fractura pudiera arreglarse. El jefe de la comisión, señor Collasius, solicitó una conferencia radiotelegráfica con un facultativo, a fin de que éste le indicara el procedimiento que debía seguirse. El herido se quejaba de dolores tan espantosos, que vivía en



Mapa donde se ve la posición que ocupan las islas Orcadas en la zona antártica de los hielos eternos. La línea de puntos indica el trayecto recorrido por el transporte "Pampa" en su reciente y arriesgado viaje llevando a los miembros de la comisión científica, al redactor de "Caras y Caretas", señor Soiza Reilly, a nuestro repórter gráfico, señor Emilio Abras, a distinguidas familias argentinas y a los representantes universitarios señores: Bourre y Saravia y doctores Mignaburu y Cibils Aguirre. El triángulo encierra las islas que Gran Bretaña considera suyas.

un grito perpetuo. Tratándose de una fractura interna que necesitaba un examen directo y radiográfico, el médico sólo pudo indicar la aplicación de paliativos.

—*Si no vienen a buscarlo* — decía un radiotelegrama — *nuestro querido compañero se muere.*

El gobierno de nuestro país por orden del ministro Antonio de Tomaso, tuvo un rasgo estupendo. Telegrafió a Nueva Georgia, la isla más próxima a las Orcadas — que también está bajo el dominio de los reyes británicos, aunque es argentina, — pidiendo un barco ballenero que se animara a ir en busca de Lynch para traerlo a Buenos Aires, antes de que los hielos cerraran la bahía. Desde allá los barqueros ingleses respondieron lacónicamente:

—*Diez mil pesos.*

Nuestro gobierno respondió:

—*Aceptado.*

Y dentro de algunos días Lynch llegará a Buenos Aires.

Se me pregunta:

—*¿Y no hubiera sido más factible traerlo en aeroplano?*

Los aeroplanos actuales no podrán llegar nunca a las Orcadas. Los sondeos efectuados por el observatorio en las altas capas atmosféricas registran velocidades de viento superiores a 200 kilómetros, que es la misma velocidad de los mejores aeroplanos que tenemos. Si uno de estos aeroplanos se encuentra con un viento contrario, por más fuerza que haga no avanzará ni un metro. Además, suele ocurrir este fenómeno: a 700 metros de altura el viento sopla a 200 kliómetros *en dirección al norte;* y 200 metros más arriba, otro viento sopla a la misma velocidad pero en sentido inverso, vale decir, *en dirección al sur.* En estas condiciones, el aeroplano se hace añicos...

Psicología de los pingüinos

Yo había visto pingüinos en distintos jardines zoológicos del mundo. Pero siempre me parecieron juguetes de cartón. A pesar de estar vivos adquirían, lejos de su ambiente, un aspecto solemne de aves embalsamadas con ácido antipútrido. A través de las rejas no me daban la sensación de la enorme riqueza de bondad que Dios ha puesto debajo de sus plumas. El pobre Anatole France, que en *La Isla de los Pingüinos* quiso darles alma de políticos, no supo descubrir en ellos las altas virtudes de su idiosincrasia...

Ahora que los he visto de muy cerca; ahora que los he analizado en su propia atmósfera, en su propio paisaje y en el propio clima de su libertad, estos inocentes animalitos del Señor me parecen los seres más apolíticos y humildes de la tierra.

Hay que verles los ojos. Son ojitos redondos, luminosos, expresivos, que miran con inocencia, como los ojos llenos de cielo de los niños de un mes. No son ariscos. Siguen a las personas como perros, por el solo placer de acompañarlas, sin interés ninguno de prebendas, puesto que sólo comen los alimentos que encuentran en el mar.

Cuando el transporte nacional "Pampa" iba entrando en la bahía Uruguay de la isla Laurie, alcanzamos a ver, a la distancia, sobre un témpano andante, algunos pingüinos que seguían con atención las maniobras del barco. Una vez que fondeamos y vieron que la lancha se desprendía con los pasajeros hacia tierra, se arrojaron al agua, todos al mismo tiempo, con premura para llegar primero que nosotros. Al desembarcar, ya la columna nos esperaba inmóvil, emocionada, sin un sólo movimiento de inquietud, ni recelo, ni susto...

Me acerqué a uno de ellos para acariciarle la cabeza. Los demás, como si hubieran sido muchachos envidiosos, se me acercaron para que también les tocara la cabeza. Yo les rascaba las plumas aceitosas del cráneo, uno a uno. Después al internarnos en las islas cubiertas de nieve, nos seguían detrás, caminando trabajosamente, con sus trajes de frac y sus chalecos blancos. Al andar se tambaleaban. Vestidos de etiqueta, parecían caballeros de lujo que al salir de un festín habían extraviado la galera de felpa y también los zapatos.

Los pingüinos son, en su vida doméstica, verdaderos ejemplos de moral. Cada pingüino se casa con su pingüina y ambos mantienen su fidelidad con una firmeza que los eleva por encima de muchos animales que conozco en el mundo. No hay caso de que un pingüino viudo, vuelva a casarse nuevamente. Una vez que pierde a la compañera, se encarama en un témpano y se deja llevar a la deriva, sin mirar hacia atrás; y lo que es más extraño: no come. Al perder a su amor, se muere de hambre. Y, además, no grita, como si el dolor de su desgracia lo dejara mudo para siempre, o como si comprendiera que ante los inapelables designios del Altísimo, sólo cabe dejarse llevar a la deriva...

Cada pingüina pone dos huevos por año. Si le roban uno, vuelve a poner otro. Si le roban los dos, vuelve a poner dos. Pero, cada matrimonio nunca tiene, anualmente, más de dos polluelos.

Con la vida pisicológica de los pingüinos podría hacerse un libro de moral. ¡Cuántos ejemplos de abnegación, de altruísmo y de filantropía! En las épocas de miseria, cuando el mar está pobre y los pingüinos sufren las consecuencias de la crisis marítima, no se desesperan; no lloran su miseria en los diarios, ni en los parlamentos. La pingüina y el pingüino dejan sus hijos a cargo de una pingüina solterona, que ejerce la misión de institu-

DATOS SOBRE LAS ISLAS ORCADAS

¶ La isla Laurie, donde está el observatorio, tiene una extensión de 45 kilómetros de largo por 20 kilómetros de ancho.

¶ En verano hay focas, pingüinos, cormoranes, gaviotas y petreles. En invierno sólo quedan focas y pingüinos. De la foca se aprovecha el lomo, y del pingüino, el pecho.

¶ El 22 de febrero de 1904 se enarboló por primera vez en las islas Orcadas la bandera argentina, pero Gran Bretaña sigue considerándolas británicas, dentro del triángulo que comprende las Malvinas, Georgia y Orcadas, según puede observarse en el mapa que publicamos en la 4ª página de esta crónica.

¶ Presión atmosférica en septiembre: máxima absoluta: 70.79; mínima absoluta: 9.74.

¶ Temperatura del aire: máxima absoluta 6.3; mínima absoluta 37.0.

¶ Vientos fuertes: de 152 a 200 kilómetros.

¶ En 1932, durante el mes de junio, hubo solamente seis horas de sol.

¶ Como en esta zona no hay perros, fué necesario llevarlos de la Tierra del Fuego. En 1928 se condujeron los primeros, pero uno de los miembros de la comisión, Fortunato A. Escobar, la víspera de su muerte en las Orcadas, mató varios de ellos a tiros. Quedaron tres: "Chichilo", "Cataplún" y "Klap". "Chichilo" murió el 1º de febrero de 1933.

¶ La comisión científica que actuó con gran beneficio para la ciencia en 1932 estaba compuesta por los señores: Ernesto Bruhns, Bernardo Matos, Félix Monti, Juan Carlos Lynch, José Bermúdez y Juan Carreras (cocinero).

¶ El observatorio de las Orcadas es utilísimo, pues con el de La Quiaca y el de Pilar, completa la línea magnética del país. Los datos de estos tres observatorios se utilizan en el Japón para pronosticar el resultado de la cosecha del arroz. "El mundo es un motor — dice Nansen — cuyo magneto es el Ecuador y los refrigeradores son los polos. Conviene por lo tanto conocer los grados de influencia que tienen las corrientes frías de los polos sobre el excesivo calor tropical, para aplicar esas observaciones a la agricultura."

triz, y ellos se meten en el mar, bajo la capa de hielo que recubre las aguas. ¿Cómo respiran? ¿Cómo hacen para vivir tanto tiempo debajo de los "packs"? Regresan a su refugio de las roquerías cuando pueden traer en el pico el alimento para sus muchachitos.

El personaje más simpático es, a mi modo de ver el que yo llamo:

—*Pingüina institutriz.*

Ya he dicho que suele ser una pingüina solterona. Ha quedado sola. Sin amor...

Su deber consiste en reunir a todos los pequeños pingüinos que carecen de padres. Ocurre con frecuencia que los padres, al irse lejos a buscar comestibles, no regresan jamás. Prefieren morir antes que volver con el pico vacío. Entonces la institutriz recoge los hijos de todos — los hijos de nadie — y ella misma les enseña a nadar.

En la bahía Scotia vimos, a lo lejos, una larga columna. Avanzaban, uno detrás del otro, con rumbo a la orilla del mar. A la cabeza de la columna venía la pingüina institutriz, dando tumbos, bamboleándose con el mismo ritmo de los patos. Al llegar a la orilla, se detuvo. El pequeño pingüino que estaba detrás, dió un pasito adelante, poniéndose a la par de su maestra. Entonces, la institutriz, le pegó con un ala un leve golpecito en la espalda y el pingüino entró en el agua y se puso a nadar. En seguida los demás fueron haciendo la misma operación: se ubicaban junto a la institutriz. Se dejaban dar el suave empujoncito. Caían en el mar. Nadaban, yendo y viniendo, alegres de vivir en aquel mundo celeste de juguetería... De pronto la institutriz lanzó una voz de mando. Todos, sin excepción, obedecieron y salieron del agua. La institutriz encabezó de nuevo la columna. Marchaban, uno detrás del otro, mirándome con sus ojos llenos de inocencia. Yo iba marcándoles el paso:

—*¡Un... dos!... ¡Un... dos!*

Varios pasajeros del "Pampa" quisieron traer a Buenos Aires algunos ejemplares de pingüinos. Son tan mansitos que se dejan levantar en los brazos. El comandante Rodríguez advirtió:

—*Morirán de calor...*

Nadie los trajo. Al alejarnos de las islas, vimos junto al observatorio, a los seis héroes de la comisión meteorológica que, en homenaje a la ciencia, iban a quedarse allí por espacio de un año, en plena soledad. Detrás de ellos, los pingüinos, trepados en una mole de nieve, nos miraban partir. Yo creo que nos miraban con tristeza y con lástima...

—*Esos pingüinos* — le dije a una niña — *son seres superiores.*

—*¿Saben amar?*

—*Saben amar porque saben ser buenos. Hasta cuando los matan siguen siendo buenos. La parte más exquisita de su cuerpo es la pechuga, cerca del corazón...*

Soiza Reilly

LA CEREMONIA DEL TE EN EL JAPON

Por ALBINO PUGNALIN

Al regresar a Kobe, después de visitar el museo imperial de Kyoto, me encontré en la estación con F. Inabata, acaudalado negociante, que sentía verdadero regocijo en agasajar a los huéspedes occidentales.

Me invitó a tomar el té, con otros amigos japoneses, en su residencia de Osaka. Yo tenía contraído un compromiso anterior, de otra índole, pero me sentí tentado de cancelarlo ante la posibilidad de ver con mis propios ojos la ceremonia del té, según la costumbre japonesa, que tanto había herido mi imaginación, en los días de mi adolescencia, a través de las lecturas.

La residencia del señor Inabata estaba emplazada en las afueras de la ciudad de Osaka, sobre un terreno ligeramente ondulado, desde cuya eminencia se podía contemplar el panorama severo y triste del vasto parque.

El paisajista japonés al trazar estos parques trata de conservar las naturales manifestaciones de la creación, cuando entonan un lenguaje en el lugar, y las embellecen con una idealizada copia de alguna otra escena natural. Hay en aquéllas, en cada árbol, en cada planta, en cada piedra, en el estremecimiento de los juncos por el viento, como en los puentes que cruzan diminutas corrientes de agua, un alma, el alma de las cosas, que se filtra en la sangre de nuestro espíritu inundándolo de una voluptuosidad desfalleciente y llorona.

El mismo árbol del cerezo que plantan, no por su fruto, sino por tributo anual de sus flores, para cultivar, diríamos, la parte alegre del carácter, ofrece una alternativa demasiado rápida y brillante dentro del silencio lóbrego del paisaje, que estimula, más bien que disipa, los lánguidos abandonos del alma. "Si alguien me preguntase cómo es el espíritu del japonés, yo le contestaría: como la florescencia del inconstante cerezo, bañando su tristeza en una mañana de sol", dice Motoori Norinaga. Estas palabras lacónicas representan simbólicamente la mentalidad japonesa: su debilidad como su fuerza. Ellas dan una llave incomparable para la comprensión de todo un pueblo, cuyo ideal ha sido siempre vivir y morir como la flor de cerezo, cuyos pétalos acorazonados caen en breve tiempo con la indiferencia que un samurai ante la muerte.

Al llegar a la casa dejamos nuestro calzado en un pequeño vestíbulo y después de mostrarme las colecciones de jades, porcelanas, kakemonos y marfiles, el señor Inabata, me hizo pasar, con los demás invitados, a la sala de té, cuya serena simplicidad y estudiada armonía, en la ostentación de las formas y los colores, me impresionó agradablemente.

Yo era el único que vestía a la usanza europea, mientras los demás lucían el clásico quimono. Nos sentamos a la japonesa, unos frente a otros, dando comienzo al ritual de la ceremonia del té, bebida introducida de China por los sacerdotes budistas, en el siglo X, bebida que fué monopolizada en los primeros siglos por dichos sacerdotes, por los hombres de letras y por la aristocracia imperial.

Por la calma y propio control mostrados por los participantes del rito en la forma de sentarse y de actuar, en las sucesivas fases de la ceremonia, me pareció que, más que un simple entretenimiento o simple apaciguamiento de la sed y el apetito, era un ensayo físico y moral: una serie de movimientos destinados a asegurar, en lo externo, la elegancia en la forma de sentarse y la dignidad en las maneras y, en lo interior, una absoluta presencia de espíritu; en fin, un sistema de cultivar las buenas maneras teniendo como centro de acción el servicio y la bebida de una taza de té.

Todo está previsto: cómo debe ser abierta la puerta corrediza, en qué momento se debe cerrar, cómo se debe llevar y arreglar cada utensilio, cómo debe sentarse silenciosamente cada persona, frente a la hirviente caldera que cuelga de un brasero, cómo debe ser levantada la tapa de la caldera, cómo se debe poner el polvo de té en la taza, cómo debe caer el agua caliente sobre él, cómo se debe agitar el agua verde con un bambú, cómo y dónde debe colocar la taza lista por el espectador que ha de ingerir la bebida, cómo tomar un dulce de la mesa chata que apenas se levanta unos centímetros de la estera del piso, cómo se debe tomar la taza ofrecida, cómo se contendrá entre las manos, cómo se beberá en tres sorbos y medio y todos estos actos del ceremonial con movimientos del cuerpo y de los dedos, de acuerdo con los cuerpos que están en conexión con él.

Cuando terminó el ritual, el señor Inabata me dijo: "Los directores de la ceremonia del té no tienen hoy en día la verdadera concepción del rito, y así degenerado, en un cuerpo de formalidades convencionales e insignificantes, se convierte en algo cansador. Es así como muchos no pueden ver hoy en día, a través de esa presente frialdad, la idea de gusto y refinamiento que lo forjó en siglos pasados. Sin embargo, la ceremonia del té contribuyó a serenar el alma nacional, especialmente en aquellos ásperos días del siglo XVI, cuando enseñó a los grandes guerreros que volvían cubiertos de sangre del campo de batalla, a arquear su alto cuello para admirar las curvas de la belleza, encerradas en armonía serena y simple que el gusto Zen había impuesto en la estructura de la sala de té y de su ceremonia. Triunfó de la rudeza de los guerreros y tal vez éstos aprendieron en ella, en ese ambiente de dominio y de propio control, a sujetar un poco la espada en la vaina, persuadiéndolos que sólo el hombre sereno sabe el momento justo en que debe usarla".

ABRIL - MAYO - JUNIO - JULIO - AGOSTO

Proteja su garganta

de los rigores del frío y su cortejo de enfermedades: tos, resfríos, catarros, grippe, bronquitis, etc., tomando

Pastillas Iodeina

(MONTAGU)

La Iodeina (iodo y codeína) suaviza y desinfecta las vías respiratorias, descongestiona los bronquios, calma la tos, tonifica los pulmones y suprime las sofocaciones.

Cuídese, tome Iodeina y estará a cubierto de complicaciones graves.

En su casa tome Jarabe Iodeina.

En todas las farmacias y en la

Farmacia Franco-Inglesa

LA MAYOR DEL MUNDO

Sarmiento y Florida — Buenos Aires



GLOTON JUBILADO

Por LUIS GARCIA

Ya no come, ni bebe, ni se acuerda
del sexo femenino.
Hoy, para él, las mujeres
son un cero a la izquierda.
En fin, es un doctrino
que no falta jamás a sus deberes.
La edad le obliga a ello.
Ha perdido el cabello
y le suelen doler las coyunturas
cuando hay mucha humedad en el ambiente.
¿Cómo se va a meter en aventuras?
Tuvo fama, en sus tiempos, de buen diente;
pero hoy come muy poco o casi nada.
Es un hombre prudente;
y, aunque fumar le agrada,
sabiendo que fumar le perjudica,
en contra del tabaco pontifica.
—Igualmente malsanos
son las mujeres — piensa — y los habanos.
Muchas horas se pasa
mirando las paredes de su casa,
en las que hay a docenas
retratos de bellezas peregrinas,
hoy rosas sin perfume y sin espinas.
A rubias y morenas
mira, y dice, afligido:
—¡Cuánto tiempo perdido!
Recuerdo que Rosario
me llamaba tramposo y perdulario
y, a veces, me arañaba
en prueba de lo mucho que me amaba.
¿Pues y cuando Simona
se ponía pesada y rezongona
y llorando seis horas se pasaba?
Sin amar ni beber vivo contento.
No hay duda, soy un hombre de talento.
De todo se consuela.
Ningún dulce recuerdo le desvela.
Sólo lamenta a ratos
tenerse que privar de algunos platos.
Suele decir en broma:
—Sigo siendo glotón, aunque no coma.
Soñando en los sublimes macarrones
que ya me entusiasmaban siendo un rorro,
de memoria me atraco y me atiborro
pitagóricamente de ilusiones.
¡Que se vaya a paseo
toda la Facultad de Medicina!
¿Hago mal porque leo y saboreo
un libro de cocina?
¡Qué rica es la perdiz con chocolate!
¡Qué buena es la ensalada de tomate!
¡El salmón me parece macanudo!
Leo el libro una vez y cinco y siete
¡y me doy, a menudo,
con la imaginación, cada banquete!
El entretenimiento es delicioso.
Sin embargo, resulta peligroso.
Hace ya varios días que no duermo.
No sé lo que me pasa. Estoy enfermo.
Sabiendo que no hay nada en el planeta
como el pavo trufado,
he leído tres veces la receta
y se me ha indigestado.

Luis García

DIBUJO DE CABALLÉ


"COMO TÚ
ME DESEAS"
Porque el
ACEITE de OLIVA
conserva
el cutis juvenil
esta cantidad entra en cada pastilla del Palmolive →
DEBE usted conservar el cutis higiénicamente limpio — sin barros que afean y hacen imposible agradar a los demás.
Usted puede tener un cutis hermoso y juvenil. Más de 20.000 especialistas en belleza le dicen cómo obtenerlo. "Use el Jabón Palmolive — dicen — porque el principal ingrediente embellecedor del Palmolive es el benéfico aceite de oliva".
Tratamiento de Belleza
Por la mañana y por la noche frótese el cutis con la balsámica espuma del Jabón Palmolive hasta que penetre bien en los poros — luego enjuáguese y séquese con suavidad.
También use el Palmolive para el baño.
Será suyo el encanto de un cutis juvenil, terso y hermoso, que la hace y conserva a Vd. adorable.
PALMOLIVE
35 ctvs.
3 por $ 1.

Curiosidades de historia natural y de gastronomía

Sin remontarnos hasta el Diluvio, se puede uno preguntar (y ello es algo divertidísimo) lo que comían nuestros más lejanos antepasados. ¡Guardémonos bien de creer que sus *menús* eran tan variados como los nuestros!

Evidentemente, tenían nuestros antepasados ciertos recursos que se han enrarecido en los tiempos modernos. La caza abundaba en todas partes, sobre todo en las regiones temperadas. Inmensas tropas de caballos salvajes pastaban en las praderas, y hay que admitir que los caballos desempeñaban un papel importante en la alimentación del hombre primitivo, puesto que se encuentran frecuentemente montones de osamentas de equinos, indudablemente acumuladas durante las cacerías o matanzas periódicas.

Un buey de gran tamaño, el *auroch*, poblaba las florestas de Francia por allá en el siglo XII. En el siglo XIV existían aún en Alemania algunas manadas de esos bueyes. Pero, desde hace más de doscientos años, la especie desapareció.

Mas dejemos la caza, para referirnos a los animales domésticos.

La gallina, que el hombre civilizado ha introducido en todas las regiones del mundo, es originaria del sudoeste del Asia, donde se encuentra todavía en estado salvaje. Se la domesticó, desde los tiempos prehistóricos, por los habitantes de la India, y no hizo su aparición en Europa occidental sino con la llegada de los asiáticos, que colonizaron hacia el fin de la época llamada Edad de Piedra.

El pato y el ganso han sido domesticados en Europa desde la más remota antigüedad. Se han encontrado sus osarios en las aldeas lacustres establecidas, hace diez o doce mil años, en las orillas de los lagos suizos y de la parte más septentrional de Italia.

El origen del conejo es más obscuro.

No se sabe ni en qué época ni en qué país de Europa fué domesticado.

Fueron muy probablemente los antepasados de los españoles los que construyeron la primera trampa.



EL ILUSIONISTA SE SUICIDA

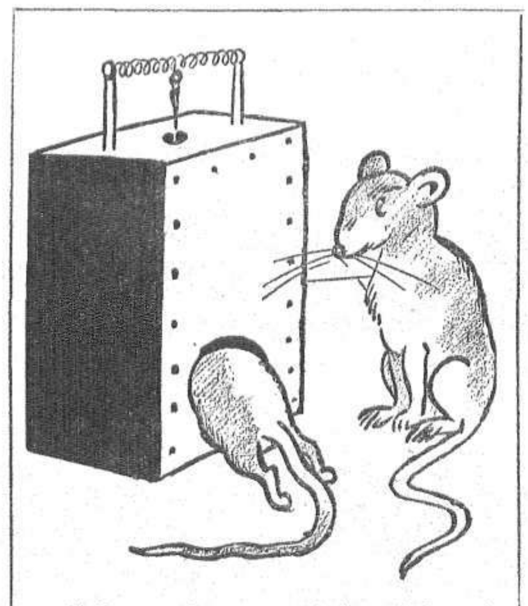
Premio Nobel de fisiología y medicina

El premio Nobel para fisiología y medicina correspondiente a 1932, ha sido concedido a dos notables investigadores ingleses: sir Carlos Sherrington, ex presidente de la Royal Society y profesor de fisiología en la Universidad de Oxford, y el profesor E. D. Adrian, de la Universidad de Cambridge.

Estos últimos años ha existido la costumbre de dividir este premio en dos partes para premiar por separado los méritos en cada una de ambas ramas de la ciencia médica. Esta vez los dos premios han ido a parar a Inglaterra.

Sir Carlos Sherrington se ha distinguido por sus estudios especiales sobre las funciones del sistema nervioso central; su gran experiencia y habilidad han vencido la gran complicación del problema y han revelado el *plan fundamental* y la ordenada continuidad de numerosos actos reflejos, mediante los cuales el sistema nervioso central regula las actividades del cuerpo humano y las adapta al medio que lo rodea. Algunos de sus experimentos se hallan expuestos con gran maestría en su libro sobre "La acción integradora del sistema nervioso", universalmente apreciado entre los neurólogos como su obra modelo. Hasta hace muy poco tiempo el modo de funcionar de nuestros órganos sensorios se hallaba envuelto en el misterio y sólo se podía discutir en términos psicológicos.

El profesor Adrian, por su parte ha prestado a la ciencia un señalado servicio sujetando tan difícil problema a las disciplinas de laboratorio. Gracias al empleo de métodos biológicos, ha podido, por vez primera, establecer comparaciones entre los órganos sensorios y sus correspondientes nervios, con otros órganos nerviosos cuya función se halla ya mejor conocida. Su obra "Las bases de la sensación" proporciona, por lo menos, una teoría razonable de la materia, basada en experimentos de laboratorio.



—Si llego a saber que necesitabas toda la noche para agarrar un trozo de queso, yo hubiese entrado antes.

(De *Gutiérrez*, Madrid)

Los niños en el Japón lejano

En las clases pobres, las niñas adquieren desde muy temprano la grave responsabilidad de cuidar a sus hermanos pequeñuelos, cuya carga llevan con raro estoicismo.



Las alumnas de una escuela japonesa aprendiendo el delicado arte de combinar las flores en graciosos ramos. El culto a la flor es una virtud de la mujer nipona.



La enseñanza de la escritura es una tarea más difícil de la que con el mismo fin se imparte en Occidente.



He aquí a una pequeñísima parte del futuro ejército japonés adiestrándose en el uso del fusil, trabajo que, al parecer, realizan con seriedad.

SE DIO VUELTA...

EN su libro "Hombres ilustres", Perrault cuenta que el padre de Moliere, enojado porque su hijo había decidido ir a provincias para representar comedias, lo hizo hablar por todos sus amigos a fin de que abandonara el tal proyecto. De fracaso en fracaso, por último le envió al maestro en cuya escuela el joven Moliere había hecho sus primeros estudios, esperando que éste consiguiera convencerlo. Pero lejos de ello, Moliere persuadió al maestro a que abrazara su profesión, representando el papel de doctor en su comedia, diciéndole que el poco latín que sabía lo ayudaría en el trance y que la vida que llevarían sería mucho más agradable que la de desasnar a sus pensionistas.

TRUEQUE

UNA "lady", ya no joven pero muy bella, mirándose complacida al espejo, dijo a su hija:

—¿Qué darías, hija mía, por tener mi belleza?

—Mamá — contestó la hija: — exactamente lo que vos darías por tener mi edad.

CONTRABANDO

VOLTAIRE, en viaje de Ferney a París, en el año 1779, es detenido en las puertas de la capital por los aduaneros. Le preguntan si no había nada en su coche sujeto a impuestos:

—Caballeros — responde Voltaire: — Aquí no hay más contrabando que yo.

CONFESION POR PODER

EL abate Terrasson le dijo al sacerdote que acudió a confesarlo en su postrera enfermedad:

—Padre, me encuentro muy débil para hablar. Os ruego que interroguéis a madama Luquet. Ella lo sabe todo.

Madama Luquet era su ama de llaves. El confesor insistió y quiso comenzar el interrogatorio:

—Veamos, señor abate — dijo, — ¿habéis sido goloso durante vuestra vida?

—Madama Luquet, ¿he sido goloso? — preguntó el enfermo.

—Un poco, señor abate — replicó madama Luquet.

—Un poco, padre — repitió el enfermo.

Por los caminos del mundo

Anécdotas

CONVIDADO DE PIEDRA

CUANDO el cardenal Fesch, que vivía muy retirado en su hotel de Monte Blanco, tenía que hacer sus invitaciones para los banquetes de aparato, abría el almanaque imperial y elegía al azar en el senado, en el cuerpo legislativo, en el consejo de estado, en la magistratura y en el alto clero.

Cuarenta personas habían sido invitadas a uno de esos banquetes y treinta y nueve ya estaban reunidos en los salones del cardenal. Eran las siete y media y todavía no iban a la mesa. El cardenal parecía inquieto. El hambre alargaba todos los rostros.

—¿Esperáis a alguien, monseñor? — se atrevió a preguntar uno de los convidados.

—Sí. Espero a un senador respetable.

Pasa media hora. El mismo convidado se acerca al cardenal.

—Monseñor; quizás el respetable senador se halle enfermo.

—¡Oh, no! Me lo hubiera mandado decir.

Pasa otra media hora.

—Pero, monseñor, ¿quién es ese respetable senador?

—Es el conde de Laville-Lerma.

—¡Oh, monseñor! ¡Hace un año que ha muerto!

ESQUELAS LACONICAS

CRILLON escribió un día a Enrique IV: "Sire, tres palabras: "Dinero o licencia". El rey le respondió: Crillón: cuatro palabras: "ni uno ni otra".

QUE LO HAGA EL INGLES

ENTRE el capitán de un buque inglés y el de un buque español, convinieron la siguiente apuesta: Elegirían un marinero de cada tripulación que tendría que recorrer, en el menor tiempo posible, toda la arboladura, y el que hiciera pruebas más arriesgadas ganaría la apuesta.

Tiraron sus suertes y le tocó el turno al marinero español, que era andaluz.

Subióse éste al palo mayor, hizo infinidad de piruetas a cual más difíciles, y estando a considerable altura, presto a descender, por un pequeño descuido perdió pie y cayó rodando por cuerdas y palos, pero teniendo la suerte de caer sobre un montón de redes y sogas que había sobre cubierta.

Todo dolorido por el golpe recibido y sonriendo forzadamente ante las exclamaciones de susto de los que presenciaron la caída, el andaluz dijo con la mayor frescura:

—¡Anda, ahora, que "jaga" eso el "inglé"!

METODO SALUDABLE

EL mayordomo de un noble francés, confesaba que una vez por mes castigaba a todos los lacayos.

Cuando se le recitaba lo que Séneca dice acerca del tratamiento a dar a los que nos sirven, replicaba:

—Citadme todo el latín y toda la filosofía que queráis. Yo no abandonaré el método que me ha dado tan buenos resultados. Durante treinta años de practicarlo, ninguno de mis lacayos ha tenido cuentas con la justicia; excepto uno, al cual no castigué.

La artillería festiva

Nada más pintoresco ni tampoco más peligroso que una usina de fuegos de artificio.

Se creería uno por momentos transportado a un campo de trincheras, en una primera línea de combate.

Imaginad, en efecto, una serie de pequeñas cabinas distantes unas de otras y separadas por un gran muro contra las llamas posibles. También vemos cabinas separadas por terraplenes. Lo mismo que en un frente de batalla.

Porque una nada, un fósforo, una simple chispa sutil, bastarán a inflamar el establecimiento. Y si tal accidente se produce, habrá que evitar que toda la usina arda.

—Perdone, amigo mío, que le abandone un momento. Voy a dar a mi mujer un encargo por teléfono.

(De *London Opinion*, Londres)

Una de las mejores protecciones contra el fuego y las explosiones son los árboles. De modo que las usinas de artificio están situadas casi siempre en los bosques, y todos los espacios que separan los talleres, los depósitos, los almacenes, están llenos de arbustos y aun de flores.

En cada uno de los talleres, en cada una de las cabinas de que hablamos, dos o tres obreros u obreras trabajan en la carga de los petardos y demás objetos de pirotecnia.

En general, la fabricación de piezas de artificio comporta dos operaciones principales: la confección de cartones de toda clase que constituyen la cubierta de los petardos y demás, y la carga de las diversas composiciones que llenan los cartones.

Trátese de fuegos de bengala, de voladores, de petardos, de luces romanas, de bombas, la carga se opera sea directamente, comprimiendo las pólvoras, sea fabricando anticipadamente los comprimidos de diferentes colores que luego se encierran en los cartones apropiados y que llevan el lindo nombre de *estrellas.*

Los artículos de artificio se dividen en cuatro categorías principales:

Los que se tiran y queman en el suelo o en el agua; llamas de bengala que envuelven monumentos, jardines, parques, petardos buscapiés y silbadores que corren a ras de tierra. Luego los llamados "surtidores" que responden a los dibujos más variados y hacen girar "soles" deslumbradores y girasoles pintorescos. Después los aparatos automotores, precursores de los voladores que actualmente se estudian para sondear la estratósfera. En fin, los aparatos de concepción balística, proyectiles cilíndricos o esféricos, que a veces constituyen verdadero aparatos de gran tamaño.

Desde luego, el dominio de la pirotecnia es más extenso cada día y sale de los límites que le hemos trazado en esta breve reseña.



—Enuméreme usted los huesos del cráneo...

—Son huesos cuyo nombre se me olvida, pero le aseguro al señor profesor que los tengo todos en la cabeza.

La caricatura política en el extranjero



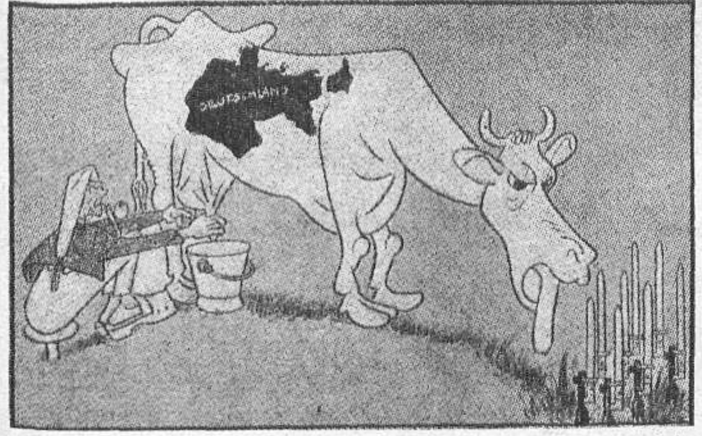
El socialista alemán. — ¡Le corté la palabra a Hitler!
(De *Le Rire,* París)



El Angel de la Paz. — ¡Despierta! ¡Hay guerra en el Este!
La Sociedad de las Naciones. — ¡Cómo! ¿Dónde? ¿Qué dices?
(De *Wiebelspalter,* Suiza)



Hindenburg. — Mientras no se llegue al límite de la producción de cancilleres, no hay que descorazonarse...
(De *Simplicissimus,* Munich)



— No te molestes, Miguel. Con semejante forraje, la vaca no podrá dar leche.
(De *Wahre Jacob,* Berlín)



LOS GRANDES BIGOTES DE ALEMANIA
(De *Le Rire,* París)

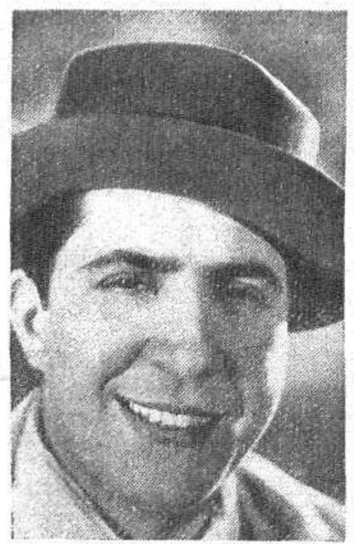
La mano experta de Cecil de Mille, en su magistral trabajo "El Signo de la Cruz", nos ha demostrando que, en el cine, la vieja y espectacular técnica de los buenos días de la pantalla muda no envejece y sí aumenta sus valores con el aditamento parlante. Multitudes, esplendor, detalles, comparsas innúmeras, animales salvajes poco menos que en libertad, fuego y sangre, acción, siempre acción, esta es su fórmula y éste el medio merced al cual se apodera de la atención del espectador y lo mete, materialmente hablando, en el mundo que él ha creado. La trama, el argumento, los actores, nada cuentan, nada importan, nada representan. Es esta vida que palpita en la pantalla, es el mundo vertiginoso que nos arrastra, es el ambiente creado con notable acierto, que caldea nuestros ánimos y, en determinado momento, nos convierte también en actores, en comparsas, en figuras blancas y negras evolucionando a su solo capricho. "El Signo de la Cruz" es, así, un pedazo de la Roma de Nerón revivido en pleno siglo veinte. Nada falta en esta sucesión de cuadros magistrales, de una plasticidad incomparable, que pasan uno tras otro y que sugieren la triste reflexión de que para uno sólo de ellos hubiera vivido un Miguel Angel y se hubiera estado años en crear lo que con unos pocos metros de celuloide logra el moderno director cinematográfico... Más que una obra, es una serie de obras, que reclamarán contemplación repetida, hoy para captar tales detalles, mañana para sorprender otros. Con respeto o con cierta irreverencia histórica, bien se puede comparar a Cecil de Mille, con aquellos grandes maestros del Renacimiento, en cuyos frescos inmensos derramaban millares de figuras y número incalculable de detalles. Los tiempos cambian y en lo moderno la deleznable factura resta perduración y respeto a sus grandes obras. Con o sin respeto, digámoslo: este "El Signo de la Cruz" de Cecil de Mille equivale a los frescos que en la capilla Sixtina dejó el coloso florentino. Como en aquél, el tema es lo accesorio; lo que impresiona, lo que produce el aspecto de vida dramática e intensa es el conjunto todo, los detalles, las pinceladas del gran director. Desde luego, declarémoslo, ha tenido intérpretes inmejorables, mas ellos quedan anulados, empequeñecidos, envueltos por el esplendor y la magnificencia del conjunto. Y así tenemos una obra maestra, que, por extraña paradoja, pertenece a un director de los de la guardia vieja y que no ha cedido lo más mínimo en la aplicación de su clásica y, por lo visto, eficaz fórmula.



Una escena de *El Signo de la Cruz*, la magistral creación de Cecil de Mille, en la que intervienen Fredric March, Elisa Landi, Claudette Colbert y otros actores.

CINCO MINUTOS

* Una pérdida lamentable de tiempo, buena voluntad y dinero, esto, en definitiva, ha sido lo que ha ocurrido con "Melodía de arrabal", un film de bajofondos porteños, rodado en París y en el que han intervenido Carlos Gardel, cantor argentino, Imperio Argentina, cantante española, y, además de otros, Vicente Padula, también argentino. El argumento, una serie de lugares comunes mezclados con esos desplantes tan frecuentes en nuestros teatros por seccio-



Carlos Gardel.



Imperio Argentina.

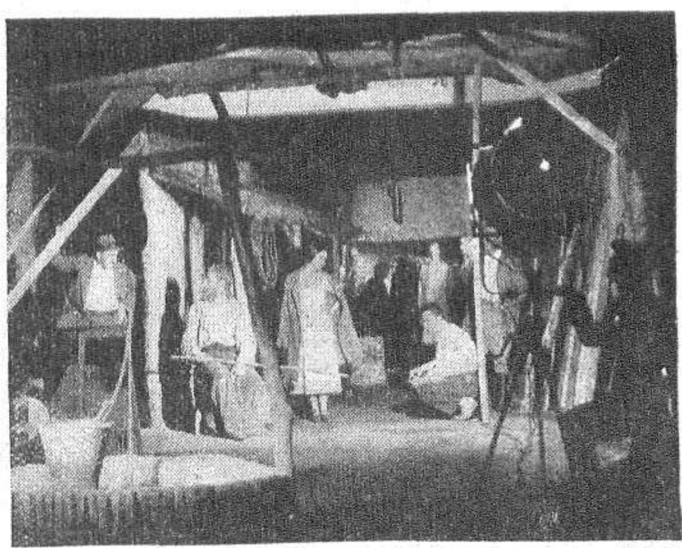


En *El malvado Zoroff,* film fantástico y con marcada tendencia al melodrama, lo que más se destaca es la inmejorable labor de los fotógrafos.

DE INTERVALO

nes y que evidencian, así como el mal gusto de sus creadores, la poca sensatez de los que los festejan. El ambiente, seudo-porteño, también pudiera serlo napolitano, marsellés o calcado del Paralelo barcelonés. Una mala cosa, que al ser exhibida con tanta insistencia, evidencia en los directores del film el vituperable propósito de querer especular con aquello que menos dignamente refleja el carácter porteño. Quienes vean en el extranjero este film — como quienes asistan a un espectáculo teatral de nuestros teatros por secciones, — creerán que así, ni más ni menos, es la vida y el carácter de los argentinos. Los actores... desempeñándose lo mejor que pueden, sin ser de ellos toda la culpa, en particular aquellos nacidos en tierra extraña a la nuestra, pero sí merecedores de que se les recuerde un elemental sentimiento de nacionalismo y una más elemental ética profesional, que hubiera impedido a los productores extranjeros continuar rodando, nada más que con un feo propósito de lucro, lo que es una adulteración de la vida argentina. En Francia, constantemente se reclama por la ridiculización de ciertas pretendidas características de sus habitantes; y, en los Estados Unidos, no queremos ni pensar la que hubiera acontecido si en Londres o París se llega a filmar una obra en la que aparecieran pistoleros, falsificadores de bebidas y banqueros entregados a la aventura bursátil. Entre nosotros nada ocurre y, así, en la misma calle donde se ha enaltecido al malevo suburbano, se presencia la glorificación del crimen y la mala vida en un film rodado en el extranjero y que, lo tememos, dará la pauta para la producción de otros similares. El señuelo de unas más o menos buenas canciones de Gardel es demasiado poco justificativo para esta obra que significa una afrenta para aquellos que creen en la posibilidad de una cinematografía argentina.

* Enrique Larreta trabaja, metódica, afanosa, inspiradamente, como en todas sus obras, en la versión de "El linyera", la pieza teatral últimamente representada con tanto éxito y que, precisamente, ha demostrado que con personajes camperos, también es posible crear una obra maestra. Enrique Larreta, solo, sin asesores más o menos intempestivos, ya en la campaña, ya en la ciudad, ha rodado las principales escenas de su obra. Lo ha hecho con inteligencia y dilección. Esto solo basta para barruntarnos la excelencia de su creación cinematográfica. Se le achacará su condición de novicio; pero, a esto, también, será menester decir que quien ha marchado siempre sin mentores en las más puras especulaciones artísticas, desde la novela al teatro y desde la pintura a la arquitectura, tiene derecho a exigir un poco de confianza en la que, después de todo, es una actividad que compendia todas las que ejerció anteriormente con ingenio y devoción. Así, dirigida, ordenada, presentada por Enrique Larreta, la versión cinematográfica de "El linyera" será algo excepcional.



Un paréntesis en la filmación de *Linyera,* la versión cinematográfica de la famosa obra de Enrique Larreta.

Es posible utilizar la energía calorífica de las aguas del mar

Todos los cuerpos tienen temperatura mayor o menor, o, lo que es lo mismo, poseen una cierta cantidad de calor; y como calor y energía son la misma cosa, es evidente que en los cuerpos de la naturaleza, y en el agua del mar entre ellos, habrá almacenadas cantidades enormes de energía. Es, pues, muy natural, que se haya pensado innumerables veces en beneficiarla, transformándola en energía mecánica, cosa que en sí no envuelve repugnancia alguna. Pero, para ello, el cuerpo habrá de ceder una parte de su calor, o lo que es lo mismo, habrá de enfriarse; y esta cesión de calorías no es posible si no existe otro cuerpo más frío que pueda recibirlas. De manera que la posibilidad teórica del problema enunciado depende de que haya, o no, otro cuerpo cuya temperatura sea inferior a la del agua del mar. Una aplicación muy conocida de este principio la tenemos en la máquina de vapor y demás motores térmicos, en que hay siempre, en último término, transporte de calor de un cuerpo caliente a otro frío.

Esto es lo que se deduce también inmediatamente del llamado *principio segundo de la termodinámica*, que suele enunciarse así: es imposible hacer pasar el calor de un cuerpo a otro que esté a temperatura superior, sin invertir en ello una cierta cantidad de trabajo mecánico. O más brevemente: es imposible el *perpetuum mobile* (movimiento continuo) de segunda especie. Este principio segundo se tiene por tan cierto como el principio primero, que se refiere a la imposibilidad del *perpetuum mobile* de primera especie, y puede enunciarse en forma sencilla diciendo que es imposible crear energía sin destrucción de una cantidad equivalente de calor y viceversa.



— Con todos estos almanaques que me han regalado, soy incapaz de saber qué día es hoy...

(De *Der Goetz*, Viena)

Tenemos, pues, que el problema propuesto es perfectamente compatible con este principio primero, pues no se trata de crear energía (como pretenden tantos ilusos que se dedican con el mayor ardor al famoso invento del movimiento continuo), sino de transformarla; y tampoco se opone al segundo, si disponemos de una *caída de temperatura*, es decir, si podemos echar mano de un cuerpo algo más frío, en cantidad suficiente. Y a este propósito viene muy bien una observación interesante: la energía *no se pierde*, pero sí se va *degradando*: las temperaturas de los diferentes cuerpos que existen en la naturaleza tienden a equilibrarse, y ha de llegar día en que reine en todo el universo una temperatura uniforme. En tal caso la provisión total de energía del mismo (energía actual y potencial) no habrá sufrido, ciertamente, disminución: pero será una energía enteramente inútil, por la imposibilidad de transformar la más pequeña parte de ella en energía mecánica.

LA GRANDEZA DE BUDA

Por ALBERTO J. WALLIS

En épocas milenarias, cuando la humanidad daba sus menguados frutos producidos por la ignorancia y la barbarie, existió el rey Cuddhodana como un símbolo de piedad, que reinaba en la populosa ciudad de Kapilavastu, y era atalaya donde emergiera la luz del bien y la justicia, y tenía para cada uno de sus súbditos, un resplandor de bondad y un alivio para sus penas.

El rey Cuddahodana era terrible en el campo de batalla e iba contra sus enemigos con la furia de los cataclismos; ahuyentaba a los malvados, y daba acogida paternal a los buenos.

Señalaba el buen camino a sus familiares y amigos.

A la usanza oriental casó con varias reinas, pero Mayá fué la única que iluminó su corazón; dió el toque mágico a su espíritu sensitivo, con el gesto cristalino de sus acciones.

Su belleza contrastaba con los lagos azules; su pureza como los pétalos aterciopelados de las flores de loto, y la placidez de su rostro como las fuentes que se desprenden del corazón de las montañas.

El día que nació la primavera, Mayá tuvo un sueño en que se le aparecieron los dioses, ofrendándole sus dones.

Al despertar se sintió alegre, y oyó jubilosa el canto de los cisnes, y la armónica sinfonía de los pájaros.

Ordena a sus siervos que el rey acuda con ella al bosque.

El rey se apresura y la toma del brazo, se interna experimentando una extraña impresión, que le hace flaquear las piernas; le tiemblan las manos y sus ojos se empañan de llanto.

Cuddhodana jamás había temblado ante el peligro ni ante sus enemigos.

Entonces oyó una misteriosa voz que salía de lo más espeso del bosque.

—Sé feliz, rey Cuddhodana, el mejor de los Cakyas. Te hemos elegido a ti y a Mayá, para que sean los padres de un niño prodigioso, que será un príncipe adorado por las multitudes.

"El nacerá en tu esplendorosa corte, y tú por tu inmenso amor, le proporcionarás los mayores cuidados, le evitarás sus salidas para que no conozca las miserias y el dolor humano, para que viva en la creencia de que en este mundo se disfruta de la más absoluta felicidad.

"Tú procurarás solicitar en tu reino las más bellas princesas para prolongar tu dinastía; tú harás nuevas conquistas para dejarle un imperio con lejanas fronteras; tú acumularás fabulosas riquezas para que sea el monarca más poderoso del orbe.

"Cuando el príncipe llegue a su mayor edad, le ofrecerá todos esos tesoros terrenales, y él, con el mayor desdén, renunciará a todos los honores y pompas de la tierra".

Los brahmanes, sabios intérpretes de los sueños, se acercaron al gran rey y le predijeron:

—De vuestra majestad y la reina Mayá, nacerá un niño que será un Buda.

"Renunciará a la realeza, huirá de vuestro palacio para refugiarse en los bosques con los ascetas, y llevará vida de auteridad".

Pasaron unos meses, y llegado el día del nacimiento, Mayá se dirigió a un grupo de árboles donde había uno que nunca había dado floración.

La reina balbuceó una plegaria, y el sol fué palideciendo como la luna; los jardines se vistieron de suaves matices; los árboles se inclinaron para ofrendar sus flores; los cisnes levantaron sus níveos cuellos como festones de plumas y los albos pavorreales abrían sus elegantes abanicos como novias del crepúsculo.

Mayá turbada bajo el dosel del árbol estéril, ve que se cubre de grandes y perfumadas flores azules como fragmentos del cielo, y reconoce que el momento ha llegado y después de un letargo contempla a sus pies al nuevo nacido.

Llevan al niño a palacio en medio de una nutrida corte, con atavíos de oro, plata y piedras preciosas; lujosos vestidos de ricas sedas con adornos de perlas; profusión de exquisitas aromas que embalsaman el sendero real, y las doncellas esclavas tañen sus laúdes, tambores y flautas.

En la recepción del palacio se presenta el viejo Asita, el gran asceta, y delante de los reyes hace su vaticinio.

—Rey magnánimo; rey hospitalario; rey liberal: os felicito por el nacimiento de este niño.

"El será poderoso y obtendrá la suprema gloria.

"Dejará el poder para dominar los sentidos; estará en la soledad para comprender la verdad y llegar a dominar la ciencia; resplandecerá en medio de los hombres para disipar las tinieblas del error; salvará a los que naufragan en el mar de las pasiones, y señalará el camino de salvación a aquellos que hacen mal.

"Lloro en este momento porque son pocos mis días, bajo la crujida de mis débiles miembros y mis continuos achaques, con que la naturaleza crucifica mi materia aniquilada. Yo no veré a este bienhechor".

Este afortunado príncipe se llamó Siddharta.

Cuando llegó a pleno desarrollo su padre le pregunta:

—Dime si conoces a alguna doncella que te guste.

Siddharta respondió:

—Concédeme siete días para pensarlo.

"Padre, no quiero una mujer vulgar. La esposa que deseo debe tener estas cualidades: ha de ser una flor de belleza; ha de amar a las criaturas; no ha de conocer la acritud ni la envidia; no será altanera, y comedida como una esclava; no será codiciosa ni indiscreta, y se contentará con su suerte. No gustará de licores ni manjares, ni espectáculos ni fiestas; será buena con sus servidores; será la primera en levantarse y la última en dormirse, y será pura de cuerpo, de palabras y de pensamiento.

Entre todas las aspirantes a la mano del príncipe triunfó Gopá, hija de Daudapani.

El rey Cuddhodana le regaló para su matrimonio tres palacios.

Le prohibió saliera fuera de ellos. No quería que conociera las miserias y dolores humanos.

"No conviene que a mi hijo se le acerque ningún ser para que no perturben su serenidad espiritual.

"No quiero que palpe la verdad de la vida; que crea que todo lo que lo rodea es un eterno paraíso, y ordenaré, cuando le permita alguna vez salir, que alejen de su camino los pobres, enfermos, viejos y paralíticos.

Un día el príncipe quiso visitar la ciudad. Subió en su carro de oro tirado por cuatro caballos, y se le permitió acceso por señaladas calles donde había de pasar, donde estaban los suntuosos palacios de la nobleza, donde tenían su morada los ricos, aclamado por bellas muchachas que exaltaran su vigorosa juventud.

El príncipe estaba orgulloso de ver empavesada la ciudad; de recibir la aclamación de la muchedumbre.

Entonces los dioses, viendo tanta felicidad que pudiera torcer la vocación de Siddharta, llevaron a un anciano al camino, para perturbarle su tranquilidad.

El se quedó contemplando aquel hombre maltrecho, y preguntó al cochero, al que también los dioses habían perturbado su cerebro para que respondiera a las preguntas.

—¿Este hombre es un monstruo?

—¿Es hecho por la naturaleza?

—¿Con qué objeto fué hecho?

Le responde el cochero:

—Este anciano fué niño y joven como su Alteza, la sensibilidad de sus sentidos, y su actividad.

—¿He de sufrir la misma suerte?

—Señor, como mortal que eres, pasados los años te pondrás como él.

El príncipe se inmutó y comenzó a meditar; suspiró con tristeza, y ordenó que lo llevaran a palacio.

En otro paseo encontró un enfermo. y fijándose en él preguntó a su cochero:

—Quién es ese hombre?

—Es la enfermedad manifestada en úlceras por todo el cuerpo. En un tiempo fué sano y robusto como vos; hoy su organismo debilitado y hambriento se encuentra así.

El príncipe se compadeció, y ya no sentía la alegría habitual.

—¡Oh! príncipe, las enfermedades nos vienen a todos, para acercarnos a la muerte; es uno de los patrimonios con que contamos para expiar nuestras malas acciones

—Volvamos a palacio. He aprendido a temer las enfermedades.

Su padre viéndolo pensativo y desilusionado, ideó nuevas fiestas.

Ordenó de nuevo despejaran la ciudad de todo lo que podía desagradar a su hijo.

Los dioses le presentaron un cadáver, llevado por cuatro hombres, y un numeroso acompañamiento que lloraba.

—¿Qué es eso? ¿Dónde llevan a ese hombre acostado?

Responde el cochero:

—Este mortal tenía todas sus facultades; gozaba de buena salud; tenía aspiraciones; amaba el placer; aumentaba su fortuna, y tenía mujer, hijos y amigos. Todo lo ha abandonado para siempre, obedeciendo a una ley ineludible de la naturaleza.

—¿Y esto mismo me ocurrirá siendo el príncipe más poderoso de la tierra?

—Alteza: la muerte no respeta realeza ni jerarquías. Llegada la hora definitiva todos los hombres somos iguales, y vos tenéis que pasar por este trance.

El príncipe, turbado, se llevó las manos al rostro; tembló de horror, y comenzó a sentir un gran desprecio por la vida.

—No me dejaré, después de esta realidad, seducir por los hombres y los placeres; yo estoy convencido que a la larga me esperan la vejez y la muerte

Así terminó la alegría del príncipe, y se fué haciendo solitario, caminando por los parques.

Un día, entregado a sus meditaciones, vió la visión de un monje.

—Dime, ¿quién eres?

—Soy un monje, un convencido que temo a la muerte. En mí no hay ilusiones; huyo de los placeres; no tengo pasiones; amo la soledad e invoco el silencio para preparar mi alma. Vivo en los desiertos y bosques.

Dicho esto desapareció.

Siddharta, impresionado, se fué a la presencia de su padre y le dijo:

—Querido padre, es necesario que te abandone. Quiero sosiego y por eso dejo mi casa; deseo la soledad del bosque, donde respire un ambiente santo alejado de la mentira humana.

—Amado hijo: no pienses en alejarte, ¿por qué tomas esa terrible determinación? Estás en plena juventud con todo lo que puedes apetecer; eres el hombre más dichoso de la tierra.

—Padre: sé valeroso para que resistas este duro golpe. Llegó la hora en que renuncio reino, mujer, hijo y todo lo que poseo. La materia es tan frágil que no merece ocuparse de ella. Me contentará purificar mi alma que es lo único que no muere.

Llamó a su escudero Chandaka:

—Tráeme mi fogoso caballo Kanthaka. Voy a partir para siempre para disfrutar de la beatitud.

En las primeras horas de la mañana emprendieron marcha, y después de mucho andar llegaron a un bosque. Siddharta, tranquilo y con dulce mirada, le dice a Chandaka:

—Córtame el cabello con tu espada. Toma lo que puedo darte, es todo lo que ahora poseo.

Y se despoja de sus alhajas y su caballo.

—Dile a mi padre y a mi esposa que se tranquilicen y piensen que soy feliz. He abandonado mi palacio para librarme de la tristeza que nace de los deseos. Pienso en la inseguridad de la existencia.

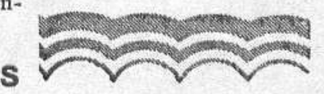
Los dioses le presentaron a un cazador con el hábito propio de los eremitas, y propuso al príncipe cambiar de ropas.

— Con este traje — respondió el cazador — engaño las bestias del bosque, y les doy caza de cerca.

El príncipe, vestido con su sayal rojizo, se sintió más feliz que nunca, se encaminó a la ermita.

— Me consagro a la vida de ayuno y penitencia, que es camino de perfección.

¡He aquí la grandeza de Buda!



Alberto J. Wallis

La ejemplar radiodifusión alemana

La organización de la radiodifusión en Alemania es algo digno de consideración y de estudio: léase de imitación. Los resultados obtenidos en aquel país deben ser conocidos en el nuestro. Son de innegable importancia.

Desde luego, he aquí el plan sintético de la radiodifusión alemana:

1º No hablar sino alemán, el mejor y más puro.

2º Cultivar la buena música, transmitir las obras renombradas como maestras; tener en cuenta el valor educativo de los programas.

3º Un cuidado particular debe presidir la elección de los programas destinados a las escuelas.

Tales son algunas de las firmes directivas impuestas a los organizadores de los programas alemanes.

La Rundfunkegesellchaft va a modernizar todos los emisores actuales. Hace poco, el redactor de CARAS Y CARETAS que esto escribe, oyó la inauguración oficial de la estación de Leipzig con sus ciento veinte kilovatios; la de Breslau con sesenta, la de Frankfort, la de Munich. El caso particular de la estación de Leipzig merece ser señalado.

Durante los dos meses que han precedido a la construcción de la superestación, el número de auditores de la región de Leipzig había bajado en unos cuarenta y dos mil. ¿A qué causa atribuir esa baja de los permisos de recepción?

Mas, a las pocas semanas que han seguido la inauguración de la estación referida, el número de auditores ha aumentado considerablemente y el nivel precedente ha sido ya sobrepasado. Ello podría servir a los otros constructores, de otros países, para darles la idea del buen rendimiento que sigue a las buenas organizaciones y a los perfectos servicios, como son los alemanes.

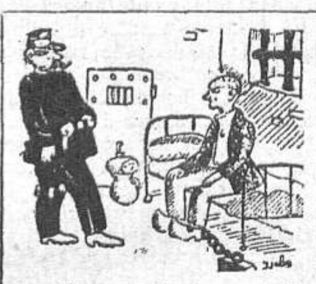
Item más: los programas de la Funk-Stunde, de Berlín, acaban de ser reorganizados. Se ha aumentado el número de horas de emisión y, sobre todo, el interés de los programas transmitidos. Los resultados son brillantes.

Los principios generales dicen: "la radiodifusión alemana debe servir al pueblo alemán. La radiodifusión no debe dirigirse a una clase de auditores, sino a todo el pueblo. La radiodifusión alemana observa el pensamiento cristiano, aunque respeta las creencias diferentes. La radiodifusión debe cultivar el patrimonio intelectual de toda la Alemania".

Basta la breve reseña presente como elemento probatorio de la excelencia de los servicios radiofónicos alemanes y de la idealidad desinteresada que los inspira.



—Para que veas que tengo buen corazón, te dejo el revólver para que te defiendas. La vida está llena de bandidos...



—Vamos, le devolvemos la libertad. Pero, apúrese, que su esposa lo espera.
—¿Y a eso le llama usted devolverme la libertad?

Algo sobre la historia del lápiz

La primera mención de algo parecido a un lápiz se encuentra en una obra sobre los fósiles, publicada en 1565 por un tal Conrado Gesner, de Zurich. En aquella misma fecha fué descubierta la mina de plombagina de Cumberland, en Barrowdale, y es probable que Gesner aludiera a uno de los primeros especímenes descubiertos en aquel distrito. Entonces se fabricaban toscamente los lápices, tallándolos en el mismo bloque y con un despilfarro tal, que fué preciso tomar algunas medidas de conservación, una de las cuales fué tener abierta la mina y explotarla sólo durante unos cuantos días del año, en los cuales se extraía la cantidad de plombagina que se consideraba necesaria para el consumo del año siguiente. Estas restricciones fueron muy pronto inútiles, pues se encontró plombagina en todas partes, y hoy la de Ceylán puede ser importada en Europa y competir con la de las minas de Cumberland, hasta en el mercado inglés. En presencia de la considerable demanda, fabricáronse conglomerados de plombagina, en los cuales podía tallarse una barra, y esta industria ha hecho célebre el nombre de Conté desde hace más de un siglo, puesto que data de 1795. El principio del procedimiento Conté consiste en mezclar íntimamente, con la plombagina finamente pulverizada, una cantidad de arcilla lo más pura posible, que sirve de ligazón y solidifica el polvo. El mismo procedimiento se aplica a los lápices de color.

Una de las fábricas más perfeccionadas de Inglaterra fué una de Keswick, fundada en 1832. Pero la más importante, sin duda alguna, está en Nuremberg, y data su fundación de 1761; en 1885 daba ocupación a 5.000 obreros, y producía anualmente 250 millones de lápices.

En la fábrica de Keswick, el serrín, las virutas y los desechos de la madera de cedro empleada en la fabricación de los lápices, son enviados a Aberden, en donde se hace con ellos un fieltro basto que sirve para forrar alfombras de habitaciones, y cuyo uso se ha generalizado mucho por su agradable olor de cedro.

—Perdone la molestia, doctor. Es que mi patrona, doña Petrona, me ha encargado que le salude a usted en su nombre y que le diga que falleció anoche a las nueve.

(De *Passing Show*, Londres)

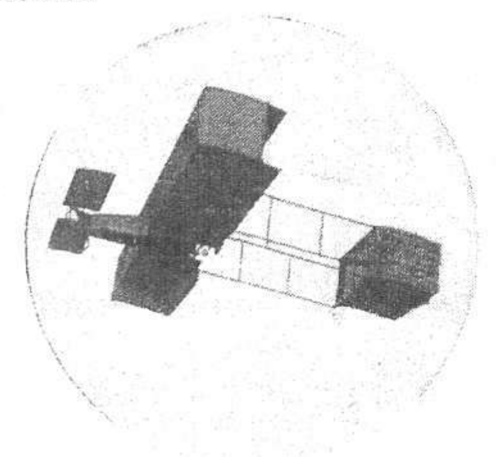


—Tengo la impresión de haber bailado ya otra vez con usted, señorita.

—Y yo también. Me parece recordar el peso de sus pies.

Los concursos de aviación del centenario en la Argentina

Por ICARO


El piloto Dolphin en su "Voisin".

◆ ◆

Las primeras escuelas de aviación. — Cuatro "pioneers" de la aviación argentina, cuatro primicias. — La "quincena de la aviación en Villa Lugano". — El Aero Club Argentino, reliquia de nuestras instituciones deportivas. — La "Semana de Volación del Centenario".



TRANSCURRÍA el año 1910 y ya el público de Buenos Aires había podido presenciar el espectáculo de una exhibición aérea. Partir, volar y regresar al mismo sitio por un "más pesado que el aire" sólo lo conocía nuestro público a través de las crónicas que llegaban del extranjero, despertando un ponderable afán en muchos aficionados de dedicarse a la práctica del vuelo mecánico, que se acentuó aun más en ocasión de la llegada al país de los primeros aviadores, Ricardo Ponzelli, italiano, y Henry Bregi, francés, atraídos por las fiestas extraordinarias que se realizarían en la Capital e interior de la República en ocasión de celebrarse el primer Centenario de la Independencia.

Ponzelli, tras de infructuosas tentativas, no pudo proporcionar a nuestro público el espectáculo de una máquina en vuelo, provocando, por el contrario, una sensible contrapropaganda, producto de las muchas idas y venidas hasta el improvisado aeródromo instalado en Hurlingham primero y más tarde en Campo de Mayo, sin que la curiosidad existente fuera satisfecha.

Felizmente para el progreso que con posterioridad debería realizar nuestra aviación, el aviador francés Henry Bregi, el día 6 de febrero de 1910, partió en un biplano Voisin y luego de volar largo trecho en circuito cerrado, aterrizó con toda felicidad en el centro de la pista, entre las aclamaciones delirantes de la multitud que llenaba el aeródromo y sus alrededores. Nuestro público estaba satisfecho: el "prodigio del siglo" — como justamente se ha dado en llamar a la aviación — había sido visto por vez primera, no tardando en surgir una verdadera falange de aficionados que al lado de Bregi iban a recibir instrucción de vuelo.

El Aero Club Argentino — que para entonces presidiera el malogrado Jorge Newbery — propició en toda forma el desarrollo del vuelo mecánico en el país, contribuyendo, en la medida de sus recursos, a la creación de la primera escuela de pilotaje, que, teniendo como instructor a Bregi, se encargaría de formar los primeros alumnos.

Dicha escuela, que se instaló en Longchamps, en las proximidades de Buenos Aires, contó entre sus primeros alumnos al doctor Juan Roth, Enrique Roger, Carlos Goffre y el popular actor cómico Florencio Parravicini. Cuatro nombres que tienen una particular significación en nuestra historia aeronáutica: el doctor Roth, primer argentino clasificado en una competición de importancia aun sin título habilitante; Enrique Roger, primer argentino que voló como pasajero en nuestro país y primer acompañante en un "raid" de importancia (el realizado por Aubrun, de Buenos Aires a Mar del Plata); Carlos Goffre, primer argentino que voló solo conduciendo un aeroplano, y Florencio Parravicini, primer "brevet" otorgado a un argentino. Cuatro destacados aficionados, verdaderos "pioneers" de la aviación nacional, cuatro primicias de grata recordación.

EL Aero Club Argentino, la prestigiosa agrupación de aficionados, reliquia de nuestras instituciones deportivas, auspició la venida al país de los primeros aviadores extranjeros y la primera competición que, aunque en forma y con medios primitivos, constituyó un verdadero acontecimiento para la época. Es así cómo, con breve intervalo, llegan al país Alfredo Valleton, Paul Dolphin, Emilio Aubrun y L. Picquet, y contemporáneamente el Aero Club organiza la disputa de varios premios en el aeródromo de Villa Lugano, donde ya se habían levantado varios cobertizos para albergar a los voluminosos aparatos aéreos de entonces y se había preparado convenientemente una pista que permitiera el fácil despegue y aterrizaje de los aviones.

Para esta competición se inscribieron los siguientes pilotos y alumnos:

Alfredo Valleton (francés), con biplano Farman.
Paul Dolphin (francés), con biplano Voisin.
Henry Bregi (francés), con biplano Voisin.
Ricardo Ponzelli (italiano), con biplano Voisin.
Discípulos:
Herman Hentsch (francés), con biplano Farman.
Carlos Goffre (argentino), con monoplano Bleriot.
Jorge Newbery (argentino), con monoplano Bleriot.
Florencio Parravicini (argentino), con biplano Voisin.
Doctor Juan Roth (argentino), con biplano Voisin.

El concurso consistía en diversos vuelos que debían realizarse en el espacio comprendido en dos semanas, expirando el plazo el día 6 de abril de 1910. Este primer concurso atrajo a una considerable cantidad de público, ávido de presenciar las pruebas, las que se llevaron a cabo sin in-



Doctor Juan A. Roth, primer argentino que se clasificó en una prueba de aviación.

convenientes y ante la expectativa general, debiendo sólo lamentar un percance ocurrido al piloto Picquet, quien el último día del "meeting" experimentó una caída que ocasionó la destrucción de su máquina casi totalmente.

Por diversas razones, varios de los inscriptos debieron desistir, por lo que el concurso se redujo a una disputa entre Valleton, Aubrun y Picquet, que se adjudicaron los diversos premios instituídos a los ganadores en el mayor número de partidas, "decollages" correctos, velocidad, altura y duración.

El Aero Club estimulado por el éxito con que se realizó este primer concurso aeronáutico y coincidente con los festejos que se realizarían en Buenos Aires con motivo de la celebración del centenario de la Independencia, organizó una segunda disputa a llevarse a cabo entre los días comprendidos entre el 29 de mayo y el 5 de junio a la que se llamó la "Semana de Volación del Centenario" que estuvo a cargo de los destacados dirigentes del Club, ingenieros Jorge Douclout y Horacio Anasagasti y señores Lisandro Billinghurst, Alejandro Amoretti y Manuel Ramos Vivot.

Dicho concurso establecía primas en efectivo para los ganadores de las pruebas en distancia, velocidad, altura y mayor número de partidas.

La comisión fiscalizadora del Aero Club, teniendo en cuenta la duración prolongada de las pruebas, solicitó y obtuvo la cooperación de un grupo de 16 estudiantes de ingeniería que actuarían como comisarios de altura, cronometristas, pilones interiores y exteriores, etc.

Favorecidos por un tiempo excepcionalmente bueno y con gran afluencia de público, las pruebas pudieron desarrollarse sin tener que lamentar ningún percance serio; sólo el piloto Dolphin experimentó un accidente destruyendo su máquina pero resultando ileso.

Los resultados finales fueron halagadores para nuestra incipiente aviación, pues en ellos ya tuvieron cabida algunos aficionados argentinos que aun no tenían su "brevet" de pilotos. He aquí el resultado de las pruebas:

Distancia: Valleton, 82 kilómetros; Bregi, 80; Roth (argentino), 57,6.

Velocidad: Valleton, 62,7 kilómetros; Bregi, 62,5 y Goffre (argentino), 57,6.

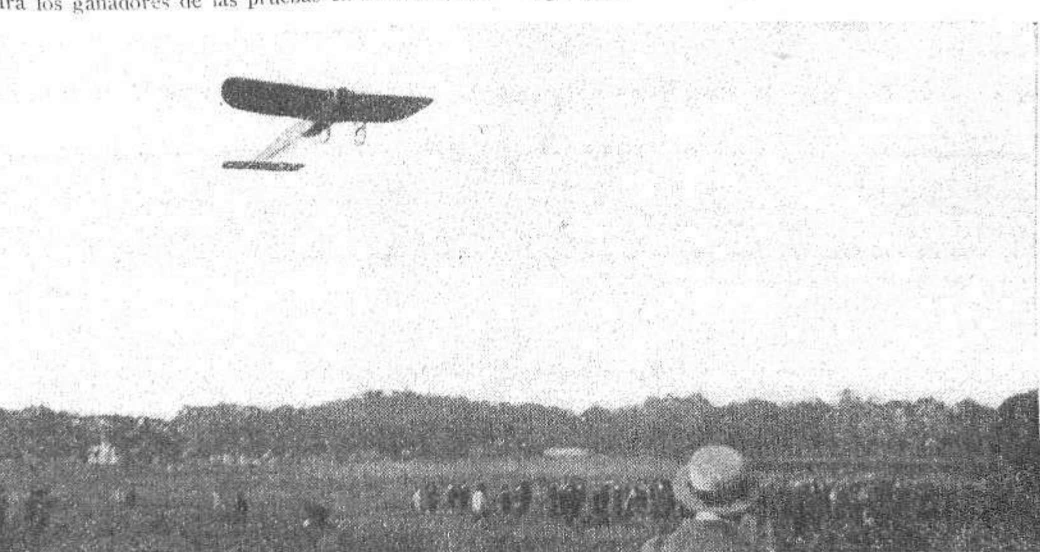
Altura: Dolphin, 230 metros; Bregi, 95 y Valleton, 37.

Además se habían instituído premios diarios a los vencedores de las pruebas de cada día y un premio especial para los aviadores argentinos que participaran, adjudicándose estos últimos a Roth, Goffre y Newbery.

En total se adjudicaron 136.250 francos en premios.

ESTAS interesantes competiciones tuvieron la virtud de despertar en nuestros aficionados una atracción considerable por la aviación, que llevó a muchos de ellos a cumplir hazañas que constituyeron "performances" magníficas, records mundiales que colocaron a nuestro país — aunque sólo fuera fugazmente — a la vanguardia en materia de aeronáutica, conservando hoy el grato recuerdo de que la Argentina aportó también en su época su grano de arena para lo que podríamos llamar el prodigio del siglo: la conquista del imperio del espacio...

Icaro



El aficionado argentino Carlos Goffre en vuelo.

La leyenda de una sopa

En la época en que sucede esta historia había un buen hombre de edad, troglodita y lleno de saber y de prudencia, que llevaba una vida exenta de preocupaciones en su casa tallada en plena roca, rodeado por una numerosa familia llena de respeto por su ancianidad.

Un día nuestro hombre salió para ir a visitar a uno de sus amigos, que residía no muy lejos, pero cuya caverna era tan profunda y tan fresca que el pobre viejo agarró un resfrío espantoso. Vuelto a su casa, metióse pronto en cama y bebió una infusión con aguardiente, para curarse. No obstante, quedóle un resfrío de cabeza que le impedía gustar las obras maestras de su cocinero. A pesar de todas sus virtudes, el anciano troglodita era de muy buen paladar, y el solo hecho de no poder regalarse como era su costumbre (pues su paladar parecía de cartón) lo llevaba a la desesperación.

El cocinero, preocupado por la situación del patrón, que se había convertido en un personaje melancólico y desganado, se exprimió el cerebro a fin de perfumar lo más violentamente posible los platos favoritos del amo. Pero ¡ay! todo parecía en vano. El sibarita movía la cabeza desilusionadamente, manifestando: "¡Tus platos ya no tienen gusto, tu sopa es agua tibia!" o lo que era más grave: "¡Tu salsa picante es una farsa!"

El cocinero se desesperaba más cada día. Tanto, que al cabo resolvió ir en busca de un brujo amigo suyo, a quien pidió consejo. El brujo, después de haber invocado los *espíritus propicios,* le entregó una rara plantita redonda, llamada cebolla... "Bastará, dijo el mago, con que mezcles a los platos esta legumbre para que tengan un sabor fuerte".

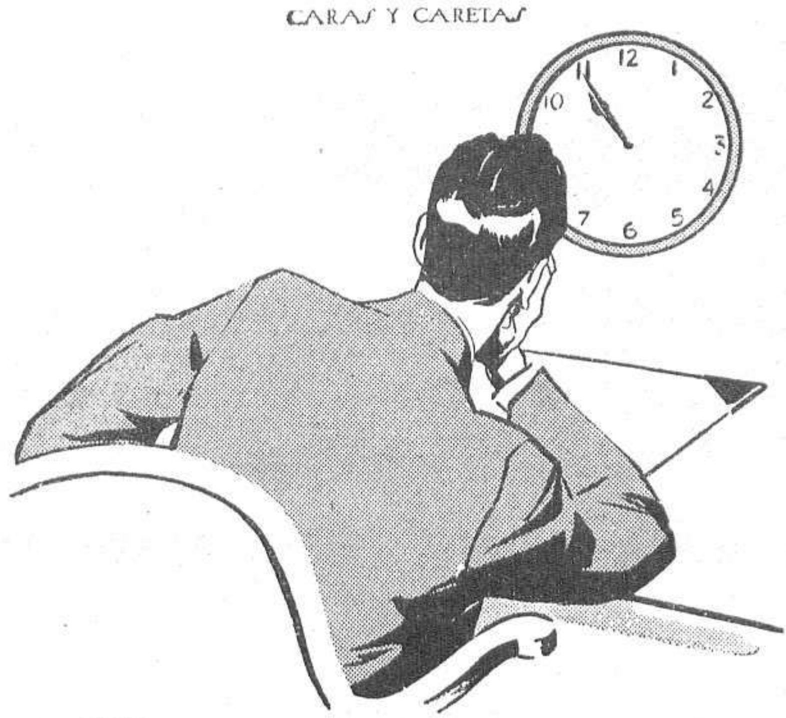
Vuelto a su cocina, el "cordón azul" se puso a picar la cebolla (que desde luego le hacía llorar), y alegre, no obstante, pensando en que el amo encontraría al fin el buen gusto de sus platos, trabajó largo rato. Al cabo logró completar la preparación de una sopa exquisita, "cuyo buen olor se expandía a diez leguas a la redonda".

El patrón, a la hora del almuerzo, se entusiasmó tanto con el nuevo plato que se curó instantáneamente del resfrío què le hubo paralizado el gusto.

Así, señores sibaritas, así nació la *sopa de cebolla,* precursora de la no menos famosa sopa de ajo; y desde entonces quedó sentada la futura fabricación de los gases lacrimógenos de que se enorgullece la ciencia moderna y que tanto sirven a la policía de las grandes ciudades...



—¿Puedo ver a John Simpson? Soy su abuelo.
—Pues llega usted tarde. Acaba de marchar al entierro de usted.



¿Cuándo llegará la hora de almorzar?

SEA cual fuese su ocupación, física o mental, al aire libre o encerrado en un escritorio, si lleva una vida activa, realizará el 70% de su trabajo y gastará la mayor parte de sus fuerzas antes del medio dia.

De ahí la importancia de tomar un desayuno nutritivo de Quaker Oats que proporciona energías en abundancia para cualquier tarea. Evita el decaimiento, el dolor de cabeza y mareos que suelen sentirse durante la mañana a causa de debilidad.

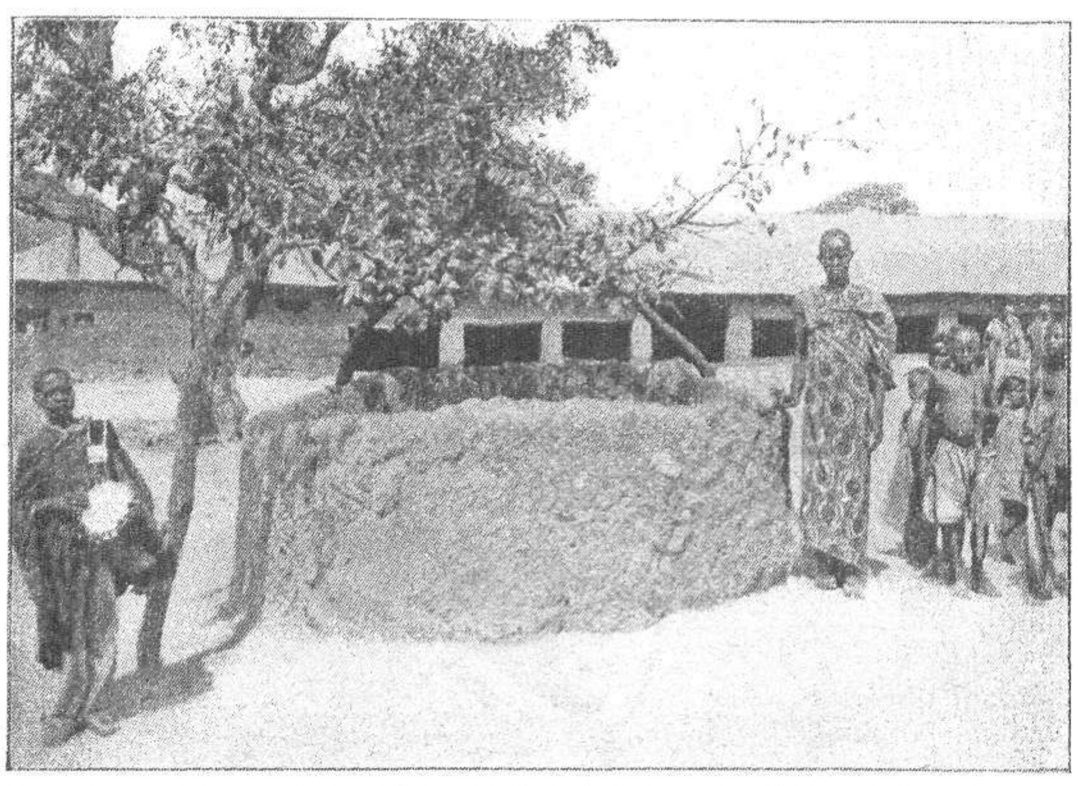
La rica consistencia cremosa y el delicioso sabor a nueces del Quaker Oats, encantan a todos, y pudiéndose cocer en 2½ minutos, ¿por qué no desayunarse con él todos los días y gozar de salud?



DE COCIMIENTO RAPIDO

Quaker Oats

Se cuece en 2½ minutos—si es preciso 3656

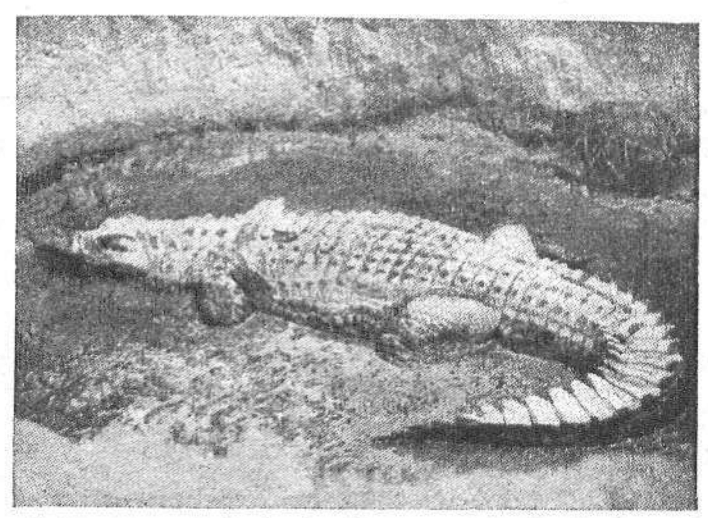


En esta especie de brocal construído de barro, que sólo tiene dos metros y pico de circunferencia, habita prisionero un cocodrilo sagrado, hace lustros y lustros.

CARAS Y CARETAS

La existencia de un fetiche viviente no es envidiable

DESPUÉS de la serpiente, que casi todos los pueblos salvajes y los prehistóricos han adorado, el cocodrilo es, entre los animales, uno de los más propicios a bárbaros cultos. ¿A qué se debe tal privilegio? Cada cual dió su respuesta. Parece la más atinada la del doctor Jonathan Franklin. "Todas las plagas, dice, fueron divinizadas en los tiempos antiguos, y, con ese título, el cocodrilo merece bien los honores de una especie de culto". Para las poblaciones primitivas, en efecto, que ese grande y peligroso reptil sea considerado como una verdadera plaga. Si las serpientes causan mayor número de víctimas, el feísimo cocodrilo es el más activo de los "traga hombres". Leones, panteras y tigres viven aislados; sus matanzas son cosa accidental. El cocodrilo vive en manadas y cada vez que una embarcación zozobra el reptil antropófago hace una carnicería. Un cocodrilo de dos metros de largo arrastra fácilmente a un hombre hasta el lecho del río, ahogándole antes de devorarlo en varios bocados. Esta talla se da como mínimo, pues hay cocodrilos de seis metros y aun de más. Tales datos explican el terror que causan a las poblaciones de Africa, que las conduce a divinizar al cocodrilo para aplacarlo. Los egipcios, los incaicos y los hindúes tenían por el cocodrilo sagrado una veneración pánica. Pero ser dios tiene sus inconvenientes. Para el cocodrilo, cuya vera efigies, reproducimos, equivale la divinidad a la prisión por tiempo indeterminado. Metido en una celda hecha de barro, sobre una cama fangosa, el monstruoso reptil vive lejos del agua. No existe suplicio más refinado. Los sacerdotes de la negrada le dan de comer pollos, como ofrendas; pero lo tienen aprisionado. Su única redención es la muerte. ¡Vanidad pobre de las glorias humanas y animalescas!



El dios monstruoso dormita aburrido en su templo, añorando el río y la carne humana.

CULTURA FISICA



El masaje y sus efectos

POR MARISABEL SAENZ

UNO de los medios más conocidos y eficaces para combatir la obesidad y otras enfermedades, auxiliar poderoso de la gimnasia a la vez, es el masaje. Aunque su práctica se halla hoy muy extendida por estar sus efectos fisiológicos reconocidos científicamente, el origen y aplicación del masaje como recurso terapéutico, se remonta y pierde en la oscuridad de los años prehistóricos. ¿Fué instintivo en el hombre? Algunos autores aseguran que sí, al tratar aquél de calmar por medio de frotaciones el dolor de los golpes que recibiera en su azarosa existencia salvaje.

Una sesión semanal de masaje es muy recomendable en las curas de adelgazamiento, en la prevención de enfermedades, como el reumatismo, y en el rejuvenecimiento.

Numerosos son los efectos fisiológicos del masaje. En primer lugar, como en él se obra por fricción, ésta desprende las laminillas epidérmicas próximas a separarse de los tejidos subyacentes, produciendo el adelgazamiento y la flexibilidad de la piel, la cual una vez libre de dichos detritus epidérmicos, los que en ocasiones motivan ciertos trastornos funcionales, expelen sin esfuerzo las materias de secreción, cuya dificultad en eliminarse podría determinar inflamaciones o grandes incomodidades. De este modo las glándulas del sudor pueden también segregar sin obstáculo alguno sus materias, provocando esta normalidad funcional un bienestar muy acentuado.

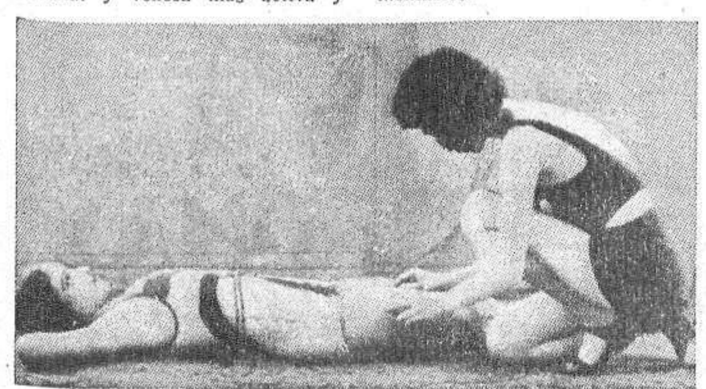
La sangre es otro de los elementos que más se benefician con el masaje, pues facilita el cambio de gases entre el aire y aquélla, poniéndolos más en contacto en la región amasada. La respiración cutánea se hace también más fácil y enérgica con lo cual los vasos se cargan lo suficiente para aumentar la corriente sanguínea, originando una circulación arterial y venosa más activa y regular. Bajo la acción de los sobos y fricciones, sobreviene una mayor excitación en el sistema nervioso, que mejora todas sus funciones obligando a los nervios, que son afectados directamente, a transmitir de inmediato sus impresiones a los centros nerviosos, los cuales intensifican las secreciones, la circulación y la nutrición. Esto explica el dolor y el malestar que causa en un principio el masaje, sensación que cede en seguida, si se continúa el mismo, para dar paso a una gran satisfacción física. En el sistema muscular ejercen las fricciones poderosas influencias; cuando son fuertes y violentas provocan ciertos fenómenos llamados contractibilidad o irritabilidad muscular; los músculos, de este modo, entran en juego contrayéndose y disminuyendo en longitud.

Con lo dicho, queda demostrado que todos los sistemas fisiológicos bajo la acción del masaje se vitalizan, verificándose sus funciones de un modo más completo.

En las curas de adelgazamiento, se emplea el masaje con espléndidos resultados, porque desarrolla en los músculos oxidaciones muy superiones a cualquier movimiento muscular y de las cuales carecen los obesos. También activa la nutrición, la que, cuando está viciada es, según Bouchard, la causa primordial de todas las enfermedades que pertenecen a ese grupo morboso.

Por el masaje, las grasas son más fácilmente absorbidas y quemadas, originando el consiguiente adelgazamiento, y los músculos, tan atacados en los obesos, se fortifican y robustecen desalojando el tejido adiposo que les estorba.

Para que el masaje surta sus verdaderos efectos debe ser dado por una persona competente, que conozca bien todas las manipulaciones y sus fines. Es muy peligroso, dada la delicadeza de su función, entregarse a manos inexpertas, pues ello podría traer resultados contraproducentes y lamentables.



De hijo de carpintero a estatuario del Rey Sol

Antonio Coysevox fué uno de los más grandes escultores del reino de Luis XIV. Pero ya nadie se acuerda de él, a pesar de que su nombre consta en obras como "La Fama Montando a Pegaso" y "Mercurio Caballero", que ostentan las célebres Tullerías de la capital francesa.

Ya nadie se acuerda de Coysevox. ¡Qué lección para los incautos aspirantes a la gloria!

Mas, la historia del maravilloso artista es maravillosa también. Nació en la ciudad de Lyon, el 29 de septiembre de 1640.

Su origen fué español.

Su padre era hombre de poco talento. Su madre, Isabel Morel, era inteligente y fina. Antonio, destinado a la carpintería, oficio paterno, aprendió en casa el dibujo y un poco de talla. Pero el alumno aventajó rápidamente al maestro y hubo que buscarle profesores.

En cuanto a su instrucción general, el muchacho estudiaba como podía. No obstante, a los diez y siete años, Coysevox partió hacia París; y allí tuvo la suerte de entrar en el taller de Luis Lerambert, escultor y guardamármoles del rey.

Al cabo de algunos años, Coysevox llegó a colaborar con su maestro y amigo, y en el año 1666 casóse con la hija de Lerambert, llamada Margarita. Poco después, la joven esposa moría. Y desesperado, Coysevox, que acababa de ser nombrado "escultor del rey", rechazó las órdenes y partió en dirección de Alsacia, donde decoró el castillo de Saverne. Luego, volvió a su ciudad natal, decidido a crear una academia. Púsose a trabajar, y esculpió, especialmente, una preciosa Virgen: la que conserva la iglesia de San Nizier.



— ¡Gracias a Dios que encuentro un buzón!

(De *Gutiérrez*, Madrid)

Más tarde, Coysevox casóse con una lionesa, Claudia Bourdict, y fué a instalarse cerca de la manufactura de los Gobelinos. Entonces, absorbido por una labor inmensa, ejecutó mármoles sobre mármoles, para Versalles y para Marly.

Muy numerosas son las obras de este artista para citarlas en una rápida evocación.

Coysevox, dicen los más serios y suficientes críticos, fué el retratista más notable de su época. Los bustos debidos a su cincel han dado gloria a muchos personajes que se hubieran apagado en el olvido sin esos mármoles geniales.

Raro acontecimiento en la vida de un verdadero gran artista: Coysevox llegó a la riqueza; pero fué generoso con cuantos le trataron. Protegió a muchos artistas, dió pan a muchos hambrientos y cubrió las carnes de muchas víctimas de los inviernos.

El noble marmolista murió en París el 11 de febrero de 1721, no siendo continuada su obra por ninguno de sus doce hijos.

Sus últimas palabras fueron: "Me siento bien; entro en la paz"...



EL PADRE

CUENTO

Por Bjoernstjerne Bjoernson

El hombre a quien se refiere este relato, fué uno de los más poderosos en su parroquia; su nombre era Thord Overaas. Un día llegó a casa del pastor de su distrito, que era un clérigo alto y serio, y le dijo:

—He recibido un hijo y deseo bautizarlo.

—¿Con qué nombre? — preguntó el sacerdote.

—Con el de Finn, tal como se llamaba mi padre.

—¿Y quiénes van a ser sus padrinos?

Thord dió los nombres de estos, y eran los de mujeres y hombres de su amistad, más importantes del distrito. El pastor tomó nota y dirigiendo una mirada a su feligrés, interrogó:

—¿Desea algo más?

El labrador se detuvo un instante.

—Me agradaría mucho que fuese bautizado por usted — repuso.

—¿Qué día?

—El próximo sábado al mediodía.

—¿Y qué más desea? — interrogó de nuevo el pastor.

—Nada más, señor.

El labrador giró su gorra, en actitud de despedida, mientras el pastor murmuraba:

—Hay otra cosa. — Y dirigiéndose a Thord, estrechó sus manos y mirándole en los ojos exclamó: —¡Que Dios quiera que su hijo sea una bendición para usted!

Otro día, diez y seis años después, Thord volvió a casa del sacerdote.

—Lo veo a usted fuerte y rozagante como siempre, Thord — exclamó el pastor, observando que no se había operado ningún cambio físico en el granjero.

—Es porque no tengo preocupaciones ni tristezas de ningún género, señor — contestó Thord.

El pastor no repuso nada a las palabras del labrador. Y tras una pausa le preguntó:

—¿Y qué desea usted esta noche?

—He venido a verle para hablarle de mi hijo, quien recibirá la confirmación mañana por la mañana.

—Su hijo es un buen muchacho — comentó el clérigo.

—No he querido pagar este servicio al pastor hasta que yo no sepa qué número le corresponderá a mi hijo cuando acuda a la iglesia mañana.

—El ocupará el número uno.

—Perfectamente; aquí está el importe de sus servicios.

—¿Desea usted alguna cosa más? — preguntó el pastor, fijando su mirada en Thord.

—Nada más, señor — repuso Thord, y se despidió.

Pasaron ocho años más, y un día se escuchó un gran murmullo a la puerta de la casa del pastor. Era un grupo de vecinos a cuyo frente aparecía Thord.

—Viene usted muy acompañado esta noche, Thord — exclamó el pastor.

—Es que venimos a anunciarle el matrimonio de mi hijo. Va a casarse con Karen Sterlien, la hija de Gudman, el cual está aquí con nosotros.

—Karen es sin duda la muchacha más rica de la parroquia — manifestó el pastor.

—Así dicen — murmuró el labrador, lleno de orgullo.

El pastor tomó asiento al pie de su mesa y durante un instante pareció meditar.

No dijo una palabra, y después de anotar el nombre de los novios y padrinos en sus libros, pidió a algunos de los presentes que estamparan sus firmas debajo. Hecho esto, Thord deslizó un puñado de monedas sobre la mesa del clérigo.

—No necesito tanto dinero por mis servicios, Thord — exclamó el sacerdote.

—Ya lo sé — repuso éste, — pero como es mi único hijo, quiero que su boda sea fastuosa.

El pastor tomó el dinero.

—Esta es la tercera vez, Thord, que usted viene a verme por algún motivo relacionado con su hijo.

—Ciertamente, pero hoy me siento como nunca feliz — exclamó Thord, y enfundando en su bolsillo la cartera se despidió del sacerdote, marchándose seguido por el grupo de hombres que le acompañaban.

Dos semanas después, un tranquilo día, el padre y el hijo remaban a través del lago, en dirección a la casa de Sterlien, a donde iban a ultimar los detalles del matrimonio.

—El asiento de este bote no está seguro — dijo el hijo, y se puso de pie para arreglarlo. Pero en ese instante la pequeña nave se movió bruscamente; el joven trató de asirse, resbaló y cayó al agua.

—¡Agárrate a un remo! — exclamó el padre, incorporándose y poniendo a su alcance un remo. Pero, por más esfuerzos que hacía el hijo, no lograba cogerlo.

—¡Aguarda un instante! — clamó el padre, y remó hacia el lugar donde su hijo se ahogaba.

Pero éste, ya desfallecido, volvió la cabeza, lanzó una larga mirada de angustia a su padre, y se hundió en el lago.

A Thord le parecía imposible aquella desgracia; de pie sobre su bote contempló, abrumado, el lugar donde su hijo se había hundido, esperando que flotara de nuevo sobre las aguas. Pero de aquel punto surgían burbujas, muchas burbujas, hasta que apareció una inmensa, que estalló, mientras que el lago, recobrando su serenidad, volvió a brillar como un espejo.

Durante tres días y tres noches, las gentes vieron al padre, remando alrededor del lugar donde su hijo había naufragado; sin dormir, sin probar bocado, dragó el fondo del lago, en busca del cuerpo de su hijo. Y al amanecer del tercer día pudo hallarlo, lo extrajo a la superficie y cargó con él a través de las colinas, hasta la casa.

No fué sino un año después, cuando una noche de otoño, oyó el pastor los pasos de alguien que cruzaba el portal de su casa, y llamando suavemente trataba de entrar.

El pastor abrió la puerta y vió en su presencia un hombre alto, delgado, envejecido, abrumado de dolor. Al clérigo le fué difícil reconocerlo. Era Thord.

—¿Cómo ha venido tan tarde? — preguntó el pastor al hombre, que permaneció silencioso ante él.

—¡Es verdad; he llegado tarde! — suspiró Thord, tomando asiento.

El pastor también se sentó y daba la impresión de haberle estado esperando. Hubo largo silencio.

Después, habló Thord:

—Traigo algún dinero conmigo, que me satisfaría entregar a los pobres. Será un legado que llevará el nombre de mi hijo Finn.

Se levantó del asiento, puso una cantidad de dinero sobre la mesa y se volvió a sentar. El pastor contó las monedas.

—Es mucho dinero éste — dijo el sacerdote.

—La mitad de mis propiedades que vendí hoy.

El pastor guardó un largo silencio. Después, preguntó amablemente:

—¿Y qué vida piensa hacer ahora, Thord?

—Otra mejor, sin vanidades.

Siguieron sentados un rato; Thord con la mirada clavada en el piso y el pastor con sus ojos puestos sobre Thord.

Después, el pastor habló con palabra lenta y suave:

—Creo que al fin su hijo ha sido para usted una gran bendición.

—Sí, tal creo, señor — dijo Thord, levantando la mirada, mientras dos grandes lágrimas corrían lentamente sobre sus mejillas.

Bjoernstjerne Bjoernson

Sereno · y · valiente · es · el · juicio · de Ana . Weiss · de Rossi . sobre . las · escuelas · de · vanguardia

Por RICARDO GUTIERREZ

▼ ▼ ▼



Estudió esta pintora en la Academia Nacional de Bellas Artes, presentándose ante el público de Buenos Aires en el Salón de 1912, con sus cuadros "Alemana" y "Galvanoplastia". Al año siguiente, se impuso de golpe con "Día Domingo" — que pertenece a las colecciones del Museo — revelando en esta obra una noble seguridad constructiva y esa rica visión del color que le acompaña hasta el momento actual, aunque ahora se defina bajo un equilibrio más acentuado aún, bajo la delicadeza de los grises.

Fuerte, vigorosa, su pintura se caracterizó por una técnica larga y espontánea, que, malgrado su reciedumbre, le permitió realizar lienzos de refinado concepto, como "María de las Nieves", "Retrato de la señorita Wilmart" o "La Amita", para proseguir en el empeño decidido de no apartarse de su convicción, sin desgarramientos ni vacilaciones.

Sus viajes a Europa, donde pudo contemplar de cerca los movimientos representados por esa loca carrera de "individualismo", que no hace sino marcar, por el contrario, la producción con sello de regularidad desesperante, ni las divagaciones criollas, de los que en muchos casos siguieron moldes a través de las revistas, turbaron su espíritu admirable. Con recogimiento místico, la pureza de su alma encontró en el solemne ambiente de los museos, en la penumbra de las catedrales y en muchas obras de modernos artistas, el agua limpia de la renovación verdadera, y confortó su corazón en la altura de las expresiones superiores.

Cuando en 1915 contrae enlace con el pintor Alberto M. Rossi — poeta, aunque no lo quiera, de las horas crepusculares — se produce en el arte de Ana Weiss un cambio fundamental de "sentido" y no de técnica, como juzgaron algunos equivocadamente. Su placidez religiosa tuvo un momento de definición en la terrena existencia. Fué madre y madre ejemplar. Ello no perturbó su carrera; por el contrario, nuevos horizontes de divina mansedumbre se abrieron ante sus ojos. No varió el "oficio" poderoso, ni el seguro paso que se amolda a la marcha del pensamiento. Primero, una sonrisa de niño; luego, otra y el argumento fué derivando hacia lo que le rodeaba, fuera de la cátedra y de la diaria lucha. Entonces, como Eugenio Carriere y como Armando Spadini, tradujo la emoción que le procuraba su hogar, en la suprema gracia de sus hijos. Allí estaba el verdadero tema; allí estaba el pájaro azul de Mauricio Maeterlink; allí el cariño; lo que prueba — como dijo el maestro de "El tesoro de los humildes" — que el alma humana es una planta de unidad perfecta y que todas sus ramas — lo que la hora llega — florecen al mismo tiempo."

Al penetrar en la casa de Ana Weiss de Rossi, para conocer algunas de sus ideas, pensábamos en todo esto. Y recordábamos que en uno de nuestros últimos reportajes, al preguntar a una conocida artista argentina qué opinión tenía sobre el Salón Anual, nos contestó: "Parece mentira que Ana Weiss de Rossi no haya obtenido aún el primer premio", opinión — lo manifestamos — que compartíamos en absoluto.

Conocedora Ana Weiss del motivo de nuestra visita, después de una breve charla, se presta gentilmente a nuestros deseos e iniciamos el interrogatorio.

—¿Cómo puede definirnos, de acuerdo con sus convicciones, el arte de la pintura?

—Creo — dice — que la pintura no debe

apartarse de la naturaleza. Para que ésta se traduzca en verdadera obra de arte, debe ser "sentida" y expresada con talento.

—¿Y qué influencias atribuye — preguntamos — a las escuelas extremistas?

—Funestas — contesta con decisión, — pues arrastran a muchos pintores de grandes cualidades, pero sensibles al falso espejismo de "ser considerados modernos", o lo que es lo mismo, a estar con la última moda... lo cual representa un ideal muy efímero.

—¿Y no encuentra — insinuamos — justificada alguna de esas escuelas?

—Las llamadas escuelas — responde — del futurismo, cubismo, expresionismo, dadaísmo, etc., han sido creadas por y para los que, deseando pintar, no tienen temperamento de pintor. Existe en la sumisión incondicional a las escuelas "de moda", una implícita confesión de incapacidad. El que tiene fuerzas para andar no necesita muletas. El verdadero talento es ante todo original.

—¿Y dentro del movimiento clásico?

—Dentro del movimiento clásico — manifiesta la pintora — encontré siempre un interés enorme. Son muchas las obras maestras y he pasado horas inolvidables frente a ellas. Pero sobre todas las cosas, recuerdo a Rembrandt, Tintoretto, Uccello, Velázquez, Goya, el Greco. No puedo olvidar, entre los más modernos, el retrato de la madre de Whistler y luego a contemporáneos como Charles Cottet... En la escultura, mis preferencias se inclinan hacia el monumento al Colleoni de Verrocchio, Donatello, Lucca de la Rabbia. En arquitectura, Nüremberg, Venecia, Florencia, Siena, Toledo, Santiago de Compostela y París con su Versalles y sus viejos y típicos rincones...

—Y en sus viajes por Europa — expresamos — ¿qué ha encontrado de interés dentro del momento actual, en lo que se refiere a pintura?

—El momento actual — dice Ana Weiss — es de indudable desorientación. Todo lo invade el arte plebeyo y grotesco, quizá por falta de interés de un público consagrado a los deportes y a la vida menos espiritual. No obstante, existen figuras que han ennoblecido el arte, como Spadini, Putz y Carena.

—¿De sus lecturas qué puede decirnos? — interrogamos.

—Pues que leo a Dickens, Stevenson y continúo con la pasión de Don Quijote de la Mancha.

—¿En sentido simbólico?

—No. Simplemente humanista y literario.

—Y respecto a la enseñanza de las artes bellas en nuestro país, que tanto se discute, ¿qué piensa usted?

La respuesta llega, intencionada y rotunda:

—Que no es tan mala como desearían algunos, que se complacen en denigrarla y, lo prueban muchos artistas, que han estudiado en nuestras escuelas.

Nos despedimos, pero antes formulamos nuestra última demanda:

—¿Cuál es a su juicio la más bella manifestación humana?

Y obtenemos esta preciosa respuesta:

—La bondad inteligente...

Meditaciones de una escritora

"Actualmente, como consecuencia de una evolución irresistible, de un comercio intelectual más y más extendido, toda mujer, toda joven, ha adquirido la noción de sus derechos, aun perdiendo no pocas ilusiones con respecto a sus deberes. La mujer se ha dado cuenta de que su adhesión indefectible a los deberes de esposa y de madre ha permitido, a veces, al esposo, una interpretación equivocada. La mujer se ha dado cuenta, igualmente, de que no es una cantidad desdeñable en la sociedad y que es tiempo de tomar sus ideas y sus iniciativas en su justo valor".

La escritora a quien se deben estas reflexiones, y que desea ocultar su nombre, prosigue: "Resulta necesariamente una diferencia inmensa entre la señorita, la joven, de hace solamente unos treinta años y la mujer de hoy; diferencia que el clan (sic) masculino no aprecia siempre de una manera grata. Se llega hasta interpretar con una severidad condenatoria, gritando bien alto que no hay más ingenuidad ni confianza. Pero es un error. Que los jóvenes, al pensar en el matrimonio, deploren el no encontrar la cándida jovencita de otras épocas, no debe sorprender. Pero que deduzcan que las mujeres de hoy son menos dignas de amor... es una equivocación imperdonable.

"Las apariencias modernas, jóvenes lectores, no han alterado el buen fondo de otros tiempos. Bajo aspectos muy diferentes, tenemos la formal convicción de que los sentimientos permanecen idénticos, porque emanan de las profundidades de la raza que no podría variar en pocos años.



RASCACIELOS
— ¿Puede usted darnos albergue por esta noche? Hemos perdido el último ascensor para bajar a la ciudad.
(De *Ballyhoo* Nueva York)

"Solamente el ritmo de la existencia, el sentido de la responsabilidad, las luchas contra la dificultad material, obligan a las mujeres a defenderse por sus propios medios.

"Desde luego, es a los hombres a quienes corresponde modificar la educación sentimental, y muy especialmente la idea que debe tenerse de la vida común. Para dar al hogar moderno toda la fuerza de que tiene necesidad a fin de subsistir, no es a la mujer a la que se debe pedir la modificación de su manera de ser. Es el hombre quien debe, una vez por todas, abandonar las viejas ideas, de supremacía, de dominación, para dar a su compañera un lugar igual al suyo".

La escritora que esconde su nombre y que nos limitamos a recordar, sin comentarios, termina una parte de su estudio con esta frase: "Todo ello es muy fácil, si el amor toma parte". No hay la menor duda.

Mas, la palabra amor, según piensa la escritora, no significa, en manera alguna, "el vértigo demasiado moderno que asocia frecuentemente a dos seres ignorantes el uno del otro". "Si el amor de nuestros días, dice, tiene un grave defecto, no es como lo creen muchas gentes, a causa de las reivindicaciones del sexo femenino, sino debido a su premura".

Notas Sociales

Por LA DAMA DUENDE



Las almas de los niños deben florecer siempre en la atmósfera luminosa de la fe cristiana. Ese ideal de bondad infinita y de justicia, con su exhortación continua hacia el bien, es en verdad el secreto de la dicha, porque la fe cristiana estimula la voluntad, el entusiasmo, la energía en el cumplimiento del deber, creando en el alma diáfana de la niñez un acervo de fuerza espiritual que mantendrá firme y serenamente su entereza, llegado el momento de prueba, de dolor ineludible: porque la vida humana "cobra" siempre. Es necesario, pues, que las ondas de ese sentimiento de luminosa espiritualidad inunden los inocentes corazones de nuestros niños.

Sugiere esta reflexión mía, lectoras amigas, un relato íntimamente conmovedor, en el que he hallado un alto significado espiritual. En una de las viejas quintas de la región costanera, bajo la tupida fronda de árboles centenarios, se ha celebrado la Pascua de Resurrección en una forma realmente enternecedora. Hogar cristiano en toda la acepción de la palabra, florecen en él esas vidas tiernas cuyas almas parecen todavía hebras de luz que nos unen con el infinito. Y las niñas de ese hogar, en las que se inculca el sentimiento de la divina fraternidad — anhelo inefable que abarcan los Santos Evangelios — invitaron a sus amiguitas a celebrar el glorioso día comiendo el "cordero pascual", reunidas en una mesa que evocara para ellas la santa cena, en la que instituyera Jesús Nuestro Señor el divino sacramento de la Eucaristía. Vestidas todas con vaporosas túnicas de colores, completaron el número de "trece" comensales, evocando la tradición que data del pontífice Gregorio Magno, cuando un ángel descendido de los cielos bajó a participar del ágape sagrado, presenciando cómo se rememoraba en la tierra aquel santo sacrificio; y las ondas de luminosa espiritualidad inundaron sin duda en ese instante el alma de esas niñas...

La fe cristiana, lectoras amigas, constituye la fuerza moral más grande del universo; ejerce su influencia sobre el alma humana, tal como la ejercen sobre el océano y la tierra las fuerzas naturales. La fe religiosa estremece así, y remueve hasta sus profundidades insondables, la conciencia humana: la levanta, la exalta y la eleva, haciendo germinar en ella los más puros y generosos sentimientos.

Sin embargo — doloroso es confesarlo, — los míseros humanos conservamos siempre el mismo apego por los bienes terrenales. Y no sólo en lo que personalmente puede interesarnos: "la comida de las fieras", insaciable siempre, atisba, investiga, analiza y comenta, con la más exagerada sutileza, todo cuanto se refiera a la sucesión testamentaria de alguna de las personalidades más destacadas de nuestra vieja y acrisolada sociedad.

El comentario mundano bulle como un hervidero: antecedentes de familia, viejos y nimios rencores, afectos nuevos cuya sugestión crea los vínculos firmes del cariño, anulando casi por completo lazos más próximos y desvaneciendo y alejando poco a poco el recuerdo de amistades muy estrechas... ¡Qué tema más vasto, más amplio para el comentario inexorable!

Y como todo se destruye, evoluciona y cambia en este mundo — pese a nuestro inveterado apego por los bienes terrenales, — veremos desaparecer muy pronto, bajo la piqueta demoledora, la noble mansión del "faubourg" porteño, semicubierta de enredaderas: la morada hospitalaria por excelencia, en que el eminente político y gran señor argentino acordaba tan suntuosa hospitalidad a sus amigos. Surgirá de sus escombros el moderno rascacielos de renta y de líneas rectas por cuyos amplios ventanales entrará la luz a raudales... Pero la tradición se habrá desvanecido, como han de desaparecer también los nidos parleros ocultos en la tupida enredadera, en aquella inolvidable mansión del "faubourg" aristocrático.

La Dama Duende

DIBUJO DE CABALLÉ

LAS MODAS PASAN PERO EL CUTIS QUEDA...



* Su elegancia es irreprochable.

* Las creaciones que luce llevan el sello inconfundible de un Chanel, un Patou...

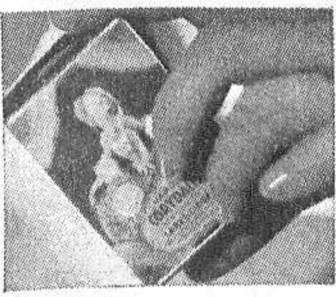
* Vive al ritmo de la moda, deslumbra en los salones, sin embargo no es raro escuchar a su paso estas tristes palabras: ¡Qué lástima, su cutis!...

* Piense usted ahora en el valor incomparable de un cutis hermoso desde el momento que sus magníficos trajes no evitan la espontánea frase piadosa de sus admiradores.

* Ser hermosa no es una necesidad sino un deber. Pero el milagro de la belleza no lo hacen precisamente los vestidos...

* Usted habrá oído hablar mil y una veces del famoso jabón CORYDALIS -- el único aprobado por los dermatólogos -- y de sus resultados maravillosos. Empiece a usarlo desde hoy y tendrá muy pronto la satisfacción de ser una mujer completa.

* Cuide su cutis con especial dedicación. Piense una vez más que las modas pasan, pero el cutis queda...

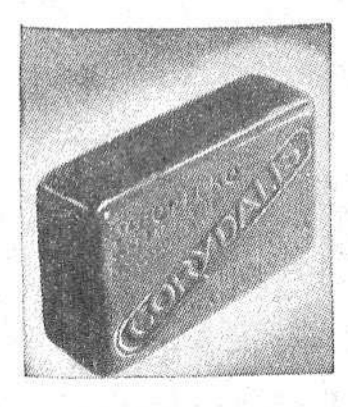




con $ **150.000** en valiosos premios.

El sorteo se realizará en fecha próxima que anunciaremos oportunamente en un gran acto público.

Visite la exposición de premios, calle FLORIDA 352 BUENOS AIRES



JABON FACIAL

CORYDALIS

TODO UN TRATAMIENTO DE BELLEZA EN FORMA DE JABON

PERFUMERIA "LA RELIGIOSA" - LOPEZ, GOYA y Cía.
PARIS - BUENOS AIRES

La fiesta japonesa

El carácter japonés, tan difícil de comprender por sus mezclas y sus contradicciones, o al menos como nos parece a los occidentales, muestra, no obstante, con evidencia, la idea directriz de que el individuo no cuenta y debe sacrificarse *siempre por la familia*, por la patria y por el emperador. Ampliando el concepto de la familia, lo vemos afirmar su credo en la persistencia de los antepasados, a los que debemos la vida, y a los que debemos honra. Un culto diario les es debido, culto religiosamente observado. Además, todos los años (a mediados de nuestro julio), los muertos son, durante tres días, objeto de una celebración de orden general en que los japoneses comulgan en la misma veneración.

Es la fiesta de los antepasados. El nombre japonés que la designa sería más bien: "Fiesta de las Almas', a condición, sin embargo, de que la palabra "alma" no sea comprendida exactamente en el sentido espiritual que nosotros le damos, sino en una acepción de sobrevivencia, de presencia efectiva, de coexistencia prolongada que quisiéramos poder darle.

En el pensamiento japonés, las ánimas de los antepasados han conservado, con respecto a sus descendientes, un benévolo interés, y vienen cada año a tomar su sitio en el hogar. Admitido ese principio, la fiesta se ordena en consecuencia hasta en sus más simples manifestaciones.

Ante todo, para dar buena acogida a los huéspedes esperados, hay que preparar la casa, lo mismo que el jardín. Es la ocasión de una limpieza absoluta, y de levantar el altar de la familia con su Buda, que preside. Por la noche, mientras los padres activan los últimos deta-



El campeón de boxeo escribe sus Memorias.

de los difuntos

les, los menores van en banda al cementerio de la aldea. Cada uno lleva una pequeña linterna y, pasan de tumba en tumba, a fin de llamar a los difuntos para que vayan cada uno a su casa. Y es, al regreso, una "conversación" en la que los jóvenes hacen todo. Con seria y tierna amabilidad preguntan por su salud a los invitados; les hablan de sus deseos, de sus necesidades; les muestran, con los farolitos, los malos pasos del camino y les tienden la mano en los momentos difíciles... En el umbral de la casa, brilla a un lado un fuego de varitas en signo de bienvenida; del otro se coloca un balde de agua donde los viajeros pueden lavarse los pies fatigados. Digno, en su kimono de fiesta, el dueño de casa recibe a sus invitados, con venias varias veces repetidas. Una comida termina la velada, en la que han figurado los platos preferidos por los antepasados y que domina su presencia invisible en medio de los vivientes atentos y reservados.

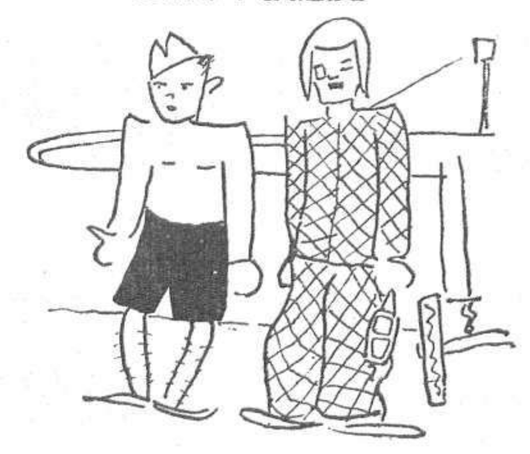
La fiesta dura tres días. Las puertas y las ventanas permanecen abiertas noche y día para que las almas puedan circular a su antojo. Los fuegos de bienvenida no se apagan, y son frecuentes las oraciones en el altar de la familia.

Pero lo que es más admirable y notable en esos tres días es la resolución de bondad de todo el mundo. Es absolutamente prohibido en ese lapso, dar muerte a ningún animal, aunque sea un insecto.

Pero, no podemos terminar — en viajeros veraces — sin lamentar que estas viejas y románticas costumbres han principiado a desaparecer en el imperio del Sol... nacido.



De cómo el señor Durand ganó, a pesar suyo, un concurso de disfraz.
(De *Guerin Meschino*, Milán)



Enemigos de ayer, camaradas de hoy

Tanto como por sus hazañas, la aviación se destacó en la pasada guerra por la hidalguía y la caballerosidad de que hicieron gala los aviadores combatientes de todos los bandos. Episodios verdaderamente ejemplares tuvieron lugar en los cielos de la vieja y siempre belicosa Europa. Los ejemplos abundan... Pero por sus perfiles, hasta si se quiere humorísticos, merece la publicidad éste que ha escrito uno de los ases de la aviación alemana a raíz de un reciente viaje hecho hasta la tierra de sus antiguos rivales, los británicos. Un soplo de vituperable beligerancia corre por el mundo entero; mas siempre resulta confortador esto de comprobar que, pese a los estadistas y los alarmistas, en el alma humana palpita una débil pero efectiva llama de amor y de simpatía hacia sus semejantes. Como diría Leonardo Frank, el hombre es bueno, pese a la guerra...

POR LOS AIRES, Y EN EL FRENTE, AÑO 1918

MAYO 21 de 1918. Magnífico cielo azul con raras nubecillas blancas. Vuelo sobre el frente con una escuadrilla de caza. Sin novedad.

Cuando me aprestaba a regresar en mi avión al terreno de aterrizaje, vi ante mí, a unos 4.000 metros de Vimy, una escuadrilla de dieciocho aviones de combate ingleses del tipo Sopwith. Inmediatamente, con mis doce aviones, decidí salirle al encuentro, para obligarla a descender y presentarnos combate; pero, cosa extraña, un único avión inglés, que volaba a la derecha del conductor de la escuadrilla, descendió para ser inmediatamente rodeado por los aviones de mi flotilla. Volando en carrusel detrás suyo, logré deteriorarle el motor, de suerte que el piloto se vió forzado a tocar tierra inmediatamente sobre un prado a la retaguardia de nuestro frente. Sin pérdida de tiempo, me posé a su costado y salté de mi avión para prestarle los primeros auxilios en caso de que se hallara herido. Con gran sorpresa mía, el inglés ya había abandonado la carlinga y ocultándose detrás de su aparato, de suerte que de él no veía yo más que la cabeza. Me le aproximé un tanto indeciso, temeroso de que tuviera la intención de proseguir en tierra el combate. Pero, con un "Hallo, good old Fritz", logré hacer sonreír su rostro de chiquillo, de suerte que, por encima de su máquina, le tendí mi diestra, la que sacudió calurosamente.

EL PRISIONERO CON PANTALONES DE FUTBOL Y EL VENCEDOR CON PIYAMA

PERO, como de todas maneras yo quisiera examinar más de cerca a mi prisionero, y ver en particular si su capote de cuero era de mi talla, le pedí que saliera de su escondite. Después de vacilar un instante, lo hizo lentamente; pero resistiéndose a quitarse el capote. Al fin tuve que decirle que era mi prisionero y que, en consecuencia, su equipo constituía mi botín. Se decidió y entonces ante mí le vi vistiendo un simple pantalón de fútbol. Como yo riera estrepitosamente, pareció muy intimidado. Pero, para compensarle, me despojé de mi combinación de cuero y pudo así contemplar el piyama que cubría mi cuerpo. Reímos de buen grado y, mientras cambiábamos repetidas muestras de simpatía, me explicó el error de apreciación que había cometido. En los aires, había creído que su jefe tenía el propósito

de atacarnos y fué así cómo, valientemente, había picado hacia nosotros, cuando por encima de su cabeza, la escuadrilla inglesa proseguía tranquilamente su marcha hasta perderse en el horizonte.

Mientras, llegaron varios soldados y oficiales de infantería. Confiéles a aquéllos el cuidado del avión inglés y entregué a los oficiales al teniente Stanley Blake, del 64° escuadrón, para que le hiciera conducir a Douai, a la casa en que se efectuaban los interrogatorios de los oficiales aviadores. Regresé al lugar donde estaba el avión inglés y, después de efectuar algunas reparaciones urgentes, yo mismo le conduje hasta nuestro campo, donde, luego de sustituir sus escarapelas por las consabidas cruces de hierro, le destinamos para la instrucción de nuestros aviadores novicios.

Por la tarde me encaminé a Douai para entregar mi informe y presenciar el interrogatorio de mi campeón de fútbol, al que ofrecí una taza de confortante té, naturalmente de procedencia inglesa.

Como acabáramos de ser fotografiados juntos, dándonos el abrazo, el joven teniente me rogó que no mostrara la prueba fotográfica porque tenía el firme propósito de avadirse del campo de prisioneros. Se lo prometí, pese a que estaba firmemente convencido de que en el caso de conseguirlo no llegaría muy lejos.

Nos separamos como caballerescos camaradas. Yo continué con mis combates aéreos y tuve aún oportunidad de conocer a otros compañeros del joven jugador de fútbol. Cada día aportaba nuevas y más extraordinarias aventuras y confieso que muy pronto olvidé este episodio.

Unicamente después de la guerra, cuando casi nada nos quedaba a los pilotos de combate, como no fuera los recuerdos de las pasadas victorias en conversaciones con amigos en la preparación de un pequeño libro que he destinado al enriquecimiento de los archivos de la aviación, vino a mi mente el audaz Tommy y me pregunté qué habría sido de él.

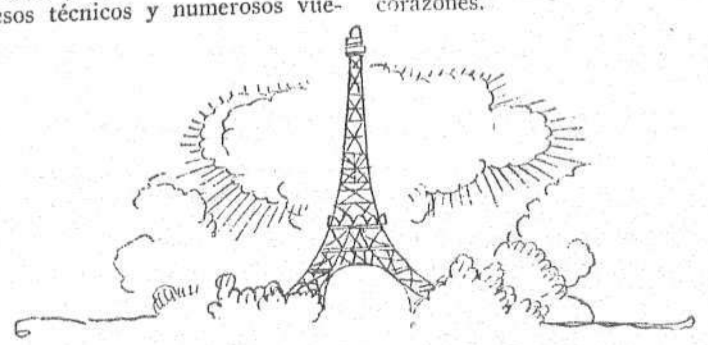
ENCUENTROS EN DIAS DE PAZ

En julio de 1932, una invitación de los pilotos ingleses me condujo a Inglaterra. Las relaciones entre los aviadores ingleses y alemanes habíanse reanudado y consolidado gracias a comunes progresos técnicos y numerosos vuelos deportivos. De los recuerdos de guerra a propósito de sucesos vividos en común, del recíproco conocimiento de los métodos de combate caballerescos y del deseo de los que éramos en realidad viejos camaradas, surgió aquella idea de reconocernos personalmente y probar que las aviaciones de Inglaterra y Alemania habían olvidado la guerra y no sentían entre sí más que una amistosa rivalidad deportiva.

Fué así cómo por espacio de dos meses y medio fuí huésped de los aviadores británicos, y demostré a mis camaradas de la isla que, en nuestros lances guerreros, aun entre enemigos, se había hecho verdadero derroche de caballerosidad y humanos sentimientos. En esta ocasión los ingleses hicieron el mayor honor a su reputación de cortesía y de hospitalidad.

Como acabara — escoltado por una escuadrilla de caza británica — de aterrizar en el aeropuerto de Heston, y escuchado calurosas alocuciones de bienvenida pronunciadas, tomé parte en un mitin de aviación sobre los campos de Hanworth. Cuando avanzaba a través de la multitud de curiosos, del brazo de mis antiguos adversarios de guerra, observé que un caballero inglés estaba en trance de hablar con el jefe de nuestra delegación. Creí reconocer al teniente Recce, y le grité: "Mister Recce: Good old Fritz". Y, en efecto, volviéndose, me reconoció de inmediato.Una prolongada y cordial conversación fué entablada en el acto. El teniente se había escapado del campo de prisioneros de Karlsruhe, dispuesto a llegar a Inglaterra pasando por Suiza. Pero los soldados bávaros lo habían arrestado en Landshut y tuvo que permanecer en Alemania hasta la firma de la paz.

Había leído en los diarios que yo me encontraba en Inglaterra y, en efecto, realizó el viaje desde Liverpool, donde era gerente de una fábrica de carrocerías, nada más que para verme. En el mejor club de Hanworth me ofreció un té, dijo, para desquitarse de aquel que yo le había dado en 1918. De él resultó una nueva fotografía, destinada esta vez a la mayor publicidad y para demostrar que, pese a los horrores de la guerra y las exigencias del deber militar, los hombres tienen siempre recursos para dejar constancia de los puros sentimientos que palpitan en sus corazones.



ROBERTO VON SCHLEICH



LOS LIBROS

Por RAUL P. OSORIO

"LOS INMIGRANTES PROSPEROS", por FRANCISCO GRANDMONTAGNE



Hace muchos años que Grandmontagne emigró de la Argentina. Así debe decirse, porque la repatriación del gran literato equivale a una emigración. En la pampa y en la ciudad porteña nació este hijo de sus obras. Aquí fué periodista de los mejores y escribió una novela de las más prominentes. El hispanoargentinismo existe: el desdoblamiento espiritual de Grandmontagne lo demostraría, si no hubiera otros casos. Antes de inmigrar, ese espíritu tenía dos facetas: española una, vasca la otra. Al argentinizarse, ambas se compenetraron más y adquirieron marcadas características criollas. Habrá bastantes de estos hispanoargentinos: pocos o ninguno pueden jactarse de serlo en tanta medida como don Francisco. Leed los ensayos de este volumen. La triple intención de acercamiento y hermanazgo alienta incansable en todas las páginas. Es un libro escrito para lectores españoles, a quienes cuenta Grandmontagne sus andanzas pampeanas, tesoneras labores de vascos, peninsulares y criollos. Es una guía intelectual de futuros inmigrantes; es un fruto maduro y sabroso de la experiencia y el arte; una triple profesión de fe y de cariño. Todo realizado con la elegante y amena maestría de Grandmontagne, inmigrante próspero en riqueza literaria, emigrado agradecido, hombre de voluntad sagaz, que supo ser discreto y sembrador de divulgaciones.

"ODIO", por LEONIDAS BARLETTA

Una advertencia preliminar nos dice que: "de esta obra se dió una versión en privado el 10 de febrero de 1933, considerando su autor y sus amigos presentes que no debía ocupar el escenario de un teatro de vanguardia". ¿Por qué? El drama es bastante intenso y tiene esa vaguedad melancólica que provoca íntimas rabias e íntimos juicios de rebeliones morales. A pesar de la modestia desplegada por el dramaturgo y la severidad del tribunal amistoso, la obra puede subir a un proscenio vanguardista. Quizá necesitara algunas podas y algunos injertos. Limpieza e intensificación. Nueve buenos actores lograrían, en cualesquier teatro de vanguardia o de retaguardia, producir emoción interpretando "Odio", drama que posee excelentes calidades.

"TIERRA DE CENTAUROS", por MARGOT GUEZURAGA

La gentil poetisa también sabe inspirarse con las costumbres camperas y cantar en prosa aventuras sentimentales gauchas. Narra con facilidad, emoción y gracejo cuadritos de la vida vernácula, entremezclada con la de personajes a quienes la autora llama "centauros rubios". "La muerte del malacara", "Míster Yale", "Por la cruz del puñal" y "El leonero", son relatos de buena ley, que nada deben envidiar a muchísimos otros que autores del género han producido. Porque la señorita Margot Guezúraga es tan buena prosista como poetisa.

"LA INSTRUCCION PUBLICA EN VENEZUELA", por ANGEL GRISANTI

Valiosa obra de estudio para todos cuantos necesiten conocer los progresos de la enseñanza en la república hermana. El señor Grisanti ha iniciado en su patria las investigaciones sobre tan interesante asunto ofreciéndonos esta primera monografía venezolana sobre esta materia. El libro, que fué impreso en España, trae un prólogo de don Francisco García Calderón.

"ELEMENTOS DE GEOMETRIA", por ENRIQUES y AMALDI - LA MENZA

El profesor Francisco la Menza y la doctora María Farsina han adoptado al programa de enseñanza secundaria la Geometría de los insignes matemáticos Enriques y Amaldi. Y han hecho bien, la dificultosa tarea. El tercero y cuarto tomos dan noción exacta de este trabajo. Aprovechemos la coyuntura para decir que el programa tipo es intrincado y frondoso. El alumno se pierde dentro de tal bosque y, cuando sale de allí, suspira y olvida. Contados son los bachilleres capaces de adaptárselo, como los autores adaptaron el texto al programa.

Raúl P. Osorio

Elija su tono

Aquí, en el lado externo del fondo de la caja se indica el tono que contiene.

En la diferenciación exacta de los matices está la habilidad del colorista y en la perfecta elección de los polvos de tocador, y del tono de los mismos, la de la mujer cuidadosa de la presentación de su persona.

Elija en el

Polvo Le Sancy

el tono más adecuado para su cutis:

Piel Natural — Rachel — Ocre — Morocho



Además tiene usted en el Polvo Le Sancy el tono *Chair* — el color de salud — que sienta tan bien a las rubias como a las morochas y también debe tener en cuenta, el Le Sancy, *Rosado,* que realza las notas rosas del cutis.

Si un tono no alcanza a satisfacer sus deseos, mezcle dos o tres de ellos; o extiéndalos con el cisne, uno sobre otro en el mismo cutis.

Cajas de 0.50, 0.70 y $ 1.90.





LIMPIO Y FIRME

¿Le agradaría tener el pelo siempre limpio de caspa, sedoso y abundante? Use dos o tres veces a la semana Petróleo Gal; o a diario, si el pelo hubiese empezado a caérsele, para contener la caída y fortalecer la raíz.

¿Desea llevar el pelo bien fijado durante el día entero? Aplique, al peinarse, un poco de Fijador Gal. Es distinto de cualquier otro. No mancha; no empasta. Práctico, agradable y muy moderno. Huele a violetas.

PETRÓLEO GAL
$ 3,15 Y 1,90
en la capital federal

FIJADOR GAL
$ 2,05
en la capital federal

Petróleo y Fijador GAL

VERITAS

BUENOS AIRES, 29 DE ABRIL DE 1933
AÑO XXXVI ◆ CARAS Y CARETAS ◆ NUM. 1804
JOSE S. ALVAREZ
FUNDADOR



CUADROS CELEBRES
LA · NIÑA · DE · LAS · CEREZAS
JUAN RUSSELL
MUSEO DEL LOUVRE — PARIS

TANIA. ADA FALCON.

Rosita Quiroga, Ada Falcón y Tania,
aplaudidas cultoras de nuestro cancionero popular

ROSITA QUIROGA





María E.
H. Ferraro.

Corita Sosa
Miatello.

Primera comunión



Lidya M.
Chiossone.



Miguel Compte
Llobet.



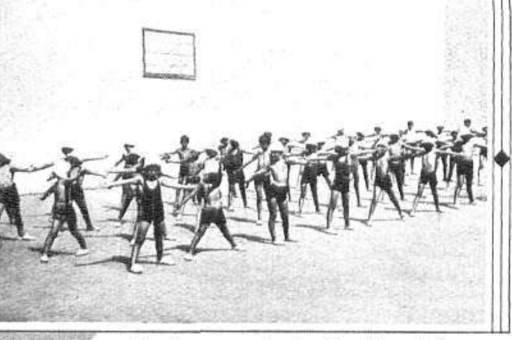
Carmen
Vázquez.



La hora de la merienda. Un grupo de alumnos entregados a la confortable tarea, en la colonia anexa a la Facultad de Humanidad, de La Plata.

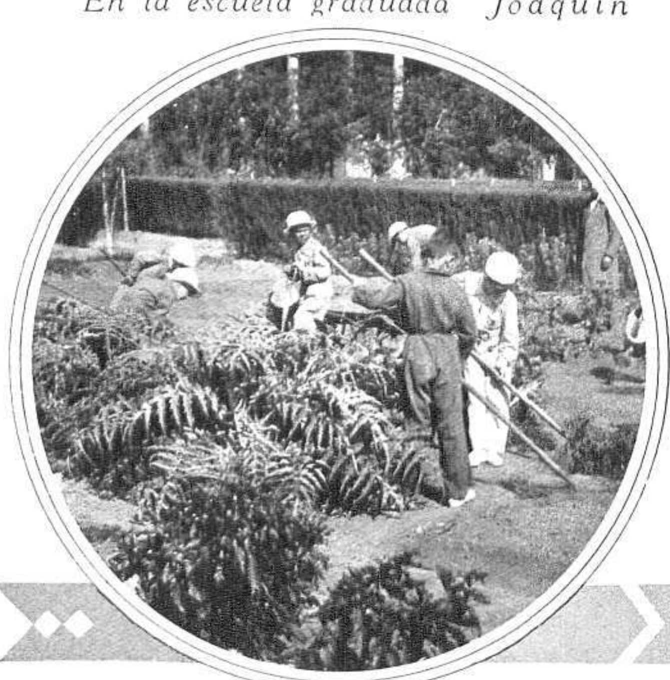
UNA COLONIA

En la escuela graduada "Joaquín



Terminada la faena diaria, los niños asisten a la tocante ceremonia de arriar la enseña patria.

En el gran patio de ejercicios físicos durante una clase de gimnasia dirigida por profesores expertos.



El huerto es uno de los lugares predilectos, y los pequeños horticultores actúan en él con toda dedicación.



A la sombra propicia de los árboles de la colonia, ensayan sus primeros bosquejos los niños de la misma.

A casa, cada uno con su valija, después de un día de sol, de estudio y de alegres esparcimientos.

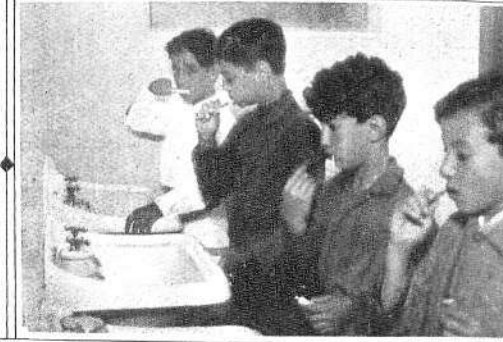




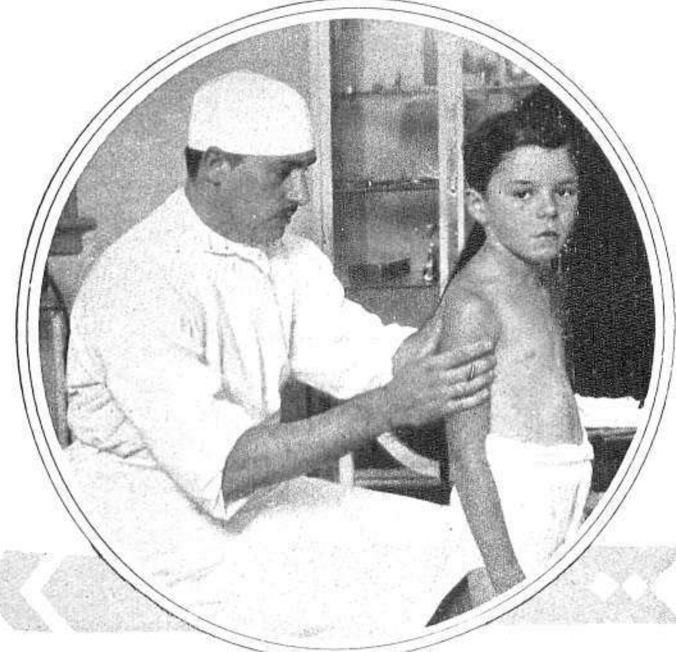
Algunos de los pequeños asistentes a la colonia se dedican a la apicultura con entusiasmo. Aquí los vemos trabajando en el cuidado de un colmenar.

EJEMPLAR

V. González", de La Plata



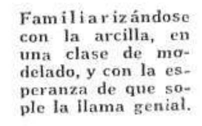
En la escuela no se descuida un solo detalle higiénico, y los niños atienden al buen estado de su dentadura.





El taller de carpintería atrae a los pequeños, que pronto se familiarizan con la garlopa y el serrucho.

Uno de los médicos de la escuela que dirige el profesor Vicente Rascio examina prolijamente a un alumno.



Familiarizándose con la arcilla, en una clase de modelado, y con la esperanza de que sople la llama genial.





El presidente de la Universidad, doctor Levenne, el director de la escuela y maestros y alumnos, en el almuerzo.

Las enormes moles o témpanos de hielo, que cierran la entrada a la bahía de las islas Orcadas, tienen de 60 a 90 metros de altura sobre la superficie de las aguas. Debajo, cada tempano mide una profundidad siete veces mayor que su altura.

▼ ▼ ▼

En el silencio de

Cómo vive la comisión científica

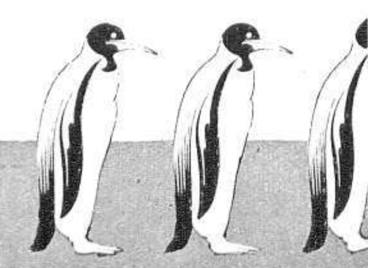
La última tragedia. — El segundo jefe de caerse de una montaña, causándose, en cum

POR JUAN JOSE

Lea el texto de esta nota en las primeras del presidio de Ushuaia: Santos Godino (a)

▼ ▼ ▼

A medianoche o a la madrugada, el observador debe abandonar su caliente refugio para salir a la intemperie (38º bajo cero), a registrar las observaciones de los aparatos.



Per la abertura de estos témpanos pasó el transporte nacional "Pampa". A veces fué preciso aminorar la marcha de la nave, para que los témpanos, llevados por la corriente, abrieran el camino que conduce al istmo donde está el observatorio.

▼ ▼ ▼

las islas Orcadas

entre los pingüinos y los témpanos

la comisión, Juan Carlos Lynch, acaba de plimiento de su deber, una grave fractura.

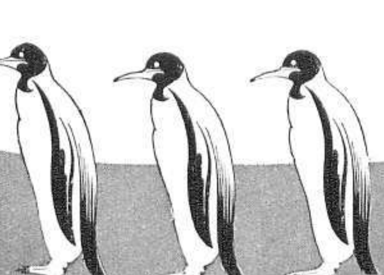
DE SOIZA REILLY

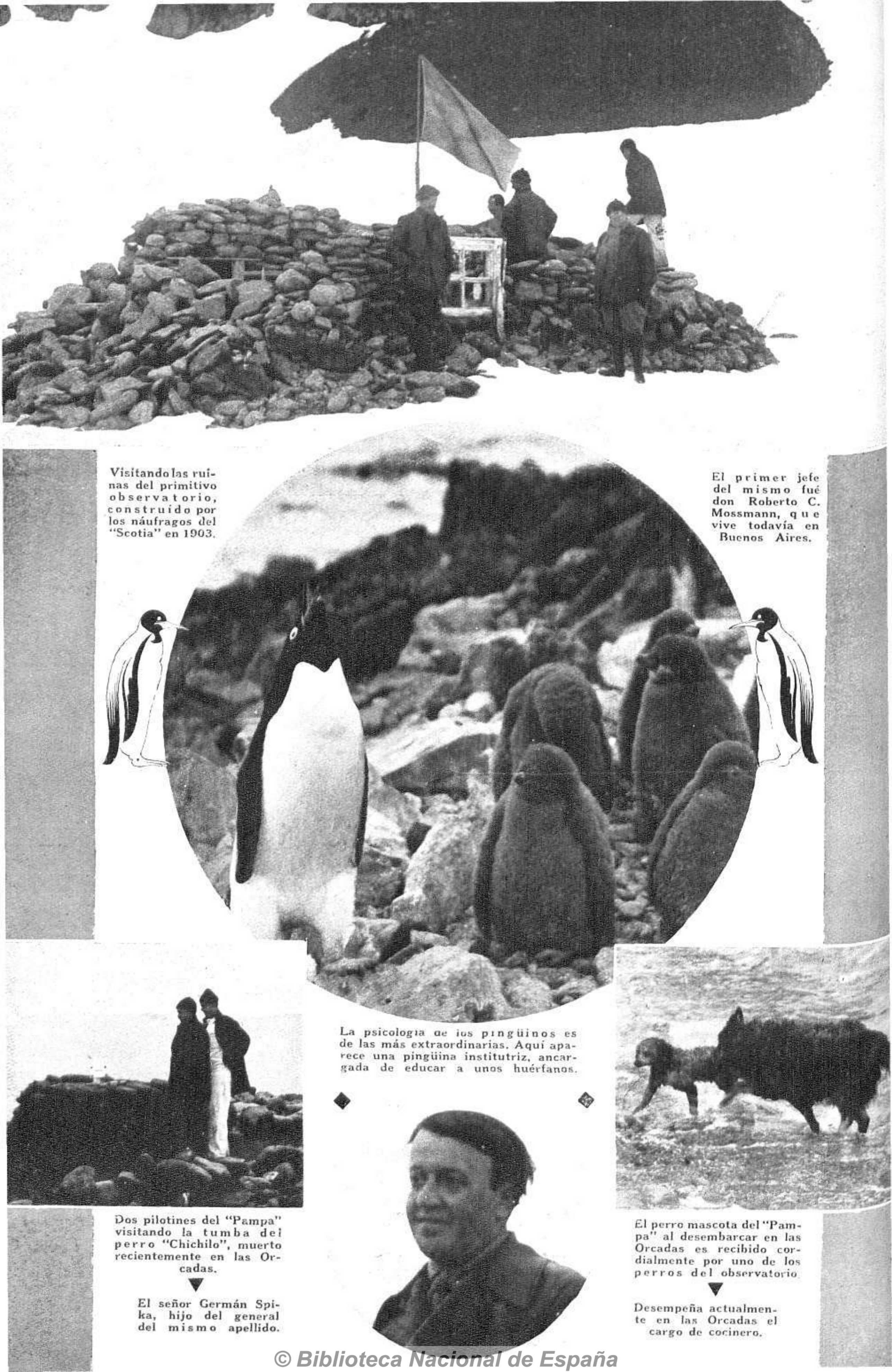
páginas. — En el próximo número: "Sombras Petiso Orejudo, el descuartizador Ernst", etc.

▼ ▼ ▼



Soiza Reilly en las Orcadas, con el actual jefe de la comisión, Dr. Bruno Collasius, y el 2º jefe, Juan Carlos Lynch, que acaba de sufrir un accidente cayéndose de una montaña.





Visitando las ruinas del primitivo observatorio, construído por los náufragos del "Scotia" en 1903.

El primer jefe del mismo fué don Roberto C. Mossmann, que vive todavía en Buenos Aires.

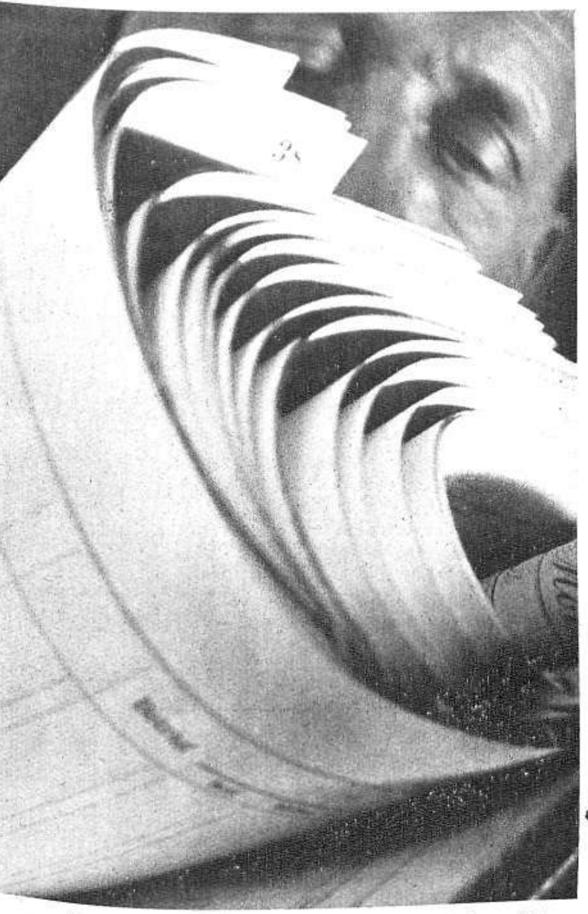
La psicología de los pingüinos es de las más extraordinarias. Aquí aparece una pingüina institutriz, ancargada de educar a unos huérfanos.

Dos pilotines del "Pampa" visitando la tumba del perro "Chichilo", muerto recientemente en las Orcadas.

El señor Germán Spika, hijo del general del mismo apellido.

El perro mascota del "Pampa" al desembarcar en las Orcadas es recibido cordialmente por uno de los perros del observatorio.

Desempeña actualmente en las Orcadas el cargo de cocinero.



Momento terrible para el empresario teatral en los tiempos que corren: es preciso saber con exactitud cómo van los negocios, y noche tras noche revisa febrilmente los "bordereaux".

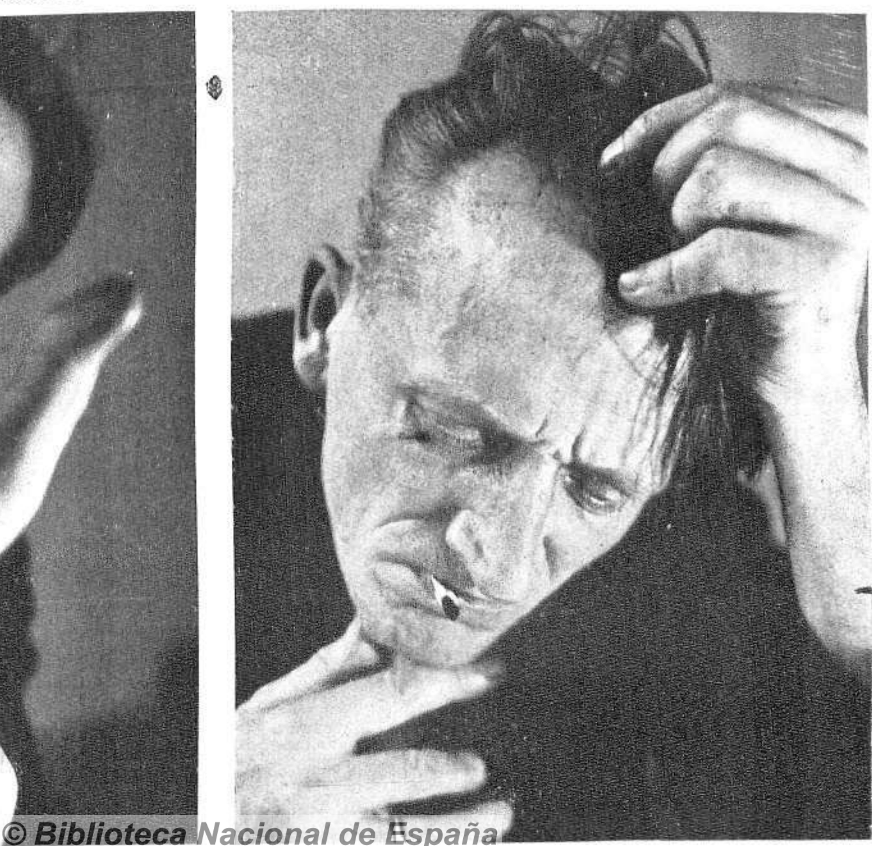
Se pone a hojear, llega a la planilla mensual y no tarda en fijar su atención angustiada en una columna de números, cuya escueta elocuencia disipa implacablemente toda posibilidad de ilusión.

LA ANGUSTIA DEL MOMENTO

Suma y vuelve a sumar. La cuenta sale mal, mal por su significado general y por un fastidioso error de suma. Y su atolondramiento es tal, que tiene necesidad de contar con los dedos.

Cuanto más suma y calcula, más se empantana. Los sueldos de las primeras figuras siguen siendo exorbitantes; los alquileres, imposibles; los impuestos, ruinosos.





ROSARIO

DEMOSTRACIONES Y FIESTAS SOCIALES



Parte de la concurrencia que asistió al té ofrecido a los jefes y oficiales del regimiento 2 de Pontoneros, con motivo de abandonar la ciudad.



Foto obtenida durante un intervalo del baile organizado por la comisión directiva de la Sociedad de Electricidad de Rosario.



El señor Maldonado, cónsul del Paraguay, que ha sido trasladado a Buenos Aires, con las damas de la Cruz Roja Paraguaya, que lo agasajaron.



Un aspecto del banquete organizado por el Rotary Club local y del cual fueron comensales los miembros de la entidad y sus señoras esposas.



ESTRELLAS DEL CINE

MARTA SLEEPER

HORAS MATINALES (San Luis)

LA BARRANCA COLORADA (San Luis)

TEMPERAS DE PIERRE CHARPENTIER

DE LA COLECCION DE DON ANTONIO FREIXAS.



En la terraza de la estancia "La Armonía", en Mar del Plata, después del almuerzo que la gentil propietaria de la misma, doña Josefina Unzué de Cobo, ofreció en honor del general Justo.

En la estancia "La Armonía"

Almuerzo en honor del Presidente de la República



El primer mandatario conversando con la señora de Roca.



Las señoras de Rodríguez Alcorta y de Cobo.



Parte de la concurrencia gozando de las caricias del sol, en el hermoso parque de la estancia.



El ministro de Relaciones Exteriores, doctor Saavedra Lamas, y la señora Josefina Unzué de Cobo.



Las señoras de Saavedra Lamas, de Anchorena y de Paunero, y el niño de Paunero.



Viaje del general Justo

El presidente de la República, en compañía del doctor Saavedra Lamas y de otras personalidades, en la estación Constitución, antes de partir para Tandil y Olavarría, donde comprobó los adelantos de la industria pedrera.



Los restos del doctor Barroetaveña

Ante numerosa concurrencia, congregada en la estación Chacarita, del Ferrocarril Central Buenos Aires, el doctor Luis B. Calderón despide los restos del doctor Francisco A. Barroetaveña, que fueron trasladados a Gualeguay.



Homenaje a la esposa de un diplomático

Señoras y señoritas socias de la Patriotic Society American Wo men, en el acto realizado bajo los auspicios de la entidad en honor de la señora Mildred Barnes de Bliss, esposa del embajador norteamericano, con motivo de su próxima partida.

Banquete a un comediógrafo

La cabecera de la mesa, en la demostración ofrecida al señor Cunill Cabanellas con motivo de los éxitos que obtuviera como autor y como director artístico.

En honor de un hombre de letras

El doctor Román Gómez Masía y parte de los amigos que le hicieron objeto de una demostración a raíz de los éxitos que obtuvieron sus obras literarias y teatrales.



Los mimos de "Mirandolina" llegan a todos, pero sus intereses la obligan a comprometerse con Fabricio, servidor incondicional de la posadera. — Nedda Francy y Florindo Ferrario.

"Mirandolina", de Goldoni, en el Odeón

Ha constituído un éxito artístico la realización escénica de "La Locandiera", del inmortal Goldoni, presentada bajo el nuevo título de "Mirandolina", y puesta en escena y dirigida por E. T. Susini y Antonio Cunill Cabanellas, con un extraordinario derroche de buen gusto.



En la "locanda" cada habitación es un misterio y un refugio. — Battaglia, Francy, Ferrario, Faust Rocha, Mileo, Ortiz, Danessi y Marga.



Mirandolina, con sus encantos, enloquece al caballero de Ripafratta. — M. Faust Rocha, Nedda Francy y Miguel Mileo.



El conde de Albafiorita agasaja a las cómicas de la legua. — Mecha Ortiz, Mario Danessi, Juan Corona e Iris Marga.



Terminada la comedia, los personajes se despiden, después de recordar al público que una mujer acosada puede ser también fortaleza inexpugnable.

Fotos de Wilenski

El manicuro creador de la nueva moda, haciendo ensayos de diferentes clases de brillos ante la mirada asombrada de una clienta.

▼

La extravagancia de la moda ataca ahora a las uñas. El objeto es hacerlas brillar tanto como se pueda, "pour épater l'homme"...

LA MODA DE BRILLANTES

LAS UÑAS COMO YELMOS

La piel suave de la mano femenina debe estar emparedada entre el brillo metálico de las uñas y el reflejo deslumbrador de las pulseras.

▼

Aquí el artista manicuro dice a la clienta: Elija usted su brillo para las uñas: platino, plata, blanco, amarillo o dorado... Toda la gama posible...

DOS CARATULAS PROFETICAS DE "CARAS Y CARETAS"

Publicada en el Nº 1723, 10 de octubre de 1931



NADANDO EN ORO
¿No se ahogará?

Publicada en el Nº 1776, 15 de octubre de 1932



LOS ARANCELES
Hoover. — En esta trampa va a caer todo el mundo...

Fallecimiento de doña Marcelina Yrigoyen de Rodríguez



Don Hipólito Yrigoyen en el momento de llegar a Buenos Aires, a donde vino desde Montevideo con el fin de asistir al sepelio de los restos de su señora hermana, doña Marcelina Yrigoyen de Rodríguez.



La señora Marcelina Yrigoyen de Rodríguez, cuyo fallecimiento ha causado hondo pesar entre sus numerosas relaciones, aparece en esta foto con la señorita Isabel Menéndez, secretaria del ex presidente.

El asunto de la Metropolitan Vickers en Moscú

1. Interrogatorio en la Ogpu, según el dibujo de un ex prisionero. — 2. Allan Monkhouse, expulsado de Rusia por complicidad en actos de sabotaje. — 3. El tribunal. — 4. W. H. Thornton, condenado a tres años de prisión. — 5. Un aspecto parcial de las usinas de la represa de Dnieprostov, cuyas maquinarias fueron dañadas. — 6. John Cushny, otro de los técnicos expulsados de Rusia. — 7. El ingeniero Monkhouse con su esposa y su hijo. — Mister Esmond Ovey, embajador británico en Rusia en compañía de Litvinoff, comisario del Soviet, ante quien protestó por el arresto de los técnicos ingleses procesados. — 9. La casa que Monkhouse ocupaba en Perlovka durante los trabajos en las usinas.

GOLPE EFICAZ



Un directo al estómago.

NOTAS VARIAS

UN HOMBRE HONRADO



Miguel Le Cicero, el guarda de la empresa de tranvías Anglo-Argentina que puso de relieve su honradez al entregar a la administración la suma de 4.800 pesos, hallados en uno de los trenes subterráneos.

REPOLLO GIGANTESCO



La expresión satisfecha del señor Angel Divela tiene una profunda razón de ser si se contempla el enorme repollo que está a sus pies. El magnífico ejemplar, que pesa nada menos que diec'ocho kilos y medio, fué cosechado por el señor Divela en su chacra de Saladillo (F. C. S.).

RUDIMENTARIA FALSIFICACION DE BILLETES



Anverso de uno de los billetes de diez pesos fotografiados por Blanqué, que creyó que, con sólo su habilidad profesional, podría realizar una eficaz falsificación.

En Rosario fué detenido Pedro Blanqué, fotógrafo que pretendía poner en circulación billetes falsificados sin recurrir a tareas litográficas. El consideraba suficiente fotografiar los billetes de diez pesos legítimos y colorear luego las copias. La policía allanó su domicilio y se apoderó de los elementos de trabajo utilizados en una empresa donde la sagacidad criminal no tuvo gran participación.



Pedro Blanqué, el falsificador descubierto por la policía rosarina.

DOS FRACASADOS INTENTOS TERRORISTAS



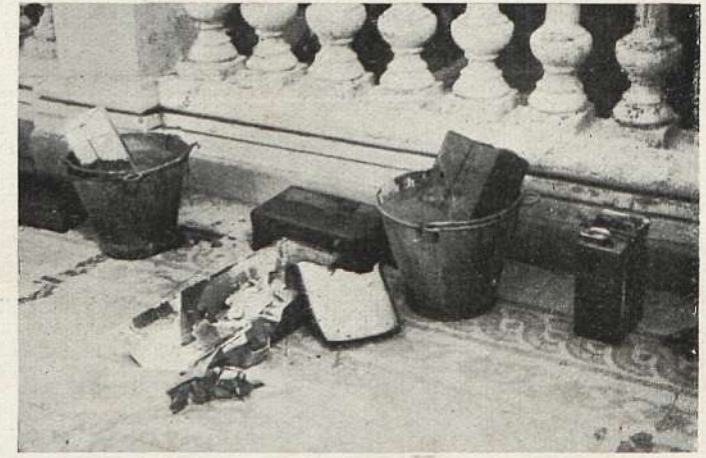
Nicolás Iceta.



Néstor Plescia.



Rosendo Lamas. Luis Sáenz. Autores de los atentados frustrados que fueron detenidos por una comisión de la comisaría 27ª, gracias a la broadcásting policial.



Las bombas halladas en los ómnibus 16440 y 16418, sumergidas en baldes de agua, en el local de la comisaría, donde fueron depositadas después de haberse anulado su poder explosivo.



El avestruz de fuego

POR

Julio Vignola Mansilla

Como hacía una bárbara temperatura, nos arrimamos a un ubapoú, colosal árbol indígena capaz de extender su sombra a una larga tropa de carretas o una majada... Desensillamos, y sobre las caronas nos tendimos a descansar. De vez en vez, ráfagas de viento juguetón hacían ondular la rosada flechilla, que a la luz semitropical tenía reflejos de bronce bruñido... Cerca, ñandúes solos, cachacientos, tranquean comiendo isocas o pastando en el gramillal de fuerte verdor, que la flechilla oculta. Lejos, el indeciso vuelo de los



chimangos, rastreando las carnizas que dejan los cuadrúpedos carniceros o las auténticas, poderosas aves de presa. La conversación sobre el vacaje de retorcidos cuernos, escurrido, o sea escondedor del medio engorde..., decae y después de un breve silencio, se me ocurre expresar un disparatado pensamiento en voz alta:

—Todavía no hemos dado con un ñandútatá, como ustedes llaman al avestruz de fuego... ¿Es que esos fabulosos individuos ya no aparecen sacudiendo sus ígneas alas en medio del campo o en la cumbre de un cerro para anunciar la presencia de "entierros" o escondidos tesoros o simplemente la exuberancia de un terreno metalífero?

En los ojos de los troperos, leo la desconfianza que súbitamente transfórmase en chispa de malicia... Sin duda, creen que intento pifiarme de algo que para ellos es una indiscutible realidad y para mí es ficción y realidad al mismo tiempo. El hacendado, don Sergio Acuña, como patrón y hombre comunicativo, dice, esbozando una benévola sonrisa y sin abandonar su guaranítico acento:

—Vea mocito, el avestruz colorao no es como éstos pobres ñanduces guachos que por ande quiera se le atraviesan a uno. Muy de vez en cuando se aparece el ñandú-puitá, y eso no a cualquiera tampoco...

—Don Sergio, ¿lo vió usted alguna vez?

—Pa qué mentir. Yo no lo vide nunca... Pero conocí a un hombre que al vadear el arroyo de la Virgen, un atardecer, allá sobre un barrancón, vido unas llamaradas y entre las llamaradas distinguió al ñandú-puitá.

—¿*Y qué hizo el hombre?*

—¡La pregunta! Lo que cualquiera de nosotros hubiera hecho. Una vez que vadeó el arroyo, apeóse, amarrando el caballo en un ceibo y subió a la barranca... Anduvo dando güeltas y cuando creyó pisar el sitio ande había estao aleteando el ñandú-puitá, desenvainó el puñal y empezó a cavar sin miedo... Güen rato cavó el hombre y nada hallaba... Al fin se le melló el filo del puñal en algo muy duro que sonó como a cobre... Entonces se arremangó, metió la mano en el hoyo y se encontró con una nidada de onzas de oro. ¡Y qué nidada, amigo! Sacaba el hombre y más brotaban de la tierra, mesmo que el agua en terreno bajo... Llenó los bolsillos del tirador, primero..., después los bolsillos de la bombacha, los de la blusa. Se desató del cogote el pañuelo y lo llenó... Llenó también el sombrero y cuando se sacaba las botas pa llenarlas hasta la caña, entre el ñandubayzal sintió como un lamento de persona que están matando y se asustó. Apurao tapó el hoyo y cargao de onzas montó a caballo... La luna estaba alta ya... Cuasi en el centro del cielo.

—Y ese hombre, don Sergio, ¿vive?

—Vive... y pa más señas se llama Ataliva Verón. Tiene su establecimiento por el Betel, en el rincón de Luna, ande abunda la palma negra... No le recomiendo su vacaje... Es mucho más flojón y guampudo que el mío. Vacaje engordao a pasto vicioso...



AL tiempo anduve por Rincón de Luna, donde no solamente la palma negra esparce su sombra, sino también el yatay o sea la palma blanca. Quise saber si en realidad el hombre debía su riqueza al ñandú-puitá, y el anciano a quien dirigí la pregunta hizo un gesto hosco, como de rencor antiguo, y me respondió con estas mortificantes palabras:

—Sí, Ataliva vido el ñandú-puitá tanto como yo... Todo lo que tiene, ¿sabe cómo se lo agenció? Cuatreriando... el hombre.



Suplemento femenino de "Caras y Caretas"

Por BIJOU

LOS SOMBREROS QUE SE IMPONEN EN ESTE OTOÑO



1. — La moda ha impuesto llevar el sombrero levantado por detrás e inclinado a un costado y hacia adelante, como puede observarse en esta creación de fieltro "bleu" y que destaca como adorno una cuchilla de cristal.

2. — Realizado en terciopelo este modelo, ostenta una decoración de plumas y una modernísima colocación en la cabeza, pues va inclinado hacia adelante, hasta tapar un ojo.

3. — Los sombreros pequeños son los que se imponen, pues nos obligan a ello los grandes cuellos de piel de nuestros tapados. El que aparece en el grabado es de pana lacre y va adornado por un coqueto moño de cristal que representa uno de los adornos predilectos de hoy.

Para los ratos de ocio

Un motivo sencillo para adornar la mantelería y las carpetas

Ya en otras oportunidades nuestras lectoras han podido leer, en esta misma sección, diversas ideas que sobre bordado "Richelieu" hemos dado y las instrucciones sobre su realización. Como recordarán, el "Richelieu" se hace con punto festón o cordón, resultando ambas formas de un gran efecto decorativo. La labor que presentamos



CARAS Y CARETAS

para ser interpretada en este punto, tiene por característica su gran sencillez y la facilidad de su ejecución.

Presenta, asimismo, la ventaja de poder ser realizada en varios tonos, incrustando la misma tela en distintos colores. Luego se pasará la bastilla, para que queden sujetas, y se efectuará el punto cordón o el festón. Este motivo tiene, además, una aplicación extraordinaria, pues a la vez sirve para decorar manteles y servilletas, pudiendo utilizarse en carpetas y estores con óptimos resultados decorativos.

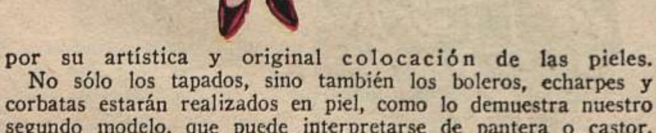
LO QUE LLEVAREMOS ESTE OTOÑO

CADA cambio de estación trae las consiguientes inquietudes y vacilaciones en el ánimo de todas las elegantes. ¿Qué me pondré? ¿Qué se llevará?, son los interrogantes que flotan como una bruma en el espíritu de aquellas mujercitas que hacen un culto de las disposiciones de la moda.

Por ahora, puede adelantarse que las pieles constituirán uno de los triunfos de esta temporada y será muy extraño ver un vestido o un tapado que no tenga como principal adorno, piel, estando confeccionados muchos de los últimos, enteramente de este material, como puede comprobarse en esta página, en la que presentamos un elegante tapado realizado enteramente en "kolinsky", con lo que reafirmamos nuestro anterior aserto. Se destaca







por su artística y original colocación de las pieles.

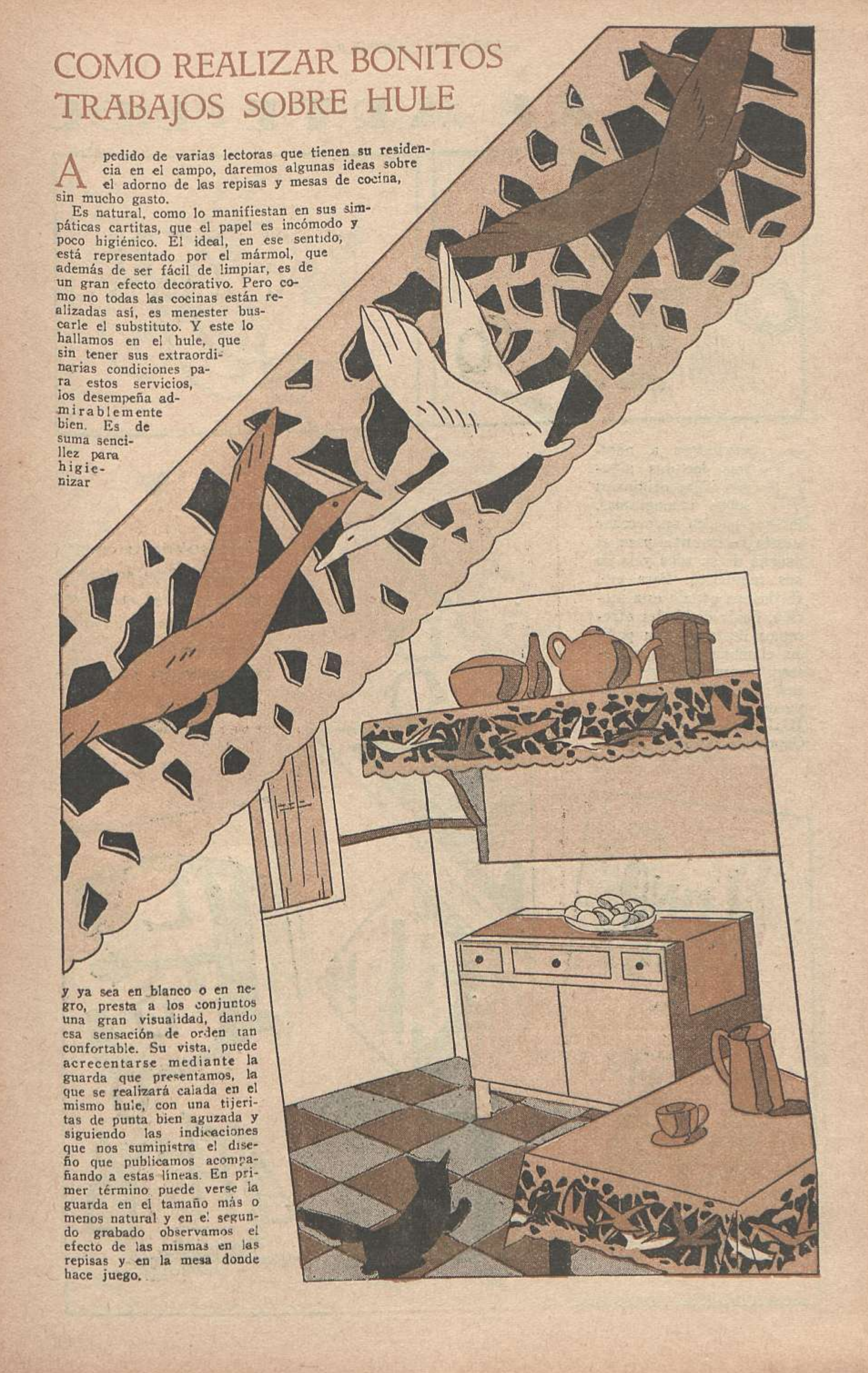
No sólo los tapados, sino también los boleros, echarpes y corbatas estarán realizados en piel, como lo demuestra nuestro segundo modelo, que puede interpretarse de pantera o castor.

En último término podemos observar una echarpe muy sencilla, la que puede ser confeccionada en armiño o "breischwantz". Es susceptible de anudarse en distintas formas según el gusto personal de cada una y la "toilette" que deba acompañar.

COMO REALIZAR BONITOS TRABAJOS SOBRE HULE

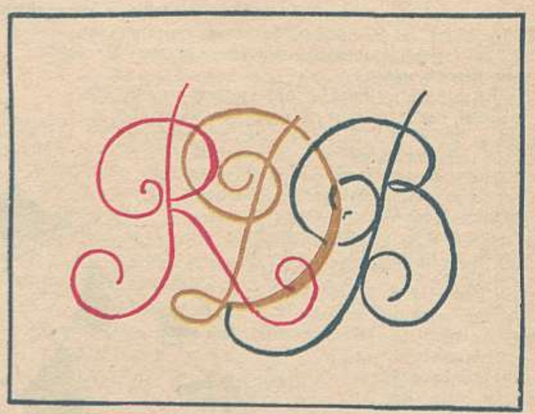
A pedido de varias lectoras que tienen su residencia en el campo, daremos algunas ideas sobre el adorno de las repisas y mesas de cocina, sin mucho gasto.

Es natural, como lo manifiestan en sus simpáticas cartitas, que el papel es incómodo y poco higiénico. El ideal, en ese sentido, está representado por el mármol, que además de ser fácil de limpiar, es de un gran efecto decorativo. Pero como no todas las cocinas están realizadas así, es menester buscarle el substituto. Y este lo hallamos en el hule, que sin tener sus extraordinarias condiciones para estos servicios, los desempeña admirablemente bien. Es de suma sencillez para higienizar y ya sea en blanco o en negro, presta a los conjuntos una gran visualidad, dando esa sensación de orden tan confortable. Su vista, puede acrecentarse mediante la guarda que presentamos, la que se realizará calada en el mismo hule, con una tijeritas de punta bien aguzada y siguiendo las indicaciones que nos suministra el diseño que publicamos acompañando a estas líneas. En primer término puede verse la guarda en el tamaño más o menos natural y en el segundo grabado observamos el efecto de las mismas en las repisas y en la mesa donde hace juego.



♥ ♥ ♥ EL ARTE DEL





BRINDAMOS a nuestras lectoras algunas ideas originales sobre monogramas, los que pueden aprovechar ventajosamente para el adorno de su ropa y la de sus familiares. Para este fin hemos creado esta sección, desde donde les ofrecemos ilustrar, a su pedido, el monograma que deseen, según sus indicaciones. La correspondencia puede ser enviada a BIJOU, "Caras y Caretas", Chacabuco Nº 151, Capital.





Agradeceríamos a nuestras gentiles lectoras no solicitaran más de un monograma por vez. Rogamos, asimismo, que nos indiquen con claridad su nombre y domicilio.

♥♥♥ ♥ ♥♥♥



MONOGRAMA





Correspondiendo a los pedidos de nuestras lectoras hemos confeccionado los siguientes monogramas: Carmina, Norberto, R. D. B., Amado, Julito, Elisa, E. L., Elena, A. E., Eladio, Gladys, Nena, Palmira, Noemí, Rosalía, Roque, Lucio, Arduino, Chefita, M. J. O., Laucha, Raúl, Mecha.



Correo de Bijou

Lolita C., Ramallo.—El punto cruz puede servirle admirablemente como motivo de decoración para carpetas, manteles, servilletas, vestidos o blusas, pudiendo lograr merced a él, encantadores resultados, máxime si lo realiza en colores vivos.

Clementina C. — Agradecemos sinceramente sus buenos deseos, no explicándonos su aflicción. Ser dueña de una silueta delgada, esbelta y fina, es la preocupación de todas las mujeres elegantes, mientras usted reniega de ella. Lamentamos tener que decirle que está en un error. El género cuya muestra nos envía es un crep "marrocain" de lana, y nos parece muy acertado para el destino que usted piensa darle.







PARA EL SABADO

COCTEL

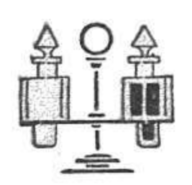


¼ vaso de elixir chartreuse.
1 vaso curazao blanco.
¼ vaso de triple sec.
1 vaso de gin.
Hielo.
Gotas de bíter naranja.



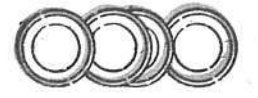
ALMUERZO

Huevos con tomate.
Caldo a la reina.
Repollitos de Bruselas con tallarines en manteca.
Pastel de arroz y cordero.

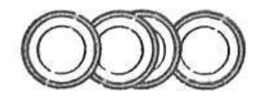


CENA

Sopa imitación tortuga.
Langosta a la americana.
Pollo asado. Ensalada.
Conejo a las finas yerbas.



RECETAS



HUEVOS CON TOMATES

Córtense en rodajas finas tomates y huevos duros. Condiméntense los tomates con sal, aceite y vinagre. Se colocan los huevos duros en hilera alternando con otra de tomates. Alrededor de la fuente, donde se habrán colocado, se hace un borde de mayonesa. Es un plato frío, sencillo y vistoso.

LANGOSTA A LA AMERICANA

En agua fría se pone a cocer la langosta, se saca al primer hervor, se deja enfriar para quitarle el caparazón. La cola se corta en pedazos que se colocan formando anillo en fuente para horno. Con la carne de las patas y de la cabeza se hace un picadillo y con él se rellena el hueco del anillo. Se rehogan en una cacerola con manteca de vaca cuatro cebollas grandes, picadas finas; a los tres minutos se bañan con vino blanco seco y se deja cocer media hora. Se hace salsa blanca y se vierte sobre la langosta. Un momento antes de servirla cocer al horno, a fuego suave, un cuarto de hora.

CONEJO A LAS FINAS YERBAS

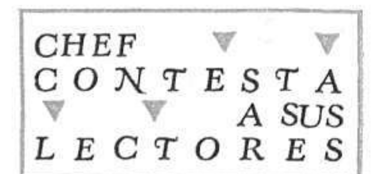
Se pone al fuego un trozo de manteca con un macito de yerbas finas, perejil, setas y ajo picado; se añade el conejo cortado en pedazos, luego un poco de jugo y harina disuelta en vino blanco. Se retira el macito de yerbas, se reduce la salsa y se echa sobre el conejo.



MEDIAS LUNAS

Coloque 250 gramos de harina, en el medio de ella eche la cantidad de una nuez de levadura de cerveza, deshacerla con agua tibia, agregarle un poco de harina, formar masa lisa ni muy dura ni muy blanda, colocarla en agua tibia y dejarla hasta que haya doblado su volumen. Aparte a 50 gramos de harina se agregan 100 gramos de manteca, un poco de sal fina, una cucharada de azúcar molida se une añadiendo de a poco 3 huevos enteros. Se agrega al último la levadura. Se pone en una taza, dejarla levantar un poco estando bien fría dejarla sobre la mesa espolvoreada con harina. Estirarla fina, cortarla en forma de triángulos, hacer medias lunas, colocarlas sobre latas enmantecadas, hacerlas levantar un poco, pintarlas con huevo batido y cocinarlas a horno caliente.





A Nereyda, Villa Amelia. — Caliente aceite, con unos dientes de ajo, fría en él bastante cebolla picada y ajíes picados. Añada los tomates, sal, un poquito de azúcar. Agregue caldo o agua hirviendo. Deje cocinar lentamente.

A Humbertino, Humberto I. — La receta que me solicita la encontrará hoy en repostería.

A María del Carmen, Gualeguaychú. — Una salsa apropiada es ésta: 6 cucharadas de aceite, 6 de vinagre, 1 cucharadita de mostaza, pizca de sal, ¼ parte de una cucharadita de pimienta.



REMEDIO CASERO
(CUENTO)

CIERTA vez había un rey arrogante y guerrero que parecía ser el hombre más feliz de la tierra y, sin embargo, no era así. Si bien es cierto que poseía una gran fortuna y un gran ejército estaba a sus órdenes, era el más desgraciado del reino, pues su cerebro estaba lleno de ambiciosos planes que no lo dejaban dormir. Frente a él desfilaron los más célebres médicos del mundo, mas todo fué inútil, el rey seguía sin poder conciliar el sueño.

Hizo publicar una proclama prometiendo la mitad de su reino al que consiguiera curarlo.

Una noche llegó al palacio una linda pastora, solicitando ver al rey para quitarle el mal que padecía.

Llevada a su presencia, la miró compasivamente aconsejándole regresase a su casa, pues no lograría lo que los médicos no habían conseguido.

— No puedo marcharme — respondió la pastora — hasta tanto no haya ensayado curarte.

— Bien — respondió el rey, — pero antes de empezar me dirás en qué consiste el remedio, pues me imagino que será alguna cosa sencilla que te enseñó tu madre.

La pastora condujo hasta una ventana abierta al desgraciado rey; mostrándole el cielo, afirmó que era algo que su madre le había enseñado y que ella estaba allí para enseñarle a rezar.

Creyendo el rey que la pastora se burlaba de él, mandó a sus soldados encerraran a la muchacha en un calabozo oscuro. Pero al observar que la niña marchaba a su prisión con una sonrisa en los labios, sintió lástima y no pudo resistir la tentación de seguirla, y así pudo ver cómo, una vez en el calabozo, rezaba de este modo:

— ¡Amable y bondadoso Padre! Enséñale a rezar. Vuelve su corazón humilde para que pida el perdón de sus pecados y pueda dormir tranquilo.

Inmediatamente el rey dió orden de que la pusieran en libertad. Luego volvió a su dormitorio y arrodillándose delante de su cama imitó a la pastora, y aunque de sus labios no brotaban palabras porque no recordaba los rezos que su madre le enseñara cuando niño, debió rezar desde el fondo de su corazón, porque cuando se acostó durmió hasta la mañana siguiente, haciéndolo así todas las noches subsiguientes.

Desde ese día no pensó más en la guerra ni en las riquezas sino en dar la felicidad a su pueblo.

Mandó buscar por todas partes a la pastora, mas sin conseguirlo.

Un día llegó al palacio una joven muy bella.

Reconocida al momento por el rey, que dió muestras de júbilo, le ofreció la parte del reino que le correspondía. La pastora aceptó con la condición de que permitiera que su madre viviera con ellos, pues a ella debía su acierto porque todas las noches al acostarse le repetía:

— Hijia mía, no te olvides de rezar tus oraciones si quieres dormir tranquila y tener sueños felices.

▼ ▼▼▼ ▼

FABULA
EL PELOTAZO

A un chiquillo un chicazo
Le encajó un tremendo pelotazo,
Que le hizo un gran chichón en el cogote,
Mas la pelota al bote
Volviendo atrás con ímpetu no flojo,
Tomó por donde vino;
Y encontrándose un ojo en el camino,
Al autor del chichón dejó sin ojo.
No haga mal al prójimo quien esto note,
Porque el mal es pelota
Que vuelve contra el mismo que la bota,
O miente el pelotazo en el cogote.

MIGUEL AGUSTIN PRINCIPE



Por MAMA ABUELITA

PASA-TIEMPO

Sacar de un tirón un hilo enroscado entre los dedos no es cosa fácil si no se tiene la debida práctica. Proceded así y obtendréis un resultado satisfactorio. Emplead un piolín cerrado mediante un nudo que lo colocaréis en A. Luego, pasad el piolín cruzándolo entre cada dedo menos entre el índice y el pulgar, como lo indica la figura 2. Volved el piolín desde el meñique hasta el pulgar sin cruzar en B. Soltad las lazadas C. y B. como en la figura 3 y tirad los dos piolines en C. como en la figura 4, soltándose el hilo enredado.



Fig. 1



Fig. 2



Fig. 3



Fig. 4

▼ ▼▼▼ ▼

UN JUEGO
TROMPO CONTRA QUILLAS

El juego de quillas es divertido, pero lo es más si se combina con un trompo. Buscad un juego de quillas pequeñas, de unos 6 centímetros, y un trompo proporcionado a ellas. Buscad una tira de cartón, unid sus extremos formando un círculo. Colocad dentro de éste, las quillas en círculo y guardando entre sí la misma distancia. Haced girar el trompo en el centro de ellas y las hará caer al tocarlas. Como al principio se habrá fijado el número de tantos, ganará el que, volteando las quillas, se acerque más al número indicado.



LAS CATAPLASMAS

En la anterior crónica os recomendaba tomar la temperatura del niño con el termómetro en el recto. Según los médicos, es el modo más eficaz, pero también las madres deberán emplear toda su energía para obligar al paciente a esta necesidad y deben acostumbrar a los pequeños a soportarla.

Como ya lo dije anteriormente, hay fiebre cuando el termómeto marca 38º. Además, no deben las mamás olvidar que los niños más robustos son los más propensos a sentir grandes fiebres, y que una temperatura muy elevada en ellos no es de tanta importancia como en las personas mayores, y sólo indica el estado general y la duración de la fiebre, que estos síntomas significan gravedad.

En el caso que el constipado se complique con bronquitis, el médico suele recomendar cataplasmas sencillas o sinapismadas. Como creo que la mayoría de vosotras ignoráis o no recordáis la manera de hacerlas, os ayudaré a recordar su preparación.

Para las cataplasmas sinapismadas, empezaréis por diluir, dentro de una cacerola, algunas cucharadas de harina de lino, con un poco de agua filtrada. Poned la mezcla sobre el fuego, dándola vuelta con una espátula, y cuando se va espesando vertedla sobre una fina muselina especial para este uso. Dobladla y dadle las dimensiones necesarias y cuando se halle menos caliente, salpicadla ligeramente por encima, con harina de mostaza. Tened cuidado de aislarla por medio de una espesa capa de muselina, con el fin de que ninguna partícula de mostaza quede adherida a la piel del niño.

Cuando la cataplasma está suficientemente templada, entonces podéis aplicarla sobre el pechito o la espalda del niñito, o bien, después de haber consultado con el médico, en las dos partes simultáneamente. Se mantiene el todo por medio de una servilleta o toalla doblada en dos, que envuelve el busto del niñito y se mantiene sujeta por medio de alfileres dobles.

No insistiré nunca demasiado sobre la importancia del grado de calor de cualquier cataplasma que debe ser siempre un poco menor que la temperatura mediana. Demasiado a menudo se ve el caso de *nurses* torpes, o madres inexpertas, que han quemado a unos pequeños seres, con cataplasmas sinapismadas, aplicándolas excesivamente calientes.

El efecto del calor y, por consiguiente, la quemadura, se agrava considerablemente por la reacción de la mostaza.

La duración de una cataplasma es, en general, de unos cinco a diez minutos, según la edad del niño y según su resistencia física.

Una cataplasma sinapismada, de pronta ejecución, consiste en emplear un cuadrado de algodón en rama, del grandor que os parezca. Se moja en agua muy caliente y se oprime luego para que salga toda el agua. Se salpica con harina de mostaza y se tapa con una muselina para cataplasmas, colocando el todo sobre la parte dolorida del niño.

Este método, tan sencillo, suprime la harina de lino, siempre tan engorrosa para prepararla bien y da análogos resultados, siendo, además, más limpio y guarda más tiempo el calor. Una advertensia os haré y es que si empleáis la harina de lino, tratéis de que sea muy fresca, pues, de lo contrario, podría producir trastornos en el organismo del niño.

Myriam





Doña Gisberta S. de Kurth.

Mujeres de actuación destacada

Doña Gisberta S. de Kurth

Doctora en Filosofía y Letras, educadora, escritora, profesora de literatura, conferenciante. Presidenta de la Asociación Nacional Ada M. Elflein, de la Comisión Cultural Hispano-americana y del jurado literario de la Biblioteca del Consejo Nacional de Mujeres.

Por ADELIA DI CARLO

TALENTOSA y perseverante, comprendiendo con acierto que no existen "altos" en la vida y que siempre hay un jalón que plantar y un esfuerzo que realizar para no detenerse en la marcha ascendente que señalan las inclinaciones y la conciencia plena de la aptitud probada, la doctora Gisberta Smith de Kurth, figura familiar y respetada en esta casa de CARAS Y CARETAS, goza de alto prestigio en la república de nuestras letras cuyos avances, aunque lentos en la obra que ha de perdurar, señalan trabajos dignos de elogios y de un mérito que reconocen los extraños en primer término.

En su gaveta de estudiosa, de preparación sólida y encomiable, conserva con amor la doctora Kurth sus títulos de maestra normal y el de doctora en filosofía y letras, a los cuales ha hecho honor toda su vida.

Como catedrática ha dictado cursos de psicología y literatura en las escuelas normales Nº 1 y Nº 9 de esta capital y de historia argentina en el Instituto del Profesorado. De palabra fácil, concepto claro, armonía en el decir, lección de moral que se aprovecha cuando surge dentro de la asignatura que se dicta y que una excelente educadora sabe emplear con utilidad, era la impresión que dejaba la doctora Kurth en cada una de sus clases.

Entre los altos cargos desempeñados en la enseñanza secundaria, donde siempre actuó doña Gisberta de Kurth, ejerció el de la vicedirección de la escuela normal Nº 9 "Sarmiento". En todos ha dejado el precioso bagaje de su inteligencia e ilustración.

Alejada de la actuación oficial, continúa con grandes entusiasmos su labor de cultura, entendiendo también entre otras cosas muy interesantes — de acuerdo con una ciencia que no está en los libros — que, en la vida, no puede ni debe haber treguas. Profesora de los cursos de introducción a los estudios literarios y de literatura castellana, en la Biblioteca del Consejo Nacional de Mujeres, evidencia en la labor diaria de elevados estudios, su amor de enseñante, su saber y su espíritu de trabajadora. Es en el seno de aquella benemérita Biblioteca, estampa intelectual querida y admirada.

Colabora en las páginas literarias de nuestro colega "La Prensa"; más de una vez niños y grandes hemos gustado sus cuentos aleccionadores, plenos de la belleza del bien y de la palabra igualmente bella, los diálogos hábilmente llevados y de una acción que despierta la atención creciente del lector.

La señora de Kurth es fundadora y profesora de un ciclo de estudios literarios formado por cuatro cursos, particulares, para señoras y señoritas, en los cuales desarrolla un programa que abarca las literaturas orientales y clásicas, desde sus orígenes hasta la época de su esplendor y la evolución mundial literaria y filosófica hasta el siglo IX.

Entre sus obras publicadas, se citan los siguientes libros: "La sugestión de las cosas y los seres" y "Vislumbres de nuestro pasado" (este libro reúne una serie de relatos cuyo ambiente y acción, prolijamente documentados, forman la trama histórica sobre la cual se bordan amenos episodios sentimentales). De recia contextura son ambos libros, cuyos valores fueron reconocidos por nuestra crítica cuando vieron la luz, y cuyo elogio no le fué escatimado.

Entusiasta admiradora del idioma castellano y de las grandezas de España en todos los órdenes, la doctora Gisberta S. de Kurth, ha pronunciado numerosas conferencias con motivo del "Día de la Raza". Otras que han sido sumamente aplaudidas, son las en que ha desarrollado temas de índole literaria, histórica y cultural, entre las cuales sobresalen: "La estética de Kuskin", "Fray Mamerto Esquiú", "Motivos de la musa provenzal", "El simbolismo en los himnos védicos", "El complejo femenino en la Biblia" y otras disertaciones inspiradas en temas de pedagogía.

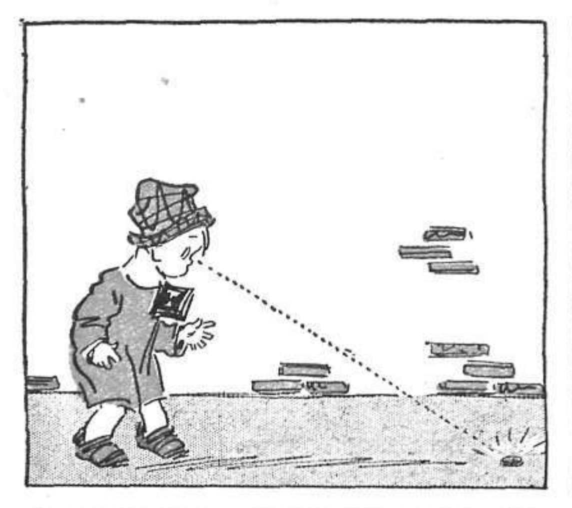
Toda esta labor intelectual que demanda tiempo, consagración y estudio, no le impide trabajar con tesón por las instituciones a las cuales pertenece. La doctora Kurth es presidenta de la Asociación Nacional Ada M. Elflein; es miembro de la comisión directiva de la Biblioteca del Consejo Nacional de Mujeres, entidad en la cual desempeña, además, las presidencias del jurado literario que, desde hace más de un cuarto de siglo patrocina anualmente un concurso femenino de esa índole, y la de la Comisión Cultural Hispano-americana, creada esta última para mantener la pureza del idioma.

Labor intelectual múltiple, labor meritoria por varios conceptos, noble afán de superarse cada vez más, es, en síntesis, la vida de tan destacada escritora y educadora que más de una vez ha intervenido en la realización de fines de cultura auspiciados por la dirección de CARAS Y CARETAS, en los torneos literarios femeninos llevados a efecto últimamente y de cuyos jurados fuera parte integrante y figura conspicua.

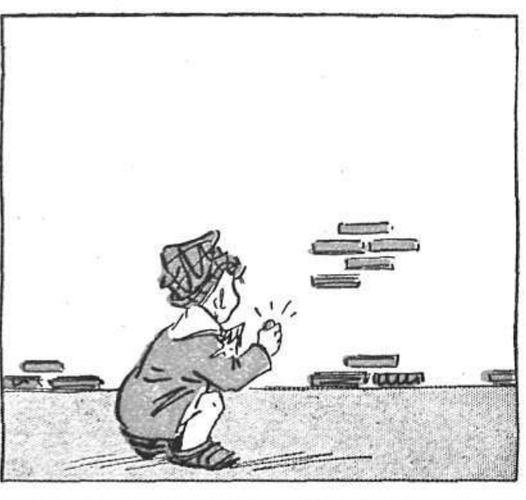
Adelia di Carlo

Las aventuras

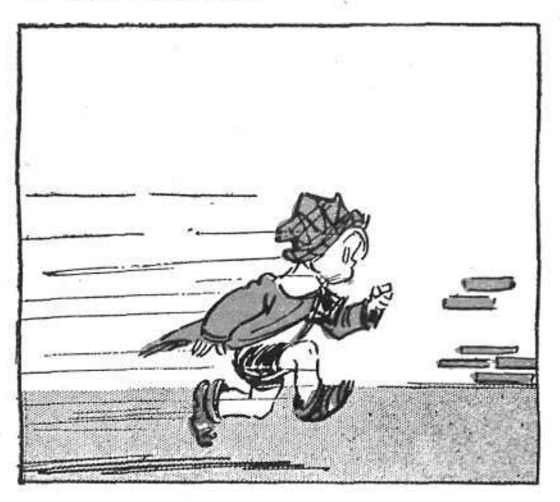
Por PERCY



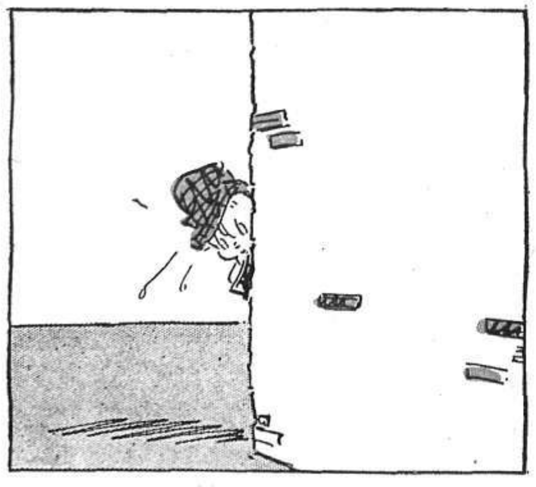
1 —Cada golpe... ¡bumba! Veinte guitas, solas, fanés, abandonadas...



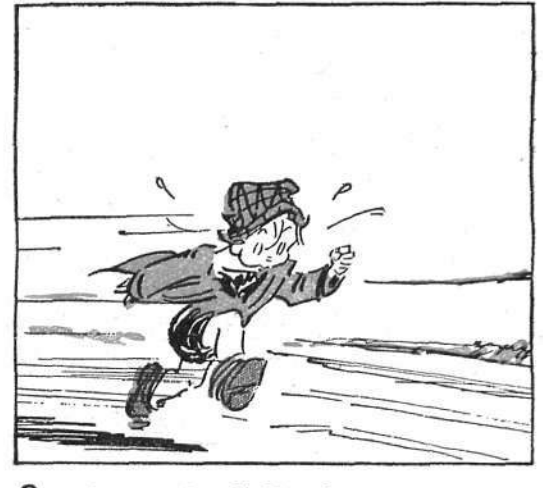
2 *(La voz de la ventana).* — ¡Epa, buscador de oro! ¡A medias... sin agujeros!



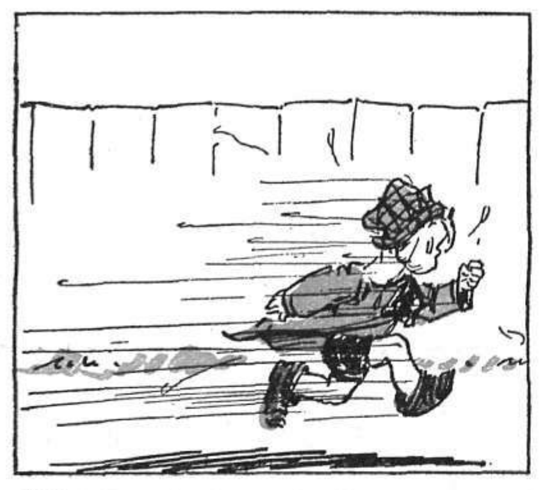
5 —Acelerá, Chingolo, que tenés vía libre.



6 —¿Eh? ¡Nada! Me le hice humo de cachimbo barato.



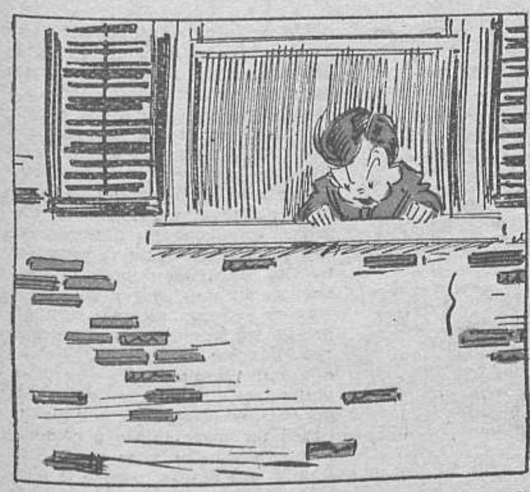
9 —Otra vez "rago", Manuel.



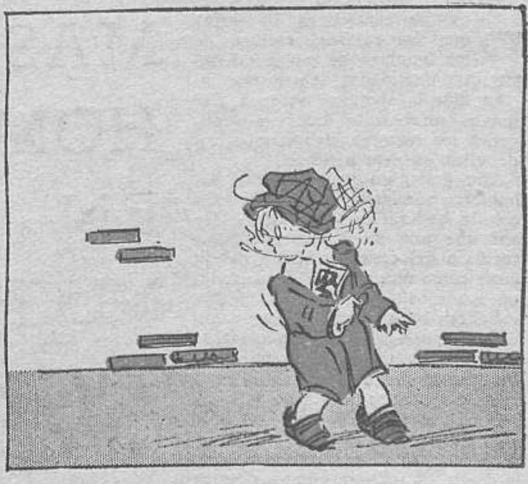
10 —Seguí, Pancho, por la vía, que vas bien.

de Chingolo

C R O S B Y



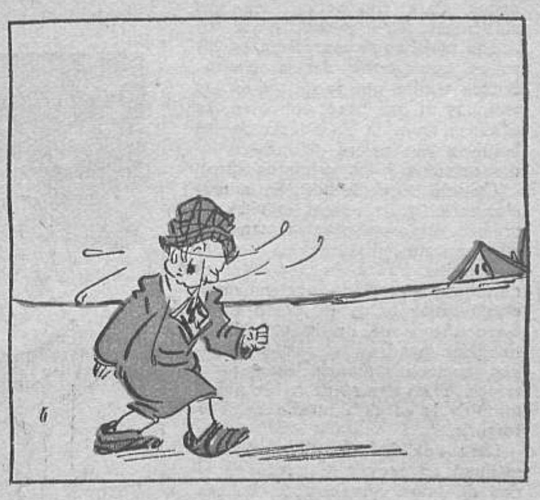
3 —Parate ahí, Chingolo: te vi, te vi clarito. El tesoro es a medias. Bajo en seguida.



4 —¡La pipeta! ¡Qué mala pata! Me vió Tableta... ¿Qué "hatemos"? "Rago", Manuel.



7 —Tomemos las precauciones del "casus cascandi"...



8 —Me parece que triunfo por puntos suspensivos.



11 —Llegamos a la meta... y ponga que son pasteles...



12 —¿Eh? ¡Tableta para uno!
—Aquí lo estaba esperando, mocito. Venga lo que me debés por la media sin agujero...

QUE CUALIDADES ADMIRAN MAS LOS HOMBRES EN UNA MUCHACHA



Por los centenares de cartas que las revistas reciben de los hombres se pueden deducir qué cualidades femeninas llaman más la atención en ellos. Como es interesante darlas a conocer a los lectores, hablaremos hoy de ellas en este artículo.

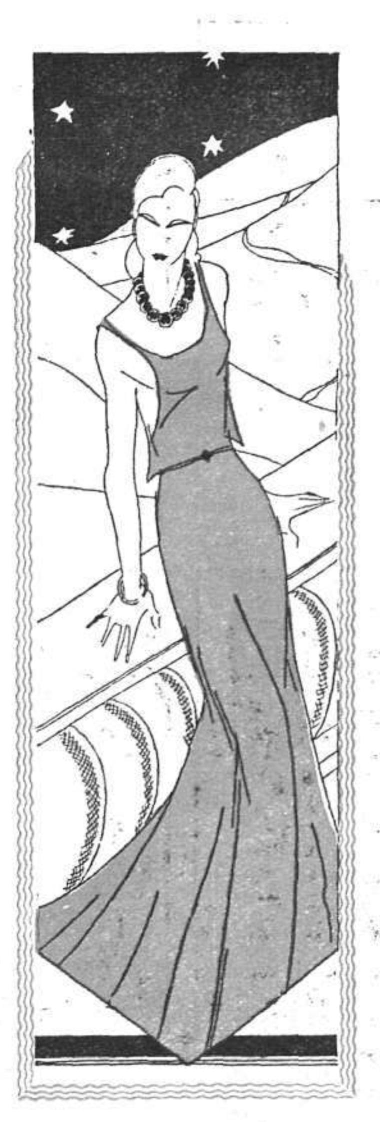
Sin duda, en primer lugar, los hombres admiran y se entusiasman con la belleza de las mujeres. De ahí que una muchacha que haya recibido del cielo los dones de un cutis como una rosa de Francia, un cuerpo esbelto y mimbreño y una cabellera bella y graciosamente ondulada, poseerá un preciado tesoro que le conquistará la admiración de cuantos hombres encuentre a su paso. Su belleza será para ella como mágico talismán que cautive a cuantos la contemplen. Hasta su familia tendrá preferencias para con ella. A ella le comprarán los más preciosos trajes y la rodearán de los objetos más bellos y delicados. Para ella serán todas las atenciones. No se permitirá que sus lindas mejillas se marchiten en los rudos menesteres de la cocina. Nunca tendrá que ir de pie en los tranvías ni que hacer turno en las oficinas, pues la galantería de los hombres le ofrecerá los más cómodos asientos y los primeros sitios.

Cuando llegue la hora de la muchacha bella de buscar marido, se presentarán a solicitar su mano los más apuestos, distinguidos y ricos personajes. Podrá escoger entre el numeroso grupo de pretendientes el que más le guste, como entre los muñecos de un bazar. Y los hombres pondrán a sus pies joyas, costosos automóviles, lujosos trajes. Y no dejará de haber quien también le ofrezca mucho amor y fortuna.

Otra cualidad que los hombres estiman en muy alto grado es el don de saber escuchar. La belleza en la mujer es un tesoro muy digno de poseerse, pero esto sólo no basta. Además ésta no es eterna. Se aja, se desvanece, desaparece con los años. Mas, la que sabe escuchar pacientemente posee un don que perdura más que la belleza.

No son todos los hombres los que tienen un gusto estético refinado, ni son todos los que adoran la belleza por la belleza misma. Mas, todos los hombres, casi sin excepción, poseen buena porción de vanidad, les gusta escucharse a sí mismos y les encanta y fascina encontrarse con una mujer que permanezca horas enteras escuchándolos, mientras ellos les cuentan lo grande, lo extraordinario y maravilloso que son.

El secreto de la popularidad de las mujeres entre el sexo masculino consiste en interesarse por las cosas de los demás y escuchar lo que dicen con atención, mientras ellos hablan de sus propios asuntos. No se cansan nunca los hombres de aquellas mujeres que les permiten hablar de sus cosas.



Un carácter alegre es algo que los hombres estiman en alto grado. Saber reír no es una ciencia que todas las mujeres poseen. La mujer que sabe reír tiene en sus manos el secreto de la felicidad matrimonial. El defecto de casi todas las mujeres es que han cultivado más las lágrimas que la risa. De ahí que conviertan en tragedias cosas que no tienen seriedad y trascendencia alguna en nuestra vida. Hay muchas cosas que las mujeres acogen con lágrimas en los ojos que más bien deberían ser acogidas con una sonrisa. Muchas mujeres se sientan a llorar porque son solteronas, porque se han unido a un hombre que no las comprende, porque no tienen un hogar lujoso y cómodo, porque pasan los años y no nace el niño que desean, porque se aburren en el hogar o porque el jefe de oficina la trata con malos modos. Una mujer con sentido laborioso tendrá una idea distinta de cualquier hecho que resulte trágico para el que se haya acostumbrado a mirar el espectáculo del mundo por el lado triste y sombrío. Una mujer que sepa reír, que posea el don de la alegría y del buen humor es como un rayo de sol que disipa las penas de aquellas personas que sufren junto a ella.

Es de suma importancia para la mujer, y los hombres lo estiman en grado muy alto, el poseer una buena dosis de tacto. Esta es una de las cualidades más necesarias para ser feliz en la vida conyugal.

Las mujeres generalmente preferidas por los hombres son aquellas que tienen la palabra justa en la ocasión y en el sitio oportunos; aquellas que parecen adivinar nuestros gustos y predilecciones y que, de la manera más inteligente, buscan el modo de complacernos, captándose nuestro afecto. Son también las mujeres que saben callar a tiempo y que muchas veces se abstienen de dar opiniones que pudieran ofender sentimientos religiosos, políticos o personales de las personas que conversan con ellas.

Hay también un reducido grupo de hombres que gustan de las mujeres de talento. El talento, como muy bien saben los lectores, no es una cualidad que abunda mucho, sobre todo en el sexo femenino. Es, pues, la más rara de las cualidades que puede poseer una mujer. A veces atrae a los hombres, aunque hay un gran número de chicas muy bonitas, aunque muy zonzas, que monopolizan la atención de los hombres. De ahí que se dé el caso corriente de hombres de gran talento que se casan con mujeres absolutamente faltas de él. No obstante, es cualidad muy alta que capta la admiración masculina. Si a ésta va unida la belleza, la gracia o la simpatía, entonces la mujer se convierte en algo verdaderamente excepcional.

Consultorio médico de "Caras y Caretas"

Esta sección es atendida exclusivamente por correspondencia. Las respuestas a las preguntas que se nos hacen van apareciendo sucesivamente en esta misma página.

My Sweet Heart. — ¿Casarse en ese estado? ¡Líbrela Dios de cometer semejante desatino! Hay que aguantar la mecha y esperar, esperar. Esperar bastante, porque la curación está lejos y el tratamiento es largo, como aquel famoso camino a Tiperary. ¡Ah! y no se fíe de las píldoras...

◆

Teodolina D. L., Adrogué. — Si la cicatriz a que usted alude es adherente al tendón, la única manera de eludir los inconvenientes que menciona es la liberación quirúrgica de aquél.

◆

El santafecino. — Las inhalaciones y tópicos pueden servir, en el caso que usted menciona, como paliativos, pero el verdadero tratamiento radical consiste en la extirpación de las amígdalas.

◆

En la mala, Villaguay. — Sí, evidentemente, es una enfermedad seria que necesita ser atendida en forma, pero no tan grave como usted lo supone y teme. Tranquilícese, porque todavía "no lo anda buscando el hoyo".

◆

Estudiante en pena. — En una casa de ortopedia le indicarán el aparato apropiado para la corrección de la deformidad de que me habla.

◆

Pin-Pon, Capital. — La operación anterior ha sido incompleta y por eso se han reproducido los paquetes varicosos, que no otra cosa son los "bultos" que usted menciona. Por el momento y en sí mismos no tienen ningún peligro, pero si la dilatación de los paquetes progresa, puede requerir otra intervención.

◆

Amalia, departamento 33. — Cuando las hemorragias nasales se repiten a menudo en personas jóvenes, es que existen en el interior de la nariz dilataciones varicosas de las venas locales. La mejor manera de suprimir esas hemorragias es suprimir las susodichas várices y lo mejor para acabar con éstas es cauterizarlas con el gálvano, operación que podrá practicarle cualquier especialista.

◆

Un lector, Capital. — Las caries dentarias, aunque sean pequeñas, hay que curarlas siempre, porque, a la corta o a la larga, progresan hasta terminar con los dientes; son un foco de infección permanente, y, por último, no hay mejor modo de terminar con los dolores que ocasionan que las curaciones apropiadas. Entretanto y como calmante, puede introducirse en el agujero de la caries, un trocito de algodón empapado en el líquido siguiente:

Tricloruro de formeno	6	gramos
Aceite esencial de Haya	6	"
Hidrato de cloral . . .	2	"
Benzofenol	2	"
Esencia de cariophillus	4	"

◆

Asiduo lector de "Caras y Caretas". — Hágase practicar un análisis de orina. Es muy probable que sea usted un diabético ignorado. En cuanto a la lombriz solitaria que usted cree albergar, no es capaz por sí sola de darle apetito tan feroz. El pobre animal se contenta con muy poca cosa y resulta su mantenimiento mucho más económico de lo que supone tanta gente, que la confunde, sin duda, con un cocodrilo...

◆

Narvartearra en América. — Me imagino que se referirá usted al leucoma que sigue a las úlceras de la córnea. Pues bien: es muy difícil que este leucoma desaparezca, espontáneamente o con ayuda de algún tratamiento, pero es cierto que puede haber un retroceso lento y relativo de la infiltración post-ulcerosa.

◆

Un preguntón, Capital. — Ahora hay poca gente que coma la cicuta o que beba su clásico zumo. Yo, la verdad sea dicha, no he visto a ninguna. Pero de vez en cuando, en la literatura médica contemporánea, aparece uno que otro caso de alguien que confunde el venenoso yuyo con el anís o el hinojo, o sus raíces con el apio, a pesar del olor tan particular de la cicuta. De estas observaciones, así como de los casos de envenenamiento por la *conicina*, que es el principio activo de la cicuta, podemos deducir que la descripción de la muerte de Sócrates es perfecta y que aquel célebre "entrar la muerte por los pies", a que usted se refiere, es la manifestación subjetiva de la parálisis y del enfriamiento ascendente, hasta llegar a la asfixia, en medio de la espantosa integridad de las facultades mentales.

◆

L. H., Río Negro. — Ensaye usted de nuevo, perfeccionando la técnica, es decir, manteniéndose en ayunas desde la noche anterior o sólo con leche y recibiendo el verme en un recipiente con agua tibia, sin tironear en ningún caso.

◆

Lector desesperado XXII. — La enfermedad que usted padece es contagiosa, pero no peligrosa. Pero puede volverse peligrosa, y sobre todo interminable, si usted se empeña en curársela por sí mismo por medio de "polvitos" o "aguas fuertes". Es preciso que lo atienda un médico.

Doctor JUAN A. MASSA

Incineración de

Los depósitos de basuras que antaño obstruían los caminos a la orilla de las poblaciones, han desaparecido. Las exigencias de la higiene han hecho substituir por la incineración de estas materias, la antigua costumbre de utilizarlas como abono, cuyo resultado era muy mediano. Las razones que más que todo han pesado en favor de la incineración, son los peligros que estos depósitos hacían correr a los pueblos que estaban en sus cercanías.

Facilitaban la multiplicación de toda clase de insectos asquerosos, como ratas y demás bestiecillas que son los agentes diseminadores de numerosas epidemias; además, las moscas se desarrollaban ahí con mayor rapidez, y todo el mundo sabe el papel que estos insectos desempeñan para la difusión de los microbios que transportan consigo. El viento mismo, se encargaba, al contacto con esas meterias, de derramar dichas baterias en el vecindario, sobre las legumbres de los cultivos de hortaliza de sus alrededores.

Es inútil de insistir, además, sobre el olor que se escapaba de tales depósitos y que se extendía bastante lejos.

Desgraciadamente los hornos para incineración cuestan bastante para su instalación y su explotación, y sólo las ciudades importantes se atrevieron a afrontar los crecidos gastos requeridos para su utilización. Los pueblos, así como las pequeñas rancherías, son, hasta hoy día, condenados a continuar la costumbre antigua, o sea de acumular en los campos o en barrancos, las inmundicias que cada día el servicio público manda tirar en dichos muladares.

Si admitimos que la producción diaria de desperdicios se puede estimar en 500 gramos por habitante, puede uno calcular el espacio ocupado para depositar las inmundicias de una ciudad de 10.000 habitantes, lo que representa la carga de unos seis o siete carros. La inmovilización que ese terreno sufre, representando una pérdida de dinero, bastaría por sí sola — sin tener en cuenta la supresión de los peligros a los que se exponen los habitantes con la presencia de dichas inmundicias, — para que se crearan en todas las municipalidades presupues-



— He comprobado que casi siempre los imbéciles se casan con las mujeres más bonitas...

— ¡Maridito, no seas adulador!

las basuras

tos para el sostenimiento de hornos de incineración de las basuras.

Pero en la actualidad este asunto ni siquiera se pone en proyecto. Según un interesante estudio sobre este particular, la incineración de las basuras no requiere ningún gasto de carbón ni de leña. Pues sólo con un fuelle adecuado, movido por electricidad, bastaría para elevar la temperatura a un grado bastante alto de 1.200 a 1.500 grados para la destrucción total de esas materias.

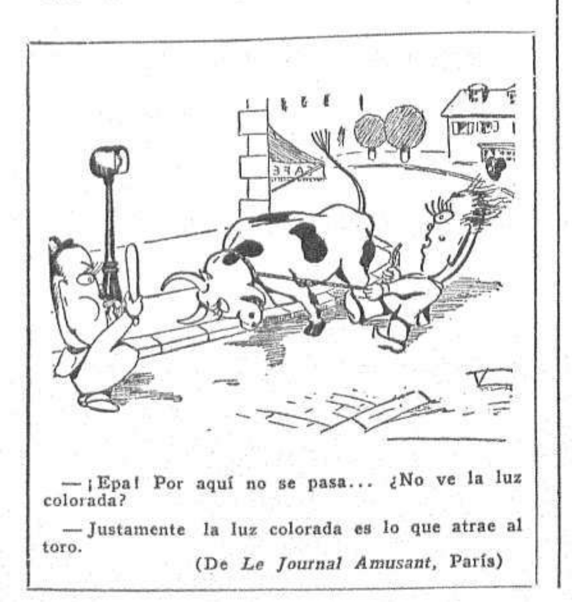
Es, precisamente, esa temperatura, que los gases quemados conservan a su salida del horno, la que se utiliza hoy en día y que por sí paga el dinero que se gastaría en el sostenimiento de la instalación.

Para utilizarla, basta colocar la tubería de una caldera por el circuito de estos gases; resultaría de ello una producción de vapor, que representa por término medio un kilo de vapor por uno de inmundicia incinerada.

Dicho vapor puede ser utilizado según las necesidades. Si se desea transformarlo en energía eléctrica, la instalación es sencilla, y el rendimiento igual a un kilovatio por hora, por cada 10 kilos de vapor consumido. Tomando como ejemplo una pequeña ciudad de 10.000 habitantes, la incineración de sus basuras le suministrará, pues, una fuerza eléctrica de 500 kilovatios por hora, aproximadamente, la que ya es respetable.

Otro producto de esta incineración es la escoria, cuya cantidad equivale al 25 y hasta al 30 por ciento de las materias incineradas. Esta escoria puede ser utilizada después de su pulverización, ya sea como abono, ya sea para la fabricación de cemento o de ladrillo silico-calcáreo o de conglomerados, etc.

Una instalación de incineración de basuras caseras, puede, pues, cubrir ampliamente sus gastos. Esta consideración traerá sin duda poco a poco el uso de estos hornos, los que contribuirán en una gran parte a las mejoras de higiene, supuesto que en lugar de costar dinero la incineración dejará un beneficio fácilmente rucuperable, además de que el manejo de los hornos incineradores no requiere más que una mano de obra insignificante.



—¡Epa! Por aquí no se pasa... ¿No ve la luz colorada?

—Justamente la luz colorada es lo que atrae al toro.

(De *Le Journal Amusant*, París)

"Caras y Caretas" en la provincia de Buenos Aires





BURZACO
La comisión organizadora de la Feria Estival, realizada a beneficio del Club Burzaco: artistas locales que tomaron parte; y señoritas de Michell, Artola Stracci y Botiglia, que atendieron uno de los quioscos en la citada fiesta.

CARLOS TEJEDOR



Familias que participaron en la fiesta que ofrecieron los novios Rivas-Galimberti el día de su enlace.





CARLOS CASARES

Público que asistió a la colocación de una placa en la tumba del doctor Carlos Arroyo, en el aniversario de su fallecimiento.

"Caras y Caretas" en el interior de la República

LABOULAYE
(Córdoba)

Maestros y alumnos de la Escuela Italiana de la localidad, que dirige la señora Ercilia Bonato de Fortunas, reunidos al iniciarse los cursos del presente año.





S A L T A





Acto de homenaje efectuado en honor del abad mitrado lateranense, padre Ubaldo Abalia, con motivo de sus bodas de plata sacerdotales, y al que asistieron las autoridades y numeroso público.





COLON (Entre Ríos)

Dos aspectos del mitin realizado en la localidad para solicitar que en la reforma constitucional proyectada se contemple el derecho de la misma a la instalación de un juzgado de primera instancia.



La jaula de Faraday

Un progreso importante en la disposición de los pararrayos fué el de aplicar, como ideó Melsens, el principio de la jaula de Faraday a la protección de los edificios.

Faraday comprobó que cuando un cuerpo conductor se halla bajo la influencia de un cuerpo electrizado, y se electriza por inducción toda esta carga eléctrica inducida se acumula en la superficie. Hizo construir una caja de un metro de lado, que cubrió totalmente de hojas metálicas, separándola del suelo por medio de aisladores. Faraday se colocó en el interior de la caja y observó que ni aun empleando los electrómetros más sensibles, éstos no acusaban la menor señal de sufrir acción alguna de la carga eléctrica, que afectaba únicamente a la superficie exterior de la caja. Una red metálica produce efectos análogos, y de aquí el nombre de "jaula de Faraday" que se da al conjunto de alambre o barras conductoras que protegen el espacio interior envuelto por dichos elementos metálicos.

Melsens aplicó este principio a la instalación de los pararrayos del palacio municipal de Bruselas. Este edificio había sufrido varias descargas atmosféricas y se creyó, durante mucho tiempo, que el nuevo sistema de protección le daba una seguridad completa, lo cual más adelante no se confirmó. A pesar de ello, los pararrayos del tipo Melsens fueron considerados como un progreso respecto a los ideados por Franklin. Sin embargo, la fuerza de la tradición ha sido tan grande que, por lo general, son los primitivos pararrayos los que todavía en la actualidad están más generalizados.

Melsens multiplica el número de los conductores descendentes que, al llegar a tierra, quedan unidos a canalizaciones de agua, gas o cualesquiera otras que permitan mejorar las comunicaciones con el terreno. Pero no abandona las puntas, que establece en todos los puntos salientes del edificio; y, además, liga entre sí, por medio de un conductor horizontal, todos los conductores verticales. En los puntos de unión de los diversos conductores y en todos los ángulos y parajes salientes, los conductores quedan erizados de puntas pequeñas, como los alambres de espino artificial que se emplean para cercar los campos.

Hay que reconcer que, si bien Melsens pretendió fundar su sistema de pararrayos en los resultados de los experimentos de Faraday, no procedió completamente de acuerdo con ellos. Dominado por la tradición de las puntas, concedió gran importancia a la red de la parte alta del edificio, y acaso no tuvo bastante en cuenta que dejaba abierta, por el lado del suelo, la jaula de Faraday. Sin duda, en su sistema, dedicó demasiada *atención a la parte superior* de la instalación y desconoció que la adopción del principio de Faraday *exigía preocuparse mucho* de cerrar la cara más baja de la jaula que establece la comunicación con tierra, elemento esencial del sistema protector.



— ¿Vas a beberte todo eso? ¡La bebida acabará por matarte!
— Es que la mitad del aguardiente es para un amigo.
— Pues ten fuerza de voluntad y tira al suelo la mitad que te corresponde a ti.
— No puede ser, porque la mía es la mitad de abajo.
(De *Gutiérrez*, Madrid)



La estación Forres, punto terminal de la nueva línea del F. C. Central Argentino entre Santiago del Estero y Córdoba y en la que acaba de inaugurarse un servicio bisemanal de trenes.

Nuevo servicio de trenes del F. C. C. A.



Don José Correa y don Manuel Díaz, con más de cincuenta años en la selva, primeros pasajeros de este primer tren.



Personal que condujo el primer tren de pasajeros en el viaje inicial por dicha línea.

¿Qué ha sucedido con

Los astrónomos, que se pasan la vida buscando estrellas, tienen ahora ante sí una tarea mucho más difícil, no astronómica por cierto, sino geográfica, la de encontrar a Sara Ana, una pequeña isla polinésica del Pacífico del sur. Sara Ana se encuentra, o mejor dicho, se encontraba, un poco



El profesor H. T. Stetson, de la Universidad de Harvard y P. H. Gray con las cámaras astronómicas que montaron en remoto sitio de la península malaya.

Rockalli, el promontorio rocoso que es todo lo que queda del perdido continente de Atlántida que, al igual que la pequeña isla de Sara Ana, desapareció.

La flecha marca sobre este mapa del Pacífico sur, el lugar que ocupó la isla de Sara Ana, y que ahora está siendo buscada activamente por expediciones científicas.

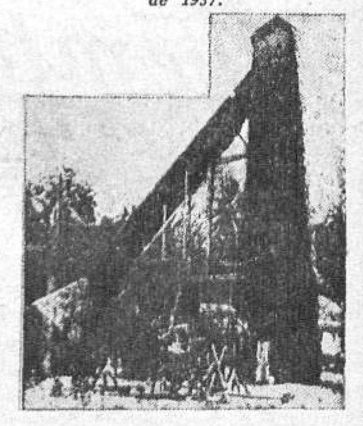
Esta agraciada profesora de una escuela de Los Angeles, muestra a sus alumnos el lugar en que desapareció la sla de Sara Ana y la que varios hombres de ciencia están tratando de encontrar para observar a su sabor el eclipse solar de 1937.

arriba de la línea ecuatorial, al sudoeste de las islas Hawaii.

Por varias centurias los pescadores orientales habían hecho de este pequeño islote de coral una base de operaciones. La isla estaba deshabitada, carecía de importancia comercial; apenas si formaba un pequeño punto negro en los mapas del imponente Pacífico. Pero ahora que Sara Ana estaba en vísperas de alcanzar una celebridad mundial que nunca había soñado, ha desaparecido.

Y la razón por la cual los astrónomos de media docena de naciones han suplicado a sus gobiernos que envíen navíos para localizar la isla desaparecida, es que Sara Ana es el único pedazo de tierra dentro de la zona de 5.000 millas de largo y de 120 de ancho, que ellos pueden usar para hacer observaciones astronómicas cuando ocurra el próximo eclipse solar, el 28 de junio de 1937. La vasta zona de penumbra que caerá sobre el Pacífico en esta fecha, no tocará ningún otro fragmento de tierra firme. Como es fácil de suponer, es imposible instalar sobre el agua aparatos de observaciones astronómicas ya que la precisión es indispensable en esta clase de trabajo.

Los más entusiastas partida-



La expedición astronómica que fué a la calurosa Sumatra, tuvo que instalar este enorme telescopio bajo una gruesa cubierta de ojas de palma, para proteger los delicados instrumentos de que se valieron para observar el reciente eclipse solar.

rios de que se busque esta isla, son el profesor A. Korpff, director del Instituto Rechen, de Berlín, y el profesor James Robertson, director del Observatorio Naval de Wáshington.

Estas dos eminentes autoridades citadas, convienen en que es

la isla Sara Ana?



requisito indispensable encontrar la isla de Sara Ana si es que se desean hacer observaciones astronómicas sobre el eclipse de 1937. En aquella importante fecha, la luna eclipsará al sol totalmente por espacio de siete minutos y tres segundos y medio.

La importancia que para la ciencia tiene este eclipse puede obtenerse del hecho de que el eclipse de mayor duración sólo tiene 7 minutos y 30 segundos. El eclipse del año pasado sólo duró un minuto y medio y aún así, los astrónomos lo consideraron suficientemente importante para invertir en su observación varios miles de dólares.

Sin embargo, estas observaciones no fueron tan satisfactorias. Un tiempo nublado estuvo a punto de echar a perder las observaciones en la región de Nueva Inglaterra, Estados Unidos, que escogieron los astrónomos para observar el fenómeno.

Naturalmente, considerando las prometedoras condiciones en que parece presentarse el eclipse de 1937, los institutos científicos de todas partes del mundo están dispuestos a gastar grandes cantidades para localizar la isla de Sara Ana, ya que sin su ayuda no habrá observaciones posibles.

Sin embargo, la primera cosa que los astrónomos deben definir es si esta extraña isla en efecto existió. El islote de que se trata. Desde hace quince años, las cartas geográficas han omitido esta isla por completo. De aquí que algunas autoridades marítimas duden de la versión de que esta isla haya existido jamás. En cambio otras autoridades no menos eminentes, tienen la convicción de que los mapas antiguos que mostraban esta isla como un pequeño punto en el Pacífico del sur, no estaban equivocados y que la isla en efecto existió. Creen que su misteriosa desaparición se debe a una inesperada sumersión del promontorio rocoso.

Dentro de unas cuantas semanas saldrá de un puerto norteamericano una expedición con el propósito de hacer sondeos en el lugar en que se supone se encontraba la isla de Sara Ana para definir si el islote sólo se ha sumergido unos cuantos metros bajo la superficie del Pacífico. En caso de que esto sea así, los ingenieros navales tendrán pocas dificultades en instalar, por medio de pilotes, una plataforma, a varios metros sobre el nivel del océano. En esta eminencia los astrónomos podrían montar sus gigantescos telescopios y otros aparatos de precisión para hacer sus importantes observaciones durante los preciosos minutos que dure la totalidad del eclipse que se anticipa. Hace poco que el profesor Kopff de la Universidad de Berlín, fué a Wáshington a ponerse de acuerdo con el profesor Robertson sobre las investigaciones que llevarán a cabo para encontrar el islote desaparecido.

La gallina que puso el "huevo del eclipse", en brazos de su pequeño propietario.

El huevo que puso esta gallina el día del reciente eclipse de sol y que lleva grabada en su superficie una reproducción perfecta del fenómeno astronómico.



Estas flamas solares fueron fotografiadas durante un eclipse. Se calcula que estas imponentes lenguas de fuego se levantan a miles de kilómetros sobre la superficie del Astro Rey. Cuando los eclipses solares alcanzan su totalidad, estas llamas dan al sol el efecto de una corona luminosa que admira a todos los que tienen la fortuna de verla.

Esta ilustración muestra cómo la Luna pasa entre el Sol y la Tierra durante un eclipse solar. La región sombreada en la superficie del globo indica la zona afectada por el fenómeno. La línea negra indica la zona de totalidad.



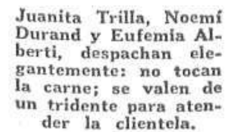
Los arquitectos argentinos que partieron, a bordo del "Neptunia", hacia Italia, donde realizarán giras de estudio y visitarán la Feria Internacional de Muestras de Milán.

Notas estudiantiles

Estudiantes de derecho del cuarto año, alumnos del profesor doctor Eusebio Gómez, que realizan un viaje a Ushuaia con el fin de estudiar el régimen carcelario.







Juanita Trilla, Noemí Durand y Eufemia Alberti, despachan elegantemente: no tocan la carne; se valen de un tridente para atender la clientela.

Elogio de unas lindas carniceritas porteñas

Por Félix Lima

El rengo Serapio de la Sota cuya "clase" de tipo galante es toda una plataforma de principios amorosos, internóse en el cafetín "Tome y Traiga", en circunstancias que el catalancito Jaime Torradellas empeñábase en una partida de truco con el ñato Zacarías (de un pantano), suele decirle el imperfecto de referencia.

Y Torradellas, espíritu hecho a la distancia del pitorreo, inquirió:

—*¿Cá cunquiste famanina ecabas da realizar, carido rangolai? ¿Ha queido otro beluarte al rouge y al rimel?...*

—El que estuvo a punto de romperse el bautismo en una caída que parecía una refijota, fuí yo, reciencito, al bajar de un ómnibus en la esquina de Cramer y Teodoro.

—*¿Cá Taodoro es ése? Hay tantos Taodoros an este eyuntamiento da Buenos Aires, ampezando por Taodoro Farnández.*

—Teodoro García, esquina Crámer y Teodoro García, noy.

—*¡Ah, sí! Guercíe, m'alegro da verte sano y bueno, astimado egente judicial, vulgo piqueplaitos.*

—Anoche descubrí, ¡qué papirusas!, siete, che, catalín, y mañana, sin más trámite, entablo e inicio mi avasallante ofensiva amorosa, ¡vaya si la entablo!

—*Con tal ca na t'antablillen la otra pata...*

—Un descubrimiento casual, y sintiéndome Cristóforo Colombo, no exclamé: "¡Terra, dejalo tranquilo a Rodríguez Larreta!", sino, "¡Papas, pero qué papas!"

—*¿Pepitas mandocinas o pepitas da Balcarce, erenosas, tan mequenudamente ca rasultan como partes intagrantes da un astofado da tarnera memona?*

—Papirusas porteñas, puro Capital Federal, ¡siete, che, catalín! unas pebetas, la mayor no llega a los 20, que... que sacan de quicio a Maciá, si las viera, tu coronel, che.

—*Con la talavisión nada tandríe d'astraño.*

—Yo, confieso, que al enfocarlas, me quedé... me quedé sentado en la retranca de la admiración elevada al cubo.

—*Entra an datalles da tu raciente dascubrimiento, y coloca los puntos sobre las íes.*

—Anoche me largué a lo de la gringa Eleonora con el propósito de que me invitara a comer.

—*Tu Aleonora no se dastaca por su balleza.*

—Pero, viejo Torradellas, ¿desde cuándo a caballo regalado se le mira el pelo?

—*Ca disfrutes, antonces, da tu Aleonora hasta al díe dal juicio final.*

—Llego, y la pobre tenía los fuegos apagados, los de la cocina y los del bolsillo. Me siento magnánimo, y salgo a la calle por víveres. Doblo en Federico Lacroze, y a la altura del 3.100, me enchufo en un mercado cuyos puestos de carne son atendidos por señoritas.

—*Igual ca an Barcelona.*

—Será, che, no te discuto, ¡pero qué mercadería, viejo, la nuestra!...

—*No ta creas ca la marcaderíe catalana es da daspreciar. Allá hay cada Marsaditas an los marcados ca si tu las ves an simple caje da fósforos, ta dasmayas da amución.*

—Yo para hacerme el interesante con las chicas carniceritas, repito que la mayor de ellas no llega a 20, diles bolilla, y en la compra, me pasé al patio.

—*¡Ca bulade para tu Aleonora!... Saguro ca tiene carne para una samana.*

—Estuve indeciso en la elección de la pebeta reina. Hay tres como para inscribirlas en un clásico: Juanita, Noemí y Eufemia.

—*Por la saducción dal nombre, yo m'ambarcaríe con Eufemia. ¿Y tú, caridísimo rangoide?*

—Con Juanita, hasta Pará, no paro. Bueno. Mañana cargo la escopeta, y a cazar palomas.

—*Siempre ca no ta salguen los pardigones por la culate...*

—Mañana, repito, sin más trámite, entablo e inicio mi avasallante ofensiva amorosa, ¡vaya si la entablo!

—*Con tal ca no t'antablillen la otra pata...*

Félix Lima

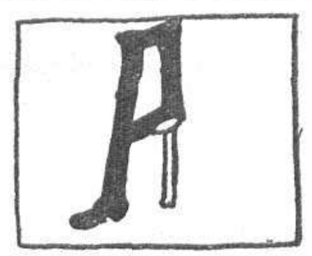
Nº 1
Comprimido, por "Kid" (Ascochinga, Córdoba)

P ∀⊥ON .... P

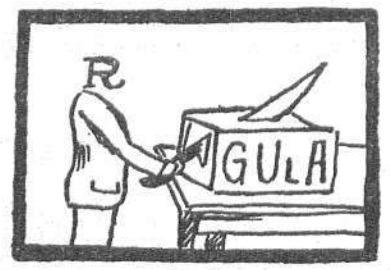
Nº 2
Comprimido, por R. Conte Lacoste (Ciudad)

N 1 O 0 T 0 A

Nº 3
Comprimido, por Miguel J. Petracca (Ciudad)



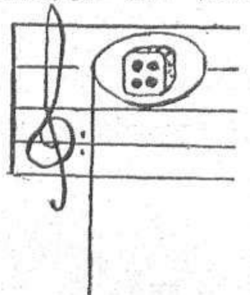
Nº 4
Dicho común comprimido, por Miguel J. Petracca (Ciudad)



Nº 5
Frase comprimida, por Segundo Pelayo (Ciudad)

NOVI N ED T ER AA AA AA AA LUZ

... Nº 6
Comprimido, por "Start" (Rosario)



Nº 7
Logogrifo-jeroglífico, Héctor Rolla (Paysandú, R. O. del Uruguay)

NINFA DEL MAR

3 4 1 2 5 6

Nº 8
Comprimido, por Ignacio Potau (Ciudad)

RS NOTA

Nº 9
Metátesis, por Ignacio Potau (Ciudad)

1 2 3 4 CUERPO QUIMICO
3 4 1 2 DELITO

Nº 10
Comprimido, por "Charlo", (Ciudad)

GEMA
500 11 50

Nº 11
Comprimido, por Alberto Montalvo (La Plata)

60 MINUTOS 1010

Nº 12
Comprimido, por "Star" (Rosario)



Nº 13
Comprimido, por "Impostor" (Ciudad)

COMBUSTIBLE
COMBUSTIBLE

Nº 14
Comprimido, por Centenari (La Plata). Rectificación del ejemplar Nº 1806, Nº 12.

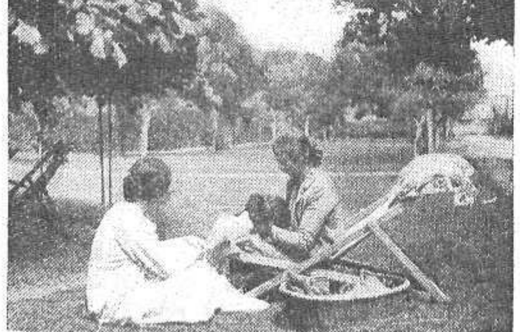
MO

Concurso de abril. — Se reciben soluciones hasta el 15 de mayo próximo inclusive.

Véanse las bases en el primer número de cada mes (con premios).

CONCURSO DE PASATIEMPOS
ABRIL DE 1933
CUPON Nº 1804

LA VIDA DE WANDA LANDOWSKA EN VITTEL



La gran artista y una de sus discípulas favoritas, en el parque de su residencia en Vittel.

Un encuentro casual en su casa de descanso



Por MARIA EUGENIA ROM DE RAMS

Hay que hacer su propia vida como se hace una obra de arte. — D'Annunzio.

No fué ni una cita especial ni una entrevista preparada. Obra de la casualidad, este encuentro con la distinguida artista, tiene el mérito de la más pura espontaneidad.

Wanda Landowska es conocida mundialmente como clavecinista, en cuyo difícil arte es uno de los más formidables temperamentos de la actualidad. No vamos, pues, a hablar aquí de sus calidades como intérprete, como creadora, como admirable profesora. Vamos a tratar de analizar a Wanda como mujer. Y este bendito encuentro casual nos ha permitido escuchar de sus labios la brillante serie de sus sentimientos íntimos.

Haciendo un paréntesis a sus ocupaciones, fué a Vittel a buscar un descanso, si descanso puede llamarse el reemplazar sus tareas por el trabajo de organizar "in mente" el programa intenso de sus giras de conciertos, llamada por los contratos que de todos los países le proponen.

¡Qué mejor ambiente que el de Vittel! Circundada por las montañas de los Vosgos, la famosa ciudad termal es un lugar encantado donde la mano del hombre ha completado armoniosamente la maravillosa obra de la naturaleza. Jardines, parques, silencios acogedores, claridades diáfanas, dulces crepúsculos dorados, llaman a las puertas del ensueño y prestan alas a la fantasía. Las confidencias, como blancas palomas, arrullan el alma de los seres sumergidos en suave bondad.

En aquel estupendo cuadro, nos recibe amablemente la artista. Wanda, con suavidades mágicas realiza una gran obra a impulsos de su gran corazón. En una palabra: idealiza la realidad y realiza el ideal de lo que siente.

Me dice:

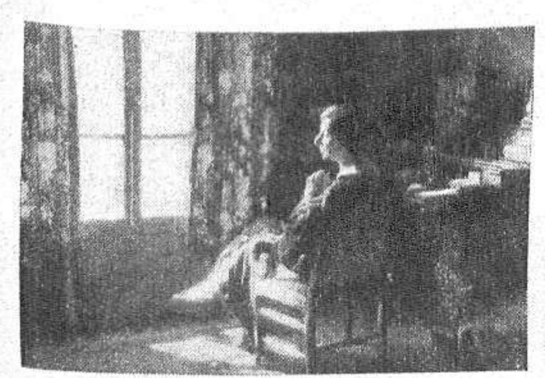
—¡Se precisa tan poco para despertar la belleza en un alma!... ¡Se precisa tan poco para despertar a los ángeles dormidos!... Por eso mis discípulos son mis hijos. Adoro a mis discípulos, y ellos me llaman Wanda, o Mamousia.

Amante de la naturaleza, su mayor placer es permanecer en Saint-Leu-La-Foret, donde posee, a treinta minutos de París, su famosa escuela. Allí es donde trabaja y se siente feliz.

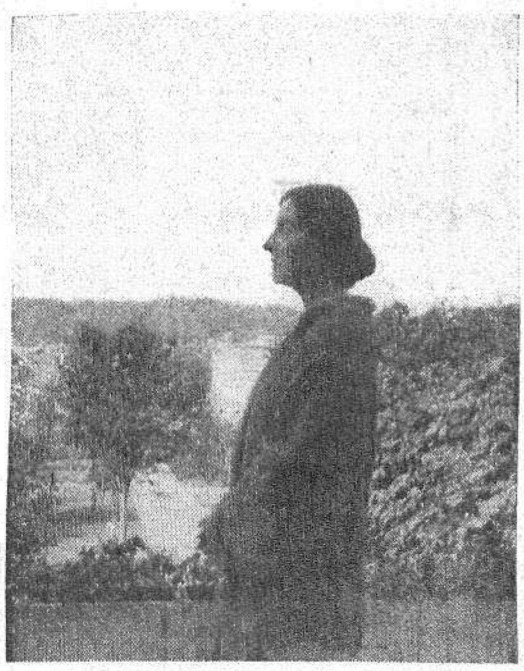
Ha hecho construir en su hermoso jardín una sala de conciertos con capacidad para 250 personas, templo consagrado a la música.

Dijimos al empezar esta crónica, que sólo hablaríamos de Wanda Landowska como mujer, pero no es posible hacerlo: la artista está demasiado unida en ella a su personalidad femenina. Vida original, la de esta ilustre mujer.

Desde niña, soñaba en construir este templo a la Música, y es allí donde, después de sus



En su gabinete de trabajo donde prepara sus programas y sus conciertos para toda Europa.



Wanda Landowska, escuchando el arrullo de los pájaros en la floresta vecina.

triunfales giras de conciertos, viene a gozar enseñando a sus discípulos la belleza y la estética musical del siglo XVIII.

—Nunca he tenido empleados, en el verdadero sentido de la palabra — me dijo. — He tenido almas que me han servido por amor, por cariño, por el placer de alegrarme la vida. Por eso, mi casa siempre está llena de seres a quienes quiero, y que me corresponden. Mis secretarias, mis sirvientes, mi cocinero, mi jardinero, son mis amigos... Mis discípulos, son mis hijos.

"Paso los inviernos en continuos viajes por todos los países del mundo, pero llega la primavera, y cuando las rosas abren sus botones, acuden de todas partes del mundo mis discípulos, pianistas, clavecinistas, flautistas, cantores, etc., y desde la mañana hasta la noche, en el templo elevado en mi jardín, en medio del verdor y de las flores, trabajamos las grandes obras de *Bach, Mozart, Couperín, Rameau* y de todos los artistas de los siglos XVII y XVIII. Por las ventanas abiertas entra el murmullo y el canto de los pájaros... y en un ambiente de tranquilidad, de felicidad y de mutua afección, pasamos las horas dedicados al trabajo.

Viven en una atmósfera de música, teniendo a su disposición una biblioteca rica en manuscritos de los siglos pasados, junto a los instrumentos del culto a la música, junto al piano auténtico de Chopín... Vienen a impregnarse del alma de Couperín, mezclando los sonidos a los aromas del bosque vecino... a vivir la vida de los viejos maestros para ir, luego, departiendo por los diferentes países del mundo la incomparable armonía de los instrumentos inspirados en ese ambiente.

"Mis discípulos, como en Bayreuth, se instalan, para seguir las clases con más facilidad, en los hoteles y pensiones de Saint-Leu-La-Foret".

Vida intensa, vida de satisfacción íntima, la de esta ilustre señora. Se encuentra a su lado la atracción de las almas elegidas.

—¡Con qué emoción — me dijo — recuerdo a la Argentina! Nunca me olvidaré de mis oyentes de allí, tan espontáneos, inteligentes y sensibles; los paisajes que tanto admiré y amé; los cantos populares de una belleza extraña y única. Mi pensamiento va muy a menudo hacia ese país lejano... que he llegado a querer y que espero ver lo más pronto posible.

Cuando habla de sus discípulos, la voz de la artista tiene inflexiones maternales. Su rostro trasunta alegría y satisfacción a la vez.

La maravillosa mujer, especie de fuente inagotable de armonías, puede, en efecto, exhibir orgullosamente su satisfacción. En este momento preciso, ¡quién sabe en cuántos rincones del mundo, seres educados por ella en el arte sublime de la música, alivian los dolores de una humanidad atormentada y culpable! Sí; culpable por no escuchar la voz de la bondad anidada en el seno armonioso de los grandes genios musicales.

MARIA EUGENIA ROM DE RAMS

ALTA GRACIA



La señorita María Nemesia Alvarez y el niño Germán Framiñán Alvarez, cabalgando por la serranía cordobesa.

Una gentil amazona, la señorita Isabel Mongoud, y un pequeño jinete, el niño Luis Mongoud, haciendo equitación en la soledad del paraje.



AGRICULTURA

LA EXTENSION DE LA CHACRA

Por HUGO MIATELLO

Se habla con frecuencia de la extensión excesiva que tienen las chacras, sobre todo en las zonas cerealistas del país, y se atribuye a esta condición una de las tantas causas del fracaso económico de los cultivos y de la crisis reinante, que oprime y aniquila la industria agrícola en la Argentina.

Cuando a mediados del siglo pasado se inició la colonización en la provincia de Santa Fe, la subdivisión del suelo en "concesiones" de 20 cuadras, 33 hectáreas, se adoptó como unidad de medida para la repartición de la tierra a los agricultores y 4 concesiones formaban un "cuadrado" de 132 hectáreas.

En efecto, en la fundación de las primeras colonias, se otorgaba una "concesión" para cada familia. Después se vió que 20 cuadras eran pocas y se dieron 2 "concesiones" con opción a las dos restantes que formaban, como hemos dicho, el cuadrado; pero la mayor parte de los colonos se quedaron con 66 hectáreas, y solamente algunos, de numerosa familia, con muchos hijos varones, lograron adquirir el cuadrado.

Se admitía, pues, entonces, que 60 hectáreas constituyen un lote de chacra suficiente para una familia de dos a tres personas de trabajo.

Con los medios actuales de maquinaria de que dispone el agricultor, arados dobles, sembradoras de 20 discos, espigadoras de 14 pies, etc., esa extensión se puede ampliar, cuando más a 100 hectáreas, para chacra, se entiende, de trigo, lino, avena y poco maíz. Pero después, cuando casi cesó la colonización, por la venta de la tierra al agricultor, se inició una nueva forma de colonización, por arrendatarios, y entonces, no solamente en la provincia mencionada, sino también en la de Córdoba, Buenos Aires y La Pampa, se extendió el área que se asignaba a las chacras hasta 200, 300 y más hectáreas, y ha llegado esta forma de explotación de la tierra a constituir un problema serio y de consecuencias, cuyos resultados saltan a la vista, tanto más porque, en el mayor número de los casos, esta superficie excesiva a cargo de una sola familia no responde a los medios y elementos de trabajo y financieros de que dispone el agricultor.

Antes, y hace años, era común ver en las zonas trigueras sobre todo, que cualquier arrendatario que había sido medianero, y que disponía de 15 a 20 caballos y un arado doble, quería trabajar 100 o más hectáreas, y con una dotación doble o triple, pretendía explotar 200 ó 300 hetáreas, no sembrando otra cosa que trigo, avena y un poco de maíz, cuando más.

Ahora bien, resulta que con tan escasos medios de trabajo, ese chacarero tiene que empezar a arar y sembrar en mayo y concluye en agosto; y esto con toda prisa, al trote, como suele decirse.

El trabajo de arada, en estas condiciones no resulta perfecto, ni a la profundidad debida; la rastra no sigue inmediatamente al arado; la siembra se efectúa, a veces, sobre cascotes, y, forzosamente, una parte a destiempo, fuera de su época, o demasiado temprano o tarde en exceso, según las zonas.

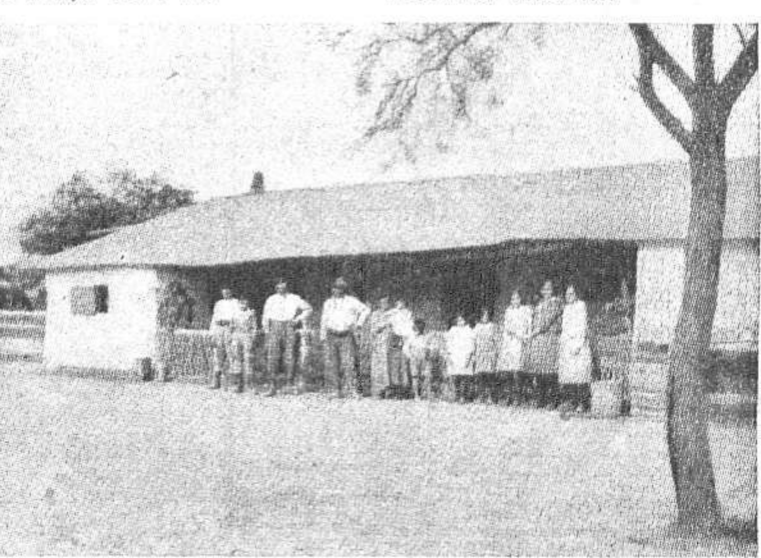
Cuando la estación acompaña, todo va bien, pero si se presenta una sequía, un granizo, un golpe de sol, etc. entonces el cultivo mal hecho se resiente en seguida y en proporción de las condiciones adversas y el resultado final de la explotación es el desastre, que año tras año, siguiendo con el mismo sistema, se acumula y termina con la liquidación de la empresa.

No es lo mismo cuando un chacarero tenga numerosa familia, con buenos brazos útiles y que disponga de animales, arados, rastras, sembradoras, espigadoras, etc. en cantidad y proporciones suficientes, pero cuando trátase del caso mencionado anteriormente, que es el más común, insistimos, afirmando que se debe limitar la extensión de la chacra, y podríamos probar, con cifras, cálculos y ejemplos, que el breve espacio de estas columnas no consiente, que más utilidad neta y total rinde una chacra de 100 hectáreas bien y racionalmente explotada, con diversidad de cultivos, labores bien hechas y a su tiempo, con algo de granja, que una de 200 hectáreas explotada con pocos y mal ejecutados cultivos y en la forma usualmente en práctica.

El empleo de la cosechadora o corta-trilla, efectuando rápida y económicamente la cosecha en todas sus fases, en una gran extensión diaria, modifica estos criterios y admite una mayor tolerancia, pero aun así, creemos que no debería pasar de 100 hectáreas la extensión normal de la chacra, cultivada en zona cerealista, con algo de granja para la alimentación, por una familia de 4 miembros útiles para el trabajo, porque hay factores que intervienen en este problema que son invariables: distancia de estación y puerto, mercados para la colocación de los productos y aptitudes de la tierra para los cultivos predominantes en la zona. Estos son, en términos generales, los elementos primordiales que determinan la extensión de la chacra.

Hugo Miatello

INGENIERO AGRÓNOMO



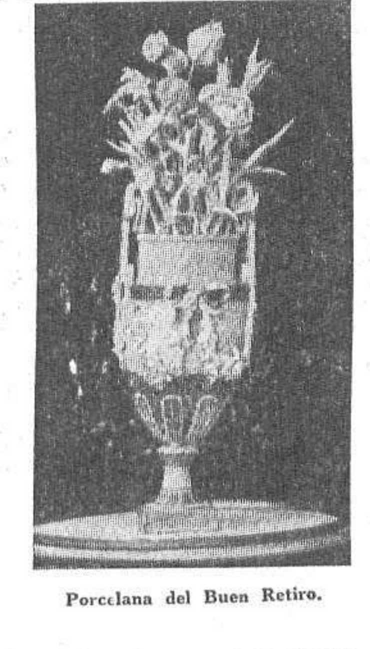
Un colono con numerosa familia, que cultiva bastante bien una chacra de 100 hectáreas.

CERAMICA ESPAÑOLA

Por PILAR FERNANDEZ VEGA

En la Edad Antigua, salvo Grecia, ocupa España el lugar preferente. La cerámica neolítica, y muy especialmente la eneolítica, negra, con decoraciones incisas rellenas de pasta blanca y con formas campaniformes, fué exportada e imitada en la Europa Central. La cerámica ibérica torneada es, sin duda, por sus decoraciones estilizadas, la más interesante muestra de nuestras artes industriales indígenas; sus representaciones guerreras o de caza, las de animales y vegetación, ofrecen en Archena, Elche, Azaila o Numancia nuestro personalísimo iberismo. Con la romanización se fabricó cerámica roja o amarilla brillante que copia la de Arezzo o delgada del tipo de Acco.

La cerámica medieval ofrece en España un conjunto vario, rico y exótico que había de tomar carta de naturaleza en nuestro país. La aportación técnica más importante fué la incorporación del reflejo metálico a la decoración de la cerámica. Importado desde el siglo X en las vajillas del fastuoso palacio de Medina Azzhara, los artífices hispanoárabes sorprenden el secreto de la técnica oriental, y desde el siglo XIII adquieren especial desenvolvimiento las fábricas de Málaga y más tarde de Granada, produciendo azulejos tan extraordinarios como el dedicado a Yusuf III que se conserva en el Instituto de Valencia de Don Juan y los del cuarto real de Santo Domingo de Granada, o jarrones tan espléndidos como los de Leningrado, Palermo, Estocolmo, Jerez. Instituto de Valencia de Don Juan, Museo Arqueológico Nacional y Alhambra.



Porcelana del Buen Retiro.



Porcelana del Buen Retiro.

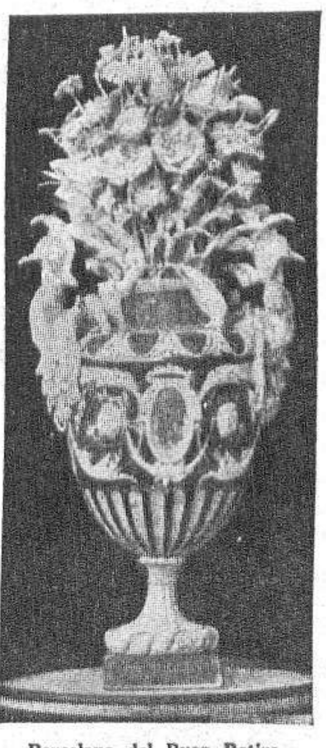
Esta cerámica musulmana fué el origen de la llamada "obra de malica" que, fabricada primero por musulmanes y después por moriscos, se desenvolvió en Manises extraordinariamente durante los siglos XV-XVI y estuvo en moda en Italia y los Países Bajos, compitiendo con éxito con las producciones del Renacimiento.

Otra novedad es la decoración en verde y morado procedente de Bizancio: fueron empleados estos colores durante el califato en Medina Azzahara, Bobastro, Medinaceli, etc., y dió lugar a los talleres moriscos de Paterna y Teruel, que duraron desde el siglo XIV al XVII.

Los platos de cuerda seca, atribuídos erróneamente a Puente del Arzobispo, dan una nota de fuertes tonalidades, con motivos moriscos y renacientes de gran valor artístico.

La azulejería fué en los tiempos medios una interesante rama de la cerámica. Comenzó con el alicatado o alicer, especie de mosaico de teselas de barro vidriado usado por los árabes en Granada y Sevilla, y siguió con el azulejo propiamente dicho, que se decoraba con la técnica de cuerda seca primero y de arista o cuenca después. La azulejería es, sin disputa, la decoración arquitectónica más genuinamente española; los zócalos de nuestros palacios del Renacimiento y de siglos posteriores, los altares y frontales de algunas iglesias del siglo XVI y aun los cuadros con imágenes de santos o calvarios dan la nota colorista de nuestros barros vidriados.

En Sevilla, Niculoso Pisano introdujo la técnica traída de Italia que hacía posible disponer variados colores en una superficie horizontal. En el altar del Alcázar sevillano, obra del propio Niculoso Pisano, y en los altares de la iglesia de Tentudia se alcanza la mayor pureza del estilo renaciente. Más tarde, Talavera continúa la misma tradición, aunque los motivos renacientes no alcanzan la perfección de los anteriores. Los zócalos del palacio del duque del Infantado en Guadalajara y los



Porcelana del Buen Retiro.

del castillo de Oropesa pueden colocarse entre los mejores de esta industria, que también produce jarrones, saleros, platos, tarros de botica, etc. Fabricaciones semejantes había en Puente del Arzobispo y Toledo.

La porcelana en España no alcanzó un carácter tan genuino y destacado como la loza vidriada. Tuvo como centros importantes la fábrica del Retiro en Madrid, la de Alcora en la provincia de Castellón y la de Sargadelos en Galicia.

La fábrica de Alcora, fundada en 1727 por el conde de Aranda, reclutó sus artistas en otros centros cerámicos europeos como Moustier, Marsella y Holanda, y en sus motivos decorativos sobresalió la moda de los chinescos, tan en boga en el siglo XVIII, distinguiéndose entre sus artistas el célebre Soliva, que firma numerosas piezas que han llegado hasta nosotros. Sus productos, en los que abundan las placas en relieve con dibujos centrales, figuras escultóricas, platos, jarros, etc., fueron imitados en las fábricas próximas de Onda, Val de Cristo y Rivesalbes.

Retiro. — La fábrica del Retiro fué fundada por Carlos III, que trajo de Capodimonte no sólo la inspiración, sino los artistas y hasta los materiales. Protegida la fábrica primero por Carlos III y por Carlos IV después, no llegó a industrializarse, no obstante el empeño que en ello se puso, y sus productos casi exclusivamente de lujo, servían para regalos de la Corte o se vendían a precios enormes.



Vaso hispanoárabe. Málaga, siglo XIV.

La fábrica tiene dos períodos: en el primero (1760-1803) se ensaya constantemente para encontrar el caolín o tierra de porcelana; el arte es marcadamente italiano, y de sus talleres salen piezas dignas de museo, siendo Gricci la figura más destacada. El segundo período empieza en 1803, y la fábrica pasa a ser dirigida por Sureda, que había sido enviado a Sevres para estudiar la técnica; con Sureda, al gusto napolitano del primer período sucede el gusto francés, y entonces se trata de competir con las fabricaciones extranjeras y ganar los mercados. Las salas *chinas* de Aranjuez y Madrid, grandes jarrones con flores, relojes, vajillas y grupos escultóricos salieron de los talleres del Buen Retiro. Cuando la fábrica empezaba a industrializarse y dejaba de ser un peso para el Tesoro, surgió la invasión francesa y originó su destrucción.

Moncloa. — Arrasada la fábrica del Retiro en 1808, tuvo esta industria un efímero resurgir en el Real Sitio de la Florida, parte baja de la Moncloa. Aquí se congregaron en 1817 algunos elementos que pudieron rescatarse de las ruinas, y la fábrica se industrializó, aunque su producción no llegó a ser muy apreciable.

Deportes en el interior de la República

RUFINO (Santa Fe)



Patrocinada por el Club Deportivo Rufino, se realizó una carrera ciclista entre dicha localidad y Labou'aye, ida y vuelta, siendo clasificados vencedores los corredores Egger y Brissolari, de Junín y de Rufino, respectivamente.

ROSARIO



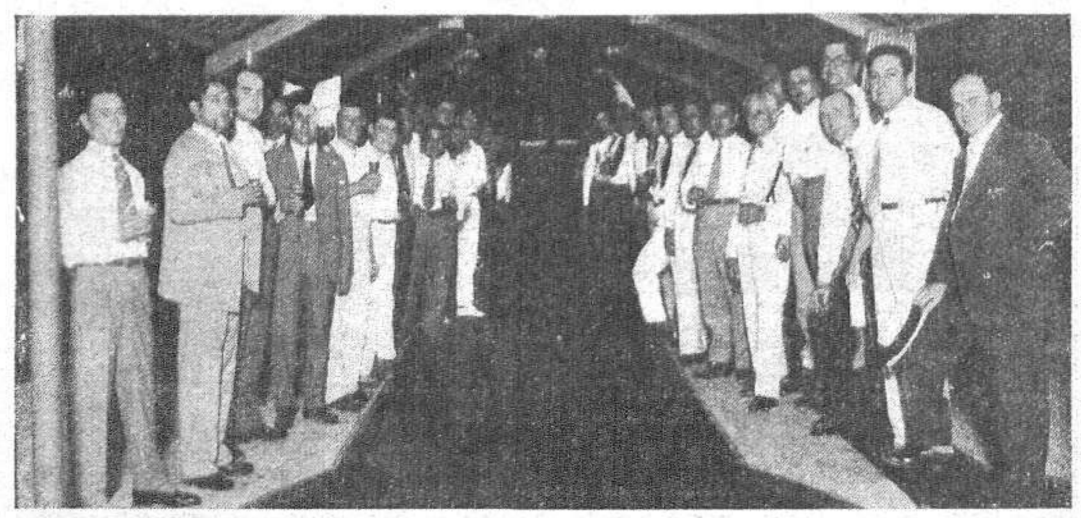
Grupo de vencedores en el concurso de natación para cadetes y novicios realizado entre socios del club Newell's Old Boys.

JUJUY



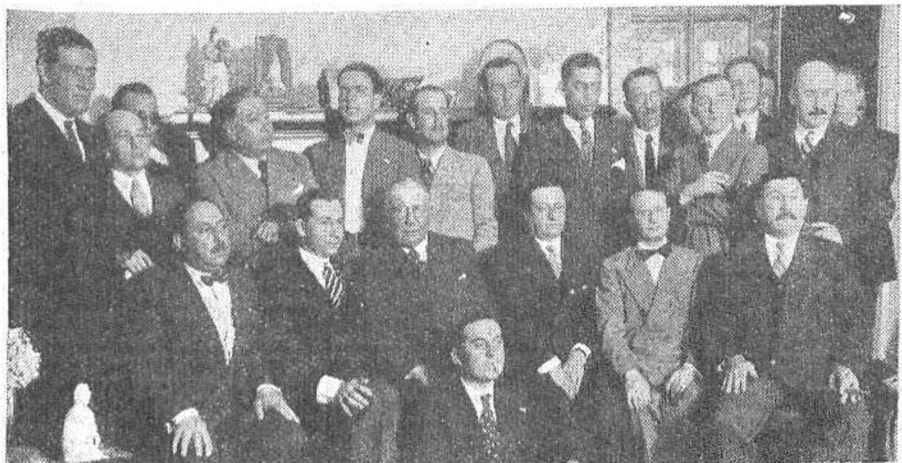
Primera división del Club Gimnasia y Esgrima local, que se adjudicó el premio "Juventud Unida", en el torneo recientemente realizado.

TUCUMAN



Jugadores que intervinieron en el campeonato organizado por la Federación Tucumana de Bochas, reunidos después de finalizar los diversos partidos.

"Caras y Caretas" en el interior de la República



SALTA

Demostración ofrecida por el cónsul de Chile, señor Eduardo Ga lardo Arteaga, a los periodistas antofagastinos que visitaron la ciudad.



ROSARIO



En los salones de la sociedad Dante Alighieri, se ofreció una demostración en honor del cónsul de Italia, señor Bruno Gemelli, con motivo de su próximo traslado a Bolivia como ministro plenipotenciario.

PARANA (Entre Ríos)



Grupo de vendedores de diarios que tomaron parte en las carreras pedestres, organizadas por la Sociedad de Canillitas.



El ajedrecista señor Illiesco, que actuó en los salones del Club de Ajedrez local, jugando treinta partidas simultáneas.

El vigor físico y mental

El doctor Wálter R. Miles, distinguido fisiólogo, reunió un grupo de 863 personas, entre las cuales figuraban de 5 a 95 anos de edad, las sometió a diversas pruebas, y demostró que la habilidad motor, tal como el movimiento de pies y manos, disminuye con la edad, pero no tanto como se ha creído algunas veces; que el 25 por ciento de los que pasaban de 80 era tan veloz como el promedio para el grupo; que en inteligencia, una cuarta parte de los sujetos más viejos logró anotaciones por encima del promedio general; que la imaginación no mostró apreciable cambio con la edad; y que en agudeza de vista, percepción y memoria, los sujetos más viejos lograron buenas anotaciones.

Henry Ford ha hecho un comentario con respecto a la práctica de una nación europea de retirar con pensiones a todas las personas de más de 65 años de edad. ¡"Pensar — dice Ford — que se eche a un lado como inútil la que debiera ser más productiva edad de uno! Solón, Sófocles, Pindaro y Anacreonte laboraban espléndidamente como octogenarios. Goethe, Kant, Buffon, Fontenelle y Harvey — el descubridor de la circulación de la sangre — hicieron su mejor trabajo después de los ochenta años. Se dice que Landor ha escrito sus más bellas *Conversaciones imaginarias* a los ochenta y cinco; la pluma de Isaac Walton era más fuerte y vigorosa a los noventa. Hahnemann se casó a los ochenta e hizo sus más fructíferos descubrimientos a los noventa y uno; el pincel de Miguel Angel era tan vigoroso a los ochenta y uno como a los veintiuno; y el Tiziano estaba haciendo buen trabajo a los noventa".



JOSE PRETO

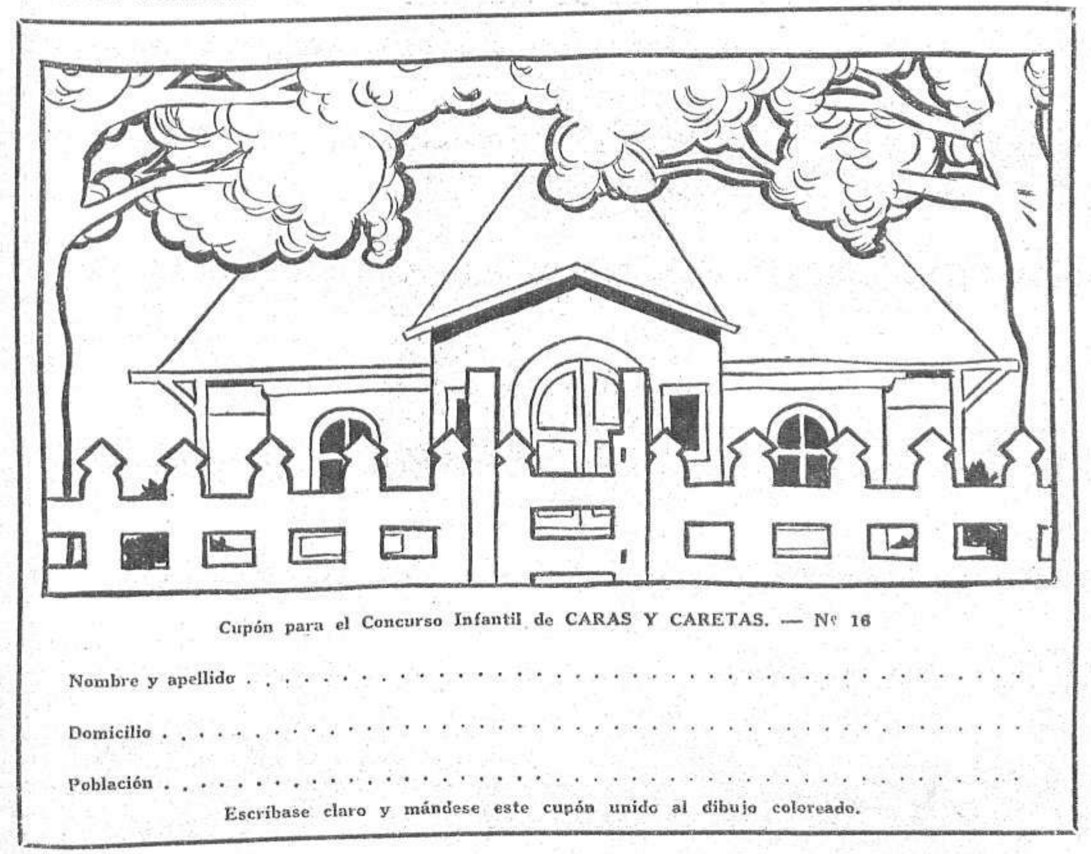
Un nuevo claro en nuestras filas: José Preto ha fallecido. Durante dieciocho años fué un leal servidor de nuestra casa. Consagrado a las delicadas funciones de su cargo con un celo y una honradez que le conquistaron el respeto de compañeros y superiores, dejó impreso en su labor diaria el sello inconfundible de su capacidad y de su decencia sin tacha. Muere joven, y ello hace más intensa la pena que sentimos por la desaparición del camarada fiel y del caballero.

Todos los años una importante firma de Nueva York enumera de cerca de sesenta hombres de éxito que han muerto en el año precedente. Dirigiendo importantes oficinas en grandes corporaciones al tiempo de sus muertes, la mayor parte de los enumerados han pasado de los setenta, ochenta y aun noventa. Es cierto que estos hombres eran ejecutivos y los mencionados anteriormente eran artistas y hombres de ciencias, no trabajadores industriales o ayudantes de oficina; pero si la edad añadió experiencia a su previa preparación y los convirtió en hombres prominentes, así también deben los años de concienzuda aplicación a un trabajo hacer del trabajador, de cuello blanco o de "overalls", un valioso caudal para su ocupación particular. Este último no llega tan a menudo a ser físicamente tan viejo a la media edad que pueda ser arbitrariamente clasificado como inútil; pero algunas veces tiene que preocuparse acerca del futuro que le va a dar una actitud de vejez. La necesidad, por consiguiente, es investigar más a fondo en este importante asunto fisiológico y quizás el empleo por las corporaciones de fisiólogos que puedan comprobar científicamente las habilidades del personal. El hombre tan a menudo *demasiado viejo a los cuarenta* puede ser un concienzudo trabajador, cuyo rico conocimiento empírico y la inteligencia con que lo aplica harán más que compensar su pérdida de velocidad y habilidad física aún después de la edad de 60 ó 70 años.

CONCURSO INFANTIL

PARA COLOREAR DIBUJOS

CARAS Y CARETAS invita a sus pequeños lectores a tomar parte en este concurso iluminando libremente a la acuarela, al lápiz o al "gouache" el dibujo que publicamos. Una vez terminado, pueden remitirlo, unido al cupón que aparece al pie, a la siguiente dirección: Concurso Infantil de "CARAS Y CARETAS", Chacabuco 151-155, Buenos Aires. Se otorgarán CIEN PREMIOS, que serán distribuídos todos los meses entre los cien niños que más condiciones artísticas revelen.



Cupón para el Concurso Infantil de CARAS Y CARETAS. — Nº 16

Nombre y apellido . . . .

Domicilio . . . .

Población . . . .

Escríbase claro y mándese este cupón unido al dibujo coloreado.

Los cien premios ofrecidos para los niños que revelaran más condiciones artísticas y de buen gusto para colorear el dibujo del concurso correspondiente al mes de enero, han correspondido a los firmados con los nombres que a continuación se expresan:

Avila Vanoni, Raquel I.
Alberto, Sergio P.
Amábile, Andrés A.
Anselas, Julio César
Alemán, Jorge H.
Agüero, Herminda.
Aigotti, Margarita.
Auriol, Sara E.
Bujones, Isidro.
Butrón, María Esther.
Barrios, Pedro.
Banfi, Celia.
Bozzolo, Amelia.
Bicioli, Irma Esther.
Bignon, Josefina E.
Bessega, Martín V.
Berreta, Lilia I.
Brusa, Eugenio A.
Bondino, Lilia.
Brath, Estela.
Barrueco, Félix.
Calzetti, Chichi.
Crego, Arturo E.
Casabonne, Blanca L.
Castiglioni, Irma G.
Casaubón, Pascual.
Carrara, Norma.
Cannella, Julio Argentino.
Cibils Buraglia, Yoly.
Castiñeiras, Raúl.
Calzetti, Silvia.
Comolli, Mechita.
Cristofani, Benjamín.
Chiracovich, Elena.
Delprato, Camilo.
Daube, Ernesto Guillermo.
Danielsen, Cristina.
Dumont, Francisco.
Demin, Ana.
Enrico, Reinaldo.
Frattini Caballero, M. A.
Ferrara, Francisco.
Ferrari, Rosa.
García, Elena.
Gallo, Rafael.
Gutiérrez, José María.
Gariglio, Ricardo A.
Gallinal Acevedo, Marta.
Galvani, Carlos A.
Gil, Antonio V.
Galeano, Antonio.
Haneck, Carlos.
Herrero, Blanca M.
Hofer, Pedro.
Iturralde, René Raúl.
Jaime, Iris N.
Ketsch, Emma J. von.
Lora, Hugo José.
Metola, Elisa.
Mazzinghi, Jorge A.
Mazzario, Irma.
Mirko, Francisco.
Morini, María.
Martínez, Elisabeth.
Mello, Armando J.
Nissensohn, Norberto.
Ody, Carlos.
Odriozola, Celia S.
Palomero, Francisco F.
Pereyra, Mario W.
Rabbino, Martita.
Rocchi, Luisa.
Ronchetti, Helena.
Resell, Horacio.
Riera, María F.
Rodríguez, Carlos E.
Rozas, Esther.
Ragone, Jorge.
Rosolino, Amalia.
Suárez, Aurora.
Sancho, Héctor.
Sanz, Osvaldo.
Sironi, Antonio.
Savio, Julio Alberto.
Tironi, Hilda N.
Trejo, Rosa María.
Tosetto, Hermelinda.
Tron, María Emilia.
Tuttolomondo, Anita.
Tanco, Aylsa D.
Tonso, Esther I.
Urrúnaga, Esther Dora.
Vera Fernández, Sarita.
Vassallo Bereterbide, D.
Vera, Antonio.
Vignolo P. M. del Carmen.
Varela, Sara.
Vildoza, Nora.
Wysocki, Ana M.
Williams, Beryl.

Los niños premiados residentes en la Capital deberán presentarse a retirar sus premios a esta Administración los días 2 y 3 de mayo, de 9 a 12 y de 15 a 18. — Los que residan fuera de la Capital rogamos soliciten sus premios por carta.

Una mujer causó la ruina de Napoleón.

De cómo la marcha triunfal a Moscú fué transformada en desastrosa retirada, gracias a un complot fraguado por una prima de la desconsolada Josefina



Aimée Dubuc de Rivery, la dama francesa que fué la Reina Madre de Mahmud II, sultán de Turquía. Para vengar a su amiga Josefina, Aimée echó por tierra el sueño de Napoleón de conquistar el mundo.

"La Retirada de Moscú", el notable óleo de Meissonier.

Vista exterior del lujoso serrallo de los antiguos sultanes de Turquía, en Constantinopla, hoy Estambul, donde acaba de encontrarse la interesantísima correspondencia entre Aimée Dubuc de Rivery y Josefina. (A la derecha): Un rincón del patio central del serrallo donde Aimée, la favorita de Abdul El Maldito, planeó la caída de Napoleón.

Este acto de venganza fué a su vez inspirado por el sufrimiento y la ignominia de que fué víctima Josefina, la primera esposa de Napoleón. Aimée Dubuc de Rivery, una bella francesa, esposa del sultán Abdul Hammid, "Abdul El Maldito", y Reina Madre de Mahmud II, fué la hábil dama que fraguó una intriga, tan sutil como una tela de araña y en la que Napoleón cayó como una mosca.

Las cartas recientemente descubiertas, revelan, por primera vez, esta ingeniosa trama. Para entender bien los móviles de las maquinaciones de Aimée, uno debe verla primero en su juventud en la isla de Martinica, Antillas, donde ella pasó muy felices días jugando con su prima y más íntima amiga, Josefina Tascher de la Pagerie. Las dos niñas estaban predestinadas a ser esposas de poderosos mandatarios y cada una de ellas había de desempeñar un papel por demás importante en la subida y caída de Napoleón.

Cuando las dos jóvenes cumplieron trece años de edad, sus padres las enviaron a Francia para ser educadas. Unos años más tarde Josefina contrajo matrimonio con el vizconde Alexandre de Beauharnais, hijo del gobernador de las Antillas francesas. Aunque este matrimonio tuvo dos hijos, Josefina no tuvo un momento de felicidad con su veleidoso y frívolo esposo.

Aimée, en cambio, permaneció en un convento de Nantes por espacio de ocho años. La guerra

CIERTOS archivos secretos encontrados recientemente en un viejo serrallo de Estambul, sostenido por varios siglos por los sultanes de Turquía, acaban de revelar al mundo que fué una influencia femenina la que echó por tierra los planes de Napoleón, de dominar al mundo y eventualmente lo mandó a acabar sus días en la isla de Santa Elena. Las interesantes misivas fueron encontradas hace poco por funcionarios oficiales que se están encargando de transformar en un museo nacional lo que hasta hace unos cuantos años fué un serrallo cerrado al mundo exterior. Las cartas de que se trata prueban, sin dejar lugar a dudas, que fué el deseo de venganza de una mujer — a quien el "Petit Caporal" nunca había visto — lo que echó por tierra sus ambiciosos planes para poner bajo su dominio a toda Europa.

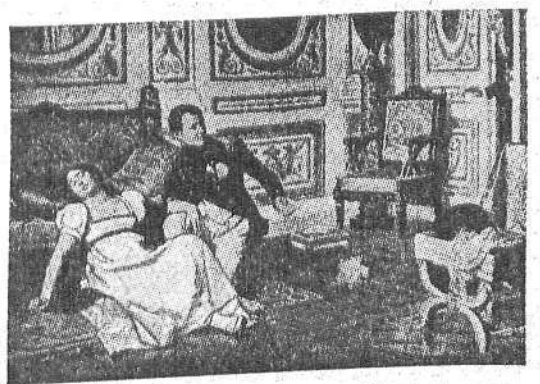
entre Inglaterra y una de sus colonias americanas, los Estados Unidos, había hecho muy peligrosos los viajes marítimos. Pero cuando se declaró la paz, Aimée, que entonces tenía 21 años de edad, se embarcó para las islas Occidentales. Sin embargo, el navío en que ella viajaba fué sorprendido por una furiosa tempestad en la Bahía de Viscaya y estaba a punto de hundirse cuando una embarcación española vino a poner a salvo a todos los que iban a bordo, entre ellos Aimée.

Esta embarcación española iba de viaje a Mallorca, en el Mediterráneo, pero unas cuantas millas antes de llegar a su punto de destino, fué abordada por corsarios argelinos. La bella joven francesa fué llevada a Argel y conducida a presencia del gran bey Baba Mohammed Ben Osman.

En aquella época aquel mandatario argelino tenía grandes obligaciones que cumplir con el sultán de Turquía y creyó que la juvenil y hermosísima Aimée ganaría para él los favores del sultán. En consecuencia, Aimée fué llevada a Constantinopla. Baba Mohamed no se había equivocado. Aimée ganó, desde luego, el afecto del sultán Abdul Hamid, llamado "Abdul El Maldito" y la hizo su favorita.

La larga cadena de circunstancias que años más tarde había de decidir el destino del mundo civilizado, empezó en la capital turca. La nueva favorita llegó en los momentos en que los asuntos de estado pasaban por una seria crisis. Uno de los hijos del sultán, y su sobrino, Selim, estaban luchando abiertamente por el privilegio de suceder a Abdul en el trono.

La madre de Selim, una mujer muy culta, pronto sintió profunda simpatía por la asustada Aimée. Poco tiempo después, ésta dió a luz un niño, quien había de ser Mahmud II, sultán de Turquía. A la muerte de Abdul, Selim tomó el poder y a consecuencia de la amistad que Aimée tenía con la madre del soberano, la joven francesa tuvo gran influencia sobre el sultán. Todo este tiempo, Aimée había sostenido secreta correspondencia con su prima Josefina, quien, después de haberse pasado varios años en la Martinica, había regresado a Francia, ahí había contraído matrimonio con Napoleón y había sido coronada emperatriz de Francia.



La celebrada pintura de Baader describiendo la escena que se desarrolló cuando Josefina se desmayó al ser informada por Napoleón que proyectaba divorciarse de ella para casarse, por razones de Estado, con María Luisa de Austria.

Debido a las maquinaciones políticas de Aimée, Turquía, por primera vez, nombró un representante diplomático en París, poco después de la coronación. Antes de esa fecha, Francia y Turquía habían estado técnicamente en estado de guerra. En 1809, Mahmud, el hijo de Aimée, heredó el trono de sultán. Este hecho, por supuesto, vino a aumentar considerablemente la influencia de que Aimée gozaba en la corte de Constantinopla. Como reina madre, empezó a tomar en sus manos varios asuntos de estado.

En el mismo año 1809, Napoleón se divorció de Josefina. Las cartas encontradas en Estambul recientemente indican la intensidad con que la ex emperatriz Josefina resistió haber sido repudiada en favor de María Luisa. Aimée también estaba furiosa por el tratamiento que el "Petit Caporal" había dado a su prima y más íntima amiga. A pesar de esto, no hizo nada que pusiera en peligro la amistad que existía entre Francia y Turquía. Algunos pasajes de la correspondencia a que nos referimos, indican que Aimée estaba esperando una oportunidad para asestar un golpe a Napoleón en algún momento vital.

No tuvo que esperar mucho. En 1811 Napoleón estaba planeando su gran marcha a Moscú. La conquista de Rusia había de cerrar con broche de oro su gloriosa carrera militar. Esta acción había de ser la más brillante acción bélica en la historia del mundo. A su lado, la marcha de Aníbal a través de los Alpes, parecería juego de niños.

A la sazón Turquía y Rusia estaban en guerra y el astuto Napoleón confiaba en que este conflicto distraería en el sur los mejores cuerpos del ejército del zar. Cuando los planes estuvieron terminados, el Gran Conquistador y sus legiones, vencedoras en muchas acciones guerreras, iniciaron su grandiosa marcha sobre Moscú.

Napoleón no supo una palabra de todo esto sino hasta después de que él y sus legiones habían cubierto cientos de millas en territorio ruso en su camino hacia Moscú. Pero ya era demasiado tarde para que Napoleón cambiara sus planes.

La historia consigna, con riqueza de detalles, que asediaron la capital después de haber sido tomada por Napoleón y cómo los cuerpos de ejército rusos que procedían del frente turco, casi aniquilaron a las fuerzas invasoras. Llegó el invierno y con el intenso frío la desmoralización de los ejércitos invasores se hizo todavía más patente.

Aunque en un principio Napoleón quería esperar en Rusia hasta la primavera, las condiciones de su ejército eran tan desastrosas, que se vió obligado a concentrar lo que quedaba de su expedición y emprender el regreso a Francia. La retirada de Moscú es una de las más grandes tragedias épicas que registra la historia. Miles de hombres murieron en el camino, de frío o de hambre, miles fueron sacrificados sin piedad por las guerrillas de cosacos que merodeaban por las heladas llanuras.

Pero algo todavía más importante y trascendental estaba ocurriendo en Europa. El mito de la invencibilidad de Napoleón había sido echado por tierra.

Napoleón había sido vencido. Su poderío militar había tocado a su ocaso. En 1815 Waterloo y Santa Elena. Y todo esto causado por la lealtad de una mujer francesa a otra. Cuando la astuta Aimée Dubuc de Rivery, para vengar la injusticia cometida con Josefina, convenció a su hijo, el sultán de Turquía, de que debía hacer las paces con Rusia, su aristocrática mano selló el destino de Napoleón.

La gripe

No ignoramos que la palabra gripe es bastante vaga, y, por lo mismo, se aplica comunmente a la ligera. Toda persona acatarrada dirá buenamente: "Tengo la gripe", lo que está lejos de ser siempre la verdad. Por otra parte, la gripe tiene a menudo un aspecto proteiforme que hace muchas veces su diagnóstico bastante difícil. Sin embargo, la gripe tiene un carácter innegable: es su difusión, fácil y rápida, bajo la forma de paludemia; éste es su carácter muy marcado como enfermedad contagiosa y hasta extremadamente contagiosa.

Cuando en una reunión, se ve un gran número de personas atacadas al mismo tiempo, es ésta una de las mejores señales para reconocer que las afecciones, ligeras o graves, de las vías respiratorias, tienen lo que es necesario para ser catalogas con el nombre de gripe. Pero si observamos muchas gripes, si anotamos que la enfermedad es contagiosa, sacamos por consecuencia fatal que esta enfermedad se debe a un virus del que ignoramos todavía la naturaleza. Después de haber sido llevados a admitir que la enfermedad era debida al bacilo de Pfeiffer, se ha tenido que renunciar a esta explicación, y de los descubrimientos más o menos sensacionales del microbio de la gripe, que han sido anunciados en el curso de cada epidemia, y que no han podido resistir a la crítica.

A la hora actual, la opinión general ha llegado a esta conclusión: que se tiene que habérselas con un virus invisible o filtrante, pero la demostración clara y precisa queda aún por hacerse. Lo que se cree saber es que la gripe es en sí mismo una afección muy benigna y muy corta, y es solamente al principio de la enfermedad que habrá alguna suerte de encontrar en el organismo, el microbio causante de la enfermedad. Pero dicho microbio, si bien poco nocivo en sí mismo, tiene la propiedad de aumentar de una manera extraordinaria su virulencia, y, por consiguiente, la acción patógena de casi todos los microbios. Por lo tanto, dará un poder nocivo a otros microbios a menudo presentes en nuestro organismo, suficientemente atenuados para vivir como huéspedes inofensivos, si este desgraciado virus de la gripe no viniera a darles una actividad exagerada.

Lo que da por resultado que si la gripe en sí misma es una afección benigna, sus complicaciones son siempre temibles, a menudo muy graves y, hasta algunas veces, mortales. Los neumococos los estafilococos y muchos otros microbios que parecen inofensivos, se despiertan y son la causa de las pulmonías, de las bronquitis, de las bronconeumonías, de las pleuresías, de las cuales el virus de la gripe es el responsable.

Toda persona teniendo una tara disimulada o conocida, una lesión antigua en algún órgano, una afección que lleva consigo un decaimiento orgánico, es, a menudo propensa para contraer la gripe.

Pero, si se ignora la naturaleza del virus se sabe, en cambio, poco más o menos, cómo se propaga por el contagio.

Es seguramente por las primeras vías: la nariz, la boca, la garganta, que toma asiento el virus y es por las secreciones de estas primeras vías, escupidas, y sobre todo por el aliento de la persona al hablar, al toser o al estornudar, como el virus lanzado por la persona enferma, penetra por las primeras vías de la persona sana para contagiarla.

El contagio es siempre interhumano, inmediato, de persona a persona. Si frecuentáis una escuela, un taller, una oficina, un teatro, un cine, si subís a un tranvía, en algún compartimiento de ferrocarril donde se encuentre una persona atacada de gripe en un principio, o de gripe ligera, y si sois contagiados, tendréis la gripe, si os encontráis en estado de receptibilidad.

Se comprende, desde luego, cuán fácil es encontrar la gripe y lo difícil que es también organizar la profilaxis. Sería necesario al principio de una de estas epidemias, desertar de los lugares de reunión inútil con sus semejantes, hipódromos, teatros, cines, etcétera.



—Espere... No debemos dar la noticia de golpe a su mujer.
—¡Oh! No tiene importancia... Es sorda...
(De *Le Journal Amusant*, París)



ABRIL 15

PARIS. — El embajador argentino ofreció un almuerzo en honor del Presidente de la República. — Falleció M. Ferdinand Rabier, vicepresidente del Senado.
BERLIN. — Alemania protestó ante Gran Bretaña por las declaraciones de Mr. Chamberlain en la Cámara de los Comunes.
CIUDAD DEL VATICANO. — Pio XI concedió una audiencia a la misión que preside el señor Ramos Mexia.
RIO DE JANEIRO. — Llegó el buque japonés "Rio Janeiro Marú", a cuyo bordo fallecieron 22 personas, atacadas de enfermedades diversas.
CHANG-CHUN. — Los chinos fueron derrotados cerca de Tai-Tow-Ying.
MADRID. — Con motivo del 2º aniversario de la República, inauguráronse varias obras públicas.

ABRIL 16

DUBLIN. — Irlanda conmemoró el levantamiento de Pascua de 1916.
BRUSELAS. — Después de pacientes estudios, M. André L'Hoist ha llegado a comprobar que un belga — Fernand Olmen — fué el descubridor de América.
AVIÑON. — Inauguróse el congreso socialista de Francia.
ROMA. — Falleció el arzobispo de Brescia, monseñor Giacinto Gaggia.
ASUNCION. — En Gondra sufrieron los bolivianos bajas considerables. Fueron dispersados cinco de sus regimientos.
BERLIN. — Se han puesto de acuerdo los hitleristas y los cascos de acero.
BAHIA BLANCA. — Inauguráronse oficialmente el edificio del Hogar del Niño y la calle Juan B. Justo, en celebración del 105º aniversario de Bahía Blanca.

ABRIL 17

WASHINGTON. — La Cámara de Representantes aprobó el embargo de armas.
PEQUIN. — Numerosas ciudades de la región del rio Lwan han sido ocupadas por los japoneses.
BUENOS AIRES. — El doctor Saavedra Lamas fué consultado por el doctor Roca, acerca de las negociaciones en Londres.
MEJICO. — En la aldea de Opichén hubo una refriega entre rebeldes y federales, y fallecieron a consecuencias del tiroteo 41 personas.
LA PAZ. — Se combate encarnizadamente en el camino de Pirijaneyo a Rojas Silva.
MONTEVIDEO. — La Asamblea del Uruguay estará formada por 51 colorados y 46 nacionalistas.
BARCELONA. — 35.000 obreros del ramo de construcción declaráronse en huelga. En Cuenca declararon el paro los sindicalistas.
SAN JUAN. — Inauguróse la exposición de las pinturas escolares dedicadas por los alumnos de las escuelas de Buenos Aires a los de San Juan.

ABRIL 18

NAPOLES. — Fué recibida cordialmente la embajada presidida por Ramos Mexia. Los principes de Piamonte le ofrecieron un banquete.
SALTA. — Por unanimidad aprobóse en Diputados el convenio sobre petróleo.
MOSCU. — El tribunal que juzgó a los ingenieros británicos condenó a Thornton a tres años de prisión, y a dos años, a Macdonald. Cushy y Moukhouse serán expulsados de Rusia.
A BORDO DEL "ILE DE FRANCE". — Herriot prepara su plan para la conferencia de Wáshington.
A BORDO DEL "BERENGARIA". — Macdonald activa sus proyectos para la conferencia de Wáshington.
ASUNCION. — Los bolivianos, derrotados en Nanawa, huyen desordenadamente, abandonando muertos y gran cantidad de material bélico.
SANTIAGO (Chile). — El doctor Alessandri solicitó poderes extraordinarios.

ABRIL 19

WASHINGTON. — Estados Unidos abandonó el patrón oro. En el exterior fué grande la baja del dólar.
SALTA. — El Senado también aprobó por unanimidad el convenio sobre petróleo.
BUENOS AIRES. — El A B C prepara una nueva gestión acerca del Chaco paraguayo.
LONDRES. — El rey Jorge firmó el decreto de embargo de las importaciones rusas.
RIO DE JANEIRO. — Falleció en Bahía el ex vicepresidente de la República, doctor Vital Enrique Baptista Soarez.
BOGOTA. — Se anuncia el fracaso de un ataque peruano a Calderón.
ROMA. — Inauguróse la 28ª Conferencia Internacional Parlamentaria.

ABRIL 20

BUENOS AIRES. — La baja del dólar, por abandono del patrón oro en Estados Unidos, preocupa en los círculos financieros, y se cree que puede ser favorable al país.
WASHINGTON. — Fué presentado al Senado un proyecto de emisión de 3.000 millones de dólares en obligaciones.
ASUNCION. — Continúa la lucha en Gondra, Nanawa, Falcón y Alihuatá.
ROMA. — El comandante Bernasconi batió el récord de velocidad en avión, volando a razón de 700 kilómetros 600 metros por hora.
MONTEVIDEO. — Falleció el doctor Luis Piera, eminente personalidad diplomática y jurídica del Uruguay.
MOSCU. — Cuatro de los ingenieros procesados por el asunto de la Metropolitan Vickers partieron para Gran Bretaña.
PARANA. — La Cámara rechazó el proyecto de empréstito del Poder Ejecutivo.

ABRIL 21

PARIS. — Clausuróse la conferencia de frutas, a la cual concurrió la Argentina.
ASUNCION. — Cada vez se cree menos en el éxito de las negociaciones de paz.
MONTEVIDEO. — La Asamblea fué convocada para el 3 de mayo.
BUENOS AIRES. — Fueron trasladados a Gualeguaychú los restos del doctor Barroetaveña.
NUEVA YORK. — Llegó el primer ministro inglés, Mr. Macdonald.
FLORENCIA. — Falleció el escultor Italo Vaguetti.
ROMA. — Se conmemoró el 2686 aniversario de la ciudad.

ABRIL 22

MADRID. — Llegó el gran escritor Emil Ludwig, que dará una conferencia en el Ateneo.
CHANG-CHUN. — Continúa el avance japonés, y se teme un bombardeo a Pequín.
TANDIL. — Llegó a ésta el presidente de la República, general Justo.
BALCARCE. — Inauguróse el 5º Congreso de Sociedades Rurales de la provincia de Buenos Aires y territorios de la Pampa.

LOS FESTIVALES DE BAYREUTH



El cartel para el año de Wágner de 1933, que ha circulado profusamente en toda Alemania.

El día 13 de febrero de 1933, en que se cumplió el primer cincuentenario de la muerte de Wágner, fué celebrado en todas partes donde la música — el divino arte — es objeto de afición y culto, con representaciones de las obras del gran maestro, del creador del drama musical, o audiciones de fragmentos de las mismas. Es natural que las fiestas conmemorativas alcanzaran en Alemania, patria de Wágner, su máximo esplendor. En todos los teatros de ópera — y todas las ciudades alemanas de alguna importancia tienen un teatro de ópera — se dieron representaciones extraordinarias de las obras wagnerianas, desde la ópera romántica "Rienzi" hasta el drama sacro "Parsifal". En los dos teatros líricos de Berlín — la Opera Nacional y la Opera Municipal — el ciclo de estas representaciones extraordinarias empezó ya en otoño de 1932 con una serie de brillantísimas escenificaciones, entre las cuales descolló, por su alto nivel artístico, la de "Los Maestros Cantores" bajo la dirección del eximio Futwaengler. Muy notables prometen ser, asimismo, las reposiciones de casi todas las obras de Wágner anunciadas para el próximo verano en Dresde, donde Ricardo Strauss dirigirá "Tristán e Isolda", además del estreno de "Arabella", su última ópera. Leipzig, la ciudad natal de Wágner, presentará el ciclo completo de sus obras, dirigida cada una por uno de los primeros directores de orquesta alemanes contemporáneos; y Munich, donde los festivales Wágner - Mozart son ya una tradición, no quedaron seguramente atrás en el empeño de rendir a Wágner un homenaje digno de su obra y de su gloria. Pero ninguna ciudad alemana pudo — ni se lo propuso — eclipsar la fama de Bayreuth, el lugar de predilección de Wágner, el sitio que el Maestro escogió para sede de un teatro que había de ser como el templo de su arte, La Meca, en una palabra, del wagnerismo universal.



La villa "Wahnfried" de Bayreuth, donde Ricardo Wágner pasó los últimos años de su vida, sirve todavía hoy de morada a los descendientes del maestro.

BAYREUTH EN LOS FESTIVALES

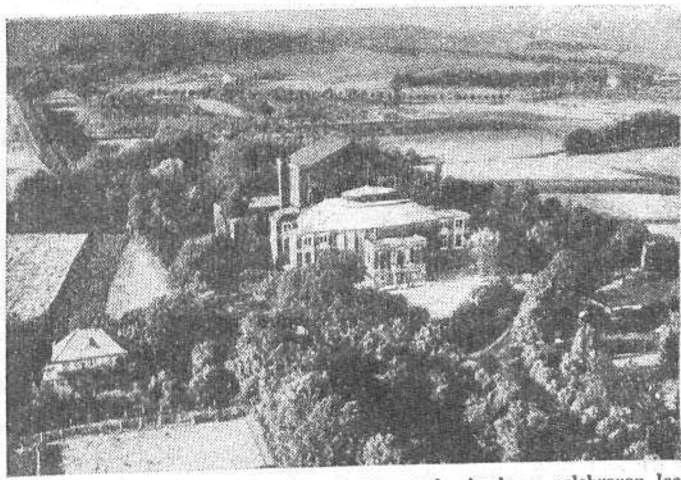
Cómo celebrará Bayreuth el primer cincuentenario de a muerte de Wágner? No había seguramente, mejor medio de averiguarlo que ir a preguntárselo a quien puede saberlo. Ese "quien" es una mujer. Se llama Winifred Wágner y es la viuda de Siegfried Wágner. Intima colaboradora de su marido durante varios años, es hoy el espíritu que anima y la voluntad que gobierna en la organización de los festivales wagnerianos de Bayreuth.

La antigua residencia de los margraves de Bayreuth en Franconia, graciosamente reclinada junto al Main, el río que señala la división entre las dos mitades de Alemania, la del Norte y la del Sur, parece vivir como aislada del mundo durante los meses de invierno. Trenes expresos directos llevan de Berlín a Bayreuth en cinco horas durante los meses de verano, mientras tienen lugar los célebres festivales. En invierno es preciso cambiar de tren tres veces y resignarse a emplear en el viaje más de ocho horas. Lo primero que, a la llegada, atrae la atención del viajero es la nueva estación, amplia, moderna, capaz para las necesidades crecientes de una población de 32.000 habitantes, adecuada también para ofrecer digna acogida a los forasteros que a Bayreuth llegaron para asistir a los festivales. En la misma estación quedó instalada la oficina de alojamiento que tan útiles servicios presta durante las semanas de mayor afluencia, cuando por culpa de Wágner — si así puede decirse — llega a ser un pequeño problema encontrar albergue adecuado a precio razonable. Para los próximos festivales las autoridades y organismos interesados de Bayreuth han tomado, sin embargo, el plausible acuerdo de reducir los precios de las habitaciones que oscilaron entre 3 y 8 marcos solamente. El "Anker" (Hotel del Ancora) fué como siempre punto de cita preferido de las grandes personalidades del mundo musical. Su dueño, Herr Kohler, es una de las figuras más populares de Bayreuth y está legítimamente orgulloso de su frecuentación con los príncipes de la música.

En los íntimos comedores del "Anker" o del "Schwarzes Ross" (Hotel del Caballo Negro), frecuentados por las notabilidades de la localidad, podían recogerse interesantes informaciones sobre los próximos festivales que fueron, junto a la política y a la crisis económica, los temas preferidos de conversación. No hubo más que aguzar discretamente el oído para enterarse de muchas cosas interesantes de que la señora Thode, hermanastra de Siegfried Wágner, hija del primer matrimonio de Cosima Wágner con Hans von Bulow, dirigiría la escena en las representaciones de "Parsifal"; de que Bockelmann, el famoso barítono, fué el Hans Sachs de los "Maestros Cantores", de que Toscanini no quiso campanas eléctricas y prefirió las antiguas campanas de bronce. De otros muchos detalles más, todos igualmente verídicos, puede enterarse el curioso comensal del "Anker" o del "Schwarzes Ross", pero no nos pareció superfluo de todos modos, ir a comprobar cerca de Frau Winifred Wágner la autenticidad de las informaciones recogidas.

EN EL AÑO DE WAGNER 1933

Por el doctor ERICO MARCUS

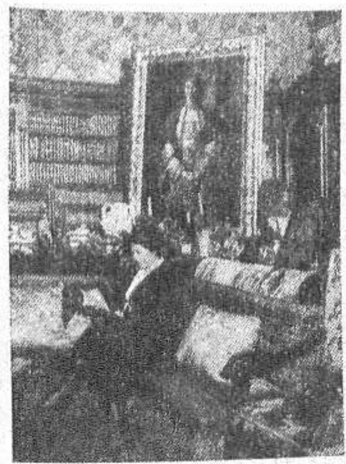


Vista aérea del teatro wagneriano de Bayreuth, donde se celebraron los festivales wagnerianos. El teatro se levanta en la cima de una colina desde donde se domina uno de los más hermosos valles de Franconia.

UNA MUJER AL FRENTE DE LOS FESTIVALES DE BAYREUTH

La señora Winifred Wágner, "única directora de los festivales de Bayreuth hasta la mayor edad de mis hijos", según disposición testamentaria de Siegfried Wágner, dió ya la medida de sus excepcionales capacidades durante el festival de 1931, que fué, entre todos los celebrados después de la terminación de la guerra, el de mejores resultados financieros. Tiene hoy 35 años y de su figura, majestuosa y atrayente a la vez, (una figura wagneriana. Isolda o Brunhilda), de su rostro sereno y de sus ojos azules, fluyen la benevolencia y la autoridad. Fran Winifred Wágner tiene donde emplear una y otra con tino y con fruto: en la educación de sus cuatro hijos — Wieland, Friedelind, Wolfang y Verena — dos muchachos y dos muchachas venidos al mundo con un nombre que honra y obliga a un tiempo, y en la dirección de los festivales de Bayreuth. Esos festivales que Winifred Wágner, ante todo mujer de su tiempo, quiso renovar en algunas de sus manifestaciones externas para que, de este modo, el arte inmortal de Wágner, libre de todo anacronismo, no pierda su influencia directa sobre los espíritus a pesar de las evoluciones y cambios del gusto. Respondiendo a esta concepción vital del arte wagneriano las cuatro partes de "El Anillo del Nibelungo" y "Los Maestros Cantores de Nuremberg" fueron objeto, durante los festivales de 1933, de una presentación completamente nueva.

Para esta empresa, atrevida, necesaria y difícil, Winifred Wágner requirió el concurso del gran escenógrafo profesor Emil Preetorius, de Munich, y del director de escena doctor Tietjen, intendente general de los Teatros de Opera de Berlín. Dará idea de la previsión y de la probidad artística que son la ley de Bayretuh, el hecho de que el nuevo decorado, para unas representaciones que han de tener lujar en julio y agosto, esté ya completamente terminado. Los trajes, confeccionados en Berlín y Wiesbaden, han quedado asimismo listos con la debida anticipación. El gran problema de la escenificación de los dramas musicales de Wágner reside en la mezcla de realismo y simbolismo, que es como la savia de toda la obra wagneriana. Hay que dar a la escena elementos de realidad y al mismo tiempo conservar en ella la expresión simbólica del ideal humano, religioso y estético perseguido por Wágner. El profesor Preetorius ha dado a este problema soluciones pictóricas y arquitectónicas — y sobre todo luminosas: el equipo de iluminación eléctrica del teatro de Bayreuth h asido completamente renovado — que han merecido la aprobación del director de esce-



Winifred Wágner, viuda de Siegfred Wágner, en la Sala de Ricardo Wágner, junto al célebre retrato de Cosima Wágner pintado por Lenbach.



Tumba de Ricardo Wágner en el jardín de la que fué su casa en Bayreuth.

na doctor Tietjen y de Frau Winifred Wárner, la última instancia hasta el momento en que el público y la crítica serán llamados a pronunciarse.

Y al llegar a este punto siente el cronista la tentación de contar la emocionante anécdota del ejefe electricista de Bayreuth, tal como la oyera de labios de Frau Winifred Wágner. Se llama Eberhard el jefe electricista de Bayreuth, y en sus años jóvenes emigró a Africa para ver de probar fortuna con su oficio de técnico electricista. La suerte no le fué muy propicia, pero el Destino quiso que Eberhard, aficionado a la música y sensible a su belleza por instinto, oyera un día en un rincón apartado del continente africano un disco de gramófono de "Parsifal", impresionado en el teatro de Bayreuth. La sensación recibida fué tan profunda que Eberhard decidió regresar a Alemania en el primer vapor, dispuesto a no cejar hasta poder trabajar como electricista en un teatro y, a ser posible, en un teatro donde las obras de Wágner fuesen representadas. La firme voluntad del excelente obrero fué recompensada y hoy Eberhard, por mediación de Tiet jen que le conoció en Leipzig y se lo llevó al teatro de Breslau, es el jefe electricista de Bayreuth y contribuye a la realización escénica de las obras de Wágner, manipulando las 144 palancas del nuevo tablero de mármol, donde se gobiernan las 8.000 lámparas de la "Festspielhaus".

EL CINCUENTENARIO DE "PARSIFAL"

En 1882 fué estrenado en el teatro de Bayreuth el drama sacro "Parsifal". Cerrado el teatro de Bayreuth el año pasado, el cincuentenario de "Parsifal" viene a coincidir con el cincuentenario de la muerte de Wágner. La conmemoración que Bayreuth prepara no es, ni podía ser, otra que una presentación de "Parsifal" fiel en todos sus detalles a lo que quiso Ricardo Wágner que fuera la última de sus obras. Dirigirá la orquesta Toscanini, el genial intérprete italiano de Wágner, que asimismo será el "kapellmeister" en las representaciones de "Los maestros cantores", y la señora Daniela Thode cuidará de que en la escenificación la voluntad de Wágner sea íntegramente respetada. Tal es el deseo de Frau Winifred Wágner, la directora, dispuesta a innovar en la presentación de "El anillo del Nibelungo" y de "Los maestros cantores", pero resueltamente conservadora cuando de "Parsifal" se trata. "Parsifal" — dice — es, por lo menos en los actos primero y tercero, un rito en el cual, como en la misa de la Iglesia Católica, no se puede cambiar nada". Wágner lo escribió, en efecto, para el teatro de Bayreuth expresamente, y a los pocos meses de haber sido representado por primera vez, moría en Venecia, como si su misión en el mundo — la creación de un nuevo arte — estuviera ya cumplida.

DOCTOR ERICO MARCUS 

LECTURAS INFANTILES

TRABAJO

Por ADELIA DI CARLO



El trabajo es la ley de la vida

Niños: ¿creen ustedes que arar la tierra es un trabajo? — pregunta el maestro.

— Sí, señor — responden los niños.

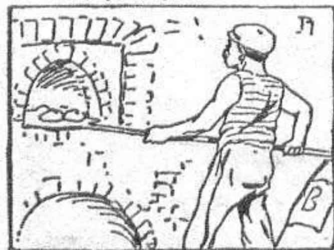
— El hombre que amasa la harina y hace el pan que todos nosotros comemos, ¿trabaja?

— Sí, trabaja — contestan los alumnos.

— Cuando ustedes, aplicando las fuerzas que cada uno posee, saca de un sitio un objeto pesado y lo lleva a otro donde estará mejor o será más útil, ¿puede llamarse a eso "trabajo"?

— Sí, señor.

— Muy bien contestado. El caballo que arrastra un coche o un carro, ¿trabaja? El obrero que lleva una carretilla con una carga cualquiera, ¿trabaja? El carpintero, el herrero, el albañil, el escritor, el maestro de escuela, el tipógrafo, el empedrador, el vidriero, el grabador, el ebanista, el labrador, el tintorero, el zapatero, la lavandera, el remendón, el abogado, el médico, el músico, ustedes cuando hacen sus deberes y estudian, ¿trabajan?



— Sí, señor.

— Bien. ¿Habéis observado, niños míos, que para cavar un pozo, sacar agua de él o para alzar los ladrillos cuando se construye un edificio,, se hace con un cilindro giratorio en una de cuyas extremidades está atada una cuerda que sostiene un recipiente para el agua y otro para los ladrillos; los obreros hacen girar el cilindro y la soga se envuelve y desenvuelve para subir o bajar el recipiente?

— Sí, señor, lo hemos visto — contestan los alumnos interesados en la lección.

— Comprenderán ustedes — prosigue el maestro — que el trabajo es mayor cuanto mayor sea el peso y la altura. Si se levantan objetos de 10 kilos a una altura de siete metros, el trabajo será doble del que se tendría si el peso fuera de 5 kilos a la misma altura o ésta fuera de tres o cuatro metros. Ahora ustedes pueden decirme ¿cuáles son las consecuencias que tiene el trabajo en los hombres y en los animales? — interroga el maestro.

Los niños se miran unos a otros y nadie responde. El maestro aguarda unos segundos y vuelve a preguntar:

— ¿Después de la cena, qué hacen los niños?

— Se acuestan, señor, para dormir — responden varios alumnos.

— Muy bien. Y a eso de acostarse y dormir, ¿cómo se llama?

— Descanso — contesta un rubiecito de mirada vivaz.

— Bien has dicho. Lo contrario de descanso, ¿qué es? A ver, tú, Antonito.

— Me parece, señor — contesta el nombrado, — que después de trabajar queda uno cansado.

— Muy bien. El efecto del trabajo en los hombres y en los animales, es el cansancio. Se está más cansado cuanto más ligero se ha hecho el trabajo o más prolongado es. Quien sube una escalera muy ligero llegará jadeante y estará más cansado que el que la subió despacio. ¿Han comprendido?

— Sí, señor.



Homenaje al general Mitre en Magdalena



El gobernador de la Provincia, señor Martínez de Hoz, acompañado de las altas autoridades eclesiásticas y civiles que lo recibieron a su llegada a la localidad para asistir a la inauguración de una placa en homenaje al general Mitre.





El ministro de Gobierno, doctor Avellaneda, y el presidente del Consejo Escolar local, pronunciando sus respectivos discursos al ser descubierta la placa.

La Argentina, país de tierra fértil



La feracidad de las tierras del Chubut está reflejada claramente en las dos manzanas que sostiene este cosechador. Son productos de una chacra que el señor Machenzie posee en Trelew.



Cuatro tomates de volumen sorprendente, y los cuatro, procedentes de la chacra La Cal n:e, del señor Alejandro Protto, en Trelew, Chubut. La suma de sus pesos es de 3.140 gramos.

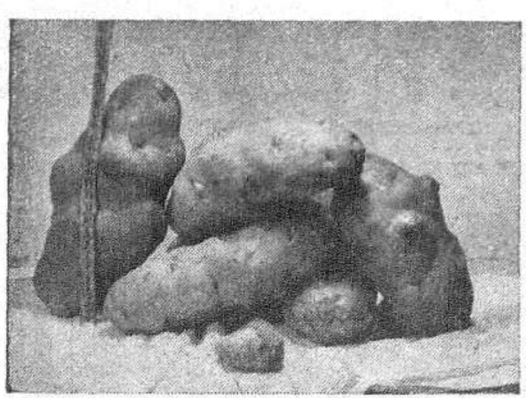
No sólo en los discursos oficiales, sino en la realidad, nuestra tierra es generosa, pródiga. Y no se diga que son los campos de nuestro litoral los únicos fértiles. Los de todas las latitudes, los que descansan al pie de la Cordillera, los del centro de la República, los que se extienden a lo largo de la Patagonia, demuestran al hombre que los rotura y los cultiva que el trabajo prodigado en ellos no es una pobre esperanza. Esta página ilustra ampliamente al lector. No son exclusivamente las frutas mendocinas y de Río Negro las maravillosas; las chacras del Chubut tienen la prodigalidad confortante. Y no es el trigo el único dominador de los llanos de Santa Fe; también las frutas y las hortalizas imponen su riqueza y su belleza, despertadoras de entusiasmo.



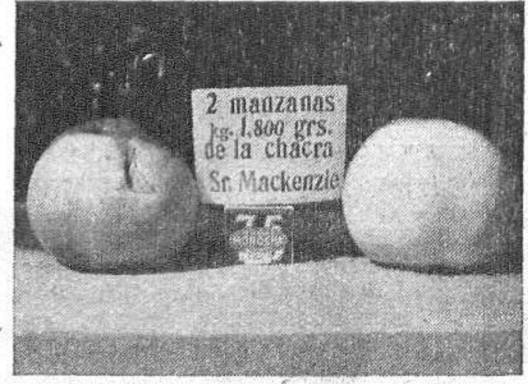
¡1.900 gramos pesa la papa que está sobre la mesa! Es un soberbio ejemplar recogido por el señor Basilio Simonoff, horticultor de Gaimán, localidad de la gobernación del Chubut.



No es un pequeño bosque, sino una hermosa planta de tomate perteneciente al señor Alb'no F. Gay, de Casilda, Santa Fe. Desde el 1º de enero hasta el 20 de marzo de 1933 produjo 53 kil. 300 gramos de fruto.



Algunas de las papas cosechadas en la Isla Nº 82, Choele-Choel, por la señora Teresa M. de Mattiuzzi. Una de ellas mide casi veinticinco centímetros de largo.



He aquí dos de las manzanas recogidas por el señor Mackenzie en su chacra de Trelew. Pesan entre las dos 1.800 gramos: el nutritivo almuerzo de una corta familia.

LA VOZ DEL OTRO MUNDO

Por M. HERGETH

HABÍA llovido con insistencia el día entero. El cielo estaba cargado de pesadas nubes; era uno de esos días fríos, tristes, que hacen tan antipática una estadía en las costas del mar.

En aquella tarde estábamos, mi amigo Henry y yo, tendidos en unos cómodos sillones cercanos a la chimenea del hall fumando tranquilamente nuestros cigarros. Durante largo rato permanecimos silenciosos; aun para reanudar nuestra conversación nos sentíamos flojos. Un buen almuerzo y esa atmósfera densa y lluviosa parecían haber entumecido nuestros pensamientos. De repente nos vino a sacar de nuestra plácida letargía el agudo campanillazo del teléfono. Henry acudió al llamado, incorporándose con dejadez. Yo podía observarlo bien; su rostro quedaba iluminado por los rojos reflejos del fuego de la chimenea.

—¿Quién? — preguntó, y noté cómo sus ojos cambiaron bruscamente de expresión: relampagueó en ellos un espanto...

Transcurrieron unos instantes hasta que las facciones transfiguradas, como bajo la impresión de un fuerte susto, se volvieron a serenar y, colocando el teléfono en su sitio, dijera malhumorado:

—¡Zonzeras!... ¡Qué absurdo!... Qué broma más inoportuna... más grosera... ¿Sabes quién me ha llamado?

—¿Um?

—Charley Manners, tú sabes, que murió hace un año ya... estuve en su entierro.

Yo solté la risa.

—¡Pues esto sí que está bueno!... Y ¿qué quería de ti?

—Me ha citado para esta noche en el Casino. Quisiera saber qué idiota se ha permitido tal broma conmigo...

—Sabes, Henry — le respondí, — aquí nos estamos lateando: déjanos ir a ver a ese gracioso.

Henry afirmó con una risa, pero esta risa sonaba a falsa. Yo, que le conocía bien, notábale en el nervioso temblor de sus manos, una intensa agitación, que en vano esforzaba ocultármela. Intenté distraerlo con relatos de cuentos y chismes, pero Henry permaneció absorto; parecía ni oírme.

—¡Qué tonteras! — volvió a repetir. — No puedo olvidar este llamado, me siento intranquilo, nervioso... me es imposible sobreponerme; no sé por qué... Parece como si interviniera en mi vida.

—Hombre, es que tú tienes los nervios excitados... No es tampoco para menos con ese exceso de trabajo — traté de desviar los pensamientos de Henry. — Deberías cuidarte más... descansar algo.

—Sí; eso será, tú tienes seguramente razón. Tan pronto como se estrene mi última obra, voy a descansar.

—Eso ya lo has dicho sinnúmero de veces sin cumplirlo. Siempre vuelves al trabajo y a esos continuos viajes a Londres, que ya te tienen...

—Tú sabes, John, que mañana forzosamente tengo que ir a Londres — me interrumpió Henry. — Leslie me espera; es el ensayo general de "Frendship"... Es imposible que falte; pero te lo prometo: tomaré en seguida unos días feriados... Estoy tan cansado. Esta vida me está aniquilando; quisiera tranquilidad... paz... como la tiene Charley Manners.

—¿Hasta cuándo estás acuérdate que acuérdate de Charley Manners? — dijo con cierto enfado.

—Déjame hablar de él — insistió Henry; — me es un alivio. Era tan bueno, me quería tanto... Durante su enfermedad era yo la única persona que toleraba a su lado... Cosa extraña: recién ahora me doy cuenta que es él quien me ha inspirado en el tema de mi última obra... que únicamente él me ha servido de protagonista en "Frendship"...

—¿Y de qué murió?

—Una enfermedad común: peripneumonía.

—Ustedes eran muy amigos, ¿verdad?

—Sí; nuestra infancia la transcurrimos juntos — respondió Henry. — También estudiamos juntos — añadió, y sus ojos tomaron una expresión melancólica al seguir hablando. — Todas las privaciones de estudiantes pobres, las diversas fechorías de muchachos jóvenes, las felicidades y confidencias de nuestros casuales amores; todo esto lo hemos experimentado juntos. Todos estos hechos y recuerdos nos tenían ligados y ahondaban aún más nuestra amistad... Cómo veo pasar ante mi imaginación esa época en la cual ya nos considerábamos "serios", cuando con fervor estudiábamos todo lo que creíamos "más allá" de lo común. Charley, el más romántico de nosotros, se dedicaba con ahinco a los estudios de la doctrina de Buda... eramos partidarios de la ciencia del sentido telepático; tú sabes, también la Sorbona admite este sexto sentido. El espiritismo y el ocultismo eran de sumo interés para nosotros. Asistíamos a "séances", citando a los espíritus y a los seres ocultos — casi siempre sin resultado alguno — pero no por eso nuestra fe en estas cosas sobrenaturales lograba disminuir... Recuerdo que en una de estas ocasiones, Charley me juró una amistad "eterna"... me juró darme un aviso en caso de que él muriera antes que yo...

—Pues ahí tienes la explicación del incidente telefónico: alguien que sabría estas cosas es el que, con seguridad, se ha querido burlar de ti — y corté el relato de Henry.

Pasamos el resto de la tarde sin volver a mencionar lo ocurrido, pero terminando la comida, nos pusimos, sin más comentarios, en camino al casino. Al llegar allí, encontramos la aglomeración de costumbre, siendo justamente la temporada de los baños. No veíamos ni una mesa desocupada; nuestra vista paseaba por entre la concurrencia buscando algún amigo. De repente fueron mis ojos irresistiblemente atraídos a una persona que ahí estaba sentada solitaria. Al encontrarme con unos ojos vidriosos, que parecían inmóviles y fijos sobre nosotros, sentí como un frío que me corrió por el cuerpo hasta la raíz de mis cabellos... vi, en el mismo momento, a Henry retroceder como en presencia de una aparición... oí, como de lejos, las palabras entrecortadas: "¿Cómo?... ¿tú?...", y de pronto se hizo una obscuridad — seguramente un desperfecto de la luz eléctrica. Este incidente produjo un pequeño pánico entre la concurrencia, y volviéndose a acla-

rar la sala, me fué imposible ver a Henry entre las personas amontonadas. Al salir lo divisé: ahí estaba, como inerte, apoyado en la puerta; su rostro desencajado, de una palidez mate. Yo lo tomé bruscamente del brazo, sacándolo a la calle... Creía poder escapar de algo terrible llevándomelo. Henry, a mi lado, caminaba como a tientas, sus ojos fijos en el suelo. A mí me era imposible articular pregunta alguna; me sentía dominado por un extraño espanto. Frente a su casa pareció Henry darse cuenta de mi presencia, y con un: "¡Ah, John! ¿tú?", rompió el penoso silencio...

—Así es que mañana temprano saldré para Londres — añadió. — ¿Quieres llamarme en el Ritz... como a las nueve?

—¡Sí, naturalmente!... ¿Pero no quieres que te acompañe un rato ahora en tu casa? — le pregunté.

—No; muchas gracias, John... discúlpame... estoy tan rendido; me acostaré inmediatamente. Dentro de pocos días nos volveremos a ver. ¡Buenas noches, John! — y, apretándome la mano, entró en su habitación, cerrando la puerta tras de sí.

Pasé el día siguiente tan atrozmente intranquilo, que hasta me parecían vibrar los nervios; mis sentidos se hallaban en una continua tensión. Procuraba distraerme paseando de la playa al casino, del casino vuelta a la playa. Saludaba a conocidos, conversaba con amigos; todo era inútil. Mis pensamientos volvían a Henry con una insistencia matemática... No debería haberlo dejado solo; aun más, era imperdonable no haberlo acompañado a Londres, me reprochaba continuamente. Por fin llegó la noche y experimenté un inmenso gusto al oír, a través del alambre, la voz sonora y contenta de Henry:

—¡Aló! ¿Johnny, *old boy?*... Qué bueno has sido al llamarme... Sí; todo marchó muy bien... Parece que va a ser un gran éxito; Leslie al menos me lo asegura, dice que es mi mejor obra... De pronto le oí decir, con voz totalmente cambiada: "¿Cómo?... sí... ya... ya voy..."

Mi sangre se replegó de golpe en mi corazón.

—¡Henry! ¡Henry!, ¿qué te pasa? — llamé, grité. — "Señor, su comunicación con Londres ha sido cortada", oí decir a la telefonista.

Eterno me pareció el tiempo hasta que se pudo reanudar la conversación con el Ritz.

—¿Usted desea hablar con el señor Robertson? —me preguntó el portero. — ¿Es usted algún pariente del caballero?

—Eso no; pero yo soy un amigo íntimo del señor Robertson.

—¡Ah! Pues siento mucho, señor, tenerle que participar una desgracia muy lamentable: el señor Robertson ha sufrido un ataque al corazón.

—¿Muerto? — exclamé.

—¡Sí, desgraciadamente!

El mozo, oyendo el incesante campanilleo del teléfono, entró en la pieza del señor Robertson y lo encontró sentado frente al aparato, un cigarrillo prendido en la mano, ya muerto.

Días después acompañábamos, hondamente impresionados, los restos de nuestro buen Henry a su pueblo natal. Allí descansa ahora en eterna paz no lejos de su amigo Charley Manners, quien cumplió con su promesa, dándole un aviso del otro mundo.

M. HERGETH



CARAS Y CARETAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

DIRECCION, REDACCION Y ADMINISTRACION

151, CHACABUCO, 155 - BUENOS AIRES

TELEFONOS: Unión Telefónica: Administración: 8080 (Rivadavia). Dirección: 8081 (Rivadavia). Sección Avisos: 8082 (Rivadavia). Talleres: 8083 (Rivadavia).

PRECIOS DE SUBSCRIPCION

EN LA CAPITAL	EN EL INTERIOR	EN EL EXTERIOR
Trimestre . . . . . $ **2.50**	Trimestre . . . . . $ **3.—**	Trimestre . . . $ oro **2.—**
Semestre . . . . . . „ **5.—**	Semestre . . . . . „ **6.—**	Semestre . . . „ „ **4.—**
Año . . . . „ **9.—**	Año . . . . „ **11.—**	Año . . . . . . „ „ **8.—**
Número suelto . . . **20** ctvs.	Número suelto . . . **25** ctvs.	
Número atrasado del corriente año . . **40** „	Número atrasado del corriente año . . **50** „	

Para Bolivia, Brasil, Costa Rica, Colombia, Cuba, Estados Unidos de América, España, Ecuador, Filipinas, Honduras, Méjico, Nicaragua, Perú, República Dominicana, San Salvador y Uruguay, Año . . . . $ oro **5.—**

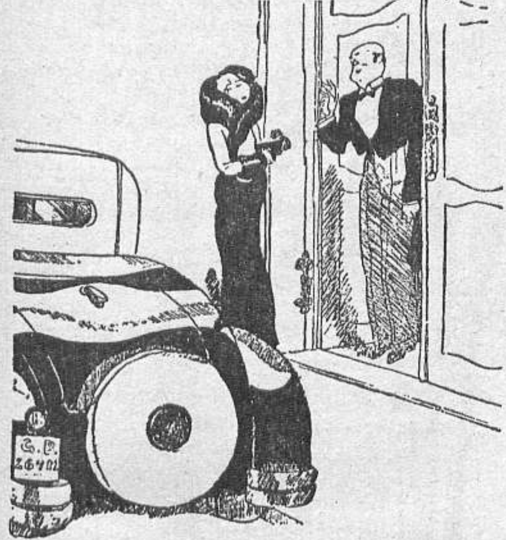
No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección aunque se publiquen.

Los repórteres, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros están provistos de una credencial, y se ruega no atender a quien no la presente.

EL ADMINISTRADOR

LAS JOYAS QUE NO FUERON ROBADAS

Por
HAL PINK



—¿ESTÁ en casa el señor Groeschen?

El viejo criado contempló a la encantadora joven de toca verde. Hablaba con un ligero acento norteamericano, y el gran auto de lujo que acababa de abandonar aún esperaba al pie de la gran escalinata.

—No, señorita — terminó por decir.

La encantadora joven hizo una mueca deliciosa.

—¡Ah! Estoy en la mala — dijo. — ¡Yo, que esperaba encontrarlo aquí!

Y hurgando en un tarjetero, tendió al criado una cartulina donde, grabado en relieve, se hallaba su nombre: "Helen Waldron".

—Hubiera deseado visitar su castillo — prosiguió. — ¡Me parecen tan encantadores estos viejos y hermosos edificios de Inglaterra!

Y, hablando, llevó su mano a la cartera.

—Es que, señorita — dijo el viejo servidor, — esto no está en las costumbres de la casa.

La encantadora joven extrajo de su cartera un billete de banco, cuyo papel apergaminado crujió entre sus dedos:

—Escuche — dijo. — Pasado mañana regreso a Norteamérica en el "Mauritania": me iría desolada si no consiguiera visitar Thornton Hall después del largo viaje que he realizado especialmente para ello.

El criado echó una rápida mirada al billete azul y luego dijo:

—Es que el señor Groeschen nos ha dado orden de no admitir a nadie...

—Pero yo so·· una de sus amigas — dijo la joven encantadora con deliciosa sonrisa capaz de convencer al más incrédulo.

El billete azul cambió de manos.

—En ese caso — exclamó el viejo, — el propio señor Groeschen no se negaría a hacerle a usted los honores de la casa, señorita.

E introdujo a la visitante en el hall artesonado con viejas encinas.

—He aquí la parte más antigua del hall. Data de 1550. Esta armadura...

—¡Oh, la armadura! — repitió la encantadora joven con voz pasmada. — ¡Una joya! ¡Cómo me gustaría llevármela a casa!

El criado sonrió, indulgente.

Decididamente aquella joven de ojos claros, aire ingenuo y gestos vivos, agradaba a sus instintos paternales. Cerca de ella, sentía su corazón tiernamente emocionado, irradiado de bondad profunda.

Paseó a la linda visitante de pieza en pieza hasta el despacho del dueño de casa.

—He aquí el gabinete del señor Groeschen — dijo empujando una pesada puerta de encina.

La señorita Waldron cayó, literalmente, en éxtasis.

—¡Qué delicia! — dijo juntando sus manos. — ¡Oh, los viejos vitraux, la admirable chimenea! ¡Cómo reviven el pasado y la historia! Hasta la caja fuerte parece vieja...

—Es una caja de otros tiempos — dijo el servidor, — pero el señor Groeschen sueña con reemplazarla por una más moderna.

—Tiene razón — afirmó la joven encantadora. Después, acercándose a la ventana: — ¡Qué linda vista! ¿Puedo dar una vueltita por afuera? El parque es una maravilla...

—Con mucho gusto.

Y cuando, algunos minutos más tarde, el automóvil arrancó, el criado se sintió verdaderamente consternado.

—¿QUIÉN diablos será? — preguntó esa misma noche el señor Groeschen a su viejo criado cuando, al dejar su sombrero y su bastón en el hall, vió sobre la bandeja de plata la tarjeta de la visitante.

—Una joven que vino a mediodía. Me dijo que la conocía usted.

—¿Qué quería?

—Pasaba en auto y deseó visitar el castillo. Creo que era norteamericana.

—¿Helen Waldron? No la conozco.

Era un hombre sagaz. Negociante en piedras preciosas, estaba acostumbrado, viviendo en la atmósfera londinense de Hatton Garden, a desconfiar de todo desconocido.

—¿La hizo entrar? — preguntó.

El viejo criado tosió para darse aplomo.

—Parecía tan encantadora esa joven que me permití mostrarle las principales piezas. Vino en un automóvil soberbio. Pensé que usted no tendría inconveniente...

—¡Ha pensado usted mal! — dijo con voz seca el magnate joyero. — Ya le he dicho que no quiero visitas aquí, por más encantadoras que sean...

El incidente había avivado la sorda irritación que, desde tiempo atrás, embargaba a su alma.

Como tantos otros comerciantes de esta época, el señor Groeschen era víctima de la crisis. Sus clientes ordinarios, gimiendo bajo el peso de impuestos y gabelas, no tenían dinero para derrochar en alhajas. El señor Groeschen esta-

ba de mal humor porque veía frustrados sus justos esfuerzos.

Sin embargo, al ver su residencia de Thornton Hall, se hubiera dicho que no tenía por qué quejarse de sus negocios.

Es de noche. Acaban de dar las dos. El soberbio automóvil se ha detenido sin ruido en un rincón del parque. Thornton Hall se halla sumergido en tinieblas. Hasta la luna ha desaparecido detrás de negros nubarrones.

La señorita Helen Waldron se desliza a través de los macizos jardineros hasta la ventana del despacho del señor Groeschen. Necesita exactamente veinte minutos para forzar la cerradura antigua de la vidriera. Silenciosamente, salta al interior. Reina un profundo silencio sólo turbado por el tictac de un viejo reloj.

La joven encantadora permanece quieta en una inmovilidad absoluta.

Escucha.

Después, descorre las cortinas de la ventana y proyecta sobre la caja fuerte, escondida en un ángulo, el delgado rayo luminoso de su linterna de bolsillo.

De su bolso, en apariencia inofensivo, la joven encantadora saca un pequeño estuche repleto de herramientas finamente construídas.

Por espacio de dos horas, aplica sus lindas herramientas en las cerraduras de la caja. A las cuatro, los goznes de la puerta ceden gentilmente a la presión de sus pequeños y delicados dedos y la pesada hoja se abre.

Con los rayos de su linterna la señorita Helen recorre las tablas interiores de la caja. Gran sorpresa al hallarlas vacías... No absolutamente, sin embargo. Un objeto hiere su vista. Sobre la tabla a la altura de sus ojos, hay una tarjeta... su tarjeta... la tarjeta de visita que, algunas horas antes, dejó en manos del complaciente criado.

La fisonomía de la encantadora joven cambia completamente de color cuando, a la luz de la linterna, lee su propio nombre sobre la reluciente cartulina que tiene en la mano. El pulso se le acelera. ¿Peligro?... Hasta el silencio que reina en el castillo parece estar saturado de él.

Sin embargo, nada se mueve.

Con gesto vivo, pone la tarjeta en su sitio, cierra la caja y se evade sin ruido por la ventana como ha venido.

Está tranquila, pero más pálida. El haber hallado la caja vacía con su tarjeta adentro, ha sido un golpe rudo para ella. No puede comprender cómo la han burlado ni cómo fallaron sus planes.

Al deslizarse por las sombras del jardín, no puede ver la sonrisa sarcástica de un hombrecito panzón que, desde una ventana del segundo piso, atisba su fuga y su derrota.

Una vez en su auto y ya lejos de Thornton Hall, bajo un cielo que comienza a palidecer por el este, mientras se escuchan los primeros graznidos de los cuervos, las mejillas de la joven encantadora vuelven a adquirir su color natural. Razona su derrota. Dió su tarjeta al criado. Encuentra esta tarjeta en la caja fuerte. Aquella cartulina, intrínsecamente, carece de valor. La pusieron allí para burlarse de ella.

No hay duda. Se ha dejado burlar por ese vivillo de Groeschen.

—¡Animal! — exclama la encantadora joven. Y aprieta el acelador a fondo.

La señorita Helen Waldron se hallaba tan fatigada a causa de su aventura nocturna que durmió doce horas seguidas en su departamento de Bayswater. Sonaba la última campanada de las siete cuando se despertó. Se dispuso a vestirse para la cena. Iba a telefonear pidiendo un taxi cuando golpearon en su puerta.

—¿Quién es?

—Wade — respondió una voz.

—Adelante, Wade — dijo la joven encantadora, y abrió la puerta con una sonrisa deliciosa.

—Y bien, ¿qué se ha perdido en Scotland Yard? — añadió en tono jocoso.

Wade, del gabinete de crímenes, estaba adscripto al cargo de cajero de Scotland Yard, en la lista de "pesquisas de ronda". Penetró, sonriente, también.

—Nuestra misión, querida, es investigar. ¿Dónde has estado ayer noche?

La encantadora joven respondió, dulcemente:

—He pasado toda la noche en la cabecera de un amigo enfermo.

Después, presa de temor repentino:

—¿Por qué la pregunta?

—Mejor, lee — respondió el pesquisa, y le tendió un periódico plegado.

La joven tomó el diario y leyó lo siguiente: "El golpe de audacia de una banda de ladrones de joyas. Un émulo de Raffles, en carne y hueso, visita a Thornton Hall.

"Esta mañana, a primera hora, han penetrado ladrones en Thornton Hall, la magnífica resi-

dencia del siglo XVI, propiedad del señor William Groeschen, el conocido negociante de piedras preciosas. Robaron perlas y diamantes por valor de 100.000 libras. La caja fuerte del señor Groeschen ha sido forzada por un experto en la materia.

"El señor Groeschen ha declarado que guardaba a menudo en esa caja joyas avaluadas en miles de libras. La noche pasada había llevado de Hatton Garden un lote de joyas particularmente importante, destinadas a un comprador particular.

"La policía cree que la banda de ladrones espiaba desde meses atrás al señor Groeschen para dar el golpe en la ocasión más favorable.

"Se han visto huellas de un poderoso automóvil en el camino que bordea la propiedad".

—¿Y qué tengo que ver con todo esto, señor aturdido? — preguntó la joven.

El pesquisa le apuntó con un índice amenazante:

—Ese Raffles se le parece, criatura. Se le parece como un hermano.

La joven encantadora se le rió en las narices.

—Pruébelo — dijo. — Le costará porque he abandonado ese jueguito hace mucho tiempo.

—Me imagino que se habrá buscado una coartada ingeniosa, una coartada de toda confianza.

—¡Seguro! Créame, mi buen amigo. Por esta vez, se equivoca de puerta. Diríjase a otro lado.

—"Well" — dijo sarcásticamente el hombre de Scotland Yard. — Ya sabrías que vendría a hacerte esta corta visita. No falto jamás cuando se anuncia la desaparición misteriosa de una alhaja. Quizá vuelva a verte para pedirte datos sobre ese amigo enfermo que te presta la coartada.

—Cuando pase por aquí, querido amigo, no deje de entrar — dijo la joven con aire burlón. Y lo condujo hasta la puerta.

—Hermosa, ya nos toparemos un día — dijo sonriendo el detective al salir. Y se separaron amistosamente, como ocurre siempre, por otra parte, entre malandrines y policía.

No sentían ninguna animosidad personal entre ellos. En realidad, Wade admiraba a la señorita Waldron por el espíritu independiente — un poco dudoso, es verdad — que había sabido conservar.

En Fleet Street, pronto se olvidaban los acontecimientos. A los ocho días justos, al famoso robo de alhajas reemplazó en la primera plana de los diarios, la muerte de Loneley Moore y la desaparición misteriosa de un millonario.

La policía no encontró ninguna pista. El ladrón se hizo humo.

Aquel día, el señor Groeschen, en su sillón directorial, se sentía tan feliz como las circunstancias se lo permitían, cuando uno de sus empleados le presentó una tarjeta. Llevaba el nombre de Helen Waldron.

Mr. Groeschen frunció las cejas.

—Hágala entrar — dijo rápidamente.

Un momento después, la señorita Helen, radiante de belleza y abrigada con un rico tapado de pieles, hizo su aparición.

—Tome asiento — dijo el señor Groeschen.

—Gracias — respondió la joven, regalando a su interlocutor la más fascinante de sus sonrisas.

Pero, la mirada de los dos adversarios permanecía agudizada, vigilante y se cruzaban listas para chocar como las espadas entre las manos de expertos duelistas.

—¿Qué desea de mí? — preguntó el señor Groeschen, cortésmente.

—Dos mil libras — respondió la señorita Waldron con el mismo tono de afabilidad exquisita.

—¿De veras?

—De veras.

—¿Quiere hacerme cantar? — dijo sonriendo el señor Groeschen.

Con un gesto, la encantadora joven dió a entender que tal villanía estaba lejos de su pensamiento.

—¡Qué odiosa palabra! — exclamó. — Estamos hablando de negocios. Vengo sólo a prevenirle que las compañías de seguros pueden volverse terriblemente peligrosas si saben que han sido... ¡hum! engañadas.

—¡Ah! ¿Es eso lo que usted quiere decirme? — articuló el señor Groeschen. — ¿Reclama usted dos mil libras por tener los labios sellados, eh? ¿Y cree usted ser maligna?

—Yo no reclamo nada, mi querido señor. Soy muy reservada. Le presento un pedido, nada más.

—¿No reclama nada, dice? ¡Y bien; yo tampoco "he reclamado nada"! Escuche: no dejará de divertirla esto. Esperaba su visita, así que no he pedido nada a la compañía que me asegura contra los robos de alhajas... por el robo a que usted se refiere... hubiera podido hacerlo en mi calidad de víctima...

Y el señor Groeschen se rió silenciosamente mientras su bella visitante se levantaba para despedirse.

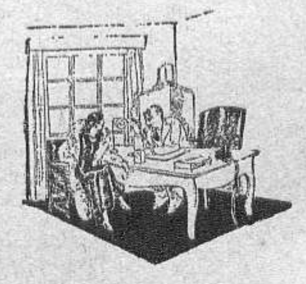
—Y, ¿esa historia de los diarios? — preguntó la joven.

—Una fantasía que me valdría el placer de conocerla.

No había terminado la frase el gran joyero cuando la puerta se cerraba violentamente.

Al quedarse solo, el señor Groeschen estalló en carcajadas.

HAL

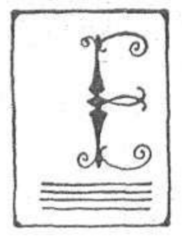


PINK

TRADUCCION DE L. L.

LOS BARRIOS DE

El paseo



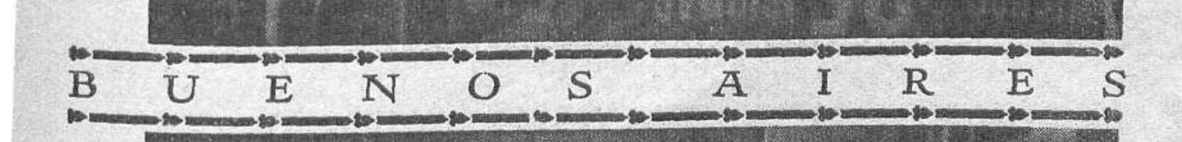
L progreso de la metrópoli del sur ha operado en el más viejo de nuestros barrios una formidable transformación, no obstante lo cual persiste en muchos trozos, cada vez más aislados, la abigarrada, típica e inconfundible personalidad, que tanto acentuó sus rasgos característicos, a tal punto que sería difícil hallar un sitio, sin excluir la Boca, con tan original relieve.

Entre el rascacielo soberbio que se fué todo lo alto que era menester para seguir atalayando al río — escamoteado con el pretexto de conveniencias comerciales — y el fondín que fué taberna en la Colonia, persisten los brochazos multicolores, en seres y cosas que se animan o estereotipan, rimando en palabras de todos los idiomas, armonizando músicas alcoholizadas, en mujeres de todas las líneas, cutis, layas y ojos más opuestos: negros, grises, glaucos, turquesas y pardos, se albergan en almas simples, herméticas, raras, como las indumentarias en que se lucen, singularizándolas, antes de disolverse en el ambiente.

Pocas partes del mundo ofrecen tipos semejantes al espectador que tiene ante sí el caldo de cultivo so-

Parte izquierda del paseo Leandro N. Alem con sus rascacielos.





Leandro N. Alem

Por L. Fernández Duque

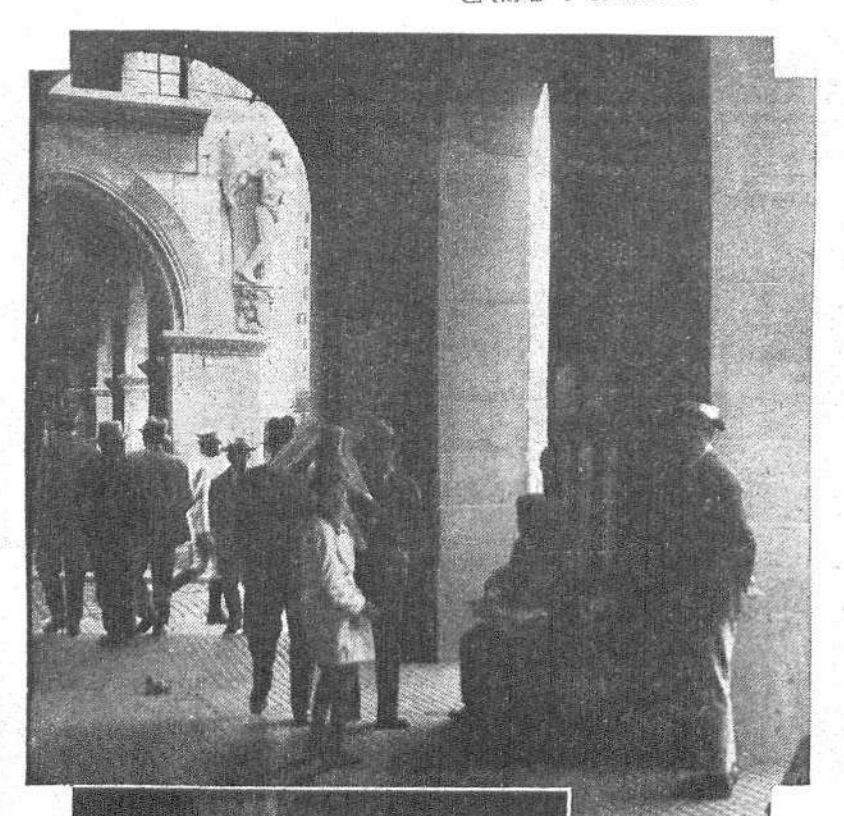
cial más poliforme o heterogéneo. Son gentes abúlicas, inconscientes, forzosamente alegres, cómicamente tristes o alborotadores sin medida; espíritus opacos, ausentes, como despojados de humana sensibilidad.

En aquellos figones saturados de perfumes imposibles, espesada la luz por el humo de los tabacos más perniciosos, tormento para el olfato, se presiente el aleteo de placeres fugaces; penas a flor de epidermis; esbozos de ensueños; intenciones animadas por odios; instintos sin freno o pasiones que se desbordan por sobre todos los diques, arrasando cuanto hallan al paso. Todo ello, amalgamado en tal medio, constituye una interminable cantera de sainetes, tragedias y aun intermedios de "folies" con la "jazz" de rigor, girando, desorbitadamente, en un círculo apenas iluminado por recuerdos de un arco iris difuso.

Después de escudriñar de arriba abajo la gran vía, internada en las arcadas que los regidores pelucones obligaron a construír a los pobladores, dotando a la ciudad de un balcón abierto al mundo, frente a la ribera del Plata, el cronista afanosamente busca algo y aun está seguro de encontrarlo. En el rincón de una de sus borracherías menos sórdidas, esperando saciar la sed y reponerse del cansancio de ambular en noche larga como las penas sin remedio, tropezó con quien buscaba a pleito y en estado propicio a la finalidad perseguida, como acontece siempre a los héroes de dramas y novelas, que hacen lo que ha trazado el argumento, repitiendo la sin igual receta del **Fénix de los Ingenios.**



Como antaño. Todo está igual. Pichinchas, gitanas y el inconfundible abigarramiento.



Con la parsimonia de éstos, ¿cuántos pasearon bajo sus arcadas los sueños de riqueza?



....

—Ya veo que somos amigos, de los que van quedando pocos. Cómo quiere que no esté triste, apichonado, si en un dos por tres me quitan — un despojo dicen los abogados — todo lo que yo tenía bien heredado —¿no?—y me disfrazan de "yapa" con cosas que unos dicen haber visto en el Paralelo de Barcelona, otros en París de Francia, Marsella, Génova, Hamburgo, Nápoles, ¡qué se yo!

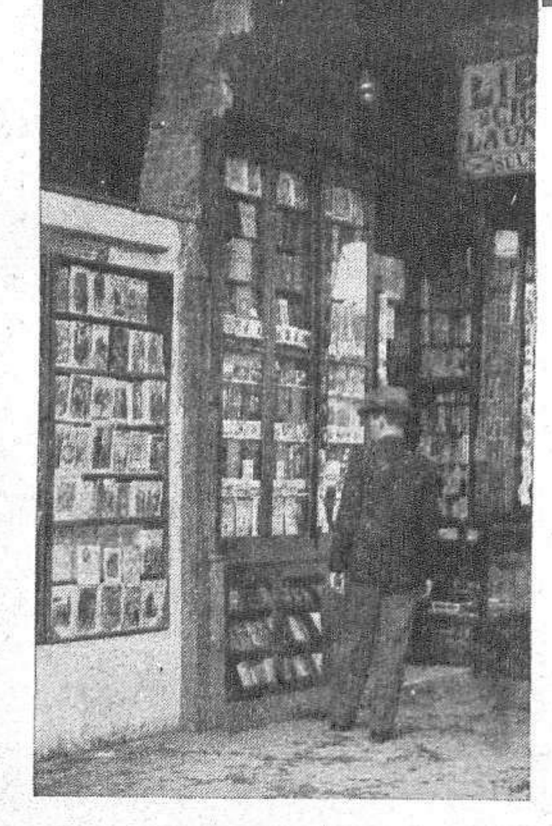
No trate de serme agradable ni engañarme. Cada vez estoy peor, se lo aseguro. ¡Mire que me han fastidiado con el progreso, compañero! Cuando yo comencé, siendo alameda, de inolvidables recuerdos por los cabildeantes, nobles *y capitanes, adornados con jubones, gregüescos,* anchos sombreros coronados de magníficas plumas y largas espadas, acudían a sus citas las niñas de ojos como puñales que blandían corazones. Aquellos labios, cuando sonreían, eran la antesala de la gloria, según les decían ellos. A mí me adoraban por ser el confidente discreto y el testigo insobornable de sus planes de felicidad, juramentos de amor y... bueno, ¿acaso esto que vemos se puede comparar?

Desde entonces — ¿siglos, eh? — me conservo como lo más característico de Buenos Aires y nadie logró, sino transitoriamente, arrebatarme el cetro de la alegría real. Es una satisfacción repetirlo ahora que ni sombra va quedando. Sería más pobre, pero también era más joven, influenciado por la poesía, cuajada de flores, soñé, sí, yo también he soñado y deshojé margaritas. Tiempos lindos.

Flanqueado por filas de álamos y sauces, intercalados algunos ombúes centenarios, mi prestancia y clase que de reflejo tenía de los hidalgüelos y damiselas, era suficiente para mi orgullo y aun para mantener latente el comentario social de las tertulias y mi bien ganada fama llegó hasta los palacios reales, sin celos de Charcas, Potosí o Córdoba del Tucumán, privadas de contemplar el mar de Solís. Nunca envidié las montañas grandotas ni las minas de oro o plata.

El virreinato me dió su aristocrática elegancia; la policromía de peluquines, libreas civiles o militares, "tontillos", puntillas, cintas, arracadas y todas las zarandajas de la época que daban tono o personalidad a los hombres e inconfundible encanto a las mujeres más hermosas del planeta.

Si mi memoria no es infiel, mis males comenzaron con las famosas invasiones de unos ingleses a quienes les gustaron los pagos y acamparon no más. Conservo tan patente el recuerdo de las





La piqueta del progreso parece notificar el "morir habemus" a este típico rincón.







¿No es ésta una playa parangonable a los Campos Elíseos? En un tiempo esto fué la gran estación central de los ferrocarriles.



escenas producidas que me emociono... ¡démos vuelta la hoja!

Para la gesta libertadora ya era talludito y claro, mucho del hábito del peleador me quedó. Aquí se hicieron los desfiles y revistas patrios. Conocí, no por referencias, a todos los verdaderos próceres, desde Rivadavia y Moreno a Belgrano y San Martín. ¡Qué días, señor! Todo era para la patria y por la gloria. Allí enraizó el argentinismo ¿me entiende?

Como sobre ascuas seguiré en los días de la gran anarquía. Cada noche un plan, cada rato un gobernante.

Largos y lóbregos años los de la tiranía posterior de don Juan Manuel. Aun oigo el pregón del rojo sereno, alumbrándose con su farol y esgrimiendo preventivamente el chuzo. También resuenan en mi corazón las marchas triunfales de Caceros, cuyos vencedores fueron aquí cubiertos de flores por las damas y niñas patricias, alborozadas de júbilo.

Otros tragos amargos fueron la guerra contra el tirano López y la peste. Cruz diablo, para que vayan al mar las cenizas malignas. Volvieron a entrometerse ingleses con criollos y me enceparon los rieles de los ferrocarriles primero, los diques después, para alejar al río. Por si fuera poco, hasta una estación central — galpón fierazo de tabla y latas — levantaron por ahí donde están Garay y el Almirante, mi gran amigo. Hicieron bien en quemar tal adefesio.

Cuando la política cambió, me dieron apellido, del que estoy orgulloso porque era guapo y hombre de ley. Ahora, mi librea es el asfalto, con esos grandes clavos por botones. Me han pelado la arboleda... El tedio comienza a dominarme... ¡Mozo!... otra blanca con bíter, digna de mi prosapia, y usted, amigo, pida no más, lo que sea de su agrado.

....

Y se quedó dormido. ¿Para qué averiguar si era el cuerpo o el alma?





También persiste el recuerdo de muchas ciudades en la vida nocturna de los cafetines.



Festivales



Parte de la concurrencia femenina que dió realce al baile celebrado en la sede del Casal Catalá, para celebrar el 25º aniversario de la institución.



Grupo de señoritas y caballeros que tomaron parte en el baile realizado por la Biblioteca doctor Luis J. Chorroarín a beneficio de la Escuela Nº 23 del C. E. Nº 20.



Conjunto de señoritas y jóvenes que participaron en la última velada danzante efectuada en el Primo Círcolo Mandolinístico Italiano en honor de sus asociados.



Público que concurrió a la velada musical y cinematográfica ofrecida a los adherentes del Círculo Social Ayuntamiento de Taboada y a la que siguió un animado baile.

LA NOVELA DEL JUEVES

TRADUCIDA ESPECIALMENTE PARA "CARAS Y CARETAS"



ADVIERTO a usted — dijo mistress Upcott — que ésta no es una historia agradable; pero sí verídica. Yo misma redacté el informe pertinente, rigurosamente exacto, que se presentó a la sociedad cuyas funciones eran y son investigar los llamados fenómenos físicos. Las investigaciones y los subsiguientes descubrimientos que, sobre el caso, hizo esa sociedad, pueden ser leídos en "Fantasmas de los vivos y de los muertos y otras demostraciones del mundo de los espíritus"; pero no adelantemos los sucesos, pues restaría yo interés a la historia si dijera a usted, al empezarla, cuáles fueron esos descubrimientos.

Acercamos nuestras sillas al hogar de la chimenea, y nos sentamos cómodamente, mistress Upcott para referir y yo para escuchar la peregrina historia.

Hela aquí tal cual la relató:

Era yo la única niña de una numerosa familia. Tenía yo dos hermanos mayores y cuatro menores que yo. Mi padre era médico y contaba con una apreciable clientela en uno de los suburbios de Londres, no obstante lo cual se veía en serios apuros para satisfacer las necesidades de la familia y cubrir las apariencias, de acuerdo con su posición social.

La educación de seis hijos varones y una hija no era ni es cosa de juego para un hombre de exiguos recursos.

Los tiempos de que estoy hablando, aunque recientes, eran aquellos en que los padres de familia, de la calidad del mío, no veían bien que sus hijas se bastasen a sí mismas, esto es, que trabajaran para vivir. Se decía que la hija había de estar siempre en la casa, pesando sobre sus padres, hasta que un oficioso joven se presentara a pedir su mano.

Yo, aunque no muy enamorada de la idea de trabajar, ni aun por mi propia cuenta y para mi provecho, deseaba hacerlo para no servir de estorbo a mis hermanos menores, tres de los cuales estaban ya en edad de colegio. Mis dos hermanos mayores, aun cuando trabajaban, eran todavía una sangría para el caudal de la casa.

Cuando cumplí los veinte años logré, a fuer-

za de ruegos, que mis padres consintieran en que yo trabajara; pero surgieron algunas discrepancias entre ellos y yo a causa del género de trabajo que consideraban apropiado para mí: el de institutriz en alguna familia de exquisita educación, empleo que a mí no me agradaba.

Así, yo tomé, reservadamente, algunas lecciones de taquigrafía y dactilografía, y tan pronto como me consideré apta para desempeñar un cargo adecuado a mis conocimientos, empecé a contestar algunos avisos a propósito que aparecían en los diarios, y después de una docena de desilusiones, obtuve precisamente lo que yo deseaba: un puesto de secretaria acompañante de una escritora.

Mistress Carr, de Brindley Manor, en Dorsetshire, que estaba en la ciudad cuando contesté su aviso en el que pedía una secretaria, me invitó a tomar el "lunch" en su compañía. Era ella una viuda de mediana edad; tenía dos hijos, uno en el ejército y otro estudiando leyes, en Londres. Ella prefería vivir en el campo; pero privada de la compañía de sus hijos y sin contar con la de alguna persona de confianza, sola no se encontraba bien en su magnífica residencia de Brindley Manor.

Para llenar sus ocios y divertirse empezó a escribir, y necesitó una secretaria. Simpatizamos las dos.

Me parecía una mujer ingeniosa, de talento; pero esto fué mientras no conocí sus trabajos literarios, pues en cuanto hube leído algunos de ellos me preguntaba yo por qué la imaginación tan brillante que lucía en sus conversaciones se opacaba hasta desvanecerse del todo en cuanto ponía la pluma sobre el papel. En efecto, en todos sus escritos no se hallaba ni una chispa de ingenio; vulgar era su fraseología y pedestres sus recursos literarios. Por todo lo cual esos escritos servían de blanco a los dardos de los críticos de buen humor; pero mistress Carr, lejos de disgustarse con eso, se divertía, y como tenía recursos pecuniarios para costear la publicación de sus libros, los publicaba sin preocuparse del éxito.

Mi padre y mi madre, sorprendidos por mi inesperado hallazgo, se sintieron complacidos cuando se los participé. Me dieron su consentimiento, y con éste y su bendición, salí con mistress Carr.

Yo esperaba que mi vida en Brindley Manor me fuera grata, y lo fué más de lo que creía, a pesar de haberme ocurrido allí algo muy desagradable.

Brindley Manor era una mansión "Jacobean"; un edificio de piedra, de medianas dimensiones, sólidamente construído y asentado en el centro de un parque rodeado de un extenso soto, al que ponían término por un lado, el camino de Dorchester a Bridport, y por el lado opuesto, una pequeña aldea formada por media docena de casitas, una oficina de correos y una posada.

Yo, que había visto poco campo, me sentía allí muy a mi gusto, segura de que el aburrimiento sería imposible para mí.

Tan pronto como nos instalamos, mistress Carr planeó un nuevo libro y comenzó a escribirlo. Durante su trabajo, a excepción de tal cual vez que me dictaba, mi presencia era más bien un estorbo que una ayuda para ella. Le bastaba saber que me tenía cerca, a su disposición.

Generalmente tenía yo libres las mañanas para emplearlas a mi talante. En las tardes ponía en limpio, a máquina, el resultado de la comunicación de mistress Carr con las musas durante las mañanas, hecho lo cual, ocupábamos nuestro tiempo según los compromisos sociales de mi jefa. Casi siempre andábamos juntas, pues casi todas las personas eran lo bastante amables para incluir a la secretaria en sus invitaciones a la señora. Algunas veces salíamos juntas a pasear; otras, íbamos a tomar el té con algún vecino; otras, algunas personas iban a tomarlo con nosotras; y una o dos veces por semana teníamos invitados a comer y a jugar el "bridge".

Todo esto me era muy satisfactorio; pero no tanto como mis paseos matinales, en los que siempre me sorprendía con alguna novedad la florida primavera: árboles, arbustos y otras plantas, llenas de verdes brotes; pequeñas matas de pálidas prímulas, apareciendo al pie de los musgosos troncos; narcisos, blancos y amarillos, brotando en lugares inesperados; odoríficas violetas, ocultas entre la hierba; campanillas; "dientes de león" con su peculiar fragancia, apareciendo entre el pasto, como hongos luminosos...

Acompañada por los dulces trinos de los pájaros, paseaba yo entre todos aquellos encantos, dando rienda suelta a mi fantasía, soñando... precisamente lo que usted supondrá que sueña una señorita de veinte años.

Una deliciosa mañana de fin de marzo, que bien podía haber sido de mediados de junio, tan tibia era la temperatura y tan desprovisto de nubes estaba el cielo, con todo mi ánimo, que sólo sentía yo languidecer durante el mal tiempo, salí a dar mi acostumbrado paseo por el parque. Llegué al límite de éste y penetré en el soto. Había en él pomposos nogales, plateados abedules, grandes árboles de madera de construcción, y, aquí y allí, amplios claros, cubiertos de maleza, con uno que otro árbol caído, ninguno en pie y muchos gruesos troncos de árboles recientemente cortados.

Al llegar a uno de esos claros, sentí tal desaliento y cansancio que me senté en un árbol caído, desde donde podía yo ver a considerable distancia a mi derredor. Aunque mi rústico asiento era el mejor entre los que podía yo encontrar por allí, dejaba mucho que desear en cuanto a comodidad, a pesar de lo cual no sé cuánto tiempo permanecí sentada en él, engolfada en mis pensamientos, de los que me distrajo un leve rumor que, gradualmente, fué llegando a mí. Atenta, escuché. Era el murmullo de dos voces. Seguí escuchando. Sí, dos voces eran, las de un hombre y una mujer, que sostenían amorosa conversación, supuse, pues no pude percibir ni una palabra. ¿Quiénes serán esos dos tontuelos — me pregunté — que han elegido la proximidad de una tercera persona para desarrollar una escena de amor? Miré en torno mío para ver a la indiscreta pareja; pero nada vi.

El sol resplandecía. El cuchicheo cesó de repente, y la Naturaleza, como arrepentida de su indiscreción, que me había permitido sorprender uno de sus secretos, enmudeció. De pronto se apoderó de mí un temor supersticioso, pues me creí en presencia de algo sobrenatural, y rompí el silencio con mi propio grito. Poco después, los pájaros, extendiendo y plegando sus alas y saltando en las ramas, dejaron oír otra vez sus melífluos gorjeos, a los que se unieron millares de vocecitas apenas audibles.

Dejé mi asiento, sacudí la cabeza, como si yo despertase de una horrible pesadilla, y pensando que todo lo oído había sido efecto de mi exal-

tada imaginación, me reí de mis temores.

El rumor de voces me lo expliqué, atribuyéndolo a la acción del viento sobre las tiernas hojas. Sin embargo, tuve miedo de permanecer allí, y, con apresurado paso, emprendí mi regreso a través del bosque.

Dos o tres minutos después, divisé, en el extremo más distante del espacio libre, a un hombre y a una mujer, los dos indiscretos amantes, el rumor de cuyas voces había llegado a mis oídos. No eran, pues, creación de mi fantasía. Allí estaban juntos, unidos en amoroso abrazo. Sin duda eran los mismos que dialogaban momentos antes y que habían pasado sin que yo me hubiera dado cuenta de ello. Siguiendo mi camino, avancé hacia ellos. Temerosa de que fuesen a sorprenderme mirándolos, bajé los ojos y tosí fuerte.

Mi vista, que nunca ha sido buena para ver a larga distancia — y nunca he usado anteojos, — me ha dado no pocos chascos, y a mis hermanos materia para reír: cosas vistas por mí, de lejos, han resultado ser, al acercarme, otras que en nada se les parecían. Y en ese instante mi vista engañadora tenía otra sorpresa, otra burla para mí: los dos ardientes enamorados, que yo había visto a lo lejos, al acercarme se convirtieron en dos vástagos de un añoso roble, del que no quedaba sino el grueso tronco.

Yo, de pie, ante esos retoños, me reí con todas mis ganas. ¿Cómo pude confundirlos con un hombre y una mujer, aunque vistos de lejos?

El rumor oído me hizo pensar en dos amantes, y mi imaginación, siguiendo su curso, les dió forma visible en esos vástagos.

Continué mi camino y llegué a una pequeña construcción de ladrillo, un "cottage", construído quizá para habitación de algún mayordomo o guardabosque, y cuando yo me preguntaba si ese "cottage" estaría entonces habitado, tuve una demostración de que sí lo estaba. La puerta del frente se abrió y por ella salió un anciano, en mangas de camisa, con un tosco delantal cubierto de aserrín. Representaba unos ochenta años de edad. Era bajo de cuerpo y magro de carnes, muy parecido al mono en la forma y en la agilidad y la fuerza; cetrina la tez de su rostro; torva su mirada; blancos sus largos cabellos, y blanca también su corta barba, bajo la cual se veía, moviéndose en su garganta, una nuez descomunal.

Me miró con amistosa curiosidad, y con voz firme me preguntó:

—¿Qué desea usted?

—Nada — le respondí. — Atravesando el bosque, me encontré, sin pensarlo, frente a esta casa.

Se acercó a mí y me clavó la mirada, mientras con sus manos sacudía el aserrín de su delantal.

—¿No es usted una de los Carrs? — volvió a preguntar.

—No — contesté. — Soy, simplemente, una empleada.

Su expresión se hizo más amistosa.

—Debía yo haberlo supuesto así — murmuró. — Usted es de la clase ilustre, como yo. No basura encumbrada como "ellos". Usted es miembro de una de las antiguas familias de los condados. No diga que no... yo sé...

Me sentí complacida, lisonjeada. A lo que yo sabía, no corría sangre azul por mis venas. Mi estirpe arrancaba de la clase media, por ambos lados.

Comenzaba yo a explicar; mas él me interrumpió, diciéndome:

—Usted es de una de las familias de más noble linaje, y yo, usted no lo creerá, soy un Baylord. El mundo ha dado muchas vueltas, y los papeles se han invertido; pero todo ha de volver a su prístino estado. Yo no soy instruído; soy y he sido siempre un trabajador; pero sé... Escúcheme usted, miss. Los Carrs, y los que como ellos son, comenzaron a apoderarse de las tierras hace unos cien años, y comenzaron también a introducir la maquinaria en todas las industrias, no tanto para abaratar la producción cuanto por desalojar al pobre trabajador. Entretanto, la clase media seguía tranquila, pensando que el mundo continuaba como siempre había sido, sin percatarse de que la escoria, como los Carrs, poco a poco iba adueñándose de las tierras, de las casas, del dinero, en una palabra, de todo cuanto existía... y de este modo, la clase media llegó a la extrema pobreza y los desechos, como los Carrs, llegaron a la extrema riqueza, convirtiéndose sus vulgares miembros en lores, los hombres, y en "ladies" las mujeres. Enviaron a sus hijos al colegio; pero... a pesar de todo, ellos nunca serán más que escoria. ¿Tengo razón o no, miss? Yo soy un Baylord — prosiguió. — Mi abuelo nació allí, en la gran casa, que le quitaron los estañeros de Birmingham, y murió en un "cottage" semejante a éste, en el extremo de sus propias tierras, dejando por herencia a mi padre una friolera, insuficiente para educarme, y así, aquí me tiene usted. Soy un Baylord, en tierra de Baylord, simple y pobre carpintero, a quien no le queda de Baylord sino el nombre, mientras que los Carrs tienen la fortuna, y no se cambiarían por mí ni por ninguno de los de mi clase. Creen que soy un desecho, una basura bajo sus pies; pero yo creo que ellos lo son bajo los míos. ¡Broza! ¡Desechos! ¡Escoria! — les digo. ¿Por qué consienten en que viva yo aquí? Pregúnteselos usted.

Debía yo haber dicho algo en defensa de mistress Carr; mas, a decir verdad, temí disentir con ese antipático viejo, cuya conversación estaba poniéndome muy nerviosa. Desgraciadamente mi silencio le sirvió de aguijón, y continuó con todo un discurso de vituperio sobre los Carrs, seguido de un panegírico de su propia familia, los antes señores de la casa solariega y de las extensas tierras que la rodeaban.

—Espere usted, miss — dijo de repente — y le mostraré una cosa.

Desapareció dentro del "cottage", y mientras yo pensaba que había llegado la oportunidad de retirarme, él reapareció, con extraordinaria ligereza, con un puñal en la mano; un puñal de Highland, de forma antigua, con mango de plata. No sentí temor, pues la expresión del viejo era amistosa.

—¿Ve usted esto, miss? — dijo. — Fíjese en la hoja. Este puñalito perteneció a uno de los caudillos escoceses, a quien uno de mis antepasados lo arrebató, en una batalla, en el tiempo de Cumberland, cuando trataban de reponer en el trono a un rey escocés. Ha prestado eminentes servicios este puñalito. Una vez guardó el honor de la casa de un caballero de Hinghland, y más tarde ayudó a defender el honor de la mía.

Hizo una pausa, y, acariciando la hoja del arma, continuó:

—Sí. Este defendió el honor de mi casa.

Yo miré al viejo, con horror. Afortunadamente no trató de detenerme.

—Espero venga usted por acá otra vez, miss — siguió diciendo. — Será usted bienvenida. Usted es de mi clase. Veré con agrado sus visitas. Ven-

ga usted, miss;... pero no después de anochecer.

Nunca habría yo pensado, creo, en volver a ese lugar, y menos aún después de anochecer; pero la advertencia del viejo provocó mi curiosidad, y le pregunté:

—¿Por qué no después de anochecer?

Sus ojos se contrajeron, la nuez descomunal empezó a funcionar en su garganta, y su voz, ahilada, se dejó oír:

—Porque hay tertulia entre la maleza, por las noches, y creo que a usted no le será muy agradable encontrarse con... Allí andan ellos, que no pueden dormir,... y usted no tiene un puñalito, como éste, para rechazarlos.

Me fuí lo más a prisa que me lo permitieron mis pies, en ese momento no muy ligeros.

Cuando llegué a casa me puse a pensar en lo desagradable que me había sido el paseo de la mañana, y resolví no decir nada de ello a mistress Carr. Indudablemente ella no ignoraba nada de lo tocante al anciano Baylor, — si éste era el nombre de aquel repugnante viejo— lo que él decía acerca de la familia del último marido de ella. De cualquiera manera, yo no quería molestarla comunicándole lo que el viejo me había dicho; pero un día, sin quererlo ni pensarlo yo, dejé escapar de la bolsa al gato.

Paseaba yo en compañía de mistress Carr, precisamente por el lugar consabido, y ella me preguntó:

—¿No cree usted que los árboles tienen su fisonomía, como la tienen las personas? Un abeto es un alto y delgado aristócrata; un plateado abedul es una joven cándida y virginal; un olmo es un viejo, pomposo e inútil... ¿No ha observado usted cómo algunos árboles parecen del sexo masculino y otros del femenino?

Hizo una pausa y señaló un objeto para ponerme un ejemplo.

—Mire usted esos dos vástagos de roble, allí en el extremo del espacio libre — prosiguió. — ¿No ve usted una mujer a la derecha y un hombre a la izquierda?... ¿Los ve usted?

—Perfectamente — respondí, riéndome. — En efecto, cuando pasé por aquí hace unos días, mis ojos, no muy seguros, como usted sabe, me dieron un buen chasco. Creí que esos vástagos eran una pareja de jóvenes enamorados, el rumor de cuyas voces había llegado a mis oídos momentos antes...

—¡Ah! — exclamó mistress Carr, interrumpiéndome. — ¿Así es que usted ha venido por acá? Iba yo a decirle ahora que no debía usted hacerlo sola, para evitarle el disgusto de encontrarse con el viejo Baylord. Creo que no lo habrá encontrado usted.

—Sí, lo encontré — dije.

Mistress Carr me miró y se rió.

—Entonces, ya me figuro lo que habrá dicho a usted de nosotros y de la familia de él mismo. Es igual al viejo Durbeyfield, de "Tess"; no, no igual, Baylord es más antipático, más malintencionado, más... Ya me figuro los horrores que habrá dicho a usted de la familia de mi último marido... de los "nouveaux riches"...

—Sí. Algo de eso; — admití — pero como me pareció un loco, no di crédito alguno a sus noticias.

—Querida mía — dijo mistress Carr — ciertamente hay algo de lo que él dice. Los Baylords poseyeron, durante varios siglos, este antiguo feudo, y lo perdieron en el juego. Los Carrs no se forjan ilusiones acerca de ellos mismos. Ellos son unos de las nuevas familias. Las rentas que percibimos mis hijos y yo provienen de las minas de Nottinghamshire y de las fábricas de Maidlands, que no hemos visitado nunca ni deseamos visitar. Si, por nuestra buena suerte, el antiguo orden de cosas está cambiado, ciertamente nosotros no tenemos la culpa. Uno no podría, ni aun queriendo, detener el curso de la natural evolución, de la misma manera que uno no puede detener con la mano la corriente de un río.

—No sé cómo permite usted vivir aquí a ese miserable viejo, — dije — que calumnia a ustedes de tan grave manera.

Mistress Carr hizo alto, como si hubiera pensado que nos habíamos alejado demasiado y fuera mejor retroceder antes de que nos encontráramos al sujeto de nuestra conversación, y tomamos el rumbo opuesto.

—Esa es la dificultad — replicó mistress Carr. — No podemos ser duros con él, porque consideramos que le debemos una compensación Tiene un legítimo resentimiento con nosotros. Michael, hermano mayor de mi último marido, infirió gravísima ofensa al viejo; huyó con la hija de éste hace unos treinta ños. Nada se ha sabido de ellos desde entonces. El padre de Michael desheredó a éste por eso, lo que hirió el orgullo de Baylord tanto o más que el rapto de su hija; pero nosotros nos hemos creído siempre obligados a guardarle ciertas consideraciones, entre ellas la bien insignificante de consentir que habite esa casita, en la que vive completamente solo, sin pagar alquiler. Está ya muy viejo; su vida no se prolongará por mucho tiempo; es carpintero, y aunque trabaja todavía a pesar de su vanzada edad, está muy pobre, y desprecia el "Old Age Pension".

Ya he dicho que nunca pensé en volver a esos sitios a ninguna hora, mucho menos después de anochecer. Veamos cómo los más improbables acontecimientos surgen de las más simples causas.

Cerca de una semana después, mistress Carr fué a pasar el día con una señora que vivía a unos veinte o veinticinco kilómetros de nuestra casa. No me llevó en su compañía porque a la señora a quien iba a visitar, ya muy anciana, no le era del todo grata la presencia de personas desconocidas.

Yo, que nada tenía que hacer ese día, salí a dar un paseo por el parque y seguí por el bosque. Anduve más lejos de lo que pensaba, porque me perdí dos veces, y llegó la noche antes de que pudiera yo regresar.

Muy contrariada yo por mi tardanza, pues suponía que mistress Carr habría regresado y podría necesitar de mi compañía y pensar que abusaba de su amabilidad, tomándome esas libertades, entré en el parque por el punto que creí más próximo, con la idea de cortar diagonalmente hacia la casa y así llegar más pronto. Me metí en un materral, sin sospechar que era el mismo en que estaba el "cottage" del anciano Baylord. — Se ven tan diferentes las cosas en las noches. — Caminaba yo por un bien marcado sendero, a través del matorral, con la creencia cierta de que mis pasos se dirigían hacia nuestra casa, hasta que, poco después, al llegar a un espacio libre y ver los dos vástagos del roble, comprendí que me había equivocado... Sentí un desvanecimiento; un copioso y frío sudor corrió por todo mi cuerpo y un terror sobrenatural se apoderó de todos mis sentidos... En un abrir y cerrar de ojos, los dos vástagos del roble se habían transformado... en un hombre y una mujer, que estaban juntos, de pie, con los brazos entrelazados. Y esto no era ilusión de mi vista, sino realidad. Yo estaba muy cerca de ellos. A la luz de la luna, se veían claramente los dos cuerpos, semitransparentes, y, a través de ellos, los troncos y las ramas de los vástagos, como se ve un cuerpo vivo a través de los rayos X. No cabía duda, estaba yo en presencia de dos seres hu-

manos... de dos espíritus que tomaron la forma material que tenían cuando fueron separados, trágicamente quizás, de sus cuerpos. Sí, allí estaban, inmóviles, en una actitud de indecible dolor, vestidos a la usanza de algunos años antes de que yo naciera. El hombre — debo llamarlos hombre y mujer — usaba un sombrero de piel de venado, saco y pantalón más amplios que los de la última moda. La mujer usaba una gorra, corpiño muy sujeto al busto, amplia falda ondeando sobre las caderas, según la moda de treinta años atrás.

El tiempo que estuve mirándolos, no sé cuál sería. Quizá no fué más que un segundo, que a mí me pareció una eternidad. Estuve allí como encantada, sin poder moverme. Luchaba yo por escapar, como al despertar se lucha para librarse de una horrible pesadilla. Por fin, rompí las cadenas; grité y eché a correr despavorida hacia el "cottage" del viejo Baylord, que estaba cerca de allí. El viejo era repulsivo; pero por lo menos era un ser viviente.

Oyó mis gritos pidiendo socorro, y apareció en la puerta, alumbrándose con una vela que llevaba en una palmatoria.

—Yo he visto... — tartamudeé. — He visto... — y no pude articular otra palabra.

—¡Ah! es usted, miss — dijo tranquilamente. — Yo le advertí que no debía usted venir por estos lugares después de obscurecer. Yo sé lo que ha visto usted, miss, lo que yo veo con mucha frecuencia. Más tarde se acercarán al "cottage" y tratarán le entrar, como han tratado de hacerlo innumerables veces; pero sin conseguirlo ninguna, pues yo estoy aquí y tengo bien cerradas las puertas y ventanas.

Mientras hablaba el viejo, yo había entrado en el "living-room", destartalado y sucio, y caí de golpe sobre una silla.

El viejo Baylord cerró y trancó la puerta y dejó la palmatoria con la vela sobre una mesa, rota y sucia, como estaba todo lo de esa miserable morada. Después se acercó a la chimenea, tomó de sobre la cubierta de ésta su ya conocido puñalito, y, mirando hacia la puerta, emitió un sonido entre carcajada y quejido.

Algo me tranquilicé cuando cerró la puerta.

—¿Quiénes son ellos? — le pregunté, tartamudeando otra vez, y pensando que debía yo haber preguntado ¿quiénes *fueron* ellos?

El viejo, acariciando siempre el puñalito, se acercó a mí y dijo con voz queda:

—¡Ah! No ha oído usted... Si alguno supiera... si alguno supiera... ¿Usted no ha oído decir que yo tenía una hija? ¡Y se parecía a usted! ¿No ha oído usted eso?

—Sí, yo sé que usted tuvo una hija — me atreví a responder. Me miró con dureza.

—¡Ah! Ellos lo dijeron a usted. ¿Y qué más le dijeron, miss?

Yo, sin darme cuenta de lo que hacía, como un autómata, respondí:

—Que ella huyó con uno de los Carr...

—Sí, — dijo, interrumpiéndome y mirando el puñal — huyeron juntos... hacia un país remoto... tan remoto... Nadie sabe adónde fueron... sólo yo. Usted los vió hace un momento donde están los dos vástagos del roble, seguramente. Ahora estarán muy cerca de este "cottage", pugnando por entrar; pero no entrarán, miss, no entrarán, se lo aseguro.

Se acercó más a mí y, confidencial, prosiguió:

—Diré a usted, miss. Usted es una aristócrata, como yo lo soy, como lo era mi hija. Algunos años antes de que usted naciera debe haber sido... Ella huyó con el joven Michael Carr... ella que era una gran señora para todos, aunque yo, su padre, era un pobre carpintero.

Michael Carr, que se creía un caballero, miembro de una familia de elevada alcurnia, quiso ver en mi hija, niña de aldea, un agradable pasatiempo. Yo, sospechando algo de esto, hice ciertas preguntas a mi hija, preguntas que ella no pudo, no supo o no quiso contestar sino con una inclinación de cabeza y un silencio aterrador. Así, tuve por cierto lo que sospechaba. Me entrevisté con el *caballero*, y cuando le hablé de matrimonio... se rió en mi cara... y yo, un Baylord... Emprendieron su largo viaje... del que no volverán jamás... Y sembré dos bellotas tan superficialmente y tan cerca de la vieja encina, que no podrán llegar a ser árboles... Sus raíces se enredaron en los troncos de ese añoso árbol, entre el negro corazón del infame Michael Carr y el tierno corazón de mi tonta hija. Ellos han estado tras de mí todos esos años...; pero nada han podido conseguir. Soy pertinaz, duro, resistente... Rondan esta casa todos los días, al amparo de la obscuridad; pero hasta ahora, repito, nada han conseguido. Quizá lo consigan antes de mucho. La primavera hace correr la savia de esos vástagos, fortaleciéndolos, en cambio yo cada día estoy más débil...

Yo sentía ganas de gritar, horrorizada con la significación que daba a las enigmáticas palabras del viejo, a través de las cuales creía yo haber descubierto un misterio... y un horrendo crimen.

—¿Qué pasó? ¿Qué hizo usted? — pregunté, al fin, con palabras entrecortadas.

Siniestra sonrisa frunció sus labios, acarició otra vez su puñal y, en voz muy baja, replicó:

—¿Qué había yo de hacer, miss? ¡Yo, un caballero, por mi nacimiento, y mi hija, una "lady", atropellados, degradados, envilecidos por un ser despreciable... por un...! ¿Qué había yo de hacer? ¿Qué habría hecho usted, miss, en circunstancias análogas, *teniendo este puñalito?*

No sé cómo regresé a casa aquella malhadada noche. Sólo sé que estuve varios días postrada en mi lecho, enferma de fiebre cerebral, luchando entre la vida y la muerte. Cuando sentí algún alivio, referí a mistress Carr cuanto me había acontecido en mi último paseo, y supe que en los primeros días de mi enfermedad, Baylord había sido encontrado muerto, en su cama, y su puñalito, clavado en la puerta del "cottage", como si el viejo lo hubiera arrojado a alguien que hubiera tratado de entrar.

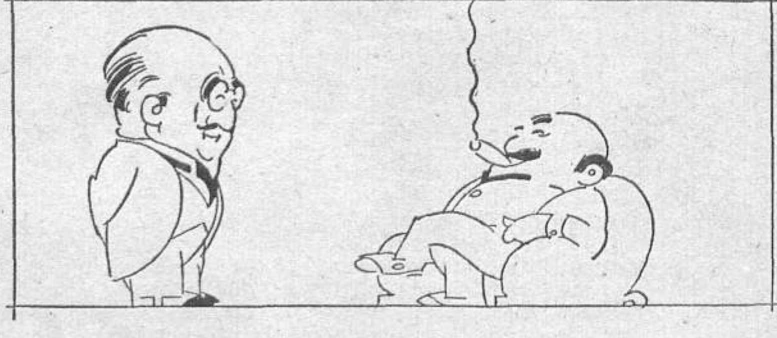
A raíz de todo eso, mistress Carr dirigió una carta al secretario de la sociedad antes nombrada, acompañada del informe, que yo misma redacté, de todo lo sucedido, y ese señor mandó practicar una minuciosa inspección, de cuyos resultados, demasiado complicados y extensos para ser referidos ahora, usted podrá enterarse en el libro que mencioné al principio de este relato. Sólo diré, para concluir, que arrancaron de cuajo los dos vástagos del roble, y entre sus raíces encontraron los restos mortales de un hombre y los de una mujer, y entre los jirones del traje de aquél, un reloj, que fué identificado como de propiedad del joven Michael Carr.

A. M. BURRAGE

Traducción de F. del C.

DIBUJO DE CABALLÉ

DICHO Y HECHO, por Caballé



Hay que consultarle

—Va a celebrarse el octogésimo aniversario de la Constitución Nacional.

—Supongo que con permiso de Matienzo. Porque para él, la celebración del aniversario de la Constitución, ¿será constitucional?

Distingos

—Supongamos que Ramos Mexía dijese en Italia que el gobierno argentino no es bueno.

—No habría nada que objetar. Esa sería su opinión; pero no la del gobierno.

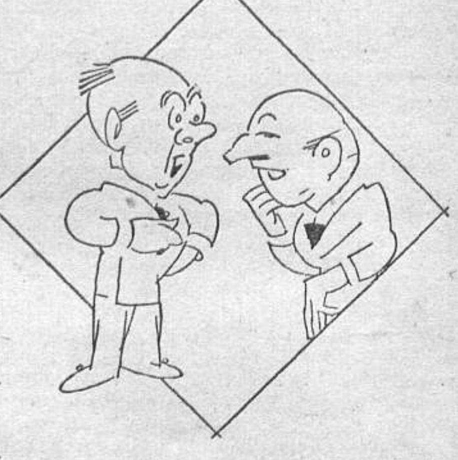




El gusano del duraznero

—Oiga lo que dice este diario: "...La inmensa urbe metropolitana constituye un criadero ideal para la multiplicación de cualquier insecto que desembarca en las hospitalarias playas del río de la Plata".

—Eso demuestra que el gobierno ha hecho muy bien al restringir la inmigración.



Uno de los que faltan

—¡Esto es inaguantable! Hay exceso de impuestos.

—¡Qué exagerado! Falta uno: el impuesto que debían pagar los que hablan mal de los impuestos.

—Hable más bajo. Podría oírle Hueyo.



¿Sería mejor?

—No me es simpático ese diputado. Siempre asegura que no tiene opinión formada sobre ningún asunto.

—Peor sería que la tuviese deformada.

Buen amigo

Saavedra Lamas. — Un amigo me ha dicho: "Mientras Roca estuvo aquí, nadie se ocupaba de él. Y desde que se fué, sucede todo lo contrario. ¿Por qué no lo imita?"

Iriondo. — ¿Es alguno que quiere ser vice?

Saavedra Lamas. — Es uno que quiere ser ministro.


Ah..chiss!!
El estornudo es casi siempre una advertencia de que en el organismo se está desarrollando un resfrío. Y una persona atacada por un resfrío se encuentra bajo la constante amenaza de muy graves complicaciones.
¿Por qué permitir que se desarrolle un resfrío si puede evitarse tan fácilmente con Fenaspirina?
Apenas comience Vd. a estornudar, tómese dos tabletas del *eliminador eficaz del resfrío,* repitiendo la dosis tres o cuatro horas después para mayor seguridad.
BAYER
¡Atacar enérgicamente los primeros síntomas del resfrío es tener sentido común!
FENASPIRINA
eliminador eficaz de resfríos
BAYER



AÑO XXXVI. — Nº 1804
29 DE ABRIL DE 1933

TALLERES GRÁFICOS
DE CARAS Y CARETA